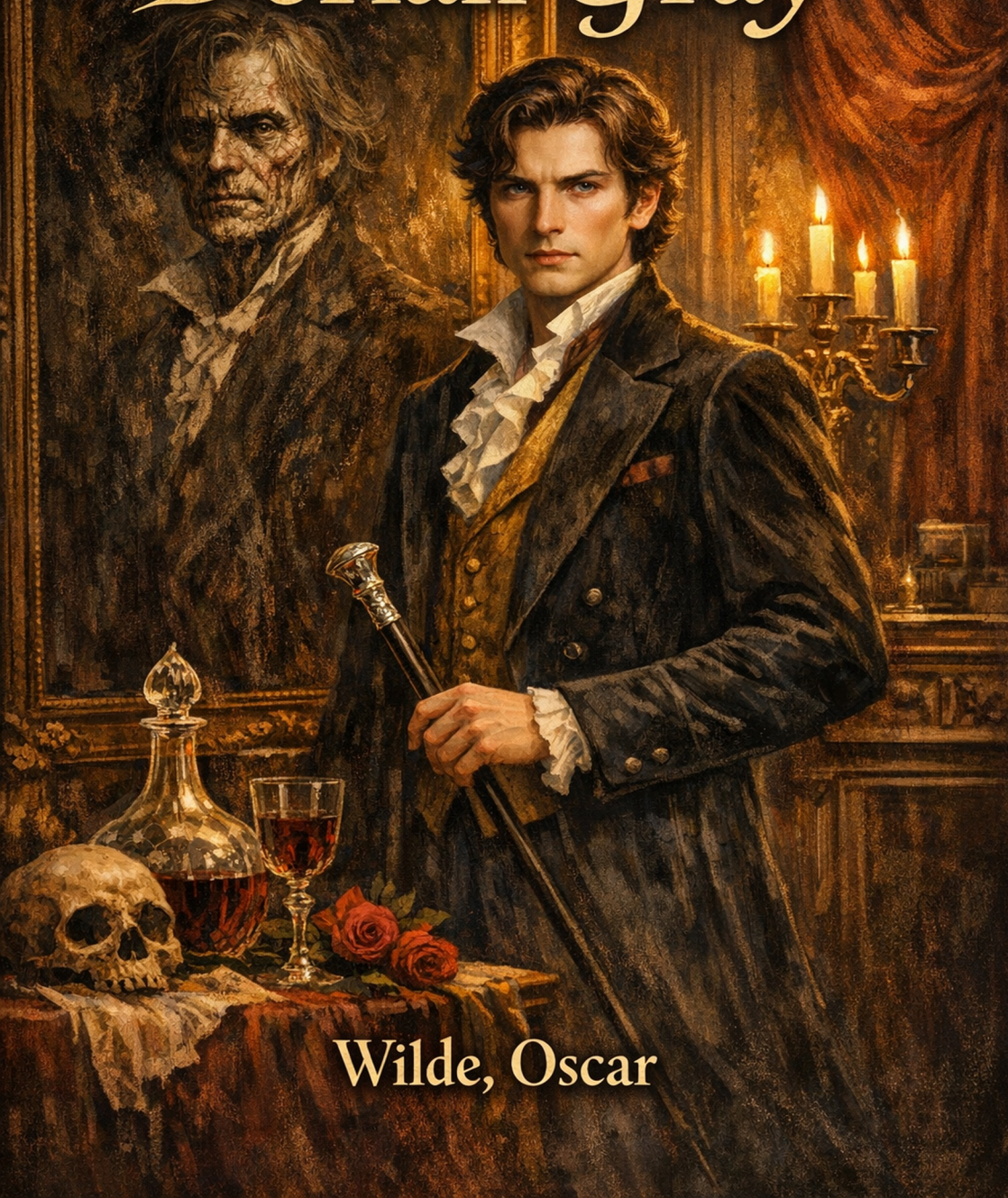


El retrato de *Dorian Gray*



Wilde, Oscar

Contents

CAPÍTULO I.	2
CAPÍTULO II	20
CAPÍTULO III	41
CAPÍTULO IV.	59
CAPÍTULO V.	80
CAPÍTULO VI	97
CAPÍTULO VII	108
CHAPTER VIII	124
CHAPTER IX.	143
CAPÍTULO X	157
CAPÍTULO XI.	169
CHAPTER XII	194
CHAPTER XIII.	204
CAPÍTULO XIV.	214
CAPÍTULO XV.	231
CAPÍTULO XVI	244
CHAPTER XVII	256
CAPÍTULO XVIII	266
CAPÍTULO XIX.	280
CAPÍTULO XX.	293

CAPÍTULO I.

El estudio estaba lleno del intenso aroma de las rosas y, cuando la suave brisa de verano movía los árboles del jardín, por la puerta abierta entraba el olor espeso de las lilas o la fragancia más delicada del espino de flores rosadas.

Desde un rincón del diván cubierto con alforjas persas, donde estaba recostado y fumando, como de costumbre, un cigarrillo tras otro, lord Henry Wotton apenas alcanzaba a ver el brillo de las flores del laburno, dulces como la miel y del color de la miel. Sus ramas temblorosas parecían incapaces de sostener una belleza tan viva como la suya. De vez en cuando, las sombras caprichosas de los pájaros al volar cruzaban un instante las largas cortinas de seda tussore tendidas ante el enorme ventanal, creando un efecto japonés momentáneo. Eso le hacía pensar en aquellos pintores pálidos, de rostro de jade, de Tokio, que, mediante un arte necesariamente inmóvil, intentan transmitir la sensación de rapidez y movimiento. El murmullo áspero de las abejas, abriéndose paso entre la hierba alta sin segar o girando con monótona insistencia alrededor de los polvorientos cuernos dorados de la madreSelva desparramada, parecía hacer aún más opresivo el silencio. El rumor apagado de Londres era como la nota sostenida de un órgano lejano.

En el centro de la habitación, sostenido por un caballete vertical, se alzaba el retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza. Frente a él, a cierta distancia, estaba sentado el propio artista, Basil Hallward, cuya repentina desaparición, algunos años atrás, causó en su momento tanta conmoción pública y dio lugar a tantas conjeturas extrañas.

Mientras el pintor contemplaba la figura elegante y hermosa que había reproducido con tanta maestría en su obra, una sonrisa de satisfacción le cruzó el rostro y pareció a punto de quedarse allí. Pero de pronto se incorporó sobresaltado y, cerrando los ojos, se llevó los dedos a los párpados, como si quisiera retener en su mente algún sueño extraño del que temía despertar.

«Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho nunca», dijo lord Henry con desgana. «Sin duda deberías enviarla el año que viene al Grosvenor. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Siempre que he ido, había tanta gente que no podía ver los cuadros, lo cual era espantoso, o tantos cuadros que no podía ver a la gente, y eso era todavía peor. El Grosvenor es, de verdad, el único sitio.»

«No creo que vaya a mandarlo a ningún sitio», respondió, echando la cabeza hacia atrás de esa forma tan extraña que hacía reír a sus amigos en Oxford. «No, no lo mandaré a ningún sitio.»

Lord Henry arqueó las cejas y lo miró con asombro a través de las finas espirales azuladas de humo que subían en remolinos caprichosos desde su pesado cigarrillo con opio. «¿No mandarlo a ningún sitio? Mi querido amigo, ¿por qué? ¿Tienes algún motivo? ¡Qué gente tan rara sois los pintores! Hacéis cualquier cosa para ganaros una reputación. Y en cuanto la conseguís, parece que queréis echarla por la borda. Es una tontería, porque solo hay una cosa en el mundo peor que hablen de uno, y es que no hablen. Un retrato como este te pondría muy por encima de todos los jóvenes de Inglaterra y haría que

los viejos se murieran de envidia, si es que los viejos todavía son capaces de sentir algo.»

«Ya sé que te vas a reír de mí», respondió, «pero de verdad no puedo exponerlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.»

Lord Henry se recostó en el diván y soltó una carcajada.

«Sí, ya sabía que lo harías, pero aun así es completamente cierto.»

«Hay demasiado de ti en el cuadro. Te lo juro, Basil, no sabía que fueras tan vanidoso. Y, sinceramente, no veo ningún parecido entre tú, con esa cara fuerte y áspera y ese pelo negro como el carbón, y este joven Adonis, que parece hecho de marfil y pétalos de rosa. Vamos, querido Basil, él es un Narciso, y tú... bueno, claro, tienes una expresión inteligente y todo eso. Pero la belleza, la belleza de verdad, termina donde empieza una expresión intelectual. El intelecto, por sí solo, es una forma de exceso, y destruye la armonía de cualquier rostro. En cuanto alguien se pone a pensar, todo se le vuelve nariz, o frente, o alguna otra cosa espantosa. Mira a los hombres de éxito en cualquiera de las profesiones eruditas. Qué horrorosos son. Salvo, por supuesto, en la Iglesia. Pero en la Iglesia no piensan. Un obispo sigue diciendo a los ochenta lo mismo que le dijeron que dijera a los dieciocho y, como resultado natural, siempre tiene un aspecto absolutamente encantador. Tu misterioso joven amigo, cuyo nombre nunca me has dicho, pero cuyo retrato de verdad me fascina, no piensa nunca. Estoy completamente seguro. Es una de esas criaturas hermosas y sin seso que deberían estar siempre aquí en invierno, cuando no tenemos flores que mirar, y siempre aquí en verano, cuando

necesitamos algo que refresque nuestra inteligencia. No te engañes, Basil: no te pareces a él en absoluto.»

«No me entiendes, Harry», respondió el artista. «Claro que no me parezco a él. Eso lo sé perfectamente. De hecho, me molestaría parecerme. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Hay una fatalidad en toda distinción física e intelectual, una especie de destino que, a lo largo de la historia, parece seguir los pasos inseguros de los reyes. Es mejor no destacar. Los feos y los tontos son los que salen mejor librados en este mundo. Pueden sentarse cómodamente y mirar el espectáculo. Si no saben nada de la victoria, al menos se libran de conocer la derrota. Viven como deberíamos vivir todos: sin que nada los perturbe, indiferentes y sin inquietud. No arruinan a nadie, ni tampoco son arruinados por otros. Tu posición y tu riqueza, Harry; mi inteligencia, si es que la tengo; mi arte, valga lo que valga; la belleza de Dorian Gray... todos sufriremos por lo que los dioses nos han dado, sufriremos terriblemente.»

«¿Dorian Gray? ¿Ese es su nombre?», preguntó lord Henry mientras cruzaba el estudio hacia Basil Hallward.

—Sí, así se llama. No pensaba decírtelo.

—¿Y por qué no?

—Oh, no sabría explicarlo. Cuando alguien me gusta mucho, nunca le digo su nombre a nadie. Es como entregar una parte de esa persona. Le he tomado cariño al secreto. Me parece que es lo único que puede volver misteriosa o maravillosa la vida moderna. La cosa más común se vuelve encantadora si uno la mantiene oculta. Ahora, cuando salgo de la ciudad, nunca le digo a mi gente adónde voy. Si lo hiciera, perdería todo el

placer. Supongo que es una costumbre tonta, pero, de algún modo, parece llenar la vida de romanticismo. Imagino que pensarás que soy terriblemente absurdo por esto, ¿verdad?

—En absoluto —respondió Lord Henry—, en absoluto, mi querido Basil. Olvidas que estoy casado, y el gran encanto del matrimonio es que hace que una vida de engaños sea absolutamente necesaria para ambas partes. Yo nunca sé dónde está mi mujer, y mi mujer nunca sabe qué estoy haciendo yo. Cuando nos encontramos —porque nos encontramos de vez en cuando, cuando salimos a cenar juntos o vamos a casa del duque—, nos contamos las historias más disparatadas con la cara más seria del mundo. Mi mujer lo hace muy bien; de hecho, mucho mejor que yo. Ella nunca se confunde con las fechas, y yo siempre. Pero cuando me descubre, no monta ninguna escena. A veces hasta me gustaría que lo hiciera, pero se limita a reírse de mí.

—Detesto cómo hablas de tu vida de casado, Harry —dijo Basil Hallward mientras caminaba hacia la puerta que daba al jardín—. Estoy convencido de que, en el fondo, eres un marido excelente, pero te avergüenzas profundamente de tus propias virtudes. Eres un tipo extraordinario. Nunca dices nada moralista y nunca haces nada malo. Tu cinismo no es más que una pose.

—Ser natural no es más que una pose, y la pose más irritante que conozco —exclamó Lord Henry, riéndose. Los dos jóvenes salieron juntos al jardín y se sentaron en un largo banco de bambú, a la sombra de un alto laurel. La luz del sol se deslizaba sobre las hojas brillantes. En la hierba, las margaritas blancas

temblaban.

Tras una pausa, Lord Henry sacó el reloj. —Me temo que tengo que irme, Basil —murmuró—, y antes de hacerlo, insisto en que me respondas una pregunta que te hice hace algún tiempo.

—¿Cuál? —preguntó el pintor, sin apartar la mirada del suelo.

—Lo sabes muy bien.

—No, Harry.

—Entonces te diré de qué se trata. Quiero que me expliques por qué no quieres exhibir el retrato de Dorian Gray. Quiero la verdadera razón.

—Ya te he dicho la verdadera razón.

—No, no me la has dicho. Dijiste que era porque había demasiado de ti en él. Eso es una tontería.

—Harry —dijo Basil Hallward, mirándolo directamente a los ojos—, todo retrato pintado con verdadero sentimiento es un retrato del artista, no del modelo. El modelo no es más que un accidente, una ocasión. No es a él a quien el pintor revela; más bien es el pintor quien se revela a sí mismo sobre el lienzo coloreado. La razón por la que no voy a exhibir este cuadro es que temo haber mostrado en él el secreto de mi propia alma.

Lord Henry se echó a reír. —¿Y cuál es? —preguntó.

—Te lo diré —dijo Hallward; pero una expresión de desconcierto cruzó su rostro.

—Te escucho, Basil —continuó su compañero, mirándolo de reojo.

—Oh, en realidad hay muy poco que contar, Harry —respondió el pintor—, y me temo que apenas lo entenderás. Quizá ni siquiera lo creas.

Lord Henry sonrió y, inclinándose, arrancó de la hierba una margarita de pétalos rosados y la observó. —Estoy completamente seguro de que lo entenderé —respondió, mirando con atención el pequeño disco dorado rodeado de hebras blancas—; y en cuanto a creer cosas, puedo creer cualquier cosa, siempre que sea absolutamente increíble.

El viento hizo caer algunas flores de los árboles, y las espesas lilas, con sus racimos en forma de estrella, se mecían de un lado a otro en el aire quieto. Junto al muro empezó a chirriar un saltamontes y, como un hilo azul, una libélula larga y delgada pasó flotando con sus alas de gasa parda. Lord Henry sintió que casi podía oír latir el corazón de Basil Hallward y se preguntó qué vendría después.

—La historia es muy sencilla —dijo el pintor al cabo de un rato—. Hace dos meses fui a una de esas recepciones multitudinarias en casa de lady Brandon. Ya sabes que los pobres artistas tenemos que dejarnos ver en sociedad de vez en cuando, aunque solo sea para recordarle al público que no somos unos salvajes. Con frac y corbata blanca, como me dijiste una vez, cualquiera, incluso un agente de bolsa, puede pasar por una persona civilizada. Pues bien, después de unos diez minutos en el salón, hablando con viudas mayores, enormes y recargadas, y con académicos insoportables, de pronto sentí que alguien me observaba. Me volví un poco y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestras miradas se

encontraron, noté que me ponía pálido. Me invadió una extraña sensación de miedo. Supe que estaba ante alguien cuya sola personalidad tenía un poder de atracción tan grande que, si yo lo permitía, absorbería toda mi naturaleza, toda mi alma, incluso mi propio arte. No quería ninguna influencia externa en mi vida. Tú mismo sabes, Harry, lo independiente que soy por naturaleza. Siempre he sido mi propio dueño; o al menos lo fui hasta que conocí a Dorian Gray. Entonces... pero no sé cómo explicártelo. Algo parecía advertirme que estaba al borde de una crisis terrible en mi vida. Tuve la extraña sensación de que el destino me reservaba alegrías exquisitas y dolores exquisitos. Me asusté y me dispuse a salir del salón. No fue la conciencia lo que me hizo actuar así: fue una especie de cobardía. No me atribuyo ningún mérito por haber intentado escapar.

—La conciencia y la cobardía son, en realidad, la misma cosa, Basil. «Conciencia» es solo el nombre comercial. Nada más.

—No lo creo, Harry, y tampoco creo que tú lo creas. En cualquier caso, fuera cual fuese mi motivo —y puede que fuera orgullo, porque antes yo era muy orgulloso—, lo cierto es que me abrí paso hasta la puerta. Allí, naturalmente, me topé con lady Brandon. «¿No se irá usted a escapar tan pronto, señor Hallward?», chilló. Ya conoces su voz, curiosamente estridente, ¿verdad?

—Sí; es un pavo real en todo menos en la belleza —dijo lord Henry, deshojando la margarita con sus largos dedos nerviosos.

«No había forma de librarme de ella. No paraba de presentarme a miembros de la realeza, a gente con estrellas y bandas, y a señoras mayores con tiaras enormes y narices de loro. Hablaba

de mí como si fuera su amigo más íntimo. Yo solo la había visto una vez antes, pero se empeñó en convertirme en una celebridad. Creo que por entonces uno de mis cuadros había tenido muchísimo éxito, o al menos había salido mucho en los periódicos baratos, que es el criterio decimonónico de la inmortalidad. De pronto me encontré frente a frente con el joven cuya personalidad me había impresionado de una manera tan extraña. Estábamos muy cerca, casi tocándonos. Nuestros ojos volvieron a cruzarse. Fue una imprudencia por mi parte, pero le pedí a lady Brandon que me lo presentara. Aunque quizá no fuera ninguna imprudencia. Era, sencillamente, inevitable. Habríamos terminado hablando incluso sin presentación. De eso estoy seguro. Dorian me lo dijo después. Él también sintió que estábamos destinados a conocernos.»

«¿Y cómo describió lady Brandon a ese joven maravilloso?», preguntó su compañero. «Ya sabes que le encanta resumir a todos sus invitados en un instante. Recuerdo que una vez me llevó hasta un caballero mayor, agresivo y colorado, cubierto de condecoraciones y cintas, y me susurró al oído —con un dramatismo que sin duda podía oír todo el salón— los detalles más absurdos. Yo escapé en cuanto pude. Prefiero descubrir a la gente por mí mismo. Pero lady Brandon trata a sus invitados exactamente como un subastador trata su mercancía. O los explica tanto que les quita todo el misterio, o te cuenta de ellos todo menos lo que de verdad quieres saber.»

«¡Pobre lady Brandon! Eres muy duro con ella, Harry», dijo Hallward con desgana.

«Querido amigo, intentó fundar un salón y lo único que logró fue abrir un restaurante. ¿Cómo quieres que la admire? Pero dime, ¿qué dijo de mister Dorian Gray?»

«Oh, algo así como: "Un chico encantador; su pobre madre y yo éramos inseparables. No recuerdo en absoluto a qué se dedica; me temo que... no hace nada. Ah, sí, toca el piano... ¿o era el violín, querido señor Gray?". Ninguno de los dos pudo evitar reírse, y nos hicimos amigos al instante.»

«La risa no es un mal comienzo para una amistad, y desde luego es el mejor final para una», dijo el joven lord, arrancando otra margarita.

Hallward negó con la cabeza. «No entiendes lo que significa la amistad, Harry —murmuró—, ni tampoco la enemistad. Todo el mundo te cae bien; es decir, en el fondo, todo el mundo te da igual.»

«¡Qué injusto eres!», exclamó lord Henry, echándose el sombrero hacia atrás y levantando la vista hacia las pequeñas nubes que flotaban a la deriva por el hueco turquesa del cielo de verano, como hebras deshilachadas de brillante seda blanca. «Sí, muy injusto. Yo distingo mucho entre unas personas y otras. Elijo a mis amigos por su buen aspecto, a mis conocidos por su buena conducta y a mis enemigos por su inteligencia. Nunca se puede tener demasiado cuidado al escoger a los enemigos. No tengo ni uno solo que sea tonto. Todos tienen cierta capacidad intelectual y, precisamente por eso, todos me aprecian. ¿Suena eso muy vanidoso por mi parte? Creo que sí, bastante.»

«Yo diría que sí, Harry. Pero, según esa clasificación tuya, yo no debo de ser más que un conocido.»

«Mi querido Basil, eres mucho más que un conocido.»

«Y bastante menos que un amigo. Algo así como un hermano, supongo.»

«¡Oh, los hermanos! No les tengo ningún afecto. Mi hermano mayor no se muere nunca, y mis hermanos menores parece que no hacen otra cosa.»

«¡Harry!», exclamó Hallward, frunciendo el ceño.

«Querido amigo, no hablo del todo en serio. Pero no puedo evitar detestar a mis parientes. Supongo que se debe a que ninguno de nosotros soporta que los demás tengan los mismos defectos que nosotros. Entiendo perfectamente la indignación de la democracia inglesa contra lo que llaman los vicios de las clases altas. Las masas sienten que la borrachera, la estupidez y la inmoralidad deberían ser exclusivamente suyas, y que, si alguno de nosotros hace el ridículo, está invadiendo su terreno. Cuando el pobre Southwark terminó en el tribunal de divorcio, su indignación fue sencillamente magnífica. Y, aun así, no creo que ni el diez por ciento del proletariado viva como debería.»

«No estoy de acuerdo ni con una sola palabra de lo que has dicho y, además, Harry, estoy seguro de que tú tampoco.»

Lord Henry stroked his pointed brown beard and tapped the toe of his polished boot with a tasseled ebony cane. "How very English you are, Basil. That's the second time you've said that. When you put an idea before a true Englishman—which is always a risky thing to do—it never occurs to him to ask

whether it is right or wrong. The only thing that matters to him is whether the person stating it believes it. But the value of an idea has absolutely nothing to do with the sincerity of the man who expresses it. In fact, the more insincere the man is, the more purely intellectual the idea is likely to be, because it will not be colored by his needs, his desires, or his prejudices. Still, I have no intention of arguing with you about politics, sociology, or metaphysics. I like people better than principles, and more than anything in the world I like people without principles. Tell me more about Mr. Dorian Gray. How often do you see him?"

"Every day. I could not be happy if I did not see him every day. He is absolutely necessary to me."

"How extraordinary! I thought nothing would ever matter to you except your art."

«Ahora mismo lo es todo para mi arte», dijo el pintor con seriedad. «A veces pienso, Harry, que en la historia del mundo solo hay dos épocas de verdad importantes. La primera es cuando aparece un nuevo medio artístico, y la segunda, cuando surge una nueva personalidad para el arte. Lo que la invención de la pintura al óleo significó para los venecianos, lo que el rostro de Antínoo significó para la escultura griega tardía, eso llegará a ser para mí el rostro de Dorian Gray. No es solo que pinte a partir de él, dibuje a partir de él o haga bocetos de él. Claro que he hecho todo eso. Pero para mí es mucho más que un modelo o alguien que posa. No voy a decirte que no esté contento con lo que he hecho de él, ni que su belleza sea de esas que el arte no puede expresar. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que la obra que he hecho desde que

conocí a Dorian Gray es buena, la mejor de mi vida. Pero, de una manera extraña —me pregunto si me entenderás—, su personalidad me ha inspirado una forma completamente nueva de hacer arte, una manera de estilo totalmente nueva. Veo las cosas de otra forma, pienso en ellas de otra forma. Ahora puedo recrear la vida de un modo que antes me estaba oculto. “Un sueño de forma en días de pensamiento”... ¿quién dice eso? No lo recuerdo; pero eso es lo que Dorian Gray ha sido para mí. La sola presencia visible de este muchacho —porque a mí me parece poco más que un muchacho, aunque en realidad ya ha pasado de los veinte—, su sola presencia visible... ¡ah! Me pregunto si puedes entender todo lo que eso significa. Sin saberlo, define para mí las líneas de una escuela nueva, una escuela que tendrá toda la pasión del espíritu romántico y toda la perfección del espíritu griego. La armonía del alma y el cuerpo... cuánto encierra eso. Nosotros, en nuestra locura, los hemos separado y hemos inventado un realismo vulgar y una idealidad vacía. ¡Harry! Si supieras lo que Dorian Gray es para mí. ¿Recuerdas aquel paisaje mío por el que Agnew me ofreció una suma enorme y del que no quise desprenderme? Es una de las mejores cosas que he hecho nunca. ¿Y por qué lo es? Porque, mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado a mi lado. De él pasó a mí una influencia sutil, y por primera vez en mi vida vi en el sencillo bosque la maravilla que siempre había buscado y que siempre se me escapaba.»

«Basil, esto es extraordinario. Tengo que conocer a Dorian Gray.»

Hallward got up from the bench and began walking back and forth across the garden. After a while he came back. “Harry,” he

said, "Dorian Gray is, quite simply, an artistic inspiration to me. You may not see anything in him. I see everything. He is never more present in my work than when no image of him appears in it. As I've already said, he suggests a new style. I find him in the curve of certain lines, in the beauty and subtlety of certain colors. That is all."

"Then why won't you exhibit his portrait?" asked Lord Henry.

"Because, without meaning to, I have put into it something of this strange artistic idolatry that, of course, I have never wanted to speak to him about. He knows nothing of it. And he never will. But the world might guess it, and I will not lay my soul bare before its shallow, prying eyes. I will not let them put my heart under their microscope. There is too much of myself in that work, Harry... too much of myself."

"Poets are not as scrupulous as you are. They know how useful passion can be when it comes to publication. These days, a broken heart can produce a great many editions."

"That is exactly why I detest them," cried Hallward. "An artist should create beautiful things, but should put nothing of his own life into them. We live in an age when people treat art as though it were meant to be a form of autobiography. We have lost the abstract sense of beauty. One day I will show the world what it is; and for that very reason, the world will never see my portrait of Dorian Gray."

"I think you are mistaken, Basil, but I am not going to argue with you. Only those who are intellectually lost argue. Tell me, is Dorian Gray very fond of you?"

The painter fell silent for a few moments, deep in thought. "He likes me," he replied after a pause. "I know he likes me. Of course, I flatter him terribly. It gives me a strange pleasure to say things to him that I know I will regret later. Most of the time, he is charming with me, and we sit in the studio talking about a thousand things. But now and then he is horribly thoughtless, and he seems to take real pleasure in hurting me. Then I feel, Harry, that I have given my whole soul to someone who treats it like a flower to wear in his buttonhole, an ornament to feed his vanity, a decoration for a summer day."

«Summer days tend to stretch out, Basil», murmured Lord Henry. «You may grow tired of him before he does of you. It is sad to think so, but there is no doubt that genius lasts longer than beauty. That is why we work so hard to over-educate ourselves. In the brutal struggle for survival, we want something that will last, and so we stuff our heads with facts and rubbish, in the foolish hope of keeping our place. The perfectly informed man: that is the modern ideal. And the mind of a perfectly informed person is a dreadful thing. It is like a junk shop, crammed with monstrosities and dust, with everything priced far above what it is worth. Even so, I think you will be the first to tire. One day you will look at your friend and think he seems a little out of focus, or you will dislike the tone of his colouring, or something else of that kind. Deep down, you will bitterly resent him and seriously begin to think he has treated you very badly. The next time he comes to see you, you will be completely cool and indifferent. It will be a real pity, because it will change you. What you have told me is quite a romance—one might call it a romance of art—and the worst thing about any romance is that

it leaves one so unromantic.»

«Harry, do not speak like that. As long as I live, Dorian Gray's personality will rule me. You cannot feel what I feel. You change too often.»

—Ah, mi querido Basil, precisamente por eso puedo sentirlo. Los fieles solo conocen la parte superficial del amor; son los infieles quienes conocen sus tragedias.— Lord Henry hizo saltar una cerilla sobre una fina pitillera de plata y empezó a fumar un cigarrillo con un aire satisfecho, seguro de sí mismo, como si hubiera resumido el mundo en una sola frase. Entre las hojas verdes y brillantes de la hiedra se oyó el suave revoloteo de unos gorriones parlanchines, y las sombras azules de las nubes corrían sobre la hierba como golondrinas. Qué agradable era estar en el jardín. Y qué deliciosas eran las emociones ajenas. A él le parecían mucho más deliciosas que las ideas ajenas. La propia alma y las pasiones de los amigos: eso era lo que hacía fascinante la vida. Con silenciosa diversión, imaginó el aburrido almuerzo al que había faltado por quedarse tanto tiempo con Basil Hallward. Si hubiera ido a casa de su tía, sin duda se habría encontrado allí con lord Goodbody, y toda la conversación habría girado en torno a alimentar a los pobres y a la necesidad de construir viviendas modelo. Cada clase social habría predicado la importancia de virtudes que no tenía que practicar en su propia vida. Los ricos habrían hablado del valor del ahorro, y los ociosos se habrían puesto a hablar con elocuencia sobre la dignidad del trabajo. Qué encantador haber escapado de todo eso. Mientras pensaba en su tía, de pronto se le ocurrió algo. Se volvió hacia Hallward y dijo: —Querido amigo, acabo de acordarme de una cosa.—

—¿De qué te has acordado, Harry?—

—De dónde había oído el nombre de Dorian Gray.—

—¿Dónde fue?— preguntó Hallward, frunciendo un poco el ceño.

—No pongas esa cara de enfado, Basil. Fue en casa de mi tía, lady Agatha. Me dijo que había descubierto a un joven maravilloso que iba a ayudarla en el East End y que se llamaba Dorian Gray. Debo decir que nunca me comentó que fuera guapo. Las mujeres no saben apreciar la buena apariencia; al menos, las mujeres buenas no. Dijo que era muy serio y que tenía una naturaleza hermosa. Yo me lo imaginé enseguida como una criatura con gafas y el pelo lacio, llena de pecas y caminando con unos pies enormes. Ojalá hubiera sabido que era amigo tuyo.—

—Me alegro muchísimo de que no lo supieras, Harry.—

—¿Por qué?—

—No quiero que lo conozcas.—

—¿No quieres que lo conozca?—

—No.—

—Señor Dorian Gray está en el estudio, señor —dijo el mayordomo al salir al jardín.

—Tienes que presentármelo ahora mismo —dijo Lord Henry entre risas.

El pintor se volvió hacia su criado, que seguía allí, parpadeando bajo la luz del sol. —Dígale al señor Gray que espere, Parker;

entraré en unos momentos. El hombre hizo una reverencia y se alejó por el sendero.

Luego miró a Lord Henry. —Dorian Gray es mi mejor amigo —dijo—. Tiene una naturaleza simple y hermosa. Tu tía tenía toda la razón sobre él. No lo arruines. No intentes influir en él. Tu influencia sería mala. El mundo es enorme y está lleno de personas maravillosas. No me quites a la única persona que le da a mi arte todo el encanto que tiene: mi vida como artista depende de él. Recuérdalo, Harry, confío en ti. Hablaba muy despacio, y las palabras parecían salir de él casi contra su voluntad.

—¡Qué tonterías estás diciendo! —respondió Lord Henry con una sonrisa; y, tomándolo del brazo, casi lo llevó al interior de la casa.

CAPÍTULO II

Al entrar, vieron a Dorian Gray. Estaba sentado al piano, de espaldas a ellos, pasando las páginas de un volumen de las «Escenas del bosque» de Schumann. —Tienes que prestármelas, Basil —exclamó—. Quiero aprenderlas. Son absolutamente encantadoras.

—Eso depende por completo de cómo poses hoy, Dorian.

—Oh, estoy harto de posar, y no quiero un retrato mío de cuerpo entero —respondió el muchacho, girándose en el taburete del piano con un gesto caprichoso y malhumorado. Cuando vio a Lord Henry, un leve rubor le cubrió las mejillas por un instante y se puso de pie de un salto. —Perdóname, Basil, no sabía que estabas con alguien.

—Este es Lord Henry Wotton, Dorian, un viejo amigo mío de Oxford. Acabo de decirle lo magnífico modelo que eras, y ahora lo has echado a perder.

—No has arruinado en absoluto el placer de conocerte, señor Gray —dijo Lord Henry, dando un paso al frente y tendiéndole la mano—. Mi tía me ha hablado muchas veces de ti. Eres uno de sus favoritos y, me temo, también una de sus víctimas.

—Lady Agatha has me on her blacklist right now —respondió Dorian con una expresión de arrepentimiento cómico—. Le prometí que iría con ella a un club de Whitechapel el martes pasado, y se me olvidó por completo. Íbamos a tocar un dúo juntos... o tres dúos, creo. No sé qué me dirá. Me da demasiado miedo ir a verla.

—Oh, yo haré las paces con mi tía de tu parte. Te adora. Y no creo que de verdad importara que no estuvieras allí. Seguramente el público pensó que era un dúo. Cuando la tía Agatha se sienta al piano, hace ruido suficiente por dos personas.

—Eso es muy cruel con ella, y no muy amable conmigo
—contestó Dorian entre risas.

Lord Henry lo miró. Sí, sin duda era extraordinariamente guapo, con aquellos labios escarlata de curva perfecta, sus ojos azules y sinceros, y su cabello dorado y rizado. Había algo en su rostro que hacía que uno confiara en él de inmediato. En él estaban toda la franqueza de la juventud y también toda su pureza apasionada. Daba la impresión de haber permanecido intacto, sin mancha, frente al mundo. No era extraño que Basil Hallward lo adorara.

—Es usted demasiado encantador para dedicarse a la filantropía, señor Gray; demasiado encantador. —Lord Henry se dejó caer en el diván y abrió su pitillera.

El pintor había estado ocupado mezclando los colores y preparando los pinceles. Parecía inquieto y, al oír la última observación de Lord Henry, lo miró, vaciló un momento y luego dijo—: Harry, quiero terminar este cuadro hoy. ¿Te parecería muy descortés por mi parte pedirte que te fueras?

Lord Henry sonrió y miró a Dorian Gray.—¿Quiere que me vaya, señor Gray? —preguntó.

—Oh, por favor, no se vaya, Lord Henry. Veo que Basil está en uno de sus humores sombríos, y no lo soporto cuando se pone

así. Además, quiero que me explique por qué no debería dedicarme a la filantropía.

—No sé si voy a explicárselo, señor Gray. Es un tema tan aburrido que habría que hablar de él seriamente. Pero desde luego no pienso irme ahora que me ha pedido que me quede. En realidad no te importa, ¿verdad, Basil? Muchas veces me has dicho que te gustaba que tus modelos tuvieran a alguien con quien conversar.

Hallward se mordió el labio.—Si Dorian lo desea, por supuesto debes quedarte. Los caprichos de Dorian son ley para todo el mundo, excepto para él mismo.

Lord Henry picked up his hat and gloves. "You're very insistent, Basil, but I'm afraid I have to go. I'm meeting a man at the Orleans. Goodbye, Mr. Gray. Come and see me one afternoon in Curzon Street. I'm almost always at home at five. Write and let me know when you're coming. I'd be sorry to miss you."

"Basil," cried Dorian Gray, "if Lord Henry Wotton goes, I'm going too. You never say a word while you're painting, and it's terribly dull standing on a platform trying to look pleasant. Ask him to stay. I insist."

"Stay, Harry, for Dorian's sake and for mine," said Hallward, without taking his eyes off the picture. "It's true, I never talk when I'm working, and I don't listen either, and it must be terribly boring for my poor sitters. Please stay."

"And what about the man I'm supposed to meet at the Orleans?"

The painter laughed. "I don't think that will be a problem. Sit down again, Harry. And now, Dorian, get back on the platform

and don't move too much, and don't pay any attention to what Lord Henry says. He has a dreadful influence on all his friends, with me as the only exception."

Dorian Gray stepped onto the platform with the air of a young Greek martyr and gave Lord Henry a slight look of annoyance, though he had already begun to like him quite a lot. He was so different from Basil. The contrast between them was delightful. And he had a beautiful voice. After a moment, Dorian said to him, "Do you really have such a bad influence, Lord Henry? As bad as Basil says?"

"There is no such thing as a good influence, Mr. Gray. Every influence is immoral—immoral from the scientific point of view."

"Why?"

«Influir en otra persona es entregarle tu propia alma. Esa persona deja de pensar sus propios pensamientos y de arder con sus pasiones verdaderas. Sus virtudes ya no le pertenecen. Sus pecados, si es que los pecados existen, son prestados. Se convierte en el eco de la música de otro, en el actor de un papel que no fue escrito para él. El propósito de la vida es desarrollarse a uno mismo. Realizar por completo la propia naturaleza: para eso estamos todos aquí. Hoy la gente se tiene miedo a sí misma. Ha olvidado el más alto de todos los deberes: el deber que cada uno tiene consigo mismo. Claro que son caritativos. Dan de comer al hambriento y visten al mendigo. Pero sus propias almas pasan hambre y están desnudas. El valor ha desaparecido de nuestra raza. Quizá, en realidad, nunca lo tuvimos. El miedo a la sociedad, que es la base de la moral, y el miedo a Dios, que es el secreto de la religión: esas

son las dos cosas que nos gobiernan. Y, sin embargo...»

«Vuelve un poco más la cabeza hacia la derecha, Dorian, como un buen chico», dijo el pintor, absorto en su trabajo y solo consciente de que en el rostro del muchacho había aparecido una expresión que nunca antes había visto.

—Y, aun así —continuó lord Henry con su voz baja y musical, haciendo ese elegante gesto de la mano tan característico en él, que ya tenía en sus días de Eton—, creo que si un hombre viviera su vida de manera plena y total, si diera forma a cada sentimiento, expresión a cada pensamiento y realidad a cada sueño, el mundo recibiría un impulso de alegría tan nuevo que olvidaríamos todas las dolencias del medievalismo y volveríamos al ideal helénico; o quizá a algo todavía más refinado y más rico que el ideal helénico. Pero hasta el más valiente de nosotros se teme a sí mismo. La mutilación del salvaje sobrevive trágicamente en la abnegación que arruina nuestras vidas. Se nos castiga por todo lo que reprimimos. Cada impulso que intentamos ahogar se queda escondido en la mente y acaba envenenándonos. El cuerpo peca una vez y con eso termina su pecado, porque la acción es una forma de purificación. Después no queda más que el recuerdo de un placer o el lujo del arrepentimiento. La única manera de librarse de una tentación es ceder a ella. Resístete, y tu alma enfermará de deseo por las cosas que se ha negado a sí misma, por aquello que sus leyes monstruosas han vuelto monstruoso e ilícito. Se ha dicho que los grandes acontecimientos del mundo ocurren en el cerebro. También es en el cerebro, y solo en el cerebro, donde se cometen los grandes pecados del mundo. Usted, señor Gray, usted mismo, con su juventud roja como una

rosa y su niñez blanca como una rosa, ha tenido pasiones que le han asustado, pensamientos que le han llenado de terror, fantasías y sueños nocturnos cuyo simple recuerdo podría teñirle las mejillas de vergüenza...

—¡Pare! —balbuceó Dorian Gray—. ¡Pare! Me confunde. No sé qué decir. Debe de haber alguna respuesta a lo que dice, pero no consigo encontrarla. No hable. Déjeme pensar. O, mejor dicho, déjeme intentar no pensar.

Durante casi diez minutos se quedó allí inmóvil, con los labios entreabiertos y los ojos extrañamente brillantes. Percibía de manera vaga que dentro de él estaban actuando influencias completamente nuevas. Y, sin embargo, sentía que en realidad habían surgido de él mismo. Las pocas palabras que le había dicho el amigo de Basil —palabras pronunciadas sin duda al azar y con una paradoja deliberada— habían tocado alguna cuerda secreta que nunca antes había sonado, pero que ahora sentía vibrar y latir con pulsaciones extrañas.

Music had moved him like this before. It had unsettled him many times. But music could not say things clearly. It did not create a new world within us, only another kind of chaos. Words! Mere words! How terrible they were—so precise, so vivid, so cruel. There was no escaping them. And yet they held such subtle magic. They seemed able to give solid form to what had none, and they had a music of their own, as sweet as the viola or the lute. Mere words! Was anything as real as words?

Yes; things had happened in his childhood that he had not understood. Now he understood them. All at once, life blazed before him in burning colors. It felt as though he had been

walking through fire. How had he not realized it before?

With his subtle smile, Lord Henry watched him. He knew exactly when, in psychological terms, it was best to say nothing. He was deeply interested. He was amazed by the sudden effect his words had produced, and, remembering a book he had read at sixteen—a book that had revealed much to him that he had not known before—he wondered whether Dorian Gray was going through something similar. He had done no more than loose an arrow into the air. Had it found its mark? The boy was fascinating.

Hallward went on painting with that marvelous boldness of touch that had true elegance and the perfect delicacy that, at least in art, comes only from strength. He did not notice the silence.

—Basil, I'm tired of standing —cried Dorian Gray suddenly—. I have to go out and sit in the garden. The air in here is stifling.

—My dear friend, I'm terribly sorry. When I'm painting, I can't think of anything else. But you have never posed better. You stayed perfectly still. And I've caught exactly the effect I wanted: the parted lips and that brightness in your eyes. I don't know what Harry has been saying to you, but he has certainly managed to give you a wonderful expression. I suppose he has been paying you compliments. You must not believe a word he says.

—He certainly hasn't been paying me compliments. Perhaps that is why I don't believe anything he has told me.

—Sabes perfectamente que te crees cualquier cosa —dijo Lord Henry, mirándolo con sus ojos soñadores y lánguidos—. Voy a salir contigo al jardín. En el estudio hace un calor insoportable. Basil, tomemos algo frío, con fresas.

—Por supuesto, Harry. Solo toca el timbre y, cuando venga Parker, le diré lo que quieres. Tengo que trabajar en este fondo, así que me reuniré contigo más tarde. No entretengas a Dorian demasiado tiempo. Hoy estoy en mi mejor momento para pintar. Esto va a ser mi obra maestra. De hecho, ya lo es, tal como está.

Lord Henry salió al jardín y encontró a Dorian Gray con el rostro hundido en las grandes y frescas flores de lila, respirando su perfume con avidez, como si fuera vino. Se acercó y le puso una mano en el hombro.—Haces muy bien —murmuró—. Nada puede curar el alma salvo los sentidos, del mismo modo que nada puede curar los sentidos salvo el alma.

El muchacho se sobresaltó y se apartó. Iba sin sombrero, y las hojas le habían revuelto sus rizos rebeldes, enredando todos sus hilos dorados. En sus ojos había una expresión de miedo, como la de alguien que despierta de golpe. Sus finas aletas nasales temblaron, y algún nervio oculto hizo estremecer el rojo de sus labios, dejándolos temblorosos.

—Sí —continuó Lord Henry—, ese es uno de los grandes secretos de la vida: curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma. Eres una criatura maravillosa. Sabes más de lo que crees, igual que sabes menos de lo que te gustaría saber.

Dorian Gray frunció el ceño y volvió la cabeza. No podía evitar sentirse atraído por aquel joven alto y elegante que estaba a su lado. Le intrigaban su rostro moreno y romántico, y su expresión cansada. Había algo absolutamente fascinante en su voz baja y lánguida. Incluso sus manos frescas y blancas, como flores, tenían un encanto extraño. Mientras hablaba, se movían como música y parecían tener un lenguaje propio. Pero Dorian le tenía miedo, y le avergonzaba sentirlo. ¿Por qué había tenido que ser un desconocido quien le revelara su propio ser? Conocía a Basil Hallward desde hacía meses, pero su amistad nunca lo había cambiado. Y de pronto se había cruzado en su vida alguien que parecía haberle descubierto el misterio de la existencia. Y aun así, ¿qué tenía que temer? No era un colegial ni una chica. Era absurdo tener miedo.

—Let's sit in the shade —said Lord Henry—. Parker has brought out the drinks, and if you stay any longer in this glare, you'll be completely ruined, and Basil will never paint you again. You really mustn't let yourself get sunburned. It wouldn't suit you.

—What does it matter? —cried Dorian Gray, laughing as he sat down on the bench at the back of the garden.

—It ought to matter to you more than anything, Mr. Gray.

—Why?

—Because you have wonderfully beautiful youth, and youth is the only thing worth having.

—I don't feel that way, Lord Henry.

«No, you don't feel it now. One day, when you are old, wrinkled, and ugly, when thought has lined your forehead and passion

has scorched your lips with its terrible fires, you will feel it—feel it deeply. Right now, wherever you go, you enchant the world. Will that always be so? ... You have an extraordinarily beautiful face, Mr. Gray. Don't frown. You do. And beauty is a kind of genius—more than genius, really, because it needs no explanation. It is one of the great facts of the world, like sunlight, or spring, or the reflection in dark water of that silver shell we call the moon. It cannot be argued with. It has a divine right to rule. It makes princes of those who possess it. Are you smiling? Ah! When you have lost it, you will not smile.... People sometimes say that beauty is only superficial. Perhaps it is. But at least it is not as superficial as thought. To me, beauty is the wonder of wonders. Only shallow people do not judge by appearances. The true mystery of the world is the visible, not the invisible.... Yes, Mr. Gray, the gods have been generous to you. But what the gods give, they quickly take away. You have only a few years in which to live truly, fully, and perfectly. When your youth goes, your beauty will go with it, and then you will suddenly discover that no triumphs remain for you. Or else you will have to be satisfied with those petty triumphs that the memory of your past will make more bitter than defeats. Every month as it passes and fades brings you closer to something dreadful. Time is jealous of you and wages war against your lilies and roses. You will grow sallow, your cheeks will hollow, and your eyes will lose their brightness. You will suffer terribly.... Ah! Make use of your youth while you have it. Do not waste the gold of your days listening to the tedious, trying to improve the hopeless failure, or giving your life to the ignorant, the vulgar, and the ordinary. Those are the unhealthy aims, the false ideals, of our age. Live! Live the wonderful life within you!

Let nothing pass you by. Always seek new sensations. Be afraid of nothing.... A new hedonism: that is what our century needs. You could be its visible symbol. With your personality, there is nothing you could not do. For a time, the world belongs to you.... The moment I met you, I saw that you had no real sense of what you truly are, or of what you truly might become. There was so much in you that fascinated me that I felt I had to tell you something about yourself. I kept thinking how tragic it would be if you were wasted. Because your youth will last so little..., such a short time. Ordinary wildflowers wither, but they bloom again. The laburnum will be as yellow next June as it is now. In a month, the clematis will have purple stars, and year after year the green night of its leaves will hold those purple stars. But we never recover our youth. The pulse of joy that beats in us at twenty grows slow. Our limbs fail us, our senses decay. We become dreadful puppets, haunted by the memory of passions we were too afraid to pursue and exquisite temptations we did not dare surrender to. Youth! Youth! There is absolutely nothing in the world but youth!»

Dorian Gray listened with wide eyes, astonished. The spray of lilacs slipped from his hand onto the gravel. A furry bee came buzzing over and hovered around it for a moment. Then it began to climb over the oval, star-shaped cluster of tiny flowers. He watched it with that peculiar fascination for trivial things that we try to summon when what truly matters frightens us, or when a new emotion shakes us and we cannot find words for it, or when some terrifying thought suddenly storms the mind and demands surrender. After a while, the bee flew off. He watched it crawl into the veined trumpet of a Tyrian-colored

convolvulus. The flower seemed to tremble, then swayed gently back and forth.

Suddenly, the painter appeared in the studio doorway and beckoned them in with quick, abrupt gestures. They looked at each other and smiled.

"I'm waiting," he shouted. "Come in. The light is perfect, and you can bring your drinks."

They got up and walked down the path together. Two green-and-white butterflies fluttered beside them, and in the pear tree at the corner of the garden, a thrush began to sing.

"You're glad you met me, Mr. Gray," said Lord Henry, watching him.

"Yes, I'm glad now. I wonder whether I always will be."

"Always! It's a dreadful word. I shudder every time I hear it. Women love to use it. They ruin every romance by trying to make it last forever. Besides, it means nothing. The only difference between a whim and a lifelong passion is that the whim lasts a little longer."

As they went into the studio, Dorian Gray laid his hand on Lord Henry's arm. "In that case, let our friendship be a whim," he murmured, blushing at his own boldness. Then he stepped up onto the platform and resumed his pose.

Lord Henry dropped into a large wicker armchair and kept his eyes on him. The sweep and tap of the brush against the canvas was the only sound that broke the silence, except when Hallward now and then stepped back to study his work from a

distance. In the slanting beams that came through the open door, dust danced and looked like gold. The rich scent of the roses seemed to hang over everything.

After about fifteen minutes, Hallward stopped painting. He looked at Dorian Gray for a long time, then at the portrait for another long moment, biting the tip of one of his large brushes and frowning. "It is quite finished," he said at last. Then he bent down and wrote his name in long vermilion letters in the left corner of the canvas.

Lord Henry stepped forward and studied the picture. It was, without question, a magnificent work of art, and the likeness was extraordinary as well.

"My dear friend, I congratulate you with all my heart," he said. "It is the finest portrait of modern times. Mr. Gray, come over and look at yourself."

The boy started, as though someone had woken him from a dream.

"Is it really finished?" he murmured as he stepped down from the platform.

"Completely finished," said the painter. "And you posed wonderfully today. I am very grateful to you."

"That is entirely due to me," Lord Henry cut in. "Isn't that so, Mr. Gray?"

Dorian did not answer. He drifted past his portrait with an air of indifference and then turned to face it. The moment he saw it, he drew back, and for an instant his cheeks flushed with

pleasure. A look of joy came into his eyes, as if he were recognizing himself for the first time. He stood there, motionless and amazed, dimly aware that Hallward was speaking to him but not taking in the meaning of his words. The awareness of his own beauty came over him like a revelation. He had never truly felt it before. Basil Hallward's compliments had seemed to him nothing more than charming exaggerations born of friendship. He had listened to them, laughed at them, and forgotten them. They had not shaped his character. Then Lord Henry Wotton had arrived with his strange praise of youth and his terrible warning about how brief it is. That had stirred him at the time, and now, as he looked at the shadow of his own loveliness, the full truth of it struck him all at once. Yes, the day would come when his face would be lined and withered, his eyes dull and colorless, the grace of his figure broken and misshapen. The scarlet would fade from his lips, and gold would take possession of his hair. The life that was to shape his soul would ruin his body. He would become dreadful, hideous, and coarse.

Al pensarlo, sintió una punzada aguda, como una cuchillada, y cada fibra delicada de su ser se estremeció. Sus ojos se oscurecieron hasta tomar un tono amatista, y una bruma de lágrimas los cubrió. Sintió como si una mano de hielo se hubiera posado sobre su corazón.

—¿No te gusta? —exclamó al fin Hallward, un poco herido por el silencio del muchacho, sin entender qué quería decir.

—Claro que le gusta —dijo lord Henry—. ¿A quién no le gustaría? Es una de las grandes obras del arte moderno. Te daré lo que me pidas por él. Tengo que quedármelo.

—No es mío, Harry.

—¿Y de quién es?

—De Dorian, por supuesto —respondió el pintor.

—Es un hombre con mucha suerte.

—Qué triste es —murmuró Dorian Gray, sin apartar la vista de su propio retrato—. Qué triste es. Yo envejeceré y me volveré horrible, espantoso. Pero este cuadro seguirá siendo siempre joven. Nunca tendrá más edad que este día de junio... ¡Si fuera al revés! ¡Si fuera yo quien se quedara siempre joven y el cuadro el que envejeciera! Por eso..., por eso lo daría todo. Sí, no hay nada en el mundo que no diera. ¡Daría mi alma por eso!

—No creo que te gustara mucho un trato así, Basil —dijo lord Henry entre risas—. Sería bastante duro para tu obra.

—Me opondría con todas mis fuerzas, Harry —dijo Hallward.

Dorian Gray se volvió hacia él y lo miró. —Estoy seguro de que sí, Basil. Quieres más a tu arte que a tus amigos. Para ti no soy más que una figura de bronce verde. Probablemente, ni siquiera tanto.

El pintor lo miró fijamente, atónito. No era propio de Dorian hablar así. ¿Qué había pasado? Parecía de verdad enfadado. Tenía el rostro encendido y las mejillas ardiendo.

—Sí —continuó—, para ti valgo menos que tu Hermes de marfil o tu Fauno de plata. A ellos los apreciarás siempre. ¿Cuánto tiempo me apreciarás a mí? Supongo que hasta que me salga la primera arruga. Ahora ya lo sé: cuando uno pierde la belleza, sea cual sea, lo pierde todo. Tu cuadro me lo ha enseñado. Lord

Henry Wotton tiene toda la razón. La juventud es lo único que vale la pena tener. Cuando descubra que estoy envejeciendo, me mataré.

Hallward went pale and took his hand. "Dorian! Dorian!" he cried. "Don't talk like that. I've never had a friend like you, and I never will again. You're not going to be jealous of material things, are you—you, who are worth more than any of them?"

"I'm jealous of everything whose beauty doesn't die. I'm jealous of the portrait you've painted of me. Why should it keep what I'm doomed to lose? Every moment that passes takes something from me and gives it to him. Ah, if only it were the other way around! If only the picture could change, and I could stay forever as I am now! Why did you paint it? One day it will mock me... it will mock me horribly!" Hot tears filled his eyes; he pulled his hand away and dropped onto the divan, burying his face in the cushions as if he were praying.

"This is your fault, Harry," said the painter bitterly.

Lord Henry shrugged. "It's the real Dorian Gray, that's all."

"No, it isn't."

"If it isn't, what does that have to do with me?"

"You should have left when I asked you to," he murmured.

"I stayed when you asked me to," Lord Henry replied.

"Harry, I can't quarrel with my two best friends at the same time, but between you, you've made me hate the finest thing I've ever done in my life, and I'm going to destroy it. After all, what is it but canvas and paint? I won't let it come between the three of

us and ruin our lives."

Dorian Gray lifted his golden head from the cushion and looked at him, his face pale and his eyes swollen with tears, as he walked over to the white wooden painting table beneath the tall curtained window. What was he doing there? His fingers moved through the clutter of tin tubes and dried brushes, searching for something. Yes—it was the long palette knife, with its thin, flexible steel blade. At last he had found it. He was going to slash the canvas.

With a choked sob, the boy sprang from the divan and ran to Hallward, snatched the knife from his hand, and flung it to the far end of the studio. "No, Basil, no!" he cried. "That would be murder!"

"I'm glad you finally appreciate my work, Dorian," said the painter coldly, once he had recovered from his surprise. "I never thought you would."

—¿Apreciarlo? Estoy enamorado de él, Basil. Es parte de mí. Así lo siento.

—Bueno, en cuanto se seque, lo barnizarán, lo enmarcarán y lo enviarán a tu casa. Después podrás hacer con él lo que quieras.

—Cruzó la habitación y tocó la campanilla para que sirvieran el té—. Tomarás té, claro, ¿verdad, Dorian? Y tú también, Harry. ¿O te molestan placeres tan simples?

—Adoro los placeres simples —dijo lord Henry—. Son el último refugio de las personas complicadas. Pero no me gustan las escenas, excepto en el teatro. ¡Qué absurdos sois los dos! Me pregunto quién fue el que definió al hombre como un animal

racional. Debe de ser la definición más prematura que se haya dado nunca. El hombre es muchas cosas, pero racional no. Y me alegro de que no lo sea, la verdad, aunque preferiría que no os pelearais por el cuadro. Harías mucho mejor en dármelo a mí, Basil. Este chico tonto en realidad no lo quiere, y yo sí.

—¡Si se lo das a cualquier otro que no sea yo, Basil, no te lo perdonaré jamás! —exclamó Dorian Gray—. Y no permito que nadie me llame chico tonto.

—Sabes que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo regalé incluso antes de que existiera.

—Y tú sabes que has sido un poco tonto, señor Gray, y que en realidad no te molesta que te recuerden que eres extremadamente joven.

—Esta mañana me habría molestado muchísimo, lord Henry.

—¡Ah, esta mañana! Desde entonces has vivido.

Llamaron a la puerta y entró el mayordomo con una bandeja de té bien surtida, que dejó sobre una mesita japonesa. Las tazas y los platillos tintinearón, y una tetera georgiana acanalada empezó a silbar. Un paje trajo dos fuentes de porcelana con forma de globo. Dorian Gray se acercó y sirvió el té. Los otros dos fueron hacia la mesa con aire indolente y miraron lo que había bajo las tapaderas.

—Vayamos al teatro esta noche —dijo lord Henry—. Seguro que en algún sitio dan algo. He prometido cenar en White's, pero es solo con un viejo amigo, así que puedo mandarle un telegrama diciendo que estoy enfermo o que no puedo ir por un compromiso que surgió después. Creo que sería una excusa

bastante buena: tendría toda la sorpresa de la franqueza.

—Es un fastidio tener que ponerse ropa de etiqueta —murmuró Hallward—. Y, una vez puesta, es espantosa.

—Sí —respondió Lord Henry, con aire soñador—. La ropa del siglo XIX es espantosa. Es tan oscura, tan deprimente. El pecado es el único toque de color verdadero que le queda a la vida moderna.

—De verdad no deberías decir esas cosas delante de Dorian, Harry.

—¿Delante de cuál de los dos Dorian? ¿Del que nos está sirviendo el té o del que está en el cuadro?

—De cualquiera de los dos.

—Me gustaría ir al teatro con usted, Lord Henry —dijo el muchacho.

—Entonces vendrás; y tú también, Basil, ¿no?

—No puedo, de verdad. Prefiero no ir. Tengo mucho trabajo.

—Bueno, entonces iremos solos usted y yo, señor Gray.

—Me encantaría.

El pintor se mordió el labio y, con la taza en la mano, se acercó al cuadro. —Yo me quedaré con el Dorian real —dijo con tristeza.

—¿Ese es el Dorian real? —exclamó el original del retrato, acercándose con paso tranquilo—. ¿De verdad soy así?

—Sí; eres exactamente así.

—¡Qué maravilla, Basil!

—Al menos te pareces a él por fuera. Pero eso nunca cambiará —suspiró Hallward—. Y eso ya es algo.

—¡Qué escándalo hace la gente con la fidelidad! —exclamó Lord Henry—. Incluso en el amor, no es más que una cuestión de fisiología. No tiene nada que ver con la voluntad. Los jóvenes quieren ser fieles y no lo son; los viejos quieren ser infieles y no pueden. Eso es todo lo que hay que decir.

—No vayas al teatro esta noche, Dorian —dijo Hallward—. Quédate y cena conmigo.

—No puedo, Basil.

—¿Por qué?

—Porque le he prometido a Lord Henry Wotton que iré con él.

—No te va a apreciar más por cumplir tus promesas. Él siempre rompe las suyas. Te ruego que no vayas.

Dorian Gray se rio y negó con la cabeza.

—Te lo suplico.

El muchacho vaciló y miró hacia Lord Henry, que los observaba desde la mesa del té con una sonrisa divertida.

—Tengo que ir, Basil —respondió.

—Muy bien —dijo Hallward. Se acercó a dejar la taza en la bandeja—. Ya es bastante tarde y, como tienes que vestirte, será mejor que no pierdas tiempo. Adiós, Harry. Adiós, Dorian. Venid a verme pronto. Ven mañana.

—Claro.

—¿No se te olvidará?

—No, claro que no —dijo Dorian.

—Y... ¡Harry!

—¿Sí, Basil?

—Recuerda lo que te pedí esta mañana, cuando estábamos en el jardín.

—Se me ha olvidado.

—Confío en ti.

—Ojalá pudiera confiar en mí mismo —dijo lord Henry entre risas—. Vamos, señor Gray. Mi coche de alquiler está fuera y puedo llevarle a su casa. Adiós, Basil. Ha sido una tarde realmente interesante.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el pintor se dejó caer en un sofá. Una expresión de dolor le cruzó el rostro.

CAPÍTULO III

The next day at half past twelve, Lord Henry Wotton strolled from Curzon Street to the Albany to visit his uncle, Lord Fermor, a kindly old bachelor with somewhat rough manners. The outside world thought him selfish, because no one ever got any special advantage from him. Society, however, considered him generous, since he fed the people who amused him. His father had been our ambassador in Madrid when Isabella was young and Prim had not even been thought of, but he had given up diplomacy in a fit of bad temper when he was not offered the embassy in Paris—a post he believed he fully deserved because of his birth, his laziness, the good English of his dispatches, and his excessive love of pleasure. The son, who had been his father's secretary, resigned with him, which was widely considered rather foolish at the time. Then, a few months later, when he inherited the title, he devoted himself in earnest to the great aristocratic art of doing absolutely nothing. He had two large town houses, but preferred living in chambers because it involved less trouble, and he ate most of his meals at his club. He gave some attention to managing his coal mines in the Midland counties, and explained away that stain of industry by saying that the only advantage of owning coal was that it allowed a gentleman the decency of burning wood in his own fireplace. In politics he was a Tory, except when the Tories were in power; then he abused them freely and called them a pack of Radicals. He was a hero to his valet, who bossed him about, and a terror to most of his relatives, whom he in turn bossed about. Only England could have produced him, and he

was always saying that the country was going to ruin. His principles were out of date, but there was still a good deal to be said for his prejudices.

When Lord Henry entered the room, he found his uncle sitting in a rough shooting-coat, smoking a cigar and grumbling over The Times. "Well, Harry," said the old gentleman, "what brings you here so early? I thought you dandies never got up before two and were never seen before five."

"Pure family affection, I assure you, Uncle George. I want to get something out of you."

"Money, I suppose," said Lord Fermor, making a face. "Well, sit down and tell me all about it. Young people nowadays imagine that money is everything."

—Sí —murmuró lord Henry, ajustándose la flor del ojal en la solapa—. Y cuando la gente se hace mayor, lo aprende. Pero yo no quiero dinero. Solo lo quieren quienes pagan sus cuentas, tío George, y yo nunca pago las mías. El crédito es el capital de un hijo segundón, y se vive encantadoramente de él. Además, siempre trato con los comerciantes de Dartmoor, así que nunca me molestan. Lo que yo quiero es información; información útil, desde luego, no: información inútil.

—Bueno, puedo contarte cualquier cosa que salga en un Blue Book inglés, Harry, aunque hoy en día esa gente escribe muchísimas tonterías. Cuando yo estaba en el cuerpo diplomático, las cosas eran mucho mejores. Pero he oído que ahora dejan entrar por examen. ¿Qué se puede esperar? Los exámenes, señor, son una farsa de principio a fin. Si un hombre es un caballero, ya sabe más que suficiente; y si no lo es, todo

lo que sepa solo lo perjudica.

—El señor Dorian Gray no aparece en los Blue Books, tío George —dijo lord Henry con desgana.

—¿El señor Dorian Gray? ¿Quién es? —preguntó lord Fermor, frunciendo sus espesas cejas blancas.

—Eso es exactamente lo que he venido a averiguar, tío George. O mejor dicho, sé quién es. Es el nieto del difunto lord Kelso. Su madre era una Devereux, lady Margaret Devereux. Quiero que me hables de su madre. ¿Cómo era? ¿Con quién se casó? Tú conociste a casi todo el mundo en tu tiempo, así que es posible que la conocieras. En este momento, el señor Gray me interesa muchísimo. Acabo de conocerlo.

—¡El nieto de Kelso! —repitió el anciano—. ¡El nieto de Kelso!... Claro. Conocí muy bien a su madre. Creo que hasta estuve en su bautizo. Margaret Devereux era una joven extraordinariamente hermosa, y volvió locos a todos los hombres cuando se fugó con un muchacho sin un céntimo: un don nadie, señor, un subalterno de un regimiento de infantería o algo parecido. Sí, sí. Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer. Al pobre hombre lo mataron en un duelo en Spa pocos meses después de la boda. Hubo una historia bastante turbia detrás. Decían que Kelso había pagado a un aventurero miserable, a un bruto belga, para que insultara en público a su yerno; le pagó, señor, le pagó. Y aquel tipo atravesó a su hombre como si fuera una paloma. El asunto se encubrió, pero, por mi vida, durante una buena temporada Kelso tuvo que comerse la chuleta solo en el club. Según me contaron, se llevó de vuelta a su hija, y ella no volvió a hablarle. Oh, sí; fue un

asunto espantoso. La muchacha también murió, al cabo de un año. Así que dejó un hijo, ¿eh? Lo había olvidado. ¿Qué clase de chico es? Si se parece a su madre, debe de ser un muchacho muy apuesto.

—Es muy apuesto —admitió lord Henry.

—Espero que caiga en buenas manos —continuó el anciano—. Debería tener una buena fortuna esperándolo, si Kelso hizo lo correcto con él. Su madre también tenía dinero. Toda la propiedad de los Selby pasó a ella por su abuelo. Su abuelo odiaba a Kelso; lo consideraba un canalla despreciable. Y lo era. Fue una vez a Madrid cuando yo estaba allí. Por Dios, me avergoncé de él. La reina solía preguntarme por el noble inglés que siempre estaba discutiendo con los cocheros por el precio de la carrera. Se armó toda una historia con aquello. No me atreví a dejarme ver en la Corte durante un mes. Espero que tratara mejor a su nieto de lo que trataba a los cocheros.

—No lo sé —respondió lord Henry—. Supongo que el chico estará bien situado. Aún no ha alcanzado la mayoría de edad. Tiene Selby, eso sí lo sé. Él mismo me lo dijo. Y... ¿su madre era muy hermosa?

«Margaret Devereux was one of the most beautiful women I have ever seen in my life, Harry. I have never been able to understand what on earth made her behave as she did. She could have married anyone she wanted. Carlington was madly in love with her. Still, she was a romantic. All the women in that family were. The men were worth very little, but, by God, the women were remarkable. Carlington went down on his knees to her. He told me so himself. She laughed at him, and at that time

there was not a single girl in London who was not chasing after him. And by the way, Harry, since we are talking about absurd marriages, what is this nonsense your father tells me about Dartmoor wanting to marry an American? Are Englishwomen not good enough for him?»

«At the moment, it is quite fashionable to marry American girls, Uncle George.»

«I would back Englishwomen against the rest of the world, Harry», said Lord Fermor, bringing his fist down on the table.

«The odds are in favor of the Americans.»

«I am told they do not last», his uncle muttered.

«A long engagement wears them out, but they are excellent at getting over obstacles. They take things in a single leap. I do not think Dartmoor stands any chance.»

«Who are her people?» the old man grumbled. «Has she any family?»

Lord Henry shook his head. «American girls are just as clever at hiding their parents as Englishwomen are at hiding their past», he said, getting up to leave.

«Pork-packers, I suppose.»

«I hope so, Uncle George, for Dartmoor's sake. I am told pork-packing is the most profitable business in America, after politics.»

«Is she pretty?»

«She behaves as if she were. Most American women do. That is the secret of their charm.»

«Why can those American women not stay in their own country? They are always telling us it is a paradise for women.»

«It is. That is exactly why, like Eve, they are so absurdly eager to get out of it», said Lord Henry. «Goodbye, Uncle George. If I stay any longer, I shall be late for lunch. Thank you for giving me the information I wanted. I always like to know everything about my new friends and nothing about my old ones.»

"Where are you having lunch, Harry?"

"At Aunt Agatha's. I invited myself, along with Mr. Gray. He's her latest favorite."

"Hm! Tell your Aunt Agatha, Harry, to stop bothering me with her charitable appeals. I've had enough of them. The good woman seems to think I have nothing better to do than sign checks for her ridiculous whims."

"All right, Uncle George, I'll tell her, but it won't do any good. Philanthropic people completely lose their sense of humanity. That's their most distinctive trait."

The old man grunted in approval and rang the bell for his servant. Lord Henry crossed the low arcade that opened onto Burlington Street and set off toward Berkeley Square.

Así era la historia del origen de Dorian Gray. Aunque se la habían contado de una manera bastante burda, la sola idea lo había conmovido por todo lo que sugería: un romance extraño, casi moderno. Una mujer hermosa arriesgándolo todo por una

pasión insensata. Unas pocas semanas de felicidad salvaje, interrumpidas por un crimen horrible y traicionero. Meses de agonía silenciosa, y luego un niño nacido entre el dolor. La madre arrancada por la muerte, el muchacho condenado a la soledad y a la tiranía de un anciano incapaz de amar. Sí, era un trasfondo fascinante. Le daba profundidad al chico; lo hacía, por decirlo así, más perfecto. Detrás de todo lo exquisito que existe hay algo trágico. Los mundos tienen que pasar por dolores de parto para que pueda abrirse hasta la flor más humilde.... Y qué encantador había estado en la cena de la noche anterior, sentado frente a él en el club, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos por un placer temeroso, mientras las pantallas rojas de las velas teñían de un rosa más intenso el asombro de su rostro. Hablar con él era como tocar un violín exquisito. Respondía a cada contacto, a cada vibración del arco.... Había algo profundamente seductor en ejercer influencia. Ninguna otra actividad se le comparaba. Proyectar el alma propia en una forma hermosa y dejarla descansar allí por un momento; oír cómo las propias ideas regresan a uno con toda la música añadida de la pasión y la juventud; transmitir el propio temperamento a otro como si fuera un fluido sutil o un perfume extraño: había en eso un placer verdadero, quizá el placer más satisfactorio que aún nos queda en una época tan estrecha y vulgar como la nuestra, una época groseramente carnal en sus placeres y groseramente vulgar en sus aspiraciones.... Aquel muchacho, además, era un ser extraordinario, ese muchacho con quien se había encontrado por una casualidad tan curiosa en el estudio de Basil; o, al menos, podía llegar a serlo. Tenía la gracia, la pureza blanca de la juventud y una belleza como la que nos han conservado los

antiguos mármoles griegos. No había nada que no pudiera hacerse con él. Podía convertirse en un Titán o en un juguete. ¡Qué lástima que una belleza así estuviera destinada a marchitarse! ... ¿Y Basil? Desde un punto de vista psicológico, qué interesante resultaba. Esa nueva manera en el arte, esa forma renovada de mirar la vida, sugerida de un modo tan extraño por la simple presencia visible de alguien que no era consciente de nada de eso; ese espíritu silencioso que habitaba en bosques sombríos y cruzaba invisible los campos abiertos, mostrándose de pronto, como una dríade y sin miedo, porque en el alma de quien la buscaba había despertado esa visión maravillosa a la que solo se revelan las cosas maravillosas; las formas y líneas sencillas de las cosas refinándose, por decirlo así, y adquiriendo una especie de valor simbólico, como si ellas mismas fueran modelos de alguna otra forma más perfecta cuya sombra volvían real: qué extraño era todo. Recordaba algo parecido en la historia. ¿No había sido Platón, ese artista del pensamiento, quien lo analizó por primera vez? ¿No había sido Buonarrotti quien lo esculpió en los mármoles coloreados de una serie de sonetos? Pero en nuestro propio siglo resultaba extraño.... Sí; intentaría ser para Dorian Gray lo que, sin saberlo, el muchacho era para el pintor que había creado aquel retrato maravilloso. Intentaría dominarlo; de hecho, ya lo había conseguido a medias. Haría suyo aquel espíritu maravilloso. Había algo fascinante en ese hijo del amor y de la muerte.

De pronto se detuvo y levantó la vista hacia las casas. Se dio cuenta de que ya había pasado la de su tía hacía bastante rato y, sonriendo para sí, se dio la vuelta. Al entrar en el vestíbulo, algo oscuro, el mayordomo le informó de que los demás ya se

habían sentado a almorzar. Le entregó el sombrero y el bastón a uno de los lacayos y entró en el comedor.

—Llegas tarde, como siempre, Harry —exclamó su tía, meneando la cabeza al verlo.

Improvisó cualquier excusa y, después de ocupar el asiento libre que había a su lado, miró alrededor para ver quiénes estaban presentes. Dorian le hizo una tímida inclinación de cabeza desde el otro extremo de la mesa, mientras un rubor de placer le subía a las mejillas. Enfrente estaba la duquesa de Harley, una dama de admirable bondad y excelente carácter, muy querida por todos los que la conocían, y de esas generosas proporciones que, en mujeres que no son duquesas, los cronistas contemporáneos describen simplemente como gordura. A su derecha se sentaba sir Thomas Burdon, diputado radical, que en la vida pública seguía a su líder y en la privada a los mejores cocineros: comía con los tories y pensaba con los liberales, siguiendo una regla sabia y bien conocida. El lugar a su izquierda lo ocupaba mister Erskine de Treadley, un caballero mayor de notable encanto y cultura que, sin embargo, había caído en el mal hábito de callar, porque, como una vez le explicó a lady Agatha, ya había dicho todo lo que tenía que decir antes de cumplir los treinta. Su vecina de mesa era la señora Vandeleur, una de las amistades más antiguas de su tía, una santa entre las mujeres, pero tan espantosamente anticuada al vestir que recordaba a un libro de himnos mal encuadernado. Por suerte para él, al otro lado de ella estaba lord Faudel, una mediocridad de mediana edad muy inteligente, tan calvo como una declaración ministerial en la Cámara de los Comunes, con quien conversaba con esa intensidad solemne

que constituye el único error imperdonable —como él mismo comentó una vez— en el que caen todas las personas realmente buenas y del que ninguna logra librarse por completo.

—Estamos hablando del pobre Dartmoor, lord Henry —dijo la duquesa, saludándolo con una amable inclinación de cabeza desde el otro lado de la mesa—. ¿De verdad cree que acabará casándose con esa joven tan fascinante?

—Creo que ella ya ha decidido pedirle matrimonio, duquesa.

—¡Qué horror! —exclamó lady Agatha—. De verdad, alguien tendría que hacer algo.

—Me han dicho, por una fuente completamente fiable, que su padre tiene una tienda de telas en América —dijo sir Thomas Burdon con aire de desprecio.

—Mi tío ya me ha propuesto entrar en el negocio del envasado de cerdo, sir Thomas.

—¡Telas! ¿Qué son las telas americanas? —preguntó la duquesa, levantando sus grandes manos con asombro y cargando el acento en el verbo.

—Novelas americanas —respondió lord Henry, sirviéndose un poco de codorniz.

La duquesa se quedó con expresión de desconcierto.

—No le hagas caso, querida —susurró lady Agatha—. Nunca quiere decir lo que dice.

—Cuando se descubrió América —dijo el diputado radical, y enseguida se puso a recitar una serie de datos soporíferos. Como les pasa a todos los que intentan agotar un tema, terminó agotando a sus oyentes. La duquesa suspiró y ejerció su privilegio de interrumpir. —¡Ojalá no la hubieran descubierto nunca! —exclamó—. La verdad es que hoy nuestras chicas no tienen ninguna oportunidad. Es de lo más injusto.

—Tal vez, después de todo, América nunca fue descubierta —dijo mister Erskine—; yo diría más bien que simplemente la detectaron.

—¡Ah, pero yo he visto ejemplares de sus habitantes! —respondió vagamente la duquesa—. Debo admitir que la mayoría son extremadamente guapos. Y además visten bien. Todos sus trajes los compran en París. Ojalá yo pudiera permitirme hacer lo mismo.

—Dicen que, cuando los buenos americanos mueren, van a París —soltó entre risas sir Thomas, que tenía un amplio guardarropa de prendas desechadas por el Humor.

—¿De verdad? ¿Y adónde van los americanos malos cuando mueren? —preguntó la duquesa.

—A América —murmuró lord Henry.

Sir Thomas frunció el ceño. —Me temo que su sobrino tiene prejuicios contra ese gran país —le dijo a lady Agatha—. Yo lo he recorrido entero en vagones puestos a mi disposición por los directores, que en estas cosas son extremadamente amables. Le aseguro que visitarlo es toda una educación.

—Pero ¿de verdad hace falta ver Chicago para instruirse?
—preguntó mister Erskine en tono lastimero—. No creo tener fuerzas para ese viaje.

Sir Thomas hizo un gesto con la mano. —Mister Erskine de Treadley tiene el mundo entero en sus estanterías. Los hombres prácticos preferimos ver las cosas por nosotros mismos, no leer sobre ellas. Los americanos son un pueblo sumamente interesante. Son completamente razonables. Creo que esa es su característica más distintiva. Sí, mister Erskine, un pueblo completamente razonable. Le aseguro que los americanos no tienen ninguna tontería.

—¡Qué horror! —exclamó lord Henry—. La fuerza bruta la tolero, pero la razón bruta es absolutamente insoportable. Hay algo injusto en usarla. Es golpear por debajo de la inteligencia.

—No le entiendo —dijo sir Thomas, poniéndose bastante rojo.

—Yo sí, lord Henry —murmuró mister Erskine con una sonrisa.

—Las paradojas están bien, hasta cierto punto... —replicó el baronet.

—¿Eso era una paradoja? —preguntó mister Erskine—. No me lo había parecido. Aunque quizá sí. En cualquier caso, el camino de las paradojas es el camino de la verdad. Para poner a prueba la realidad, hay que verla en la cuerda floja. Cuando las verdades se vuelven acróbatas, podemos juzgarlas.

—¡Dios mío! —dijo lady Agatha—, ¡cómo discutís los hombres! Estoy segura de que nunca logro entender de qué estáis hablando. ¡Ay, Harry, estoy muy disgustada contigo! ¿Por qué intentas convencer a nuestro encantador mister Dorian Gray de

que abandone el East End? Te aseguro que allí sería de un valor incalculable. Les encantaría oírle tocar.

—Yo quiero que toque para mí —exclamó lord Henry, sonriendo; levantó la vista a lo largo de la mesa y encontró una brillante mirada en respuesta.

—Pero en Whitechapel son tan desgraciados... —continuó lady Agatha.

—Puedo simpatizar con todo excepto con el sufrimiento —dijo lord Henry, encogiéndose de hombros—. Con eso no puedo. Es demasiado feo, demasiado horrible, demasiado angustioso. Hay algo terriblemente morboso en la simpatía moderna por el dolor. Uno debería simpatizar con el color, la belleza y la alegría de vivir. Cuanto menos se hable de las llagas de la vida, mejor.

—Aun así, el East End es un problema muy importante —observó sir Thomas, sacudiendo la cabeza con gravedad.

—Desde luego —respondió el joven lord—. Es el problema de la esclavitud, y tratamos de resolverlo entreteniendo a los esclavos.

El político lo miró atentamente. —Entonces, ¿qué cambio propone? —preguntó.

Lord Henry se rió. —No quiero cambiar nada en Inglaterra, salvo el clima —respondió—. La contemplación filosófica me basta por completo. Pero, ya que el siglo XIX se ha arruinado por gastar demasiada simpatía, yo sugeriría que recurriéramos a la ciencia para que nos guíe de nuevo. La ventaja de las emociones es que nos desvían, y la ventaja de la ciencia es que no tiene emociones.

—Pero tenemos responsabilidades muy serias —dijo la señora Vandeleur con timidez.

—Serísimas —repitió lady Agatha.

Lord Henry miró al señor Erskine. —La humanidad se toma demasiado en serio a sí misma. Ese es el pecado original del mundo. Si el hombre de las cavernas hubiera sabido reír, la historia habría sido distinta.

—De verdad que usted resulta muy reconfortante —dijo la duquesa—. Siempre me he sentido un poco culpable cuando venía a ver a su querida tía, porque el East End no me interesa en absoluto. A partir de ahora podré mirarla a la cara sin sonrojarme.

—Sonrojarse sienta muy bien, duquesa —comentó Lord Henry.

—Solo cuando una es joven —respondió ella—. Cuando una mujer mayor como yo se sonroja, es muy mala señal. ¡Ah, Lord Henry, ojalá me dijera cómo volver a ser joven!

Él se quedó pensativo un momento. —¿Recuerda algún gran error que cometiera en su juventud, duquesa? —preguntó, mirándola desde el otro lado de la mesa.

—Muchísimos, me temo —exclamó ella.

—Entonces comételes otra vez —dijo él con gravedad—. Para recuperar la juventud, basta con repetir las propias locuras.

—¡Qué teoría tan deliciosa! —exclamó ella—. Tendré que ponerla en práctica.

—¡Una teoría peligrosa! —dijo sir Thomas entre los labios apretados. Lady Agatha negó con la cabeza, aunque no pudo evitar divertirse. El señor Erskine escuchaba.

—Sí —continuó—, ese es uno de los grandes secretos de la vida. Hoy en día, la mayoría de la gente muere de una especie de sensatez que se les va instalando poco a poco, y descubre demasiado tarde que las únicas cosas de las que uno nunca se arrepiente son sus errores.

Una carcajada recorrió la mesa.

He toyed with the idea and grew playful with it. He tossed it into the air and reshaped it; let it slip away and caught it again. He made it shimmer with fantasy and gave it wings with paradox. As he went on, his praise of folly rose until it became a kind of philosophy, and philosophy itself seemed to grow young. Swept up in the wild music of pleasure, and one could imagine it dressed in a wine-stained robe with an ivy crown, it danced like a bacchante over the hills of life and mocked slow Silenus for being sober. Facts fled before it like frightened woodland creatures. Its white feet trod the great winepress where the wise Omar sits, until the hot juice of the grape rose around its bare limbs in waves of purple bubbles, or crept in red foam along the dark, sloping, dripping sides of the vat. It was an extraordinary improvisation. He could feel Dorian Gray's eyes fixed on him, and the knowledge that among his listeners was someone whose temperament he wanted to captivate seemed to sharpen his wit and brighten his imagination. He was dazzling, fantastical, reckless. With his charm, he drew his listeners out of themselves, and they followed his flute with

laughter. Dorian Gray never took his eyes off him for a moment. He sat as if spellbound, with smiles chasing one another across his lips and wonder deepening in his ever darker eyes.

At last, reality entered the room, dressed in the uniform of the age, in the form of a servant who came to tell the duchess that her carriage was waiting. She wrung her hands in mock despair. "How annoying!" she cried. "I have to go. I must pick up my husband at the club and take him to some absurd meeting at Willis's Rooms, where he is presiding. If I am late, he will certainly be furious, and I could not possibly make a scene in this hat. It is far too delicate. One harsh word would ruin it. No, I really must go, dear Agatha. Goodbye, Lord Henry. You are perfectly delightful and terribly demoralizing. I truly do not know what to say about your ideas. You must come dine with us one evening. Tuesday? Are you free on Tuesday?"

"For you, Duchess, I would disappoint anyone," said Lord Henry with a bow.

—¡Ah! Eso es muy amable por su parte, y muy impropio —exclamó ella—. Así que no falte. Y salió de la habitación con paso majestuoso, seguida por lady Agatha y las demás damas.

Cuando lord Henry volvió a sentarse, mister Erskine se acercó, tomó una silla a su lado y le puso una mano en el brazo.

—Habla usted de los libros de tal manera que casi los hace desaparecer —dijo—. ¿Por qué no escribe uno?

—Me gusta demasiado leer libros como para querer escribirlos, señor Erskine. Claro que me gustaría escribir una novela, una novela tan hermosa como una alfombra persa y tan irreal como

ella. Pero en Inglaterra no hay un público literario para nada que no sean periódicos, manuales y enciclopedias. De toda la gente del mundo, los ingleses son los que menos sensibilidad tienen para la belleza de la literatura.

—Me temo que tiene usted razón —respondió el señor Erskine—. Yo también tuve ambiciones literarias, pero las dejé atrás hace mucho tiempo. Y ahora, mi querido joven amigo, si me permite llamarlo así, ¿puedo preguntarle si de verdad quiso decir todo lo que nos dijo durante el almuerzo?

—Ya ni recuerdo lo que dije —sonrió lord Henry—. ¿Fue todo tan terrible?

—Terrible de verdad. De hecho, lo considero extremadamente peligroso, y si le sucede algo a nuestra buena duquesa, todos lo tendremos a usted por principal responsable. Pero me gustaría hablar con usted sobre la vida. La generación en la que nací era aburrida. Algún día, cuando se canse de Londres, venga a Treadley y explíqueme su filosofía del placer mientras compartimos un excelente borgoña que tengo la fortuna de guardar.

—Será un placer. Una visita a Treadley sería un gran privilegio. Tiene usted un anfitrión perfecto y una biblioteca perfecta.

—Usted la completará —respondió el anciano con una cortés inclinación—. Y ahora debo despedirme de su excelente tía. Me esperan en el Athenaeum. Es la hora en que dormimos allí.

—¿Todos ustedes, señor Erskine?

—Cuarenta, en cuarenta sillones. Nos estamos preparando para una Academia Inglesa de las Letras.

Lord Henry se echó a reír y se puso de pie. —Me voy al parque —exclamó.

Cuando estaba saliendo por la puerta, Dorian Gray le tocó el brazo. —Déjeme ir con usted —murmuró.

—Pero pensé que le habías prometido a Basil Hallward que irías a verlo —respondió lord Henry.

—Prefiero ir con usted; sí, siento que tengo que ir con usted. Por favor, déjeme hacerlo. ¿Y me promete que me hablará todo el tiempo? Nadie habla tan maravillosamente como usted.

—¡Ah! Ya he hablado más que suficiente por hoy —dijo lord Henry, sonriendo—. Ahora lo único que quiero es contemplar la vida. Puedes venir a contemplarla conmigo, si quieres.

CAPÍTULO IV.

Una tarde, un mes después, Dorian Gray estaba reclinado en un lujoso sillón de la pequeña biblioteca de la casa de lord Henry en Mayfair. A su manera, era una habitación realmente encantadora. Tenía un alto zócalo de roble teñido de oliva, un friso color crema y un techo de yeso con relieves. La moqueta, de un tono rojo ladrillo apagado, estaba cubierta aquí y allá por alfombras persas de seda con largos flecos. Sobre una mesita de madera de satén había una estatuilla de Clodion y, a su lado, un ejemplar de *Les Cent Nouvelles*, encuadernado para Margarita de Valois por Clovis Eve y salpicado con las margaritas doradas que la reina había elegido como emblema. En la repisa de la chimenea se alineaban varios grandes jarrones de porcelana azul y tulipanes loro, y por los pequeños cristales emplomados de la ventana entraba la luz color albaricoque de un día de verano en Londres.

Lord Henry aún no había llegado. Siempre llegaba tarde por principio; sostenía que la puntualidad le roba tiempo a la vida. Así que el muchacho estaba de bastante mal humor mientras hojeaba distraídamente una edición profusamente ilustrada de *Manon Lescaut* que había encontrado en una de las estanterías. El tic-tac solemne y monótono del reloj Luis XIV lo irritaba. Un par de veces pensó en irse.

Por fin oyó pasos afuera y la puerta se abrió. —Qué tarde llegas, Harry —murmuró.

—Me temo que no es Harry, señor Gray —respondió una voz aguda.

Él se volvió rápidamente y se puso de pie. —Perdone. Creí que...

—Creía que era mi marido. No, solo soy su esposa. Tiene que dejar que me presente. Lo conozco muy bien por sus fotografías. Creo que mi marido tiene diecisiete de usted.

—¿No diecisiete, lady Henry?

—Bueno, entonces dieciocho. Y lo vi con él la otra noche en la ópera. Se echó a reír con nerviosismo al decirlo y lo miró con sus vagos ojos color nomeolvides. Era una mujer peculiar. Sus vestidos siempre parecían ideados en un impulso y puestos a toda prisa en medio de una tormenta. Casi siempre estaba enamorada de alguien y, como nunca le correspondían, había mantenido intactas todas sus ilusiones. Quería parecer pintoresca, pero solo lograba verse descuidada. Se llamaba Victoria y tenía una verdadera obsesión con ir a la iglesia.

—Fue en Lohengrin, Lady Henry, ¿verdad?

—Sí, en el querido Lohengrin. Me gusta más la música de Wagner que la de cualquier otro. Suena tan fuerte que una puede pasarse toda la función hablando sin que nadie oiga lo que dice. Es una gran ventaja, ¿no le parece, señor Gray?

La misma risita nerviosa y entrecortada salió de sus labios finos, mientras sus dedos jugueteaban con un largo abrecartas de carey.

Dorian sonrió y negó con la cabeza. —Me temo que no estoy de acuerdo, lady Henry. Yo nunca hablo durante la música; al menos, durante la buena música. Si lo que suena es mala música, entonces el deber de uno es taparla con la

conversación.

—¡Ah! Esa es una de las teorías de Harry, ¿verdad, señor Gray? Yo siempre me entero de las ideas de Harry por medio de sus amigos. Es la única forma que tengo de conocerlas. Pero no vaya a creer que no me gusta la buena música. Me encanta, aunque me asusta. Me vuelve demasiado romántica. He adorado a los pianistas, sencillamente; a veces a dos al mismo tiempo, según dice Harry. No sé qué tienen. Quizá sea que son extranjeros. Todos lo son, ¿no? Incluso los que nacen en Inglaterra terminan volviéndose extranjeros con el tiempo, ¿verdad? Es muy ingenioso por su parte, y además todo un cumplido al arte. Lo hace de lo más cosmopolita, ¿no cree? Nunca ha venido a ninguna de mis fiestas, ¿verdad, señor Gray? Tiene que venir. No puedo permitirme orquídeas, pero no escatimo en extranjeros. Hacen que los salones se vean tan pintorescos. ¡Pero aquí está Harry! Harry, entré para buscarte, para preguntarte una cosa... he olvidado qué era, y me he encontrado aquí con el señor Gray. Hemos tenido una conversación encantadora sobre música. Pensamos exactamente igual. No; creo que pensamos de manera completamente distinta. Pero ha sido encantador. Me alegra muchísimo haberlo visto.

—Encantado, amor mío, encantadísimo —dijo lord Henry, arqueando sus oscuras cejas en forma de media luna y mirándolos a los dos con una sonrisa divertida—. Siento mucho llegar tarde, Dorian. Tuve que ocuparme de un pedazo de viejo brocado en Wardour Street y me he pasado horas regateando por él. Hoy en día la gente sabe el precio de todo y el valor de nada.

—Me temo que tengo que irme —exclamó lady Henry, rompiendo el incómodo silencio con una risita tonta y repentina—. He quedado en salir en coche con la duquesa. Adiós, señor Gray. Adiós, Harry. Supongo que cenas fuera. Yo también. Quizá te vea en casa de lady Thornbury.

—Eso me atrevería a decir, querida —dijo lord Henry, cerrando la puerta tras ella mientras salía revoloteando de la habitación como un ave del paraíso que hubiera pasado toda la noche bajo la lluvia, dejando tras de sí un leve aroma a frangipani—. Luego encendió un cigarrillo y se dejó caer en el sofá.

—No te cases nunca con una mujer de pelo color paja, Dorian —dijo después de dar unas caladas.

—¿Por qué, Harry?

—Porque son demasiado sentimentales.

—Pero a mí me gusta la gente sentimental.

—Entonces es mejor que no te cases nunca, Dorian. Los hombres se casan porque están cansados; las mujeres, porque sienten curiosidad. Y los dos terminan decepcionados.

—No creo que vaya a casarme, Harry. Estoy demasiado enamorado. Ese es uno de tus aforismos. Lo estoy poniendo en práctica, como hago con todo lo que dices.

—¿De quién estás enamorado? —preguntó lord Henry después de una pausa.

—De una actriz —dijo Dorian Gray, sonrojándose.

Lord Henry se encogió de hombros. —Es un comienzo bastante corriente.

—No dirías eso si la vieras, Harry.

—¿Quién es?

—Se llama Sibyl Vane.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Nadie ha oído hablar de ella. Pero algún día la gente sí hablará. Es un genio.

—Querido muchacho, ninguna mujer es un genio. Las mujeres son un sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, pero lo dicen con encanto. Las mujeres representan el triunfo de la materia sobre la mente, igual que los hombres representan el triunfo de la mente sobre la moral.

—Harry, ¿cómo puedes decir algo así?

«Mi querido Dorian, es la pura verdad. En este momento estoy estudiando a las mujeres, así que debo saber de qué hablo. El asunto no es tan complicado como yo pensaba. Al final he descubierto que solo hay dos clases de mujeres: las sencillas y las maquilladas. Las sencillas son muy útiles. Si quieres ganarte una reputación de hombre respetable, basta con llevarlas a cenar después del teatro. Las otras son encantadoras. Sin embargo, cometen un error: se maquillan para parecer jóvenes. Nuestras abuelas se maquillaban para parecer ingeniosas al hablar. Antes, el colorete y el ingenio iban de la mano. Eso se ha terminado. Ahora, mientras una mujer pueda aparentar diez años menos que su propia hija, se da por completamente satisfecha. En cuanto a la conversación, en Londres solo hay cinco mujeres con las que realmente vale la pena hablar, y a dos de ellas ni siquiera se las puede admitir en una sociedad

decente. Pero, en fin, hálame de tu genio. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?»

«¡Ah, Harry, tus ideas me asustan!»

«No importa. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?»

«Unas tres semanas.»

«¿Y dónde la conociste?»

«Te lo contaré, Harry, pero no debes juzgarme demasiado. Después de todo, nunca habría pasado si no te hubiera conocido. Despertaste en mí un deseo feroz de saberlo todo sobre la vida. Durante días, después de conocerte, sentía como si algo me palpitara en las venas. Cuando estaba tumbado en el parque o caminaba por Piccadilly, miraba a cada persona que se cruzaba conmigo y me preguntaba, con una curiosidad casi absurda, qué clase de vida llevaba. Algunas me fascinaban. Otras me llenaban de miedo. Había un veneno exquisito en el aire. Yo sentía una verdadera pasión por las sensaciones... Pues bien, una tarde, hacia las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Sentía que este Londres nuestro, gris y monstruoso, con sus multitudes, sus miserables pecadores y sus pecados espléndidos, como dijiste una vez, tenía que estar guardándome algo. Imaginé mil cosas. El simple peligro ya me producía placer. Recordé lo que me dijiste aquella noche maravillosa en que cenamos juntos por primera vez: que la búsqueda de la belleza es el verdadero secreto de la vida. No sé qué esperaba, pero salí y fui avanzando hacia el este, hasta perderme enseguida en un laberinto de calles sucias y plazas negras sin una sola brizna de hierba. Hacia las ocho y media pasé junto a un teatrillo ridículo, con grandes mecheros de gas

encendidos y carteles estridentes. Un judío repugnante, con el chaleco más increíble que he visto en mi vida, estaba en la entrada fumando un cigarro asqueroso. Llevaba tirabuzones grasientos y un diamante enorme brillaba en medio de una camisa sucia. “¿Un palco, milord?”, me dijo al verme, quitándose el sombrero con una cortesía tan exagerada como servil. Había algo en él, Harry, que me divirtió. Era un monstruo verdaderamente singular. Te reirás de mí, ya lo sé, pero la verdad es que entré y pagué una guinea entera por un palco de proscenio. A día de hoy no sé explicar por qué lo hice; y, sin embargo, si no lo hubiera hecho —mi querido Harry, si no lo hubiera hecho— me habría perdido el mayor romance de mi vida. Ya veo que te estás riendo. ¡Es horrible por tu parte!»

«No me estoy riendo, Dorian; al menos, no me río de ti. Pero no deberías decir el mayor romance de tu vida. Deberías decir el primero. Siempre te amarán, y tú siempre estarás enamorado del amor. Una gran pasión es el privilegio de la gente que no tiene nada que hacer. Esa es la única utilidad de las clases ociosas de un país. No tengas miedo. Te esperan cosas exquisitas. Esto no es más que el comienzo.»

—¿De verdad crees que soy tan superficial? —exclamó Dorian Gray, indignado.

—No; creo que tu naturaleza es muy profunda.

—¿Qué quieres decir?

—Querido muchacho, las personas que solo aman una vez en la vida son, en realidad, las más superficiales. Eso que llaman lealtad y fidelidad, yo lo llamo o bien el adormecimiento de la costumbre o bien falta de imaginación. La fidelidad es para la

vida emocional lo que la coherencia es para la vida intelectual: simplemente una confesión de fracaso. ¡La fidelidad! Algún día tendré que analizarla. Hay en ella una pasión por poseer. Hay muchas cosas que tiraríamos si no temiéramos que otros pudieran recogerlas. Pero no quiero interrumpirte. Sigue con tu historia.

—Bueno, me encontré sentado en un palquito privado espantoso, con un telón vulgar justo delante de mí. Miré por detrás de la cortina y observé la sala. Era un lugar de lo más estridente, lleno de cupidos y cornucopias, como una tarta nupcial barata. El gallinero y el patio de butacas estaban bastante llenos, pero las dos primeras filas de asientos, sucias, estaban completamente vacías, y apenas había nadie en lo que supongo que llamaban el anfiteatro. Las mujeres iban de un lado a otro vendiendo naranjas y refrescos de jengibre, y la gente estaba consumiendo una cantidad terrible de frutos secos.

—Debía de ser exactamente igual que en la mejor época del teatro británico.

—Exactamente, supongo, y era de lo más deprimente. Empecé a preguntarme qué demonios iba a hacer, cuando vi el programa. ¿A que no adivinas qué obra era, Harry?

—Supongo que "El chico idiota" o "Muda, pero inocente". Creo que a nuestros padres les gustaban ese tipo de obras. Cuanto más vivo, Dorian, más claro veo que todo lo que les parecía suficientemente bueno a nuestros padres no lo es para nosotros. En el arte, como en la política, les grand-pères ont toujours tort.

«The play was quite good for our purposes, Harry. It was Romeo and Juliet. I have to admit, the idea of seeing Shakespeare performed in such a wretched place annoyed me a good deal. Still, I was curious. In any case, I decided to stay through the first act. There was a dreadful orchestra, led by a young Jewish man seated at a cracked piano, and it nearly made me leave. But at last the curtain went up and the play began. Romeo was a stout, middle-aged man with blackened eyebrows, a hoarse tragic voice, and the figure of a beer barrel. Mercutio was almost as bad. He was played by the low comedian, who had added jokes of his own and was getting on splendidly with the gallery. Both of them were as grotesque as the scenery, which looked as if it had come from a fairground booth. But Juliet! Harry, picture a girl not yet seventeen, with a face as delicate as a flower, a small Greek head with braided dark-brown hair, eyes that were violet wells of passion, and lips like rose petals. She was the most beautiful thing I had ever seen in my life. You once told me that tragic emotion left you cold, but that beauty—mere beauty—could fill your eyes with tears. Well, Harry, I could hardly see that girl through the mist of tears that came over me. And her voice... I had never heard such a voice. At first it was very low, with deep, velvety notes that seemed to fall one by one upon the ear. Then it grew a little stronger and sounded like a distant flute or oboe. In the garden scene it had all that trembling ecstasy one hears just before dawn, when the nightingales are singing. Later there were moments when it had the wild passion of violins. You know how a voice can move one. Your voice and Sibyl Vane's are two things I shall never forget. When I close my eyes, I hear them, and each tells me something different. I do not know which I

should follow. Why should I not love her? Harry, I love her. She is everything to me in life. Night after night I go to see her act. One night she is Rosalind, and the next she is Imogen. I have seen her die in the gloom of an Italian tomb, drinking poison from her lover's lips. I have seen her wander through the Forest of Arden, disguised as a handsome boy in hose, doublet, and a dainty cap. She has been mad and come before a guilty king to give him rue to wear and bitter herbs to taste. She has been innocent, and the black hands of jealousy have crushed her reed-like throat. I have seen her in every age and in every costume. Ordinary women never stir one's imagination. They are confined to their own century. No glamour ever transforms them. One knows their minds as easily as one knows their hats. One always finds them out. There is no mystery in any of them. In the morning they drive through the park, and in the afternoon they chatter at tea. They have their set smile and their fashionable manner. They are perfectly obvious. But an actress! How different an actress is! Harry, why did you not tell me that the only thing worth loving is an actress?»

—Because I've been in love with a great many of them, Dorian.

—Oh, yes—frightful people with dyed hair and painted faces.

—Don't criticize dyed hair or painted faces. Sometimes they have an extraordinary charm," said Lord Henry.

—Now I wish I hadn't told you about Sibyl Vane.

—You couldn't have helped telling me, Dorian. All your life, you'll tell me everything you do.

—Yes, Harry, I think that's true. I can't help telling you things. You have a very strange influence over me. If I ever committed a crime, I'd come and confess it to you. You would understand me.

—People like you, the life's wayward sunbeams, don't commit crimes, Dorian. But I appreciate the compliment all the same. And now tell me—hand me the matches like a good boy; thank you—what exactly is your relationship with Sibyl Vane?

Dorian Gray jumped to his feet, his cheeks flushed and his eyes shining. —Harry! Sibyl Vane is sacred!

—Only sacred things are worth touching, Dorian," said Lord Henry, with a strange note of feeling in his voice. "But why does that upset you? I suppose one day she'll be yours. When a person is in love, he always begins by deceiving himself and always ends by deceiving others. That is what the world calls a romance. At least you know her, I suppose, don't you?

—Of course I know her. The first night I went to the theatre, that dreadful old Jew came up to the box after the performance and offered to take me backstage to introduce me to her. I was furious with him and told him that Juliet had been dead for hundreds of years, and that her body lay in a marble tomb in Verona. From the blank look of astonishment on his face, I think he must have thought I'd had too much champagne or something of the sort.

—I'm not surprised.

—Then he asked me whether I wrote for a newspaper. I told him I didn't even read them. That seemed to disappoint him terribly,

and he confided in me that all the theatre critics were in a conspiracy against him, and that every single one of them could be bought.

—I wouldn't be at all surprised if he were quite right. Though, on the other hand, judging by their appearance, most of them can't cost very much.

—Bueno, al parecer pensaba que se le estaban disparando los gastos —dijo Dorian entre risas—. Pero para entonces ya estaban apagando las luces del teatro y tuve que irme. Quería que probara unos puros que me recomendó con muchísimo entusiasmo. Me negué. A la noche siguiente, por supuesto, volví. En cuanto me vio, hizo una reverencia profunda y me aseguró que yo era un generoso mecenas de las artes. Era un bruto de lo más desagradable, aunque sentía una pasión extraordinaria por Shakespeare. Una vez me dijo, muy orgulloso, que sus cinco quiebras se debían por completo a «el Bardo», como insistía en llamarlo. Parecía creer que eso le daba categoría.

—Se la daba, mi querido Dorian; y mucha. La mayoría de la gente se arruina por invertir demasiado en la prosa de la vida. Arruinarse por la poesía es un honor. Pero ¿cuándo hablaste por primera vez con la señorita Sibyl Vane?

—La tercera noche. Estaba interpretando a Rosalind. No pude evitar acercarme. Le había arrojado unas flores y ella me había mirado; o al menos eso me pareció. El viejo judío no dejaba de insistir. Parecía decidido a llevarme entre bastidores, así que accedí. Fue extraño que no quisiera conocerla, ¿no crees?

—No; no lo creo.

—Mi querido Harry, ¿por qué?

—Te lo diré en otro momento. Ahora quiero saber más de la muchacha.

—¿Sibyl? Oh, era tan tímida y tan dulce. Tiene algo infantil. Abrió mucho los ojos, con un asombro encantador, cuando le dije lo que pensaba de su actuación, y no parecía tener la menor conciencia de su talento. Creo que los dos estábamos bastante nerviosos. El viejo judío se quedó en la puerta del camerino polvoriento, sonriendo de oreja a oreja y soltando discursos rebuscados, mientras nosotros nos mirábamos como niños. Se empeñaba en llamarme «mi lord», así que tuve que asegurarle a Sibyl que yo no era nada de eso. Ella me dijo con toda sencillez: «Te pareces más a un príncipe. Tendré que llamarte Príncipe Encantador».

—Palabra de honor, Dorian, la señorita Sibyl sabe muy bien cómo hacer cumplidos.

—No la entiendes, Harry. Me veía simplemente como a un personaje de una obra. No sabe nada de la vida. Vive con su madre, una mujer gastada y cansada que la primera noche interpretó a Lady Capuleto con una especie de bata color magenta y que tiene el aspecto de haber conocido tiempos mejores.

—Conozco esa mirada. Me desanima —murmuró lord Henry mientras se miraba los anillos.

—El judío quiso contarme su historia, pero le dije que no me interesaba.

—Hiciste muy bien. Siempre hay algo infinitamente mezquino en las tragedias de los demás.

—Sibyl es lo único que me importa. ¿Qué importa de dónde venga? De la cabeza a los pies, es completa y absolutamente divina. Voy a verla actuar todas las noches de mi vida, y cada noche está más maravillosa.

—Por eso, supongo, ya no cenas conmigo. Pensé que debías de estar metido en algún romance curioso. Y así es, aunque no exactamente como yo esperaba.

—Pero, querido Harry, comemos o cenamos juntos todos los días, y además he ido a la ópera contigo varias veces —dijo Dorian, abriendo mucho sus ojos azules, sorprendido.

—Siempre llegas terriblemente tarde.

—Bueno, no puedo dejar de ir a ver actuar a Sibyl —exclamó—, aunque sea solo por un acto. Necesito su presencia. Y cuando pienso en el alma maravillosa que se esconde en ese pequeño cuerpo de marfil, me lleno de asombro.

—Puedes cenar conmigo esta noche, Dorian, ¿verdad?

Negó con la cabeza. —Esta noche es Imogen —respondió—, y mañana por la noche será Julieta.

—¿Y cuándo es Sibyl Vane?

—Nunca.

—Te felicito.

—¡Qué horrible eres! Ella reúne en sí a todas las grandes heroínas del mundo. Es más que una persona. Te ríes, pero te

digo que tiene genio. La amo, y tengo que lograr que me ame. Tú, que conoces todos los secretos de la vida, dime cómo hechizar a Sibyl Vane para que me ame. Quiero poner celoso a Romeo. Quiero que los amantes muertos del mundo oigan nuestra risa y se entristezcan. Quiero que un soplo de nuestra pasión agite su polvo y lo devuelva a la conciencia, que despierte sus cenizas al dolor. ¡Dios mío, Harry, cómo la adoro! Mientras hablaba, iba de un lado a otro por la habitación. Tenía las mejillas encendidas, con manchas rojas de fiebre. Estaba terriblemente exaltado.

Lord Henry watched him with a faint, almost hidden pleasure. How different he was now from the shy, frightened boy he had first met in Basil Hallward's studio. His nature had opened like a flower and burst into deep red bloom. His soul had come out from its secret hiding place, and desire had rushed to meet it.

—And what do you plan to do? —Lord Henry asked at last.

—I want you and Basil to come with me one night to see her act. I'm not the least bit afraid of what you'll think. I'm sure you'll recognize her genius. After that, we'll have to get her out of the Jew's hands. She's bound to him for three years—or rather, for two years and eight months from now. Of course, I'll have to pay him something. Once that is settled, I'll rent a theatre in the West End and launch her properly. She'll drive the whole world mad, just as she's driven me mad.

—That would be impossible, my dear boy.

—Yes, she will. She doesn't just have art, or a fully developed artistic instinct; she also has personality. And you've often told me yourself that what moves an age is not principles, but

personalities.

—Well then, what night shall we go?

—Let me think. Today is Tuesday. Let's make it tomorrow. Tomorrow she plays Juliet.

—All right. At the Bristol at eight, and I'll let Basil know.

—Not at eight, Harry, please. At half past six. We have to be there before the curtain goes up. You must see her in the first act, when she meets Romeo.

—Half past six! What an hour! That would be like having high tea or reading an English novel. It has to be seven. No gentleman dines before seven. Will you be seeing Basil before then? Or would you rather I write to him?

—Dear Basil! I haven't seen him for a week. It's really rather bad of me, because he sent me my portrait in a wonderful frame, specially designed by him, and although I'm a little jealous that the picture is a month younger than I am, I have to admit I love it. Perhaps it would be better if you wrote to him. I don't want to see him alone. He says things that annoy me. He gives me good advice.

Lord Henry sonrió. —A la gente le encanta regalar justo aquello que más necesita para sí misma. A eso es a lo que yo llamo la verdadera profundidad de la generosidad.

—Oh, Basil es un hombre estupendo, pero a mí me parece un poco filisteo. Desde que te conozco, Harry, me he dado cuenta de eso.

—Basil, querido amigo, pone en su obra todo lo encantador que hay en él. El resultado es que, para la vida, no le quedan más que sus prejuicios, sus principios y su sentido común. Los únicos artistas que he conocido y que en persona resultan encantadores son los malos artistas. Los buenos artistas solo existen en lo que crean y, precisamente por eso, no tienen el menor interés como personas. Un gran poeta, un poeta de verdad, es la criatura menos poética de todas. En cambio, los poetas mediocres son absolutamente fascinantes. Cuanto peores son sus rimas, más pintoresco es su aspecto. El simple hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda categoría convierte a un hombre en alguien irresistible. Viven la poesía que no saben escribir. Los otros escriben la poesía que no se atreven a vivir.

—Me pregunto si eso será realmente cierto, Harry —dijo Dorian Gray, echándose un poco de perfume en el pañuelo desde un frasco grande con tapón de oro que estaba sobre la mesa—. Supongo que debe de ser así, si lo dices tú. Y ahora me voy. Imogen me está esperando. No te olvides de mañana. Adiós.

Al salir de la habitación, Lord Henry entrecerró sus pesados párpados y se quedó pensativo. Desde luego, muy pocas personas le habían interesado tanto como Dorian Gray y, aun así, la apasionada adoración del muchacho por otra persona no le despertaba la menor molestia ni celos. Al contrario: le gustaba. Hacía de él un caso todavía más interesante. Siempre le habían fascinado los métodos de las ciencias naturales, pero el objeto habitual de esas ciencias le parecía trivial y poco importante. Así que empezó por diseccionarse a sí mismo y terminó diseccionando a los demás. La vida humana: eso le

parecía lo único que realmente valía la pena estudiar. Frente a ella, nada más tenía verdadero valor. Era cierto que, al observar la vida en su extraño crisol de dolor y placer, no era posible llevar una máscara de cristal sobre el rostro ni evitar que los vapores sulfurosos alteraran la mente y nublaran la imaginación con fantasías monstruosas y sueños deformes. Había venenos tan sutiles que, para conocer sus propiedades, uno tenía que enfermar de ellos. Había dolencias tan extrañas que era necesario padecerlas para comprender su naturaleza. Y, aun así, ¡qué gran recompensa se obtenía! ¡Qué maravilloso se volvía el mundo entero! Percibir la curiosa e implacable lógica de la pasión y la vida emocional y llena de color del intelecto; observar dónde se encontraban y dónde se separaban, en qué punto estaban en armonía y en cuál en discordia... todo eso era un deleite. ¿Qué importaba el precio? Nunca se pagaba demasiado por ninguna sensación.

Sabía —y la thought made his brown eyes shine with pleasure, like agate— que había sido por ciertas palabras suyas, musical words spoken with a musical cadence, por lo que el alma de Dorian Gray se había vuelto hacia aquella muchacha blanca y se había inclinado ante ella con adoración. En gran parte, el muchacho era obra suya. Lo había hecho madurar demasiado pronto, y eso ya significaba algo. La gente común esperaba a que la vida les revelara sus secretos, pero a unos pocos, a los elegidos, los misterios de la vida se les mostraban antes de que se levantara el velo. A veces ese era el efecto del arte, y sobre todo de la literatura, que trataba directamente con las pasiones y el intelecto. Pero, de vez en cuando, una personalidad compleja ocupaba el lugar del arte y cumplía su función. En

cierto sentido, era una verdadera obra de arte, porque la vida también crea sus propias obras maestras, igual que la poesía, la escultura o la pintura.

Sí, el muchacho se había adelantado a su tiempo. Estaba recogiendo la cosecha cuando todavía era primavera. Llevaba dentro el pulso y la pasión de la juventud, pero empezaba a tomar conciencia de sí mismo. Era un placer mirarlo. Con aquel rostro hermoso y aquella alma hermosa, despertaba asombro. No importaba cómo terminara todo, ni cómo estuviera destinado a terminar. Era como una de esas figuras elegantes de un desfile o de una obra de teatro: sus alegrías parecen lejanas para nosotros, pero sus penas despiertan nuestro sentido de la belleza, y sus heridas son como rosas rojas.

Alma y cuerpo, cuerpo y alma: qué misteriosos eran. Había algo animal en el alma, y el cuerpo tenía sus momentos de espiritualidad. Los sentidos podían refinar, y el intelecto podía degradar. ¿Quién podía decir dónde terminaba el impulso de la carne y dónde empezaba el impulso psíquico? Qué superficiales parecían las definiciones arbitrarias de los psicólogos corrientes. Y aun así, qué difícil era decidir entre las pretensiones de las distintas escuelas. ¿Era el alma una sombra sentada en la casa del pecado? ¿O estaba en realidad el cuerpo dentro del alma, como pensaba Giordano Bruno? La separación entre espíritu y materia era un misterio, y también lo era su unión.

Empezó a preguntarse si alguna vez podríamos convertir la psicología en una ciencia tan exacta que nos revelara hasta el más mínimo mecanismo de la vida. Tal como estaban las cosas,

siempre nos entendíamos mal a nosotros mismos y rara vez entendíamos a los demás. La experiencia no tenía ningún valor moral. No era más que el nombre que los hombres daban a sus errores. Los moralistas, por lo general, la habían visto como una advertencia. Le atribuían cierta utilidad moral en la formación del carácter y la elogiaban como algo que nos enseñaba qué seguir y qué evitar. Pero la experiencia no tenía fuerza para impulsarnos. Era tan poco una causa activa como la propia conciencia. Lo único que demostraba de verdad era que nuestro futuro sería igual que nuestro pasado, y que el pecado que una vez cometimos con repugnancia lo cometeríamos muchas veces más, y con alegría.

Tenía claro que el método experimental era el único que podía llevar a un análisis científico de las pasiones; y Dorian Gray era, desde luego, un caso perfectamente hecho a su medida, que parecía prometer resultados ricos y fecundos. Su repentino y desatinado amor por Sibyl Vane era un fenómeno psicológico de gran interés. No había duda de que la curiosidad tenía mucho que ver en ello: la curiosidad y el deseo de vivir experiencias nuevas. Y, sin embargo, no era una pasión simple, sino profundamente compleja. El elemento de instinto puramente sensual propio de la adolescencia había sido transformado por la imaginación y convertido en algo que al propio muchacho le parecía alejado de los sentidos; precisamente por eso resultaba aún más peligroso. Las pasiones cuyo origen nos engañaba eran las que más nos dominaban. Nuestros motivos más débiles eran aquellos cuya naturaleza conocíamos. A menudo ocurría que, cuando creíamos estar experimentando con otros, en realidad

estábamos experimentando con nosotros mismos.

Mientras lord Henry seguía absorto en estos pensamientos, llamaron a la puerta y entró su ayuda de cámara para recordarle que era hora de vestirse para la cena. Se levantó y miró hacia la calle. El atardecer había teñido de oro escarlata las altas ventanas de las casas de enfrente. Los cristales brillaban como láminas de metal al rojo vivo. El cielo, encima, parecía una rosa marchita. Pensó en la joven vida ardiente de su amigo y se preguntó cómo terminaría todo aquello.

Cuando llegó a casa, hacia las doce y media, vio un telegrama sobre la mesa del recibidor. Lo abrió y vio que era de Dorian Gray. Le anunciaba que se había comprometido con Sibyl Vane.

CAPÍTULO V.

—¡Madre, madre, soy tan feliz! —susurró la muchacha, hundiendo el rostro en el regazo de aquella mujer gastada y de aspecto cansado, que estaba sentada de espaldas a la luz dura e impertinente en el único sillón de su pobre sala—. ¡Soy tan feliz! —repitió—. ¡Y tú también tienes que serlo!

La señora Vane se estremeció y apoyó sus manos delgadas, blanqueadas con bismuto, sobre la cabeza de su hija. —¿Feliz? —repitió—. Yo solo soy feliz, Sibyl, cuando te veo actuar. No debes pensar en nada que no sea tu trabajo en escena. El señor Isaacs se ha portado muy bien con nosotras, y le debemos dinero.

La muchacha levantó la vista y frunció los labios. —¿Dinero, madre? —exclamó—. ¿Qué importa el dinero? El amor vale más que el dinero.

—El señor Isaacs nos ha adelantado cincuenta libras para pagar las deudas y comprarle a James un equipo decente. No debes olvidarlo, Sibyl. Cincuenta libras es muchísimo dinero. El señor Isaacs ha sido muy atento.

—No es un caballero, madre, y detesto la manera en que me habla —dijo la muchacha, levantándose y acercándose a la ventana.

—No sé qué haríamos sin él —respondió la mujer mayor en tono lastimero.

Sibyl Vane echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Ya no lo necesitamos, madre. Ahora quien manda en nuestra vida es el

Príncipe Encantador. Luego se quedó callada un momento. Una rosa le recorrió la sangre y le tiñó las mejillas. Un aliento rápido entreabrió los pétalos de sus labios. Le temblaban. Un viento del sur, cargado de pasión, la atravesó y agitó los delicados pliegues de su vestido. —Lo amo —dijo sencillamente.

—¡Niña tonta! ¡Niña tonta! —fue la respuesta, repetida como un loro. El movimiento de aquellos dedos torcidos, cargados de joyas falsas, hacía que las palabras resultaran grotescas.

La muchacha volvió a reír. En su voz estaba la alegría de un pájaro enjaulado. Sus ojos recogieron esa música y la devolvieron en un destello; luego se cerraron un instante, como si quisieran guardar su secreto. Cuando se abrieron de nuevo, una bruma soñadora los cubría.

From the worn chair, a thin-lipped wisdom spoke to her. It urged caution and quoted from that book of cowardice whose author likes to call himself common sense. She did not listen. She was free inside her prison of passion. Her prince, the Prince Charming, was with her. She had called on memory to bring him back to life. She had sent her soul to look for him, and her soul had returned him to her. His kiss still burned on her mouth. She could still feel the warmth of his breath on her eyelids.

Then wisdom changed its approach and began to talk about watchfulness and discovery. That young man might be rich. If he was, they had to think about marriage. Against the shell of her ear, the waves of worldly cunning kept breaking. At her side, the arrows of calculation whistled past. She watched those thin lips move and smiled.

Suddenly she felt she had to speak. That silence, crowded with words, unsettled her. —Mother, mother —she cried—, why does he love me so much? I know why I love him. I love him because he is what love itself ought to be. But what does he see in me? I am not worthy of him. And yet —I do not know why— though I feel I am far beneath him, I do not feel humiliated. I feel proud, terribly proud. Mother, did you love my father the way I love the Prince Charming?

The older woman went pale beneath the heavy makeup covering her cheeks, and her dry lips trembled with a stab of pain. Sibyl ran to her, threw her arms around her neck, and kissed her. "Forgive me, mother. I know it hurts you to speak about our father. But it hurts you only because you loved him so deeply. Do not look so sad. Today I am as happy as you were twenty years ago. Ah, let me be happy forever!"

"My child, you are far too young to be thinking about falling in love. Besides, what do you know about that young man? You do not even know his name. All this is most untimely, and really, now that James is going to Australia and I have so much on my mind, I must say you might have shown more consideration. Still, as I said before, if he is rich..."

"Ah, mother, mother, let me be happy!"

La señora Vane la miró y, con uno de esos gestos teatrales y afectados que tan a menudo terminan volviéndose una segunda naturaleza en los actores, la abrazó. En ese momento se abrió la puerta y entró en la habitación un joven de pelo castaño y áspero. Tenía una constitución fuerte, las manos y los pies grandes, y se movía con cierta torpeza. No poseía la misma

delicadeza natural que su hermana. A primera vista, costaba creer que fueran parientes tan cercanos. La señora Vane fijó la mirada en él y acentuó su sonrisa. En su mente, convirtió a su hijo en público. Estaba convencida de que la escena resultaba interesante.

«Creo que podrías guardarme algunos de esos besos para mí, Sibyl», dijo el muchacho con un gruñido afable.

«¡Ah, pero a ti no te gusta que te besen, Jim!», exclamó ella. «Eres un oso viejo y horrible.» Y cruzó la habitación corriendo para abrazarlo.

James Vane miró a su hermana con ternura. «Quiero que salgas a dar un paseo conmigo, Sibyl. No creo que vuelva a ver este horrible Londres nunca más. Y estoy seguro de que no me apetece lo más mínimo.»

«Hijo mío, no digas cosas tan horribles», murmuró la señora Vane, mientras recogía con un suspiro un vistoso vestido de teatro y se ponía a remendarlo. Se sintió un poco decepcionada de que él no se hubiera unido a la escena. Le habría dado un aire teatral todavía más pintoresco.

«¿Por qué no, madre? Lo digo en serio.»

—Me haces sufrir, hijo mío. Confío en que volverás de Australia en una buena posición. Creo que en las Colonias no hay sociedad de ninguna clase, nada que yo pudiera llamar sociedad; así que, cuando hayas hecho fortuna, debes regresar y ocupar tu lugar en Londres.

—¡La sociedad! —murmuró el muchacho—. No quiero saber nada de eso. Me gustaría ganar dinero para sacaros a ti y a

Sibyl del teatro. Lo odio.

—¡Oh, Jim! —dijo Sibyl, riéndose—, ¡qué poco amable eres! Pero ¿de verdad vas a dar un paseo conmigo? ¡Qué bien! Temía que fueras a despedirte de alguno de tus amigos: de Tom Hardy, que te regaló esa pipa espantosa, o de Ned Langton, que se burla de ti por fumarla. Es muy bonito por tu parte dedicarme tu última tarde. ¿Adónde vamos? Vamos al parque.

—Voy demasiado mal vestido —respondió él, frunciendo el ceño—. Al parque solo va la gente bien vestida.

—No digas tonterías, Jim —susurró ella, acariciándole la manga de la chaqueta.

Él dudó un momento. —Está bien —dijo al final—, pero no tardes mucho en vestirme. Ella salió por la puerta casi bailando. Se la oía cantar mientras subía corriendo las escaleras. Sus pequeños pies repiqueteaban sobre sus cabezas.

Él cruzó la habitación de un lado a otro dos o tres veces. Luego se volvió hacia la figura inmóvil sentada en la silla. —Madre, ¿están listas mis cosas? —preguntó.

—Completamente listas, James —respondió ella, sin levantar la vista de su costura. Desde hacía algunos meses se sentía incómoda cuando se quedaba a solas con aquel hijo suyo, brusco y severo. Su carácter frívolo y reservado se alteraba cada vez que sus miradas se encontraban. A menudo se preguntaba si él sospechaba algo. Como él no dijo nada más, el silencio terminó por resultarle insoportable. Entonces empezó a quejarse. Las mujeres se defienden atacando, igual que a veces atacan con rendiciones repentinas y extrañas. —Espero que

estés contento, James, con tu vida de marino —dijo—. Debes recordar que ha sido decisión tuya. Podrías haber entrado en el despacho de un procurador. Los procuradores son una profesión muy respetable y, en provincias, a menudo comen con las mejores familias.

—Odio las oficinas y odio a los oficinistas —replicó él—. Pero tienes toda la razón. He elegido mi propia vida. Lo único que digo es que cuides de Sibyl. No dejes que le pase nada. Madre, tienes que cuidar de ella.

—James, de verdad hablas de una manera muy extraña. Claro que cuido de Sibyl.

—He oído que todas las noches va un caballero al teatro y entra entre bastidores para hablar con ella. ¿Es verdad? ¿Qué significa eso?

—Estás hablando de cosas que no entiendes, James. En esta profesión estamos acostumbradas a recibir muchísimas atenciones muy halagadoras. Yo misma, en otro tiempo, recibía montones de ramos. Fue en la época en que de verdad se entendía la interpretación. En cuanto a Sibyl, ahora mismo no sé si ese encaprichamiento suyo va en serio o no. Pero no hay duda de que ese joven es todo un caballero. Siempre es muy educado conmigo. Además, parece tener dinero, y las flores que manda son preciosas.

—Pero ni siquiera sabes cómo se llama —dijo el muchacho con brusquedad.

—No —respondió su madre con calma—. Todavía no ha dicho su verdadero nombre. Me parece muy romántico por su parte.

Seguro que pertenece a la aristocracia.

James Vane se mordió el labio. —Cuida de Sibyl, madre —exclamó—. Cuida de ella.

—Hijo mío, me preocupas muchísimo. Sibyl está siempre bajo mi especial cuidado. Además, si este caballero es rico, no hay razón para que ella no pueda casarse con él. Espero que sea de la aristocracia. Desde luego, todo en él lo sugiere. Podría ser un matrimonio espléndido para Sibyl. Harían una pareja encantadora. Y él es realmente extraordinario; todo el mundo se fija en él.

El muchacho murmuró algo entre dientes y se puso a golpear el cristal de la ventana con sus dedos ásperos. Justo se volvía para decir algo cuando la puerta se abrió y Sibyl entró corriendo.

—¡Qué serios estáis los dos! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió él—. Supongo que a veces hay que ponerse serio. Adiós, madre; comeré a las cinco. Ya está todo listo, salvo mis camisas, así que no hace falta que te molestes.

—Adiós, hijo mío —contestó ella con una inclinación llena de solemne afectación.

Le había molestado mucho el tono con que él le había hablado, y había algo en su mirada que la asustaba.

—Bésame, madre —dijo la muchacha. Sus labios, suaves como una flor, rozaron la mejilla marchita y le quitaron un poco de su frialdad.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —exclamó la señora Vane, levantando la vista hacia el techo como si buscara un palco imaginario.

—Vamos, Sibyl —dijo su hermano con impaciencia. No soportaba las afectaciones de su madre.

Salieron a la luz temblorosa del sol, barrida por el viento, y echaron a andar por la triste Euston Road. Los transeúntes los miraban con sorpresa al ver a aquel joven hosco y robusto, vestido con ropa basta y mal cortada, junto a una muchacha tan elegante y distinguida. Parecía un jardinero cualquiera paseando con una rosa.

Jim fruncía el ceño de vez en cuando cuando notaba la mirada curiosa de algún desconocido. Tenía esa aversión a que lo miraran fijamente que les llega a los genios al final de la vida y que nunca deja a la gente corriente. Sibyl, en cambio, no era en absoluto consciente del efecto que estaba causando. El amor le temblaba en los labios y se le convertía en risa. Pensaba en el Príncipe Encantador y, para pensar aún más en él, no hablaba de él, sino que charlaba sin parar sobre el barco en el que Jim iba a embarcarse, sobre el oro que sin duda encontraría y sobre la maravillosa heredera cuya vida salvaría de unos malvados bushrangers de camisa roja. Porque él no iba a seguir siendo marinero, ni sobrecargo, ni nada de eso. ¡Ah, no! La vida de un marinero era espantosa. Imagínate encerrado en un barco horrible, con las olas, roncadas y encorvadas, intentando colarse dentro, y un viento negro derribando los mástiles y rasgando las velas en largas tiras chillonas. Él desembarcaría en Melbourne, se despediría cortésmente del capitán y se iría enseguida a los campos de oro. Antes de que pasara una semana encontraría

una gran pepita de oro puro, la más grande descubierta jamás, y la llevaría hasta la costa en un carro escoltado por seis policías a caballo. Los bushrangers los atacarían tres veces y serían derrotados en una matanza espantosa. O mejor no. No iría a los campos de oro en absoluto. Eran lugares horribles, donde los hombres se emborrachaban, se pegaban tiros en las tabernas y decían palabrotas. Él sería un amable criador de ovejas y, una tarde, mientras volvía a casa a caballo, vería a la hermosa heredera siendo secuestrada por un bandido en un caballo negro, saldría tras él y la rescataría. Naturalmente, ella se enamoraría de él, y él de ella. Se casarían, volverían a casa y vivirían en una mansión inmensa en Londres. Sí, le esperaban cosas maravillosas. Pero tenía que portarse muy bien, no perder los estribos y no malgastar el dinero. Ella solo era un año mayor que él, pero sabía muchísimo más de la vida. Además, debía escribirle con cada correo y rezar todas las noches antes de dormirse. Dios era muy bueno y velaría por él. Ella también rezaría por él y, al cabo de unos años, volvería rico y feliz.

El muchacho la escuchó de mal humor y no respondió. Le partía el alma tener que marcharse de casa.

Pero no era solo eso lo que lo tenía sombrío y malhumorado. Aunque le faltaba experiencia, veía con claridad lo peligrosa que era la situación de Sibyl. Aquel joven elegante que la rondaba no podía traerle nada bueno. Era un caballero, y por eso lo odiaba. Lo odiaba por una extraña clase de instinto racial que no sabía explicar y que, precisamente por eso, lo dominaba aún más. También sabía lo superficial y vanidosa que era su madre, y en eso veía un peligro enorme para Sibyl y para la felicidad de Sibyl. Los hijos empiezan amando a sus padres;

cuando crecen, los juzgan; a veces, los perdonan.

¡Su madre! Había algo que quería preguntarle, algo en lo que llevaba meses pensando en silencio. Una frase dicha al pasar que había oído en el teatro, una burla susurrada que le llegó una noche mientras esperaba junto a la puerta de artistas, había puesto en marcha una cadena de pensamientos horribles. Lo recordaba como si hubiera sido el golpe de una fusta de caza en plena cara. Se le fruncieron las cejas en una línea dura y, con un gesto de dolor, se mordió el labio inferior.

—No estás escuchando ni una palabra de lo que digo, Jim —exclamó Sibyl—, y yo aquí haciendo los planes más maravillosos para tu futuro. Vamos, di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—Oh, que serás un buen chico y que no te olvidarás de nosotros —respondió ella con una sonrisa.

Él se encogió de hombros. —Es más probable que seas tú quien me olvide antes de que yo te olvide a ti, Sibyl.

Ella se sonrojó. —¿Qué quieres decir, Jim? —preguntó.

—He oído que tienes un nuevo amigo. ¿Quién es? ¿Por qué no me has hablado de él? No te traerá nada bueno.

—¡Basta, Jim! —exclamó ella—. No debes decir nada contra él. Lo quiero.

—Pero ni siquiera sabes cómo se llama —replicó el muchacho—. ¿Quién es? Tengo derecho a saberlo.

—Lo llaman el Príncipe Encantador. ¿Verdad que el nombre te gusta? Ay, qué tonto eres. No deberías olvidarlo nunca. Si lo vieras, te parecería la persona más maravillosa del mundo. Algún día lo conocerás, cuando vuelvas de Australia. Te va a encantar. A todo el mundo le cae bien, y yo... yo lo amo. Ojalá pudieras venir esta noche al teatro. Va a estar allí, y yo voy a interpretar a Julieta. Ay, no sabes cómo voy a hacer ese papel. Imagínatelo, Jim: estar enamorada y hacer de Julieta. Tenerlo allí, sentado. Actuar para él, para su deleite. Me da miedo asustar a la compañía o dejarlos hechizados. Estar enamorada hace que una se supere a sí misma. El pobre y horrible señor Isaacs estará gritando «¡genio!» a sus holgazanes en el bar. Me ha elogiado como si yo fuera un dogma; esta noche me anunciará como una revelación. No me importa. Y todo es suyo, solo suyo: del Príncipe Encantador, mi amante maravilloso, mi dios de las gracias. Pero a su lado yo soy pobre. ¿Pobre? ¿Y qué importa eso? Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale volando por la ventana. Habría que reescribir nuestros refranes. Los hicieron en invierno, y ahora es verano. Para mí, creo, es primavera: una verdadera danza de flores bajo cielos azules.

—Es un caballero —dijo el muchacho, con hosquedad.

—¡Un príncipe! —exclamó ella con voz musical—. ¿Qué más quieres?

—Quiere convertirte en su esclava.

—La idea de ser libre me hace temblar.

—Quiero que tengas cuidado con él.

—Basta verlo para adorarlo; basta conocerlo para confiar en él.

—Sibyl, estás loca por él.

Ella se rio y se agarró a su brazo. —Mi querido Jim, hablas como si tuvieras cien años. Algún día tú también te enamorarás. Entonces sabrás lo que es. No pongas esa cara de enfado. Deberías alegrarte al pensar que, aunque te marches, me dejas más feliz de lo que he sido nunca. La vida ha sido dura para los dos, terriblemente dura y difícil. Pero ahora todo va a ser distinto. Tú te vas a un mundo nuevo, y yo he encontrado uno. Aquí hay dos sillas; sentémonos y miremos pasar a la gente elegante.

Se sentaron entre una multitud de curiosos. Los macizos de tulipanes al otro lado de la calle ardían como anillos de fuego palpitante. En el aire sofocante flotaba un polvo blanco, como una nube temblorosa de polen de lirio. Las sombrillas de colores vivos subían y bajaban como mariposas gigantes.

Consiguió que su hermano hablara de sí mismo, de sus esperanzas y de sus planes de futuro. Él hablaba despacio, con esfuerzo. Las palabras pasaban entre los dos como fichas en una partida. Sibyl se sentía agobiada. No lograba comunicar su alegría. Apenas obtuvo a cambio una leve sonrisa que curvó aquella boca adusta. Al cabo de un rato, se quedó callada. De pronto vio un cabello dorado y unos labios sonrientes: Dorian Gray pasaba junto a ellos en un carruaje descubierto, acompañado por dos damas.

Se puso en pie de un salto. «¡Ahí está!», exclamó.

«¿Quién?», preguntó Jim Vane.

«El Príncipe Encantador», respondió ella, siguiendo el carruaje con la mirada.

Él se levantó de un brinco y la agarró bruscamente del brazo. «Enséñamelo. ¿Cuál es? Señálamelo. ¡Tengo que verlo!», exclamó. Pero en ese momento el coche de cuatro caballos del duque de Berwick se cruzó delante de ellos y, cuando el paso volvió a quedar libre, el carruaje ya había salido del parque.

«Ya se ha ido», murmuró Sibyl con tristeza. «Ojalá lo hubieras visto.»

«Pues ojalá lo hubiera visto, porque, tan cierto como que hay un Dios en el cielo, si alguna vez te hace daño, lo mataré.»

Ella lo miró horrorizada. Él repitió sus palabras. Cortaron el aire como una daga. La gente que estaba alrededor empezó a mirarlos. Una señora que estaba muy cerca soltó una risita.

«Vámonos, Jim; vámonos», susurró ella. Él la siguió con terquedad mientras cruzaban la multitud. Se sentía satisfecho de lo que había dicho.

Cuando llegaron a la estatua de Aquiles, ella se volvió. Había compasión en sus ojos, pero en sus labios ya asomaba una sonrisa. Negó con la cabeza. «Eres tonto, Jim, completamente tonto; no eres más que un chico de mal genio. ¿Cómo puedes decir cosas tan horribles? No sabes de qué estás hablando. Lo único que te pasa es que estás celoso y estás siendo cruel. ¡Ah! Ojalá te enamoraras. El amor hace buena a la gente, y lo que has dicho ha sido perverso.»

«Tengo dieciséis años», respondió él, «y sé muy bien lo que hago. Madre no te sirve de ayuda. No sabe cómo cuidar de ti.

Ahora mismo desearía no tener que irme a Australia. Me dan ganas de mandarlo todo al diablo. Lo haría, si los contratos no estuvieran ya firmados.»

—Sí, Jim, no te pongas tan serio. Pareces uno de los héroes de esos melodramas tan absurdos en los que a mamá le encantaba actuar. No voy a discutir contigo. Lo he visto, y, ay, verlo es la felicidad perfecta. No vamos a pelearnos. Sé que nunca le harías daño a nadie a quien yo quiera, ¿verdad?

—Mientras lo quieras, supongo —respondió él con brusquedad.

—¡Lo querré siempre! —exclamó ella.

—¿Y él?

—¡Él también, para siempre!

—Más le vale.

Ella se echó un poco hacia atrás. Luego se rio y le puso una mano en el brazo. No era más que un muchacho.

En Marble Arch pararon un ómnibus, que los dejó cerca de su desvencijada casa de Euston Road. Ya habían pasado las cinco, y Sibyl tenía que acostarse un par de horas antes de actuar. Jim insistió en que lo hiciera. Dijo que prefería despedirse de ella sin que su madre estuviera presente. Seguro que armaría una escena, y él detestaba las escenas de cualquier tipo.

Se despidieron en la habitación de Sibyl. En el corazón del muchacho había celos y un odio feroz, casi asesino, hacia el desconocido que, tal como él lo veía, se había interpuesto entre los dos. Y, sin embargo, cuando ella le echó los brazos al cuello y le pasó los dedos por el pelo, se enterneció y la besó con

verdadero cariño. Bajó las escaleras con lágrimas en los ojos.

Su madre lo esperaba abajo. Cuando lo vio entrar, se quejó de su falta de puntualidad. Él no respondió; se sentó y se puso delante de su escasa comida. Las moscas zumbaban alrededor de la mesa y se arrastraban por el mantel manchado. Entre el estruendo de los ómnibus y el traqueteo de los coches de alquiler, oía aquella voz monótona devorando cada minuto que le quedaba.

Al cabo de un rato, apartó el plato de un empujón y se cubrió la cabeza con las manos. Sentía que tenía derecho a saberlo. Si las cosas eran como sospechaba, tendrían que habérselo dicho antes. Su madre lo observaba, paralizada por el miedo. Las palabras le salían de los labios de manera mecánica. Entre los dedos le temblaba un pañuelo de encaje raído. Cuando el reloj dio las seis, él se levantó y fue hacia la puerta. Luego se volvió y la miró. Sus ojos se encontraron. En los de ella vio una súplica desesperada de clemencia. Eso lo enfureció.

—Madre, tengo que preguntarte algo —dijo él. Sus ojos recorrieron la habitación sin detenerse en nada. Ella no respondió. —Dime la verdad. Tengo derecho a saberlo. ¿Estabas casada con mi padre?

Soltó un profundo suspiro, un suspiro de alivio. Por fin había llegado aquel momento terrible, el momento que llevaba semanas y meses temiendo día y noche, y sin embargo no sintió miedo. De hecho, en cierto modo, le resultó decepcionante. La crudeza vulgar de la pregunta pedía una respuesta igual de directa. La situación no se había desarrollado poco a poco. Había llegado de golpe. Le recordó a un mal ensayo.

—No —respondió, sorprendida por la dura sencillez de la vida.

—¡Entonces mi padre era un canalla! —exclamó el muchacho, apretando los puños.

Ella negó con la cabeza. —Yo sabía que no era libre. Nos queríamos muchísimo. Si hubiera vivido, habría cuidado de nosotros. No hables mal de él, hijo mío. Era tu padre y un caballero. Además, estaba muy bien relacionado.

Se le escapó una blasfemia. —A mí no me importa —exclamó—, pero más vale que no se le ocurra hacerle daño a Sibyl... Es un caballero, ¿no?, el que está enamorado de ella, o dice estarlo. Y supongo que también está muy bien relacionado.

Por un momento, una horrible sensación de humillación se apoderó de la mujer. Bajó la cabeza. Se secó los ojos con manos temblorosas. —Sibyl tiene madre —murmuró—; yo no tuve ninguna.

El muchacho se enterneció. Se acercó a ella y, inclinándose, la besó. —Siento haberte hecho daño al preguntarte por mi padre —dijo—, pero no he podido evitarlo. Ahora tengo que irme. Adiós. No olvides que ahora solo te quedará un hijo del que ocuparte, y créeme: si ese hombre perjudica a mi hermana, averiguaré quién es, lo encontraré y lo mataré como a un perro. Lo juro.

The absurdity of the threat, the passionate gesture that came with it, and those melodramatic, half-mad words made life seem more vivid to her. The atmosphere felt familiar. She breathed more freely and, for the first time in many months, felt genuine admiration for her son. She would have liked to keep the scene

going in that same emotional key, but he broke it off. The trunks had to be brought down, and the scarves had to be found. The boardinghouse maid hurried back and forth. Then there was the haggling with the coachman. The moment was lost in a mess of ordinary details. With a fresh sense of disappointment, she waved her worn lace handkerchief from the window as her son drove away in the carriage. She knew a great opportunity had been wasted. She comforted herself by telling Sibyl how desolate her life would be now that she had only one child left to care for. She remembered the line. She had liked it. She said nothing about the threat. It had been expressed with extraordinary vividness and drama. She felt that one day everyone would laugh at it.

CAPÍTULO VI

—I suppose you've heard the news already, Basil —said Lord Henry that evening, when Hallward was shown into a small private room at the Bristol, where dinner had been laid for three.

—No, Harry —the artist replied, handing his hat and coat to the waiter, who bowed politely—. What is it? I hope it has nothing to do with politics. I have no interest in that at all. There is hardly a single person in the House of Commons worth painting, though many of them could certainly use a coat of whitewash.

—Dorian Gray is engaged to be married —said Lord Henry, watching him as he spoke.

Hallward started, then frowned. —Dorian engaged to be married?! —he cried—. Impossible!

—It's perfectly true.

—To whom?

—To some little actress, or something of the sort.

—I don't believe it. Dorian has far too much sense.

—Dorian is far too clever not to do foolish things now and then, my dear Basil.

—Marriage is hardly the kind of thing one can do now and then, Harry.

—Except in America —Lord Henry replied lazily—. But I never said he was married. I said he's engaged. There's a great difference. I remember being married perfectly well, but I have

no memory at all of being engaged. I'm inclined to think I never was.

—But think about Dorian's birth, his social position, and his fortune. It would be absurd for him to marry so far beneath him.

—If you want to make sure he marries that girl, tell him so, Basil. Then he'll certainly do it. Whenever a man does something monumentally foolish, it is always for the noblest reasons.

—I hope the girl is good, Harry. I don't want to see Dorian tied to some vile creature who could lower his nature and ruin his mind.

—Oh, she's more than good: she's beautiful —murmured Lord Henry, sipping a glass of vermouth with orange bitters—. Dorian says she's beautiful, and he is not often wrong about that sort of thing. Your portrait of him has sharpened his sensitivity to the physical appearance of others. That has been one of its excellent effects, among many others. We are going to see her tonight, if the boy doesn't forget his appointment.

—Are you serious?

—Completely serious, Basil. I would be very unhappy if I thought I were ever going to be more serious than I am at this moment.

—But do you approve of it, Harry? —asked the painter, pacing up and down the room and biting his lip—. You cannot possibly approve. It is nothing but a foolish infatuation.

«Ya no apruebo ni desapruebo nada. Es una actitud absurda ante la vida. No nos han enviado al mundo para andar exhibiendo nuestros prejuicios morales. Nunca presto atención

a lo que dice la gente común, y jamás me entrometo en lo que hacen las personas encantadoras. Si una personalidad me fascina, cualquier forma de expresión que elija me parece absolutamente deliciosa. Dorian Gray se enamora de una muchacha hermosa que interpreta a Julieta y le pide que se case con él. ¿Y por qué no? Aunque se casara con Mesalina, no sería menos interesante. Ya sabes que yo no soy partidario del matrimonio. Su verdadero inconveniente es que vuelve a la gente poco interesada en sí misma. Y las personas que se olvidan de sí mismas no tienen color. Les falta individualidad. Aun así, hay ciertos temperamentos a los que el matrimonio vuelve más complejos. Conservan su egoísmo y, además, le añaden muchos otros yoes. Se ven obligados a vivir más de una vida. Se vuelven más organizados y, supongo, estar altamente organizado es el objetivo de la existencia humana. Además, toda experiencia tiene valor y, diga uno lo que diga contra el matrimonio, desde luego es una experiencia. Espero que Dorian Gray haga a esa muchacha su esposa, la adore apasionadamente durante seis meses y luego, de pronto, quede fascinado por otra persona. Sería un caso de estudio maravilloso.»

«No te crees ni una sola palabra de todo eso, Harry, y tú mismo lo sabes. Si la vida de Dorian Gray se arruinara, no habría nadie a quien le doliera más que a ti. Eres mucho mejor de lo que finges.»

Lord Henry laughed. "The reason we all like to think so well of other people is that, deep down, we're all afraid for ourselves. Optimism is built on sheer fear. We imagine we're generous because we credit our neighbors with virtues that will probably

work to our advantage. We praise the banker so he'll let us overdraw our account, and we find good qualities in the highwayman in the hope that he'll spare our pockets. I mean every word I've said. I have the greatest contempt for optimism. As for a wasted life, no life is truly wasted except one whose growth has come to a stop. If you want to ruin a person's nature, all you have to do is reform it. As for marriage, of course that would be foolish, but there are other ties between men and women that are far more interesting. I certainly intend to encourage them. They have the charm of being fashionable. But here comes Dorian himself. He can tell you more than I can."

"My dear Harry, dear Basil, you must both congratulate me!" said the boy, throwing off his evening cloak with its satin-lined wings and shaking each of his friends by the hand in turn. "I have never been so happy. Of course, it has all happened suddenly; all truly wonderful things do. And yet it feels like exactly what I've been searching for all my life." He was glowing with excitement and joy, and he looked extraordinarily beautiful.

"I hope you'll always be very happy, Dorian," said Hallward, "but I can't entirely forgive you for not telling me about your engagement. You told Harry."

"And I don't forgive you for being late to dinner," Lord Henry broke in, laying a hand on the boy's shoulder and smiling as he spoke. "Come, let's sit down and see what the new chef here can do, and then you can tell us how it all happened."

—La verdad es que no hay mucho que contar —dijo Dorian mientras se sentaban a la pequeña mesa redonda—. Lo único que pasó fue esto. Después de dejaros ayer por la tarde, Harry,

me vestí, cené algo en ese pequeño restaurante italiano de Rupert Street que me recomendaste y fui al teatro a las ocho. Sibyl hacía de Rosalind. Los decorados, desde luego, eran espantosos, y Orlando resultaba ridículo. ¡Pero Sibyl! ¡Tendrías que haberla visto! Cuando salió a escena con su traje de muchacho, estaba absolutamente maravillosa. Llevaba un jubón de terciopelo verde musgo con mangas color canela, medias marrones ajustadas con ligas cruzadas, un gorrito verde, pequeño y delicado, con una pluma de halcón sujeta por una joya, y una capa con capucha forrada de rojo apagado. Nunca me había parecido tan exquisita. Tenía toda la gracia delicada de esa figurilla de Tanagra que tienes en tu estudio, Basil. El pelo se le agrupaba alrededor del rostro como hojas oscuras alrededor de una rosa pálida. Y su interpretación... bueno, esta noche la veréis. Es artista de nacimiento. Yo estaba sentado en aquel palco mugriento, completamente hechizado. Olvidé que estaba en Londres y en el siglo XIX. Me fui con mi amor a un bosque que ningún hombre había visto jamás. Cuando terminó la función, fui a los bastidores y hablé con ella. Mientras estábamos sentados juntos, de pronto le vi en los ojos una expresión que nunca había visto antes. Mis labios se acercaron a los suyos. Nos besamos. No puedo describiros lo que sentí en ese momento. Me pareció que toda mi vida se concentraba en un solo punto perfecto de dicha rosada. Ella tembló de pies a cabeza y se estremeció como un narciso blanco. Luego cayó de rodillas y me besó las manos. Sé que no debería contaros todo esto, pero no puedo evitarlo. Naturalmente, nuestro compromiso es un secreto absoluto. Ni siquiera se lo ha dicho a su propia madre. No sé qué dirán mis tutores. Lord Radley se pondrá furioso, seguro. No me importa. En menos de un año

seré mayor de edad y entonces podré hacer lo que quiera. He hecho bien, ¿verdad, Basil?, al sacar mi amor de la poesía y encontrar a mi esposa en las obras de Shakespeare. Unos labios a los que Shakespeare enseñó a hablar me han susurrado su secreto al oído. He tenido entre mis brazos a Rosalind y he besado a Julieta en la boca.”

—Sí, Dorian, supongo que has hecho bien —dijo Hallward despacio.

—¿La has visto hoy? —preguntó lord Henry.

Dorian Gray negó con la cabeza. —La dejé en el bosque de Arden; la encontraré en un huerto de Verona.

Lord Henry tomó un sorbo de champán y adoptó un aire pensativo. «¿En qué momento exacto mencionaste el matrimonio, Dorian? ¿Y qué te respondió ella? Tal vez se te olvidó por completo.»

«Mi querido Harry, no lo planteé como si fuera un negocio ni le hice una propuesta formal. Le dije que la amaba, y ella me respondió que no era digna de ser mi esposa. ¡No digna! Cuando para mí, comparada con ella, el mundo entero no vale nada.»

«Las mujeres son maravillosamente prácticas», murmuró Lord Henry. «Mucho más que nosotros. En situaciones como esta, a menudo olvidamos decir una sola palabra sobre el matrimonio, y ellas siempre se encargan de recordárnoslo.»

Hallward le puso una mano en el brazo. «No, Harry. Estás fastidiando a Dorian. Él no es como los demás hombres. Nunca haría desgraciado a nadie. Tiene un carácter demasiado noble

para eso.»

Lord Henry miró al otro lado de la mesa. «Dorian nunca se enfada conmigo», respondió. «Hice la pregunta por la mejor razón posible; de hecho, por la única razón que justifica cualquier pregunta: la simple curiosidad. Tengo la teoría de que siempre son las mujeres quienes nos piden matrimonio a nosotros, y no al revés. Salvo, por supuesto, en la vida de la clase media. Pero la clase media no es moderna.»

Dorian Gray se rio y levantó la cabeza con ligereza. «Eres completamente incorregible, Harry, pero no me importa. Es imposible enfadarse contigo. Cuando veas a Sibyl Vane, entenderás que el hombre capaz de hacerle daño sería una bestia, una bestia sin corazón. No entiendo cómo alguien puede querer manchar aquello que ama. Amo a Sibyl Vane. Quiero ponerla en un pedestal de oro y ver al mundo adorar a la mujer que me pertenece. ¿Qué es el matrimonio? Un voto irrevocable. Te burlas de él precisamente por eso. ¡Ah, no te burles! Ese voto irrevocable es el que quiero hacer. Su confianza me mantiene fiel; su fe en mí me hace bueno. Cuando estoy con ella, me arrepiento de todo lo que me has enseñado. Me convierto en alguien distinto del que tú has conocido. Cambio, y el simple roce de la mano de Sibyl Vane hace que me olvide de ti y de todas tus teorías equivocadas, fascinantes, venenosas y deliciosas.»

«¿Y esas son...?» preguntó Lord Henry mientras se servía un poco de ensalada.

«Oh, tus teorías sobre la vida, tus teorías sobre el amor, tus teorías sobre el placer. En realidad, todas tus teorías, Harry.»

—El placer es lo único sobre lo que vale la pena tener una teoría —respondió con su voz lenta y melodiosa—. Pero me temo que no puedo decir que esa teoría sea mía. Le pertenece a la Naturaleza, no a mí. El placer es la prueba de la Naturaleza, su señal de aprobación. Cuando somos felices, siempre somos buenos; pero cuando somos buenos, no siempre somos felices.

—¡Ah!, pero ¿qué quieres decir con bueno? —exclamó Basil Hallward.

—Sí —repitió Dorian, recostándose en la silla y mirando a lord Henry por encima de los espesos ramos de lirios de pétalos morados que ocupaban el centro de la mesa—, ¿qué quieres decir con bueno, Harry?

—Ser bueno es estar en armonía con uno mismo —respondió, rozando con sus dedos pálidos y finos el delicado tallo de la copa—. La discordia empieza cuando uno se ve obligado a estar en armonía con los demás. La propia vida: eso es lo que importa. En cuanto a la vida de los vecinos, si alguien quiere ser un mojigato o un puritano, puede ir exhibiendo sus opiniones morales sobre ellos, pero no es asunto suyo. Además, el individualismo tiene, en realidad, un propósito más alto. La moral moderna consiste en aceptar el criterio de la propia época. Yo creo que, para cualquier hombre culto, aceptar el criterio de su tiempo es una de las formas más groseras de inmoralidad.

—Pero, desde luego, si uno vive solo para sí mismo, Harry, paga un precio terrible por hacerlo, ¿no? —señaló el pintor.

—Sí, hoy en día nos cobran de más por todo. Yo diría que la verdadera tragedia de los pobres es que no pueden permitirse nada salvo la abnegación. Los pecados hermosos, igual que las cosas hermosas, son un privilegio de los ricos.

—Hay que pagar de otras maneras, no solo con dinero.

—¿De qué maneras, Basil?

—Oh, supongo que con remordimiento, con sufrimiento, con... bueno, con la conciencia de la degradación.

Lord Henry shrugged. "My dear friend, medieval art has its charm, but medieval emotions are out of date. In fiction, of course, you can still use them. In fact, the only things fiction can use are the things real life has already stopped using. Believe me: no civilized man ever regrets a pleasure, and no uncivilized man ever knows what pleasure is."

"I know what pleasure is," cried Dorian Gray. "It is worshipping someone."

"Certainly, and that is better than being worshipped," he replied, idly playing with some fruit. "Being worshipped is a nuisance. Women treat us the way humanity treats its gods: they adore us and never stop bothering us to do something for them."

"I would say that whatever they ask of us, they have already given us first," the boy murmured gravely. "They create love in our nature. They have the right to ask for it back."

"That is absolutely true, Dorian," cried Hallward.

"Nothing is absolutely true," said Lord Henry.

"This is," Dorian cut in. "You must admit, Harry, that women give men the very gold of their lives."

"Perhaps," he sighed, "but they always want it back in small change. That is the trouble. Women, as a witty Frenchman once said, inspire us with the desire to create masterpieces and then always prevent us from carrying them out."

"Harry, you are dreadful! I do not know why I like you so much."

"You will always like me, Dorian," he replied. "Will you have coffee, friends? Waiter, bring coffee, fine champagne, and some cigarettes. No, never mind the cigarettes; I have my own. Basil, I cannot allow you to smoke cigars. You must smoke a cigarette. A cigarette is the perfect example of a perfect pleasure. It is exquisite, and it leaves you unsatisfied. What more could one want? Yes, Dorian, you will always be fond of me. To you, I stand for all the sins you have never had the courage to commit."

"What nonsense you talk, Harry!" the boy exclaimed, lighting his cigarette with a silver dragon that breathed fire and that the waiter had set on the table. "Let us go down to the theatre. When Sibyl comes on stage, you will have a new ideal of life. She will mean something to you that you have never known before."

—Creía que ya lo había conocido todo —dijo lord Henry, con una mirada cansada—, pero siempre estoy abierto a una emoción nueva. Aunque me temo que, al menos para mí, ya no existe nada así. Aun así, quizá tu maravillosa muchacha consiga impresionarme. Me encanta la actuación. Es mucho más real que la vida. Vamos. Dorian, vienes conmigo. Lo siento mucho,

Basil, pero en el coche de caballos solo hay sitio para dos. Tendrás que seguirnos en un hansom.

Se levantaron, se pusieron los abrigos y terminaron el café de pie. El pintor permanecía callado, perdido en sus pensamientos. Lo envolvía una tristeza oscura. No podía soportar aquella boda y, sin embargo, le parecía preferible a muchas otras cosas que podrían haber pasado. Unos minutos después, bajaron todos. Él se fue solo, tal como habían acordado, y siguió las luces parpadeantes del pequeño carruaje que iba delante. Lo invadió una extraña sensación de pérdida. Sintió que Dorian Gray nunca volvería a ser para él lo que había sido antes. La vida se había interpuesto entre los dos... Se le oscurecieron los ojos y las calles abarrotadas y resplandecientes se le desdibujaron ante la vista. Cuando el coche se detuvo frente al teatro, sintió que había envejecido años.

CAPÍTULO VII

Por una razón u otra, aquella noche la sala estaba llena hasta los topes, y el corpulento empresario judío que los recibió en la puerta sonreía de oreja a oreja con una expresión untuosa y temblorosa. Los condujo hasta el palco con una mezcla de humildad afectada y pompa, agitando sus gruesas manos cubiertas de joyas y hablando a voz en cuello. Dorian Gray lo detestó más que nunca. Sintió que había ido en busca de Miranda y se había encontrado con Calibán. Lord Henry, en cambio, parecía sentir cierta simpatía por él. O al menos eso decía. Insistió en darle la mano y en asegurarle que se sentía orgulloso de conocer a un hombre que había descubierto a un verdadero genio y se había arruinado por un poeta. Hallward se entretenía observando los rostros del patio de butacas. El calor era insoportable, y la gran lámpara ardía como una dalia monstruosa con pétalos de fuego amarillo. Los jóvenes del gallinero se habían quitado los abrigo y los chalecos y los habían colgado sobre la barandilla. Se gritaban de un lado a otro del teatro y compartían sus naranjas con las muchachas llamativas sentadas a su lado. Algunas mujeres se reían en el patio de butacas. Sus voces eran horriblemente agudas y discordantes. Del bar llegaba el sonido de los corchos al saltar.

—¡Vaya lugar para encontrar a la mujer que uno adora! —dijo lord Henry.

—¡Sí! —respondió Dorian Gray—. Fue aquí donde la encontré, y es divina, por encima de todo lo que vive. Cuando actúa, uno se olvida de todo. Esta gente vulgar y tosca, con sus rostros bastos y sus modales brutales, se transforma por completo

cuando ella está en escena. Se quedan sentados en silencio, mirándola. Lloran y ríen cuando ella quiere. Los hace vibrar como un violín. Los eleva, y uno siente que son de la misma carne y sangre que uno mismo.

—¿De la misma carne y sangre que uno mismo? ¡Oh, eso espero que no! —exclamó lord Henry, mientras examinaba con sus prismáticos de teatro a los ocupantes del gallinero.

—No le hagas caso, Dorian —dijo el pintor—. Entiendo perfectamente lo que quieres decir, y creo en esa muchacha. Cualquiera a quien ames tiene que ser maravillosa, y cualquier chica que cause el efecto que describes debe de ser buena y noble. Darle un alma a toda una época: eso sí que vale la pena. Si esta muchacha puede dar alma a quienes han vivido sin ella, si puede despertar el sentido de la belleza en personas cuyas vidas han sido miserables y feas, si puede librarlas de su egoísmo y hacerlas llorar por penas que no son las suyas, entonces merece toda tu adoración, y también la del mundo. Este matrimonio es completamente acertado. Al principio no lo creía, pero ahora lo reconozco. Los dioses hicieron a Sibyl Vane para ti. Sin ella, habrías estado incompleto.

—Gracias, Basil —respondió Dorian Gray, apretándole la mano—. Sabía que me entenderías. Harry es tan cínico que me da miedo. Pero ahí está la orquesta. Es realmente horrible, aunque solo dura unos cinco minutos. Después se levanta el telón y veréis a la muchacha a la que voy a entregar toda mi vida, a la que he dado todo lo bueno que hay en mí.

Un cuarto de hora después, en medio de una ovación extraordinaria, Sibyl Vane salió a escena. Sí, sin duda era

hermosa; lord Henry pensó que era una de las criaturas más bellas que había visto en su vida. Había en su gracia tímida y en sus ojos asustados algo de cervatillo. Un leve rubor, como la sombra de una rosa en un espejo de plata, le tiñó las mejillas al mirar al público abarrotado y entusiasta. Dio unos pasos hacia atrás, y sus labios parecieron temblar. Basil Hallward se puso en pie de un salto y empezó a aplaudir. Dorian Gray, inmóvil, como en un sueño, siguió sentado mirándola fijamente. Lord Henry la observó por sus lentes y murmuró: —Encantadora, encantadora.

La escena representaba el salón de la casa de los Capuleto, y Romeo, vestido de peregrino, había entrado con Mercucio y sus otros amigos. La orquesta, si es que podía llamarse así, tocó unos compases y empezó el baile. Entre la multitud de actores torpes y mal vestidos, Sibyl Vane se movía como un ser de un mundo más refinado. Mientras bailaba, su cuerpo se mecía como una planta en el agua. La curva de su cuello tenía la pureza de un lirio blanco. Sus manos parecían de marfil frío.

Y, sin embargo, estaba extrañamente apagada. No mostró la menor alegría cuando vio a Romeo. Las pocas palabras que tenía que decir—

Buen peregrino, hacéis demasiado agravio a vuestra mano, que en esto muestra una devoción cortés; pues los santos tienen manos que las de los peregrinos pueden tocar, y palma con palma es el santo beso de los romeros—

junto con el breve diálogo que sigue, las dijo de una forma totalmente artificial. La voz era exquisita, pero el tono resultaba completamente falso. El color no era el adecuado. Le quitaba

toda la vida al verso. Hacía que la pasión pareciera irreal.

Dorian Gray palideció mientras la observaba. Estaba confundido y angustiado. Ninguno de sus dos amigos se atrevió a decirle nada. A ellos les parecía completamente incompetente. La decepción fue enorme.

Aun así, sabían que la verdadera prueba para cualquier Julieta era la escena del balcón del segundo acto. Esperaron a que llegara ese momento. Si allí fracasaba, no había nada en ella.

Estaba encantadora cuando apareció a la luz de la luna. Eso no podía negarse. Pero lo afectado de su interpretación era insoportable, y empeoraba a cada momento. Sus gestos se volvieron ridículamente artificiales. Recargaba cada frase en exceso. El hermoso pasaje—

Sabes que la máscara de la noche cubre mi rostro; si no fuera así, el rubor de una doncella teñiría mi mejilla por lo que me has oído decir esta noche—

lo recitó con la triste precisión de una colegiala a la que algún profesor mediocre de declamación ha enseñado a repetir versos. Cuando se inclinó sobre el balcón y llegó a aquellas líneas maravillosas—

Aunque me llenas de alegría, esta noche no me alegra este compromiso: es demasiado precipitado, demasiado poco pensado, demasiado repentino; demasiado parecido al relámpago, que desaparece antes de que uno pueda decir: «Relampaguea». Dulce amor, buenas noches. Este capullo de amor, madurado por el aliento del verano, quizá se convierta en una hermosa flor cuando volvamos a vernos—

pronunció aquellas palabras como si no significaran nada para ella. No era nerviosismo. De hecho, estaba muy lejos de estar nerviosa: se mostraba completamente dueña de sí misma. Era, sencillamente, mal arte. Fue un fracaso absoluto.

Incluso el público común y poco instruido del patio de butacas y la galería perdió el interés en la obra. Empezaron a moverse inquietos, a hablar en voz alta y a silbar. El gerente judío, de pie al fondo del anfiteatro, daba patadas en el suelo y soltaba juramentos furiosos. La única persona que permanecía imperturbable era la propia muchacha.

Cuando terminó el segundo acto, estalló una tormenta de silbidos, y lord Henry se levantó de la silla y se puso el abrigo. «Es realmente hermosa, Dorian —dijo—, pero no sabe actuar. Vámonos.»

«Voy a quedarme hasta el final de la función», respondió el muchacho con voz dura y amarga. «Siento mucho haberos hecho perder una noche, Harry. Os pido disculpas a los dos.»

«Querido Dorian, yo diría que la señorita Vane está enferma», lo interrumpió Hallward. «Volveremos otra noche.»

«Ojalá estuviera enferma», respondió él. «Pero a mí me parece simplemente insensible y fría. Ha cambiado por completo. Anoche era una gran artista. Esta noche no es más que una actriz mediocre y vulgar.»

«No hables así de alguien a quien amas, Dorian. El amor es algo más maravilloso que el arte.»

—Las dos no son más que formas de imitación —dijo lord Henry—. Pero vámonos. Dorian, no debes quedarte aquí ni un

minuto más. Ver una mala interpretación no le hace bien a la moral de nadie. Además, no creo que quieras que tu esposa siga actuando, así que da igual que haga de Julieta como una muñeca de madera. Es muy hermosa y, si sabe tan poco de la vida como de la interpretación, será una experiencia deliciosa. Solo hay dos clases de personas realmente fascinantes: las que lo saben absolutamente todo y las que no saben absolutamente nada. Por el amor de Dios, querido muchacho, no pongas esa cara tan trágica. El secreto para seguir siendo joven es no tener nunca una emoción que no te favorezca. Ven al club con Basil y conmigo. Fumaremos cigarrillos y brindaremos por la belleza de Sibyl Vane. Es hermosa. ¿Qué más puedes pedir?»

—Vete, Harry —gritó el muchacho—. Quiero estar solo. Basil, tú también debes irte. ¡Ah! ¿Es que no ves que se me está rompiendo el corazón? —Se le llenaron los ojos de lágrimas ardientes. Le temblaban los labios y, corriendo hacia el fondo del palco, se apoyó contra la pared y se cubrió el rostro con las manos.

—Vámonos, Basil —dijo lord Henry con una ternura extraña en la voz, y los dos jóvenes salieron juntos.

Pocos momentos después, las candilejas volvieron a brillar con fuerza y se levantó el telón del tercer acto. Dorian Gray regresó a su asiento. Estaba pálido, orgulloso e indiferente. La obra avanzaba con pesadez y parecía no acabar nunca. La mitad del público se fue, haciendo retumbar sus pesadas botas y riéndose. Todo fue un fracaso. El último acto se representó ante filas casi vacías. El telón cayó entre risitas y algunos gemidos de desaprobación.

En cuanto terminó, Dorian Gray corrió entre bastidores hasta el camerino. La muchacha estaba allí sola, con una expresión triunfante en el rostro. Los ojos le brillaban con un fuego exquisito. La envolvía una especie de resplandor. Sus labios entreabiertos sonreían como si guardaran un secreto.

Cuando él entró, ella lo miró y el rostro se le iluminó con una alegría infinita. —¡Qué mal he actuado esta noche, Dorian! —exclamó.

—¡Horriblemente! —respondió él, mirándola con asombro—. ¡Horriblemente! Ha sido espantoso. ¿Estás enferma? No tienes idea de lo que ha sido esto. No tienes idea de lo que he sufrido.

La muchacha sonrió. —Dorian —respondió, demorándose en su nombre con una musicalidad lenta en la voz, como si fuera más dulce que la miel para los pétalos rojos de su boca—. Dorian, deberías haberlo entendido. Pero ahora lo entiendes, ¿verdad?

—¿Entender qué? —preguntó él, enfadado.

—Por qué he estado tan mal esta noche. Por qué siempre estaré mal. Por qué nunca volveré a actuar bien.

Él se encogió de hombros. —Supongo que estás enferma. Cuando una está enferma, no debería actuar. Has hecho el ridículo. Mis amigos se aburrieron. Yo me aburrí.

Ella parecía no oírlo. Estaba transformada por la alegría. La dominaba un éxtasis de felicidad.

—Dorian, Dorian —exclamó—, antes de conocerte, actuar era lo único real en mi vida. Solo me sentía verdaderamente viva en el teatro. Creía que todo aquello era verdad. Una noche era

Rosalind y a la siguiente, Porcia. La alegría de Beatriz era mi alegría, y las penas de Cordelia también eran mías. Lo creía todo. La gente corriente que actuaba conmigo me parecía divina. Los decorados pintados eran mi mundo. No conocía más que sombras, y las tomaba por reales. Entonces llegaste tú —¡oh, amor mío, qué hermoso eres!— y liberaste mi alma de su prisión. Me enseñaste lo que la realidad es de verdad. Esta noche, por primera vez en mi vida, he visto el vacío, la falsedad y lo ridículo de ese espectáculo hueco en el que siempre había actuado. Esta noche, por primera vez, me he dado cuenta de que el Romeo era horrible, viejo y maquillado; de que la luz de luna del huerto era falsa; de que el decorado era vulgar; y de que las palabras que tenía que decir no eran reales, no eran mis palabras, no eran lo que yo quería decir. Tú me habías mostrado algo más alto, algo de lo que todo arte no es más que un reflejo. Me hiciste entender lo que es el amor verdadero. ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Príncipe Encantador! ¡Príncipe de la vida! Me he cansado de las sombras. Tú significas para mí más de lo que el arte podrá significar jamás. ¿Qué tengo yo que ver con los muñecos de una obra? Cuando salí esta noche, no podía entender por qué sentía que todo me había abandonado. Pensé que iba a estar maravillosa. Descubrí que no podía hacer nada. De pronto, mi alma comprendió lo que todo aquello significaba. Y ese conocimiento fue exquisito para mí. Los oí silbar, y sonreí. ¿Qué podían saber ellos de un amor como el nuestro? Llévame contigo, Dorian; llévame adonde podamos estar completamente solos. Odio el escenario. Puedo fingir una pasión que no siento, pero no puedo fingir una que me quema como el fuego. Oh, Dorian, Dorian, ¿ahora entiendes lo que significa? Aunque pudiera hacerlo, para mí sería una profanación representar que

estoy enamorada. Tú me has hecho verlo.

Él se dejó caer en el sofá y volvió la cara. —Has matado mi amor —murmuró.

Ella lo miró, sorprendida, y se echó a reír. Él no respondió. Ella se acercó, le acarició el pelo con sus pequeños dedos, se arrodilló y le llevó las manos a los labios. Él las apartó, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Entonces se levantó de un salto y fue hacia la puerta. «Sí —gritó—, has matado mi amor. Antes despertabas mi imaginación. Ahora ni siquiera despiertas mi curiosidad. No me haces sentir absolutamente nada. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías talento e inteligencia, porque hacías realidad los sueños de los grandes poetas y dabas cuerpo y vida a las sombras del arte. Lo has echado todo a perder. Eres superficial y tonta. ¡Dios mío! ¡Qué loco estaba por amarte! ¡Qué necio he sido! Ahora no significas nada para mí. No volveré a verte. No volveré a pensar en ti. No volveré a pronunciar tu nombre. No sabes lo que fuiste para mí, antes. Porque antes... ¡Oh, no puedo soportar pensarlo! ¡Ojalá no te hubiera visto nunca! Has arruinado el romanticismo de mi vida. ¡Qué poco sabes del amor, si dices que estropea tu arte! Sin tu arte, no eres nada. Yo te habría hecho famosa, deslumbrante, magnífica. El mundo te habría adorado, y tú habrías llevado mi nombre. ¿Y qué eres ahora? Una actriz mediocre con una cara bonita.»

La muchacha se quedó blanca y empezó a temblar. Se apretó las manos, y la voz pareció quedarse atrapada en su garganta. «No lo dices en serio, Dorian, ¿verdad? —murmuró—. Estás

actuando.»

«¿Actuando? Eso te lo dejo a ti. Se te da muy bien», respondió él con amargura.

Ella se levantó de donde estaba arrodillada y, con una expresión de dolor insoportable en el rostro, cruzó la habitación hacia él. Le puso una mano en el brazo y lo miró a los ojos. Él la apartó bruscamente. «¡No me toques!», gritó.

Se le escapó un gemido ahogado y se lanzó a sus pies, donde quedó tendida como una flor aplastada. «Dorian, Dorian, no me abandones», susurró. «Siento muchísimo no haber estado bien. No podía pensar en otra cosa que en ti. Pero lo intentaré; de verdad que lo intentaré. Mi amor por ti me inundó de repente. Creo que nunca lo habría comprendido si no me hubieras besado..., si no nos hubiéramos besado. Bésame otra vez, amor mío. No te apartes de mí. No podría soportarlo. Oh, no te apartes de mí. Mi hermano... No, no importa. No hablaba en serio. Estaba bromeando... Pero tú, oh, ¿no puedes perdonarme lo de esta noche? Trabajaré muchísimo e intentaré hacerlo mejor. No seas cruel conmigo, porque te quiero más que a nada en el mundo. Al fin y al cabo, solo ha sido una vez en que no te he complacido. Pero tienes toda la razón, Dorian. Debería haber sido más artista. He sido una necia, y aun así no he podido evitarlo. Oh, no me dejes, no me dejes.» Un acceso de sollozos desesperados la dejó sin aliento. Se encogió en el suelo como un animal herido, y Dorian Gray la miró desde arriba con sus hermosos ojos, mientras sus labios perfectamente dibujados se curvaban en un gesto exquisito de desprecio. Siempre hay algo ridículo en las emociones de alguien a quien uno ha dejado de

amar. A Dorian, Sibyl Vane le parecía absurdamente melodramática. Sus lágrimas y sus sollozos lo irritaban.

«Me voy», dijo al fin con voz serena y clara. «No quiero ser cruel, pero no puedo volver a verte. Me has decepcionado.»

Ella lloró en silencio y no contestó, pero se arrastró un poco más hacia él. Sus pequeñas manos se tendieron a ciegas, como buscándolo. Él se volvió y salió de la habitación. Pocos momentos después, ya estaba fuera del teatro.

Apenas sabía adónde iba. Recordaba haber vagado por calles mal iluminadas, pasando bajo altos arcos envueltos en sombras negras y junto a casas de aspecto amenazante. Algunas mujeres, con voces roncas y risas ásperas, le gritaron al pasar. Borrachos tambaleantes se cruzaban con él, maldiciendo y murmurando para sí mismos como simios monstruosos. Vio a niños deformes acurrucados en los portales y oyó gritos y juramentos que salían de patios oscuros.

Just as dawn was beginning to break, he found himself near Covent Garden. The darkness slowly pulled back, and the sky, lit by faint fires of color, opened into a perfect pearl. Large carts piled with swaying lilies moved slowly along the empty, shining street. The air was thick with the scent of flowers, and their beauty seemed to offer him some relief from his pain. He went into the market and stood watching the men unload the carts. A driver in a white smock offered him some cherries. He thanked him, wondered why the man would not take any money for them, and began to eat them without much interest. They had been picked at midnight, and the moon's cold had sunk into them. A long line of boys carrying boxes of striped tulips and

yellow and red roses passed in front of him, making their way between huge piles of jade-green vegetables. Under the portico, with its gray pillars bleached by the sun, a group of untidy, bareheaded girls wandered about, waiting for the auction to end. Others crowded by the swinging doors of the coffeehouse in the square. The heavy draft horses slipped and stamped on the rough cobblestones, making their bells and harnesses jangle. Some carters slept stretched out on piles of sacks. Pigeons with iridescent necks and pink feet ran about, pecking at seeds.

After a while, he hailed a cab and went home. For a few moments he stood in the doorway, looking out at the silent square, with its blank windows tightly shut and its motionless blinds. The sky was now a clear opal, and the rooftops shone against it like silver. From a chimney on the house opposite, a thin thread of smoke rose into the air. It curled there like a violet ribbon in the pearly light.

En el gran farol veneciano dorado —botín de la barcaza de algún dux— que colgaba del techo del amplio vestíbulo revestido de roble, todavía ardían tres pequeñas llamas vacilantes. Parecían delicados pétalos azules con bordes de fuego blanco. Las apagó y, después de dejar el sombrero y la capa sobre la mesa, cruzó la biblioteca hacia la puerta de su dormitorio, una espaciosa habitación octogonal en la planta baja que, llevado por su recién descubierta afición al lujo, acababa de mandar decorar para sí y adornar con unos curiosos tapices renacentistas encontrados en un desván abandonado de Selby Royal. Cuando iba a girar el pomo, su mirada cayó sobre el retrato que Basil Hallward le había pintado. Retrocedió, como si

lo hubiera sorprendido. Luego entró en su habitación con un gesto algo desconcertado. Después de quitarse la flor del ojal, pareció dudar. Al final volvió sobre sus pasos, se acercó al cuadro y lo examinó. A la luz tenue e inmóvil que lograba filtrarse a través de los estores de seda color crema, el rostro le pareció ligeramente distinto. La expresión había cambiado. Se diría que la boca tenía un leve toque de crueldad. Era, sin duda, extraño.

Se volvió y, acercándose a la ventana, levantó el estor. La claridad del amanecer llenó la habitación y empujó las sombras fantásticas hacia los rincones oscuros, donde quedaron temblando. Pero la extraña expresión que había notado en el rostro del retrato seguía allí, e incluso parecía más marcada. La luz viva y ardiente del sol le mostró las líneas de crueldad alrededor de la boca con la misma claridad que si se hubiera mirado en un espejo después de hacer algo espantoso.

Se estremeció y, tomando de la mesa un espejo ovalado enmarcado por cupidos de marfil —uno de los muchos regalos de lord Henry—, miró apresuradamente su superficie pulida. Ninguna línea parecida alteraba sus labios rojos. ¿Qué significaba aquello?

Se frotó los ojos, se acercó al cuadro y volvió a examinarlo. No se veía ninguna señal de cambio cuando miraba la pintura en sí, y sin embargo no había duda de que toda la expresión había cambiado. No era una simple fantasía. Era algo horriblemente evidente.

He dropped into an armchair and began to think. Suddenly, he remembered what he had said in Basil Hallward's studio on the

day the portrait was finished. Yes, he remembered it perfectly. He had voiced the mad wish that he himself might stay young while the portrait grew old; that his own beauty might remain untouched while the face on the canvas bore the weight of his passions and his sins; that the painted image might be marked by suffering and thought, while he kept all the delicate freshness and beauty of that youth just awakening into self-awareness. Surely his wish had not come true. Such a thing was impossible. Even to think it was monstrous. And yet the picture stood there before him, with that touch of cruelty in its mouth.

Cruelty? Had he really been cruel? It was the girl's fault, not his. He had dreamed of her as a great artist; he had loved her because he believed she was great. Then she had disappointed him. She had turned out to be shallow and unworthy. And still, an endless remorse came over him when he thought of her lying at his feet, sobbing like a little child. He remembered how harshly he had looked at her. Why had they made him like this? Why had they given him such a soul? But he had suffered too. During the three terrible hours of the performance, he had lived through centuries of pain, endless ages of torment. His life was worth far more than hers. She had spoiled him for a moment; if he had wounded her for life, that was different. Besides, women were better made to bear sorrow than men. They lived by their emotions. They thought only of their emotions. When they took lovers, it was simply to have someone to make scenes with. Lord Henry had told him so, and Lord Henry understood women. Why should he trouble himself about Sibyl Vane? She meant nothing to him now.

And the picture? What was he to make of that? It held the secret of his life and told his story. It had taught him to love his own beauty. Would it also teach him to hate his own soul? Would he ever look at it again?

No; it was only an illusion, born of overwrought senses. The dreadful night he had endured had left its ghosts behind. That tiny scarlet speck that drives men mad had suddenly fallen across his mind. The picture had not changed. To think so was absurd.

And yet he kept looking at it: that beautiful face, now spoiled, with its cruel smile. His bright hair shone in the early morning light. His blue eyes met his own. An endless pity came over him, not for himself, but for that painted image of himself. It had already changed, and it would change even more. Its gold would fade to gray. Its red and white roses would die. With every sin he committed, a stain would splash across it and ruin its beauty. But he would not sin. Whether the portrait changed or not, it would remain for him the visible symbol of conscience. He would resist temptation. He would not see Lord Henry again; or at least he would not listen to those subtle, poisonous theories that had first stirred in him, in Basil Hallward's garden, a desire for impossible things. He would go back to Sibyl Vane, make up for the wrong he had done her, marry her, and try to love her again. Yes, it was his duty. She must have suffered more than he had. Poor child! He had been selfish and cruel to her. The spell she had cast over him would return. They would be happy together. His life with her would be beautiful and pure.

He rose from the chair and placed a large screen directly in front of the portrait, shuddering as he glanced at it. "How horrible!" he murmured to himself, and went to the window and opened it. As he stepped out onto the grass, he drew a deep breath. The cool morning air seemed to drive away all his dark passions. He thought only of Sibyl. A faint echo of his love came back to him. He repeated her name over and over. The birds singing in the dew-soaked garden seemed to be telling the flowers about her.

CHAPTER VIII

When he woke, it was already well past noon. His valet had slipped into the room several times on tiptoe to see whether he was showing any sign of stirring, and had wondered what could be making his young master sleep so late. At last the bell rang, and Victor came in quietly with a cup of tea and a pile of letters on a small old Sèvres china tray, then drew back the olive-satin curtains, lined with shimmering blue fabric, that hung before the three tall windows.

"Monsieur has slept well this morning," he said with a smile.

"What time is it, Victor?" asked Dorian Gray sleepily.

"A quarter past one, Monsieur."

¡Qué tarde se había hecho! Se incorporó y, después de tomar unos sorbos de té, se puso a revisar sus cartas. Una era de Lord Henry y se la habían entregado en mano aquella misma mañana. Dudó un momento y luego la dejó a un lado. Abrió las demás sin mucho interés. Era la misma colección de siempre: tarjetas, invitaciones a cenar, pases para visitas privadas, programas de conciertos benéficos y toda esa clase de cosas que cada mañana caen sobre los jóvenes elegantes durante la temporada. También había una factura bastante elevada por un juego de tocador Luis XV de plata cincelada que todavía no se había atrevido a enseñarles a sus tutores, personas terriblemente anticuadas que no entendían que vivimos en una época en la que las cosas innecesarias son nuestras únicas necesidades; y varias cartas, escritas con gran cortesía, de prestamistas de Jermyn Street que se ofrecían a adelantarle

cualquier suma de dinero de inmediato y con los tipos de interés más razonables.

Unos diez minutos después se levantó y, poniéndose por encima una elegante bata de cachemir bordada en seda, pasó al cuarto de baño, con suelo de ónice. El agua fría lo despejó después de su largo sueño. Parecía haber olvidado todo lo ocurrido. Una vaga sensación de haber tomado parte en alguna tragedia extraña volvía a él una o dos veces, pero todo tenía la irrealdad de un sueño.

En cuanto estuvo vestido, fue a la biblioteca y se sentó ante un ligero desayuno a la francesa que le habían preparado en una pequeña mesa redonda junto a la ventana abierta. El día era exquisito. El aire cálido parecía cargado de especias. Una abeja entró volando y zumbó alrededor del cuenco del dragón azul que tenía delante, lleno de rosas de un amarillo sulfuroso. Se sentía perfectamente feliz.

De pronto, su mirada se posó en el biombo que había colocado delante del retrato, y se sobresaltó.

—¿Tiene frío, monsieur? —preguntó su ayuda de cámara mientras dejaba una tortilla sobre la mesa—. ¿Quiere que cierre la ventana?

Dorian negó con la cabeza. —No tengo frío —murmuró.

¿Había sido todo real? ¿De verdad había cambiado el retrato? ¿O solo había sido su imaginación, haciéndole ver una expresión malvada donde antes había una de alegría? Un lienzo pintado no podía cambiar, seguro. Era absurdo. Algún día se lo contaría a Basil. Lo haría sonreír.

And yet he remembered everything with startling clarity. First in the dim light of evening, and then again in the brightness of dawn, he had seen that trace of cruelty around those misshapen lips. He was almost afraid to let his valet leave the room. He knew that the moment he was alone, he would have to examine the portrait. That certainty terrified him. When the coffee and cigarettes were brought in and the servant turned to go, he felt a sudden, desperate urge to ask him to stay. Just as the door was closing behind him, he called him back. The man stood waiting for instructions. Dorian looked at him for a moment. —I am not at home to anyone, Victor —said with a sigh. The man bowed and withdrew.

Then he got up from the table, lit a cigarette, and dropped onto a couch piled with soft cushions that stood in front of the screen. It was an old screen of gilded Spanish leather, embossed and decorated in an elaborate Louis XIV design. He looked at it curiously, wondering whether it had ever hidden the secret of a man's life before.

Should he move it aside after all? Why not leave it where it was? What was the point of knowing? If it was true, it was horrifying. And if it was not, why trouble himself? But what if, by fate or by some even darker accident, eyes other than his looked behind it and discovered that dreadful change? What would he do if Basil Hallward came and asked to see his own painting? Basil certainly would. No; he had to examine it, and at once. Anything would be better than that terrible state of uncertainty.

He stood up and locked both doors. At least he would be alone when he looked at the mask of his shame. Then he pulled the

screen aside and found himself face to face with himself. It was completely true. The portrait had changed.

As he would remember many times afterward, always with deep astonishment, at first he found himself studying the portrait with an almost scientific curiosity. It seemed impossible that such a change could have taken place. And yet it had. Was there some subtle connection between the chemical atoms arranged as form and color on the canvas and the soul within him? Could they somehow make real what that soul thought, make true what it dreamed? Or was there some other cause, even more terrible? He shuddered, felt afraid, and went back to the sofa, where he lay staring at the picture in sickened horror.

And yet he did feel that it had done one thing for him: it had shown him how unjust and cruel he had been to Sibyl Vane. It was not too late to make amends. She could still become his wife. His selfish, unreal love would give way to a higher influence and turn into a nobler passion, and the portrait Basil Hallward had painted of him would guide him through life. It would be for him what holiness is to some people, conscience to others, and the fear of God to us all. There were opiates for remorse, drugs that could lull the moral sense to sleep. But here before him was a visible symbol of the corruption of sin. Here was the constant sign of the ruin men carry upon their own souls.

Three o'clock struck, then four, and the half-hour sounded with its double chime, but Dorian Gray did not move. He was trying to gather up the scarlet threads of life and weave them into a pattern, trying to find his way through the bloody labyrinth of

passion in which he had lost himself. He did not know what to do or what to think. At last he went over to the table and wrote a passionate letter to the girl he had loved, begging her forgiveness and accusing himself of madness. He filled page after page with wild words of remorse and even wilder words of grief. There is a kind of luxury in blaming ourselves. When we accuse ourselves, we feel that no one else has the right to accuse us. It is confession, not the priest, that gives us absolution. When Dorian finished the letter, he felt that he had been forgiven.

Suddenly there was a knock at the door, and he heard Lord Henry's voice outside. "My dear boy, I must see you. Let me in at once. I can't bear for you to shut yourself up like this."

Al principio no contestó y se quedó completamente inmóvil. Los golpes en la puerta siguieron y cada vez sonaban más fuertes. Sí, lo mejor era dejar pasar a lord Henry y explicarle la nueva vida que pensaba llevar. Discutirían si era necesario, y se separarían si separarse resultaba inevitable. Se levantó de un salto, corrió rápidamente el biombo delante del cuadro y abrió la puerta.

—Siento muchísimo todo esto, Dorian —dijo lord Henry al entrar—. Pero no debes darle demasiadas vueltas.

—¿Te refieres a lo de Sibyl Vane? —preguntó el muchacho.

—Sí, claro —respondió lord Henry, dejándose caer en un sillón mientras se quitaba lentamente los guantes amarillos—. Es terrible, desde cierto punto de vista, pero no fue culpa tuya. Dime, ¿fuiste a verla entre bastidores cuando terminó la función?

—Sí.

—Ya me lo imaginaba. ¿Le montaste una escena?

—Fui brutal, Harry, de verdad brutal. Pero ahora todo está bien. No me arrepiento de nada de lo que pasó. Me ha enseñado a conocerme mejor.

—Ah, Dorian, me alegra muchísimo que te lo tomes así. Temía encontrarte hundido en el remordimiento y tirándote de esos bonitos rizos tuyos.

—Todo eso ya pasó —dijo Dorian, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Ahora soy completamente feliz. Para empezar, ya sé lo que es la conciencia. No es lo que tú me dijiste. Es lo más divino que hay en nosotros. No te burles más de ella, Harry, al menos delante de mí. Quiero ser bueno. No soporto pensar que mi alma pueda ser horrible.

—Una base artística encantadora para la ética, Dorian. Te felicito. Pero ¿cómo piensas empezar?

—Casándome con Sibyl Vane.

—¡Casarte con Sibyl Vane! —exclamó lord Henry, poniéndose de pie y mirándolo con asombro—. Pero, querido Dorian...

—Sí, Harry, ya sé lo que vas a decir. Alguna atrocidad sobre el matrimonio. No lo digas. No vuelvas a decirme nunca esas cosas. Hace dos días le pedí a Sibyl que se casara conmigo. No voy a faltar a mi palabra. Va a ser mi esposa.

—¡Tu esposa! ¡Dorian!... ¿No recibiste mi carta? Te escribí esta mañana y te la envié con mi propio criado.

—¿Tu carta? Ah, sí, ahora me acuerdo. Aún no la he leído, Harry. Temía que dijera algo que no me gustara. Tú haces pedazos la vida con tus epigramas.

—Entonces, ¿no sabes nada?

—¿Qué quieres decir?

Lord Henry cruzó la habitación y se sentó junto a Dorian Gray. Le tomó las dos manos entre las suyas y se las apretó con fuerza. —Dorian —dijo—, mi carta... no te asustes... era para decirte que Sibyl Vane ha muerto.

Un grito de dolor salió de los labios del muchacho. Se puso en pie de un salto y apartó las manos de las de lord Henry.

—¡Muerta! ¡Sibyl muerta! ¡No es verdad! ¡Es una mentira horrible! ¿Cómo te atreves a decir eso?

—Es completamente cierto, Dorian —dijo lord Henry con gravedad—. Viene en todos los periódicos de la mañana. Te envié una nota para pedirte que no vieras a nadie hasta que yo llegara. Habrá una investigación, por supuesto, y no debes verte mezclado en ella. En París, cosas así ponen de moda a un hombre. Pero en Londres la gente es muy prejuiciosa. Aquí nadie debería empezar con un escándalo. Eso conviene guardarlo para darle interés a la vejez. Supongo que en el teatro no saben tu nombre, ¿verdad? Si no lo saben, no pasa nada. ¿Alguien te vio entrar en su camerino? Eso es importante.

Dorian no respondió durante unos momentos. El horror lo había dejado aturdido. Al final balbuceó, con la voz ahogada: —Harry, ¿has dicho una investigación? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Sibyl...? ¡Oh, Harry, no puedo soportarlo! Pero date prisa.

Cuéntamelo todo de una vez.

—No tengo ninguna duda de que no fue un accidente, Dorian, aunque de cara al público habrá que presentarlo así. Al parecer, cuando salía del teatro con su madre, hacia las doce y media o algo así, dijo que se había dejado algo arriba. La esperaron bastante rato, pero no volvió a bajar. Al final la encontraron muerta en el suelo de su camerino. Se tragó algo por error, alguna de esas cosas espantosas que usan en los teatros. No sé qué era, pero contenía ácido prúsico o albayalde. Yo diría que fue ácido prúsico, porque parece que murió en el acto.

—¡Harry, Harry, es terrible! —exclamó el muchacho.

«Sí, claro que es muy trágico, pero no debes dejar que esto te afecte. Veo en The Standard que tenía diecisiete años. Yo habría dicho que era aún más joven. Parecía una niña y daba la impresión de saber muy poco de actuación. Dorian, no puedes permitir que esto te destroce los nervios. Tienes que venir a cenar conmigo, y después iremos a la ópera. Esta noche canta Patti, y estará allí todo el mundo. Puedes venir al palco de mi hermana. Ha invitado a algunas mujeres muy elegantes.»

«Así que he asesinado a Sibyl Vane», dijo Dorian Gray, medio para sí. «La he matado con la misma certeza que si le hubiera cortado su pequeña garganta con un cuchillo. Y, sin embargo, las rosas no son menos hermosas. Los pájaros siguen cantando alegremente en mi jardín. Y esta noche voy a cenar contigo, luego iré a la ópera y después supongo que cenaré algo en alguna parte. Qué extraordinariamente dramática es la vida. Si hubiera leído todo esto en un libro, Harry, creo que habría llorado. Pero ahora que ha ocurrido de verdad, y me ha ocurrido

a mí, me parece demasiado maravilloso para llorar. Aquí está la primera carta de amor apasionada que he escrito en toda mi vida. Qué extraño que mi primera carta de amor apasionada haya sido para una muchacha muerta. Me pregunto si esas personas blancas y silenciosas a las que llamamos los muertos pueden sentir algo. ¡Sibyl! ¿Puede sentir, o saber, o escuchar? Oh, Harry, cuánto la quise en otro tiempo. Ahora me parece que fue hace años. Lo era todo para mí. Luego llegó aquella noche espantosa —¿de verdad fue solo anoche?—, cuando actuó tan mal que casi se me rompió el corazón. Me lo explicó todo. Era profundamente conmovedor. Pero no me afectó en absoluto. Me pareció algo superficial. Entonces ocurrió de pronto algo que me asustó. No puedo decirte qué fue, pero fue terrible. Dije que volvería con ella. Sentí que había actuado mal. Y ahora está muerta. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Harry, ¿qué voy a hacer? No sabes el peligro en el que estoy, y no hay nada que me mantenga en el buen camino. Ella habría hecho eso por mí. No tenía derecho a matarse. Fue egoísta por su parte.»

«Mi querido Dorian», respondió lord Henry, sacando un cigarrillo de su pitillera y luego una caja de cerillas dorada, «la única forma en que una mujer puede reformar a un hombre es aburrirlo tanto que acabe perdiendo todo posible interés por la vida. Si te hubieras casado con esa muchacha, habrías sido desgraciado. Desde luego, la habrías tratado con amabilidad. Siempre se puede ser amable con la gente por la que no se siente nada. Pero ella no habría tardado en darse cuenta de que te era completamente indiferente. Y cuando una mujer descubre eso en su marido, o se vuelve espantosamente descuidada o empieza a ponerse sombreros elegantísimos que

paga el marido de otra. No diré nada del error social, que habría sido lamentable —y que, por supuesto, yo no habría permitido—, pero te aseguro que, en cualquier caso, todo habría terminado en un fracaso absoluto.»

—Supongo que sí —murmuró el muchacho, caminando de un lado a otro por la habitación, terriblemente pálido—. Pero yo creía que era mi deber. No es culpa mía que esta tragedia espantosa me haya impedido hacer lo correcto. Recuerdo que una vez dijiste que hay algo fatal en las buenas intenciones: siempre llegan demasiado tarde. Desde luego, las mías sí.

—Las buenas intenciones son intentos inútiles de interferir en las leyes científicas. Nacen de la pura vanidad. Y no producen absolutamente nada. De vez en cuando nos dan alguna de esas emociones lujosas y estériles que tienen cierto encanto para los débiles. Eso es todo lo que puede decirse de ellas. No son más que cheques que los hombres giran contra un banco en el que no tienen cuenta.

—Harry —exclamó Dorian Gray, acercándose y sentándose a su lado—, ¿por qué no logro sentir esta tragedia tanto como quisiera? No creo ser insensible. ¿Tú qué piensas?

—Has hecho demasiadas tonterías en estas dos últimas semanas como para llamarte así, Dorian —respondió lord Henry con su dulce sonrisa melancólica.

El muchacho frunció el ceño. —No me gusta esa explicación, Harry —replicó—, pero me alegra que no creas que soy insensible. No lo soy en absoluto. Sé que no lo soy. Y, sin embargo, tengo que admitir que lo que ha pasado no me afecta como debería. Me parece, sencillamente, el final maravilloso de

una obra maravillosa. Tiene toda la terrible belleza de una tragedia griega, una tragedia en la que yo he desempeñado un papel importante, pero que no me ha herido.

«Es una cuestión interesante —dijo lord Henry, que disfrutaba enormemente jugando con el egoísmo inconsciente del muchacho—, una cuestión de lo más interesante. Creo que la verdadera explicación es esta: muy a menudo, las tragedias reales de la vida ocurren de una forma tan poco artística que nos hieren por su violencia brutal, su total incoherencia, su absurda falta de sentido y su completa ausencia de estilo. Nos afectan igual que la vulgaridad. Nos dejan una impresión de pura fuerza bruta, y eso nos indigna. A veces, sin embargo, se cruza en nuestro camino una tragedia que contiene elementos de belleza artística. Si esos elementos de belleza son auténticos, todo el asunto apela sencillamente a nuestro sentido del efecto dramático. De pronto descubrimos que ya no somos los actores de la obra, sino los espectadores. O, mejor dicho, somos ambas cosas. Nos observamos a nosotros mismos, y el simple asombro del espectáculo nos hechiza. En el caso presente, ¿qué ha ocurrido realmente? Alguien se ha matado por amor a ti. Ojalá yo hubiera vivido alguna vez algo así. Me habría hecho enamorarme del amor para el resto de mi vida. Las personas que me han adorado —no han sido muchas, pero alguna ha habido— siempre se han empeñado en seguir viviendo mucho después de que yo hubiera dejado de preocuparme por ellas, o ellas por mí. Se han vuelto gordas y aburridas y, cuando me las encuentro, enseguida se ponen a recordar. ¡Esa espantosa memoria de las mujeres! ¡Qué cosa tan terrible! ¡Y qué absoluta parálisis intelectual revela! Hay que

absorber el color de la vida, pero no recordar nunca sus detalles. Los detalles siempre son vulgares.»

«Tendré que plantar amapolas en mi jardín», suspiró Dorian.

—No hace falta —respondió su compañero—. La vida siempre lleva amapolas en las manos. Claro que, de vez en cuando, hay cosas que se prolongan demasiado. Yo pasé toda una temporada llevando solo violetas, como una especie de luto artístico por un romance que se negaba a morir. Al final, sin embargo, murió. No recuerdo qué lo mató. Creo que fue que ella se ofreciera a sacrificar el mundo entero por mí. Ese siempre es un momento espantoso. A uno le entra miedo a la eternidad. Pues bien, ¿te lo creerías? Hace una semana, en casa de lady Hampshire, me encontré sentado junto a esa misma mujer durante la cena, y se empeñó en repasarlo todo otra vez, en desenterrar el pasado y en remover también el futuro. Yo había enterrado mi romance en un lecho de asfódelos. Ella lo sacó de nuevo y me aseguró que yo le había arruinado la vida. Debo decir que cenó de forma descomunal, así que no sentí la menor inquietud. Pero ¡qué falta de gusto demostró! El único encanto del pasado es que ya ha pasado. Pero las mujeres nunca saben cuándo ha caído el telón. Siempre quieren un sexto acto y, en cuanto el interés de la obra se ha agotado por completo, proponen seguirla. Si se las dejara, toda comedia acabaría en tragedia y toda tragedia terminaría en farsa. Son encantadoramente artificiales, pero no tienen sentido del arte. Tú tienes más suerte que yo. Te aseguro, Dorian, que ninguna de las mujeres que he conocido habría hecho por mí lo que Sibyl Vane hizo por ti. Las mujeres corrientes siempre encuentran consuelo. Algunas lo hacen entregándose a colores

sentimentales. No te fíes nunca de una mujer que vista de malva, tenga la edad que tenga, ni de una mujer de más de treinta y cinco a la que le gusten las cintas rosas. Siempre significa que tienen una historia. Otras encuentran un gran consuelo descubriendo de pronto las buenas cualidades de sus maridos. Te restregan su felicidad conyugal por la cara, como si fuera el más fascinante de los pecados. A algunas las consuela la religión. Sus misterios tienen todo el encanto de un flirteo, me dijo una vez una mujer, y la entiendo perfectamente. Además, nada vuelve a una persona tan vanidosa como que le digan que es una pecadora. La conciencia nos vuelve egoístas a todos. Sí, de verdad no se acaban nunca los consuelos que las mujeres encuentran en la vida moderna. De hecho, ni siquiera he mencionado el más importante.

—¿Y cuál es, Harry? —preguntó el muchacho con desgana.

—Ah, the usual consolation: ending up with another woman's admirer when you've lost your own. In polite society, that always helps restore a woman's reputation. But truly, Dorian, Sibyl Vane must have been very different from the women one usually meets. There is something genuinely beautiful about her death. I'm glad to live in an age when such wonders can happen. They make one believe in the reality of the things we all toy with: romance, passion, and love.

—I was terribly cruel to her. You forget that.

—I'm afraid women value cruelty—plain, brutal cruelty—more than anything else. They have wonderfully primitive instincts. We have emancipated them, yes, but they still remain slaves looking for masters. They love being ruled. I'm sure you were

magnificent. I have never seen you truly, completely furious, but I can imagine how fascinating you must have been. And after all, the day before yesterday you told me something that seemed like mere fantasy at the time, but now I see it was entirely true and explains everything else.

—What was it, Harry?

—You told me that Sibyl Vane embodied for you all the heroines of romance; that one night she was Desdemona and another Ophelia; that if she died as Juliet, she came back to life as Imogen.

—Now she will never come back to life again —murmured the boy, burying his face in his hands.

—No, she will never come back to life. She has played her last part. But you must think of that lonely death, in that wretched dressing room, simply as a strange, dark fragment from some Jacobean tragedy, like a marvelous scene by Webster, or Ford, or Cyril Tourneur. The girl never truly lived, and so she has not truly died either. At least for you, she was always a dream, a phantom moving through Shakespeare's plays and making them more beautiful by her presence, a reed through which Shakespeare's music sounded richer and more joyful. The moment she touched real life, she spoiled it, and real life spoiled her, and so she vanished. Mourn Ophelia, if you like. Throw ashes on your head because Cordelia was strangled. Cry out against Heaven because Brabantio's daughter died. But do not waste your tears on Sibyl Vane. She was less real than they were.

Se hizo el silencio. La tarde fue cayendo en la habitación. Sin hacer ruido, con pies de plata, las sombras se deslizaron desde el jardín. Los colores de las cosas se fueron apagando poco a poco, como cansados.

Al cabo de un rato, Dorian Gray levantó la vista. «Me has ayudado a entenderme a mí mismo, Harry», murmuró, con algo parecido a un suspiro de alivio. «Yo sentía todo eso que has dicho, pero de algún modo me asustaba y no sabía cómo expresármelo. ¡Qué bien me conoces! Pero no volvamos a hablar de lo que ha pasado. Ha sido una experiencia maravillosa. Eso es todo. Me pregunto si la vida todavía me reservará algo igual de maravilloso.»

«La vida te lo reserva todo, Dorian. No hay nada que tú, con tu extraordinaria belleza, no puedas conseguir.»

«Pero imagina, Harry, que me volviera delgado, viejo y arrugado. ¿Entonces qué?»

«Ah, entonces», dijo lord Henry, levantándose para irse, «entonces, querido Dorian, tendrías que luchar por tus victorias. Ahora te llegan solas. No, debes conservar tu belleza. Vivimos en una época que lee demasiado para ser sabia y piensa demasiado para ser bella. No podemos prescindir de ti. Y ahora será mejor que te vistas y vayas al club en coche. Se nos ha hecho bastante tarde.»

«Creo que me reuniré contigo en la ópera, Harry. Me siento demasiado cansado para comer. ¿Qué número tiene el palco de tu hermana?»

«El veintisiete, creo. Está en el primer anfiteatro. Verás su nombre en la puerta. Pero me da pena que no vengas a cenar.»

«No tengo ánimo», dijo Dorian con desgana. «Pero te agradezco muchísimo todo lo que me has dicho. Desde luego, eres mi mejor amigo. Nadie me ha comprendido nunca como tú.»

«Nuestra amistad no ha hecho más que empezar, Dorian», respondió lord Henry, estrechándole la mano. «Adiós. Espero verte antes de las nueve y media. Recuerda que canta Patti.»

Cuando cerró la puerta tras de sí, Dorian Gray tocó el timbre y, pocos minutos después, apareció Victor con las lámparas y bajó las persianas. Dorian esperaba con impaciencia a que se fuera. Aquel hombre parecía tardar una eternidad en hacer cualquier cosa.

En cuanto se marchó, corrió hasta el biombo y lo apartó. No: en el cuadro no había ningún otro cambio. Había recibido la noticia de la muerte de Sibyl Vane incluso antes de que él la supiera. Parecía conocer los hechos de la vida en el mismo instante en que ocurrían. La cruel maldad que arruinaba la delicadeza de la boca había aparecido, sin duda, justo en el momento en que la muchacha bebió el veneno, fuera cual fuera. ¿O es que las consecuencias le daban igual? ¿Se limitaba simplemente a registrar lo que sucedía dentro del alma? Se lo preguntó y deseó que algún día pudiera ver el cambio producirse ante sus propios ojos, aunque se estremeció al desearlo.

¡Pobre Sibyl! Todo había sido un verdadero romance. Tantas veces había fingido morir sobre el escenario. Y luego la Muerte en persona la había tocado y se la había llevado. ¿Cómo habría

representado aquella espantosa escena final? ¿Lo habría maldecido al morir? No; había muerto por amor a él, y desde entonces el amor sería siempre para él un sacramento. Lo había expiado todo con el sacrificio de su propia vida. No volvería a pensar en lo que ella le había hecho sufrir aquella noche horrible en el teatro. Cuando pensara en ella, la vería como una maravillosa figura trágica enviada al escenario del mundo para mostrar la verdad suprema del amor. ¿Una maravillosa figura trágica? Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar su expresión infantil, sus modales encantadores y caprichosos, y su gracia tímida y temblorosa. Se secó las lágrimas de prisa y volvió a mirar el cuadro.

Sintió que por fin había llegado el momento de elegir. ¿O quizá la elección ya estaba hecha? Sí, la vida había decidido por él: la vida y su infinita curiosidad por ella. Juventud eterna, pasión infinita, placeres sutiles y secretos, alegrías salvajes y pecados todavía más salvajes: lo iba a tener todo. El retrato cargaría con el peso de su vergüenza. Eso era todo.

A wave of pain came over him when he thought about the desecration that awaited that beautiful face on the canvas. Once, in a boyish mockery of Narcissus, he had kissed—or pretended to kiss—those painted lips that now smiled at him with such cruelty. Morning after morning, he had sat before the portrait, amazed by its beauty, at times almost in love with it. Was it now going to change with every mood he gave himself up to? Was it going to become something monstrous and disgusting, something that would have to be hidden away in a locked room, far from the sunlight that had so often turned the rippling wonder of his hair into a brighter gold? What a pity.

What a terrible pity!

For a moment, he thought of praying that the horrible bond between him and the portrait might disappear. It had changed in answer to a prayer; perhaps, with another prayer, it could remain as it was. And yet, who with any knowledge of life would give up the chance to stay young forever, however fantastic it might seem, or however fatal the consequences might be? Besides, did it really depend on him? Had it truly been a prayer that caused the exchange? Might there not be some strange scientific explanation for it all? If thought could influence a living organism, why should it not also affect dead and lifeless things? More than that, even without conscious thought or desire, might not things outside us vibrate in harmony with our moods and passions, atom calling to atom in a secret love or a strange affinity? But the cause did not matter. He would not tempt any terrible power again with a prayer. If the portrait had to change, it would change. That was all. Why look too deeply into it?

There would be a real pleasure in watching it. He could trace his mind into its most hidden corners. That portrait would become the most magical of mirrors for him. Just as it had shown him his own body, it would also show him his own soul. And when winter fell on him, he would still remain at that point where spring trembles on the edge of summer. When the blood drained from his face and left behind a mask pale as chalk, with leaden eyes, he would still keep the charm of youth. Not a single flower of his beauty would ever fade. Not a single beat of his life would lose its strength. Like the Greek gods, he would be strong, graceful, and joyful. What did it matter what happened to the colored image on the canvas? He would be safe. That

was all that mattered.

He set the screen back in front of the portrait, smiling as he did so, and went into his bedroom, where his valet was already waiting for him. An hour later he was at the opera, and Lord Henry was leaning over his chair.

CHAPTER IX.

The next morning, while he was at breakfast, Basil Hallward was shown into the sitting room.

"I'm very glad I found you, Dorian," he said gravely. "I came to look for you last night, and they told me you were at the opera. Of course, I knew that couldn't be true. But I do wish you had left word about where you had really gone. I had a dreadful night, half afraid that one tragedy had been followed by another. I think you might have sent me a telegram as soon as you heard. I read about it purely by chance in a late edition of *The Globe* that I picked up at the club. I came here at once, and I was in despair when I didn't find you. I can't tell you how shattered I am by all this. I know how terribly you must be suffering. But where were you? Did you go to see the girl's mother? For a moment I thought of going there myself. The paper gave the address. Somewhere near Euston Road, wasn't it? But I was afraid of intruding on a grief I couldn't relieve. Poor woman! What she must be going through! And her only daughter too! What did she say about it all?"

—Mi querido Basil, ¿cómo voy a saberlo? —murmuró Dorian Gray, tomando un sorbo de vino amarillo pálido en una fina copa veneciana de cristal adornada con cuentas de oro, con un aire de profundo aburrimiento—. Estaba en la ópera. Deberías haber venido. Conocí por primera vez a lady Gwendolen, la hermana de Harry. Estábamos en su palco. Es absolutamente encantadora, y Patti cantó maravillosamente. No hablemos de cosas horribles. Si no se habla de algo, es como si nunca hubiera ocurrido. Como dice Harry, son las palabras las que les

dan realidad a las cosas. Por cierto, ella no era la única hija de esa mujer. Tiene un hijo, un chico encantador, según tengo entendido. Pero no trabaja en el teatro. Es marinero o algo por el estilo. Y ahora hálame de ti y de lo que estás pintando.

—¿Fuiste a la ópera? —dijo Hallward muy despacio, con un dolor contenido en la voz—. ¿Fuiste a la ópera mientras Sibyl Vane yacía muerta en una miserable pensión? ¿De verdad puedes hablarme de otras mujeres encantadoras y de lo maravillosamente que cantó Patti, cuando la muchacha a la que amabas todavía ni siquiera tiene la paz de una tumba donde descansar? ¡Dios mío, qué horrores le esperan a ese pequeño cuerpo blanco!

—¡Basta, Basil! ¡No quiero oírlo! —gritó Dorian, levantándose de un salto—. No debes hablarme de esas cosas. Lo hecho, hecho está. Lo pasado, pasado está.

—¿Llamas pasado a lo de ayer?

—¿Qué tiene que ver aquí el paso del tiempo? Solo la gente superficial necesita años para librarse de una emoción. Un hombre que sabe dominarse puede acabar con una pena con la misma facilidad con la que inventa un placer. No quiero estar a merced de mis emociones. Quiero usarlas, disfrutarlas y dominarlas.

—Dorian, esto es espantoso. Algo te ha cambiado por completo. Tienes exactamente el mismo aspecto que aquel muchacho maravilloso que venía día tras día a mi estudio para posar para su retrato. Pero entonces eras sencillo, natural y afectuoso. Eras la criatura más intacta del mundo. Ahora no sé qué te ha pasado. Hablas como si no tuvieras corazón, como si no

hubiera compasión en ti. Todo esto es influencia de Harry. Lo veo con toda claridad.

El muchacho se sonrojó y, acercándose a la ventana, se quedó unos momentos mirando el jardín verde, estremecido y bañado por el sol. —Le debo mucho a Harry, Basil —dijo al fin—, más de lo que te debo a ti. Tú solo me enseñaste a ser vanidoso.

—Bueno, por eso me castigan, Dorian... o algún día me castigarán.

—No sé qué quieres decir, Basil —exclamó, volviéndose hacia él—. No entiendo qué quieres. ¿Qué quieres?

—Quiero recuperar al Dorian Gray que antes pintaba —dijo el artista con tristeza.

—Basil —dijo el muchacho, acercándose y poniéndole una mano en el hombro—, has llegado demasiado tarde. Ayer, cuando oí que Sibyl Vane se había quitado la vida...

—¿Se ha quitado la vida?! ¡Dios mío! ¿No cabe ninguna duda? —gritó Hallward, levantando la vista hacia él con horror.

—¡Mi querido Basil! No creerás que fue un simple accidente, ¿verdad? Claro que se mató.

El hombre mayor se tapó el rostro con las manos. —Qué horror —murmuró, mientras un escalofrío le recorría el cuerpo.

—No —dijo Dorian Gray—, no hay nada terrible en eso. Es una de las grandes tragedias románticas de nuestra época. Por lo general, los actores llevan vidas de lo más vulgares. Son buenos maridos, esposas fieles o cualquier cosa igual de aburrida. Ya sabes a qué me refiero: la virtud burguesa y todo

eso. ¡Qué diferente era Sibyl! Ella vivió su tragedia más alta. Siempre fue una heroína. La última noche que actuó —la noche en que la viste— lo hizo mal porque había conocido la realidad del amor. Y cuando descubrió que ese amor era irreal, murió, como podría haber muerto Julieta. Volvió a entrar en la esfera del arte. Hay algo de mártir en ella. Su muerte tiene toda la inútil tristeza del martirio, toda su belleza desperdiciada. Pero, como te decía, no debes pensar que no he sufrido. Si hubieras entrado ayer en cierto momento —hacia las cinco y media, quizá, o las seis menos cuarto—, me habrías encontrado llorando. Incluso Harry, que estaba aquí y fue quien me dio la noticia, no tenía idea de lo que yo estaba sintiendo. Sufrí muchísimo. Luego se me pasó. No puedo repetir una emoción. Nadie puede, salvo los sentimentales. Y estás siendo terriblemente injusto, Basil. Vienes aquí para consolarme. Eso dice mucho de ti. Me encuentras ya consolado, y eso te enfurece. ¡Muy propio de una persona compasiva! Me recuerdas una historia que me contó Harry sobre cierto filántropo que pasó veinte años de su vida intentando reparar una injusticia o cambiar una ley injusta; no recuerdo exactamente qué era. Al final lo consiguió, y nada fue mayor que su decepción. Ya no tenía absolutamente nada que hacer. Estuvo a punto de morir de aburrimiento y se convirtió en un misántropo incurable. Y además, mi querido Basil, si de verdad quieres consolarme, más bien enséñame a olvidar lo que ha pasado, o a verlo desde un punto de vista artístico adecuado. ¿No era Gautier quien escribía sobre la consolation des arts? Recuerdo haber tomado un día en tu estudio un librito encuadernado en vitela y haberme encontrado por casualidad con esa expresión deliciosa. En fin, yo no soy como aquel joven

del que me hablaste cuando estuvimos juntos en Marlow, el que decía que el satén amarillo podía consolar a cualquiera de todas las miserias de la vida. A mí me gustan las cosas bellas que se pueden tocar y sostener. Los viejos brocados, los bronceos verdosos, las lacas, los marfiles tallados, los ambientes exquisitos, el lujo, la pompa... de todo eso puede sacarse mucho. Pero el temperamento artístico que crean, o al menos revelan, significa aún más para mí. Convertirse en espectador de la propia vida, como dice Harry, es escapar del sufrimiento de vivir. Sé que te sorprende oírme hablar así. No te has dado cuenta de cuánto he cambiado. Cuando tú me conociste, yo era un colegial. Ahora soy un hombre. Tengo nuevas pasiones, nuevos pensamientos, nuevas ideas. Soy distinto, pero no debes quererme menos por eso. He cambiado, pero debes seguir siendo siempre mi amigo. Claro que le tengo mucho cariño a Harry. Pero sé que tú eres mejor que él. No eres más fuerte —le tienes demasiado miedo a la vida—, pero sí mejor. ¡Y qué felices éramos juntos! No me dejes, Basil, y no te pelees conmigo. Soy como soy. No hay nada más que decir.

El pintor se sintió conmovido de una manera extraña. Quería profundamente al muchacho, y su personalidad había marcado el gran punto de inflexión de su arte. No podía soportar la idea de seguir reprochándole nada. Después de todo, su indiferencia seguramente no era más que un estado de ánimo pasajero. Había en él tanto de bueno, tanto de noble.

—Bueno, Dorian —dijo al fin, con una sonrisa triste—, después de hoy no volveré a hablarte de este asunto horrible. Solo espero que tu nombre no se vea mezclado en ello. La investigación judicial será esta tarde. ¿Te han citado?

Dorian negó con la cabeza, y al oír la palabra «investigación» una expresión de fastidio le cruzó el rostro. Había algo tan tosco y vulgar en todo lo relacionado con esas cosas. —No saben mi nombre —respondió.

—Pero ella sí lo sabía, ¿no?

—Solo mi nombre de pila, y estoy completamente seguro de que nunca se lo dijo a nadie. Una vez me contó que todos sentían mucha curiosidad por saber quién era yo, y que ella siempre les decía que me llamaba el Príncipe Encantador. Fue un bonito detalle por su parte. Tienes que hacerme un dibujo de Sibyl, Basil. Me gustaría conservar algo más de ella que el recuerdo de unos cuantos besos y unas palabras entrecortadas y conmovedoras.

—Intentaré hacer algo, Dorian, si eso te gusta. Pero tú también tienes que volver a posar para mí. No puedo seguir sin ti.

—No puedo volver a posar para ti nunca más, Basil. ¡Es imposible! —exclamó, echándose hacia atrás.

El pintor lo miró fijamente. —Querido muchacho, ¡qué tontería! —exclamó—. ¿Me estás diciendo que no te gusta el retrato que hice de ti? ¿Dónde está? ¿Por qué has puesto el biombo delante? Déjame verlo. Es lo mejor que he hecho en mi vida. Vamos, aparta el biombo, Dorian. Es sencillamente escandaloso que tu criado esconda así mi obra. Ya al entrar he notado que la habitación se veía distinta.

—Mi criado no tiene nada que ver con esto, Basil. No pensarás que dejo que me ordene la habitación, ¿verdad? A veces me arregla las flores, eso es todo. No; lo he hecho yo mismo. La luz

daba demasiado directamente sobre el retrato.

—¿Demasiado directamente? ¡Claro que no, querido amigo! Es un lugar magnífico para tenerlo. Déjame verlo. Y Hallward se dirigió hacia el rincón de la habitación.

Un grito de terror se escapó de los labios de Dorian Gray, y se lanzó entre el pintor y el biombo. —Basil —dijo, muy pálido—, no debes mirarlo. No quiero que lo hagas.

—¿No mirar mi propio cuadro? No hablarás en serio. ¿Por qué no iba a mirarlo? —exclamó Hallward entre risas.

—Si intentas mirarlo, Basil, te doy mi palabra de honor: no volveré a hablarte mientras viva. Hablo completamente en serio. No voy a darte ninguna explicación, y tú no debes pedirme ninguna. Pero recuerda esto: si tocas este biombo, entre nosotros todo habrá terminado.

Hallward se quedó atónito. Miró a Dorian Gray con total incredulidad. Nunca lo había visto así. El muchacho estaba pálido de rabia. Tenía las manos cerradas en puños, y sus pupilas ardían como discos de fuego azul. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Dorian!

—¡No digas nada!

—Pero ¿qué pasa? Claro que no lo miraré si no quieres —dijo él con bastante frialdad, dándose la vuelta y acercándose a la ventana—. Pero, sinceramente, parece bastante absurdo que no pueda ver mi propio cuadro, sobre todo cuando voy a exponerlo en París en otoño. Probablemente tendré que darle

otra capa de barniz antes de entonces, así que tendré que verlo algún día. ¿Por qué no hoy?

—¿Exponerlo? ¿Quieres exponerlo? —exclamó Dorian Gray, mientras una extraña oleada de terror lo invadía. ¿Iba a quedar su secreto expuesto ante el mundo? ¿Iba la gente a quedarse boquiabierta ante el misterio de su vida? Era imposible. Había que hacer algo de inmediato, aunque no sabía qué.

—Sí; supongo que no te opondrás. Georges Petit va a reunir todos mis mejores cuadros para una exposición especial en la Rue de Sèze, que se inaugurará la primera semana de octubre. El retrato solo estará fuera un mes. Me imagino que podrás pasar sin él ese tiempo sin problema. De hecho, seguro que estarás fuera de la ciudad. Y si lo tienes siempre detrás de un biombo, no puede importarte tanto.

Dorian Gray se pasó la mano por la frente. La tenía cubierta de pequeñas gotas de sudor. Sentía que estaba al borde de un peligro terrible. «Hace un mes me dijiste que nunca lo exhibirías», exclamó. «¿Por qué has cambiado de idea? Vosotros, los que presumís de ser coherentes, cambiáis de humor tanto como los demás. La única diferencia es que vuestros cambios suelen ser bastante absurdos. No habrás olvidado que me aseguraste con toda solemnidad que nada en el mundo te haría enviarlo a una exposición. A Harry le dijiste exactamente lo mismo». Se interrumpió de pronto, y en sus ojos apareció un destello. Recordó que lord Henry le había dicho una vez, medio en serio y medio en broma: «Si quieres pasar un cuarto de hora extraño, haz que Basil te cuente por qué no quiere exhibir tu retrato. A mí me lo contó, y fue toda una

revelación». Sí, quizá Basil también tenía su secreto. Se lo preguntaría e intentaría descubrirlo.

«Basil», dijo, acercándose mucho y mirándolo fijamente a la cara, «los dos tenemos un secreto. Déjame conocer el tuyo y yo te contaré el mío. ¿Por qué te negaste a exhibir mi retrato?»

El pintor se estremeció sin poder evitarlo. «Dorian, si te lo contara, puede que te gustara menos de lo que te gusta ahora, y desde luego te reirías de mí. No podría soportar ninguna de las dos cosas. Si quieres que no vuelva a mirar nunca más tu retrato, lo aceptaré. Siempre te tendré a ti para mirarte. Si quieres que la mejor obra que he hecho en mi vida permanezca oculta al mundo, también me daré por satisfecho. Tu amistad me importa más que cualquier fama o reputación».

«No, Basil, tienes que decírmelo», insistió Dorian Gray. «Creo que tengo derecho a saberlo». La sensación de terror había desaparecido, y en su lugar había surgido la curiosidad. Estaba decidido a descubrir el misterio de Basil Hallward.

«Sentémonos, Dorian», dijo el pintor, visiblemente inquieto. «Sentémonos. Y respóndeme solo a una pregunta. ¿Has notado en el retrato algo extraño..., algo que quizá al principio no te llamó la atención, pero que de repente viste con claridad?»

«¡Basil!», exclamó el muchacho, aferrándose con manos temblorosas a los brazos del sillón y mirándolo con los ojos muy abiertos, llenos de espanto.

—Ya veo que sí. No hables. Espera a escuchar lo que tengo que decirte. Dorian, desde el momento en que te conocí, tu personalidad tuvo sobre mí una influencia absolutamente

extraordinaria. Me dominabas por completo: el alma, la mente y la voluntad. Para mí, te convertiste en la encarnación visible de ese ideal invisible cuya memoria persigue a los artistas como un sueño exquisito. Te adoraba. Sentía celos de cualquiera con quien hablaras. Quería tenerte solo para mí. Solo era feliz cuando estaba contigo. Y cuando estabas lejos, seguías presente en mi arte... Claro que nunca te dejé ver nada de eso. Habría sido imposible. No lo habrías entendido. Yo mismo apenas lo entendía. Solo sabía que había visto la perfección cara a cara y que el mundo se había vuelto maravilloso ante mis ojos; quizá demasiado maravilloso, porque en esas adoraciones insensatas hay un peligro: perderlas, y no es menor que el de conservarlas... Pasaron las semanas, y yo estaba cada vez más absorto en ti. Entonces ocurrió algo nuevo. Te había pintado como Paris, con una delicada armadura, y como Adonis, con capa de cazador y una lanza de jabalí reluciente. Coronado de espesas flores de loto, te habías sentado en la proa de la barcaza de Adriano, mirando a través del verde y turbio Nilo. Te habías inclinado sobre la quieta poza de algún bosque griego y habías visto, en la plata silenciosa del agua, el prodigio de tu propio rostro. Y todo eso había sido lo que el arte debe ser: inconsciente, ideal y distante. Un día —un día fatal, pienso a veces— decidí pintarte en un retrato maravilloso tal como eres de verdad, no con el disfraz de épocas muertas, sino con tu propia ropa y en tu propio tiempo. No sé si fue el realismo del método o el puro asombro de tu personalidad, presentada así ante mí, sin niebla ni velo. Pero sí sé que, mientras trabajaba, cada capa y cada velo de color me parecía revelar mi secreto. Empecé a temer que otros descubrieran mi idolatría. Sentí, Dorian, que había dicho demasiado, que había puesto

demasiado de mí mismo en ese cuadro. Entonces decidí que nunca permitiría que se expusiera. Tú te molestaste un poco, pero no entendías todo lo que significaba para mí. Harry, con quien hablé del asunto, se rió de mí. Pero eso no me importó. Cuando el retrato estuvo terminado y me quedé a solas con él, sentí que tenía razón... Bueno, al cabo de unos días el cuadro salió de mi estudio y, en cuanto me libré de la insoportable fascinación de su presencia, me pareció que había sido un necio al imaginar que veía en él algo más que esto: que eres extraordinariamente hermoso y que yo sé pintar. Incluso ahora no puedo evitar pensar que es un error creer que la pasión que uno siente al crear llega a mostrarse de verdad en la obra creada. El arte es siempre más abstracto de lo que imaginamos. La forma y el color nos hablan de forma y color, nada más. A menudo me parece que el arte oculta al artista mucho más por completo de lo que jamás lo revela. Así que, cuando recibí esta oferta de París, decidí que tu retrato sería la pieza principal de mi exposición. Ni siquiera se me ocurrió que fueras a negarte. Ahora veo que tenías razón. Ese cuadro no puede mostrarse. No debes enfadarte conmigo, Dorian, por lo que te he contado. Como le dije una vez a Harry, tú has nacido para ser adorado.

Dorian Gray took a deep breath. Color returned to his cheeks, and a smile touched his lips. The danger had passed. For the moment, he was safe. Even so, he could not help feeling deep compassion for the painter, who had just made that strange confession to him, and he wondered whether he himself would ever come to be so completely under a friend's influence. Lord Henry had the charm of being extremely dangerous. But that was all. He was too clever and too cynical to grow genuinely

attached to anyone. Would someone ever appear who inspired in him a strange kind of worship? Was that one of the things life still had in store for him?

"It seems extraordinary to me, Dorian," said Hallward, "that you saw that in the portrait. Did you really see it?"

"I saw something," he replied, "something that struck me as very curious."

"Well, you don't mind if I look at the painting now, do you?"

Dorian shook his head. "You mustn't ask me that, Basil. I simply cannot let you stand in front of that picture."

"You'll let me someday, won't you?"

"Never."

"Well, perhaps you're right. And now, goodbye, Dorian. You have been the only person in my life who has truly influenced my art. I owe everything good I have done to you. Ah, you have no idea how hard it was for me to tell you all that I have told you."

"My dear Basil," said Dorian, "what have you really told me? Only that you felt you admired me too much. That is hardly even a compliment."

"I did not mean it as a compliment. It was a confession. Now that I have made it, I feel as though something has gone out of me. Perhaps one should never put into words what one reveres."

"It was a very disappointing confession."

"Why? What were you expecting, Dorian? You did not see anything else in the picture, did you? There was nothing more to see, was there?"

"No, there was nothing else to see. Why do you ask? But you must not talk about reverence. It is foolish. You and I are friends, Basil, and we must always remain so."

"You have Harry," said the painter sadly.

—Ay, Harry —exclamó el muchacho entre risas—. Harry pasa el día diciendo cosas increíbles y la noche haciendo cosas inverosímiles. Es exactamente la clase de vida que me gustaría llevar. Pero, aun así, si me viera en apuros, no acudiría a Harry. Preferiría acudir a ti, Basil.

—¿Volverás a posar para mí?

—¡Imposible!

—Me arruinas la vida como artista al negarte, Dorian. Nadie encuentra dos cosas perfectas. Pocos llegan siquiera a encontrar una.

—No puedo explicártelo, Basil, pero no debo volver a posar para ti nunca más. Hay algo fatal en un retrato. Tiene vida propia. Iré a tomar el té contigo. Será igual de agradable.

—Me temo que será más agradable para ti —murmuró Hallward con tristeza—. Y ahora, adiós. Lamento que no me dejes volver a ver el cuadro ni una vez más. Pero no tiene remedio. Entiendo perfectamente lo que sientes.

Cuando salió de la habitación, Dorian Gray sonrió para sí. ¡Pobre Basil! Qué poco sabía del verdadero motivo. Y qué extraño era

que, en vez de verse obligado a revelar su propio secreto, hubiera conseguido, casi por accidente, sacarle uno a su amigo. Aquella extraña confesión le aclaraba muchas cosas. Los absurdos ataques de celos del pintor, su devoción exaltada, sus elogios desmedidos, sus extrañas reservas... ahora lo entendía todo, y sintió lástima. Le parecía que había algo trágico en una amistad tan teñida de romanticismo.

Suspiró y tocó la campanilla. Tenía que esconder el retrato costara lo que costara. No podía volver a correr el riesgo de que lo descubrieran. Había sido una locura permitir que aquella cosa permaneciera, aunque solo fuera una hora, en una habitación donde cualquiera de sus amigos podía entrar.

CAPÍTULO X

Cuando entró el criado, lo miró fijamente y se preguntó si se le habría ocurrido mirar detrás del biombo. El hombre seguía completamente impasible, esperando órdenes. Dorian encendió un cigarrillo, se acercó al espejo y echó un vistazo. Podía ver con claridad el reflejo del rostro de Victor. Parecía una máscara serena de servilismo. Por ese lado no había nada que temer. Aun así, pensó que lo mejor era mantenerse alerta.

Speaking very slowly, he told him to let the housekeeper know he wanted to see her, and then to go to the frame-maker's workshop and ask him to send two of his men at once. As the servant left the room, it seemed to him that his eyes drifted toward the screen. Or was he only imagining it?

A few moments later, Mrs. Leaf hurried into the library, dressed in her black silk gown, with old-fashioned thread mittens on her wrinkled hands. He asked her for the key to the schoolroom.

—The old schoolroom, Mr. Dorian? —she exclaimed.— But it's full of dust. I'd have to tidy it up and put it in order before you went in. It's not fit for you to see, sir. Truly, it isn't.

—I don't want you to put it in order, Leaf. I only want the key.

—Well, sir, if you go in there, you'll come out covered in cobwebs. It hasn't been opened in nearly five years—not since his lordship died.

He shuddered when he heard his grandfather mentioned. He had hateful memories of him. —That doesn't matter, —he replied.— I only want to see the room, nothing more. Give me

the key.

—Here is the key, sir, —said the old woman, going through the bunch with trembling, unsteady hands.— Here it is. I'll take it off the ring for you at once. But you're not thinking of moving up there, sir, are you, when you're so comfortable here?

—No, no, —he cried irritably.— Thank you, Leaf. That will be all.

She lingered for a few moments longer and began talking on and on about some detail of the house. He sighed and told her to arrange everything however she thought best. The woman left the room all smiles.

When the door closed, Dorian slipped the key into his pocket and let his gaze travel around the room. His eyes came to rest on a large purple satin cover, heavy with gold embroidery, a magnificent Venetian piece from the late seventeenth century that his grandfather had found in a convent near Bologna. Yes, it would do to wrap that dreadful thing. Perhaps it had already served many times as a funeral pall. Now it was going to hide something with a corruption of its own, even worse than the corruption of death: something that would breed horrors and yet never die. What the worm is to a corpse, his sins would be to the painted image on the canvas. They would ruin its beauty and consume its grace. They would stain it and make it infamous. And still, that thing would go on living. It would always be alive.

He shuddered and, for a moment, wished he had told Basil the real reason he had wanted to hide the picture. Basil would have helped him resist Lord Henry's influence, and the even more poisonous impulses that rose from his own nature. The love

Basil felt for him—because it truly was love—contained nothing that was not noble and intellectual. It was not that mere physical admiration for beauty that is born of the senses and dies when the senses grow tired. It was a love like the one known to Michelangelo, Montaigne, Winckelmann, and Shakespeare himself. Yes, Basil might have saved him. But now it was too late. The past could always be destroyed. Repentance, denial, or forgetfulness could do that. But the future was unavoidable. Within it were passions that would eventually force their way out in some terrible form, dreams that would make the shadow of his wickedness real.

Tomó del diván la gran tela púrpura y dorada que lo cubría y, sosteniéndola entre las manos, pasó detrás del biombo. ¿El rostro del retrato se había vuelto más vil que antes? Le pareció que no había cambiado y, sin embargo, su repugnancia hacia él había aumentado. El cabello dorado, los ojos azules y los labios rojo rosado seguían allí. Lo único que había cambiado era la expresión. Y eso era horrible por su crueldad. Comparadas con la censura y el reproche que veía allí, las recriminaciones de Basil por Sibyl Vane habían sido superficiales; superficiales y de muy poca importancia. Su propia alma lo miraba desde el lienzo y lo llamaba a rendir cuentas. Una expresión de dolor le cruzó el rostro, y arrojó el rico paño mortuario sobre el cuadro. En ese momento llamaron a la puerta. Salió justo cuando entraba su criado.

—Las personas están aquí, monsieur.

Sintió que tenía que quitarse de encima a aquel hombre de inmediato. No podía permitir que supiera adónde iban a llevar el

cuadro. Había algo taimado en él, y en sus ojos atentos brillaba una traición contenida. Se sentó al escritorio y escribió a toda prisa una nota para lord Henry. Le pedía que le enviara algo para leer y le recordaba que habían quedado a las ocho y cuarto de aquella noche.

—Espere la respuesta —dijo, entregándosela—, y haga pasar aquí a los hombres.

Dos o tres minutos después volvieron a llamar, y entró en persona el señor Hubbard, el célebre fabricante de marcos de South Audley Street, acompañado de un ayudante joven de aspecto algo tosco. El señor Hubbard era un hombrecillo rubicundo, con patillas rojas, cuya admiración por el arte se veía bastante reducida por la falta crónica de dinero de la mayoría de los artistas que trataban con él. Por lo general, nunca salía de su tienda. Esperaba a que la gente fuera a verlo. Pero con Dorian Gray siempre hacía una excepción. Dorian tenía algo que fascinaba a todo el mundo. Era un placer incluso mirarlo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Gray? —dijo, frotándose las manos regordetas y pecosas—. Pensé que sería un honor venir yo mismo. Acabo de conseguir un marco precioso, señor. Lo compré en una subasta. Es un florentino antiguo. Creo que venía de Fonthill. Le sentaría de maravilla a un tema religioso, señor Gray.

—Siento mucho haberle hecho venir, señor Hubbard. Claro que iré a ver el marco, aunque últimamente el arte religioso no me interesa demasiado. Pero hoy solo necesito que suban un cuadro a la parte alta de la casa. Pesa bastante, así que pensé en pedirle prestados un par de sus hombres.

—No es ninguna molestia, señor Gray. Será un placer ayudarle en lo que haga falta. ¿De qué obra de arte se trata, señor?

—Esta —respondió Dorian, apartando el biombo—. ¿Pueden moverla con la cubierta puesta, tal como está? No quiero que se raye al subirla.

—No habrá ningún problema, señor —dijo el amable fabricante de marcos mientras, con ayuda de su asistente, empezaba a descolgar el cuadro de las largas cadenas de latón de las que colgaba—. Y ahora, ¿adónde quiere que lo llevemos, señor Gray?

—Le enseñaré el camino, señor Hubbard, si hace el favor de seguirme. Aunque quizá sea mejor que vaya usted delante. Me temo que está en lo más alto de la casa. Subiremos por la escalera principal, que es más ancha.

Les sostuvo la puerta abierta, y salieron al vestíbulo y empezaron a subir. El marco, tan recargado, hacía que el cuadro fuera muy aparatoso y difícil de manejar. De vez en cuando, a pesar de las serviles protestas del señor Hubbard, que compartía la firme aversión de todo comerciante a ver a un caballero haciendo algo útil, Dorian les echaba una mano.

—Vaya peso, señor —jadeó el hombrecillo cuando llegaron al rellano de arriba. Luego se secó la frente reluciente.

—Me temo que pesa bastante —murmuró Dorian mientras abría la puerta de la habitación que guardaría para él el extraño secreto de su vida y ocultaría su alma a los ojos de los hombres.

Hacía más de cuatro años que no entraba en aquel lugar. De hecho, no había vuelto desde los tiempos en que primero lo usó

como cuarto de juegos de niño y, más tarde, como estudio cuando creció un poco. Era una habitación grande y bien proporcionada, que el último lord Kelso había hecho construir expresamente para su pequeño nieto, a quien, por su extraordinario parecido con su madre, y también por otras razones, siempre había odiado y procurado mantener a distancia. A Dorian le pareció que casi nada había cambiado. Allí seguía el enorme cassone italiano, con sus paneles fantásticamente pintados y sus molduras doradas ya apagadas, donde tantas veces se había escondido de niño. Allí estaba también la estantería de madera satinada, llena de sus libros escolares, gastados y doblados por el uso. En la pared del fondo aún colgaba el mismo tapiz flamenco, raído, en el que un rey y una reina descoloridos jugaban al ajedrez en un jardín, mientras pasaba a caballo un grupo de halconeros con aves encapuchadas posadas en sus muñecas enguantadas. Lo recordaba todo perfectamente. Mientras miraba a su alrededor, volvieron a él todos los momentos de su infancia solitaria. Recordó la pureza intacta de su vida de muchacho, y le resultó espantoso pensar que precisamente allí iba a quedar oculto el retrato fatal. Qué poco había imaginado, en aquellos días ya muertos, todo lo que lo esperaba.

Pero en toda la casa no había ningún lugar tan protegido de miradas indiscretas como aquel. Él tenía la llave, y nadie más podía entrar. Bajo su mortaja púrpura, el rostro pintado en el lienzo podía volverse bestial, hinchado y repugnante. ¿Qué importaba? Nadie podría verlo. Ni siquiera él mismo lo vería. ¿Para qué iba a contemplar la espantosa corrupción de su alma? Conservaba su juventud, y eso le bastaba. Además, ¿no

era posible que, después de todo, su naturaleza acabara por refinarse? No había razón para que el futuro estuviera tan cargado de vergüenza. Tal vez algún amor apareciera en su vida, lo purificara y lo protegiera de esos pecados que parecían agitarse ya en su espíritu y en su carne, esos pecados extraños y todavía sin forma, cuyo propio misterio les daba sutileza y atractivo. Quizá algún día aquella expresión cruel desapareciera de la boca escarlata y sensible, y entonces pudiera mostrar al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

No; that was impossible. Hour after hour, week after week, the figure in the painting would keep growing older. It might escape the ugliness of sin, but it could not escape the ugliness of age. Its cheeks would sink or sag. Yellowish crow's-feet would spread around its dull eyes and make them hideous. Its hair would lose its shine. Its mouth would droop or fall open, taking on that foolish, coarse look old people's mouths so often have. A wrinkled neck would appear, along with cold hands marked by blue veins, and the bent body he remembered in the grandfather who had been so harsh with him in childhood. The portrait had to be hidden. There was no other choice.

"Bring it in, Mr. Hubbard, please," he said, turning back wearily. "I'm sorry to have kept you waiting so long. I was thinking about something else."

"A rest is always welcome, Mr. Gray," replied the frame-maker, still breathing hard. "Where would you like us to put it, sir?"

"Oh, anywhere. Right here will do. I don't want to hang it. Just leave it leaning against the wall. Thank you."

"May I take a look at the artwork, sir?"

Dorian started. "It wouldn't interest you, Mr. Hubbard," he said, keeping his eyes fixed on the man. He felt ready to spring at him and throw him to the floor if he dared lift the splendid tapestry that hid the secret of his life. "I won't trouble you any longer. Thank you very much for your kindness in coming."

"Not at all, not at all, Mr. Gray. Always happy to do anything for you, sir." And Mr. Hubbard went heavily down the stairs, followed by his assistant, who glanced back at Dorian with a look of shy amazement on his rough, unattractive face. He had never seen anyone so beautiful.

When the sound of their footsteps had completely faded, Dorian locked the door and slipped the key into his pocket. Now he felt safe. No one would ever look at that horrible thing again. No eyes but his own would ever see his shame.

When he reached the library, he saw that it was already a little after five and that tea had been served. On a small dark, sweet-smelling wooden table, heavily inlaid with mother-of-pearl—a gift from Lady Radley, his guardian's wife, a charming professional invalid who had spent the previous winter in Cairo—there was a note from Lord Henry and, beside it, a book bound in yellow paper, with the cover slightly torn and the edges dirty. A copy of the third edition of *The St. James's Gazette* had been left on the tea tray. Victor had clearly returned. He wondered whether Victor had passed those men in the hall as they were leaving the house, and whether he had managed to draw out of them what they had been doing. He would certainly notice that the portrait was gone; no doubt he had already seen it while setting out the tea things. The screen

had not been put back in its place, and an empty space showed on the wall. Perhaps one night he would catch him creeping upstairs and trying to force the door of the room. It was dreadful to have a spy in the house. He had heard of rich men who had been blackmailed all their lives because some servant had read a letter, overheard a conversation, picked up a card with an address on it, or found under a pillow a withered flower or a crumpled piece of lace.

He sighed, then poured himself some tea and opened Lord Henry's note. It said only that he was sending him the evening paper and a book that might interest him, and that he would be at the club at a quarter past eight. He opened The St. James's unwillingly and leafed through it. A mark made in red pencil on the fifth page caught his eye. It pointed to the following paragraph:

INQUEST ON AN ACTRESS.—This morning an inquest was held at the Bell Tavern on Hoxton Road, under the direction of Mr. Danby, the district coroner, concerning the body of Sibyl Vane, a young actress recently engaged at the Royal Theatre, Holborn. The verdict was accidental death. Great sympathy was expressed for the dead girl's mother, who was deeply affected both during her own testimony and during that of Dr. Birrell, who had performed the post-mortem examination.

Frunció el ceño y, tras romper el periódico en dos, cruzó la habitación y tiró los pedazos. Todo era horrible. Y la fealdad hacía que las cosas resultaran espantosamente reales. Se sintió un poco irritado con lord Henry por haberle enviado aquella noticia. Y, desde luego, había sido una tontería marcarla con

lápiz rojo. Victor podía haberla leído. Aquel hombre sabía inglés de sobra para entenderla.

Tal vez la había leído y había empezado a sospechar algo. Pero, aun así, ¿qué importaba? ¿Qué tenía que ver Dorian Gray con la muerte de Sibyl Vane? No había nada que temer. Dorian Gray no la había matado.

Su mirada se detuvo en el libro amarillo que lord Henry le había enviado. ¿Qué sería?, se preguntó. Se acercó al pequeño velador octogonal de color nacarado, que siempre le había parecido obra de unas extrañas abejas egipcias que trabajaran la plata. Tomó el volumen, se dejó caer en un sillón y empezó a pasar las páginas. A los pocos minutos quedó absorto. Era el libro más extraño que había leído en su vida. Le parecía que, vestidos con ropas exquisitas y al delicado sonido de las flautas, los pecados del mundo desfilaban ante él como en una representación muda. Cosas que apenas había soñado se le volvían de pronto reales. Y otras con las que nunca había soñado se le iban revelando poco a poco.

Era una novela sin argumento y con un solo personaje. En realidad, no era más que un estudio psicológico de un joven parisino que dedicó su vida a intentar vivir, en pleno siglo XIX, todas las pasiones y formas de pensamiento de todos los siglos excepto el suyo. Quería reunir, por así decirlo, dentro de sí los distintos estados de ánimo por los que alguna vez había pasado el espíritu del mundo. Y, por su pura artificialidad, amaba tanto esas renunciaciones que los hombres han llamado imprudentemente virtud como esas rebeliones naturales que los sabios todavía llaman pecado. Estaba escrita en ese estilo extraño, recargado,

vibrante y oscuro al mismo tiempo, lleno de argot y arcaísmos, de términos técnicos y rodeos elaborados, que caracteriza la obra de algunos de los mejores artistas de la escuela simbolista francesa. Había metáforas tan monstruosas como orquídeas y tan delicadas en el color. La vida de los sentidos se describía con el lenguaje de la filosofía mística. A veces era difícil saber si uno estaba leyendo los éxtasis espirituales de algún santo medieval o las confesiones morbosas de un pecador moderno. Era un libro venenoso. El espeso olor del incienso parecía quedarse pegado a sus páginas y alterar la mente. El simple ritmo de las frases, la sutil monotonía de su música, tan llena de estribillos complejos y de repeticiones cuidadosamente trabajadas, producía en la mente del muchacho, a medida que avanzaba de capítulo en capítulo, una especie de ensueño, una enfermedad del sueño, que le hacía perder la conciencia del día que se apagaba y de las sombras que iban avanzando.

Un cielo verde cobrizo, sin nubes y cruzado por una sola estrella solitaria, brillaba a través de las ventanas. Siguió leyendo a aquella luz tenue hasta que ya no pudo continuar. Entonces, después de que su ayuda de cámara le recordara varias veces lo tarde que era, se levantó y, al pasar a la habitación contigua, dejó el libro sobre la mesita florentina que siempre estaba junto a su cama y empezó a vestirse para la cena.

Eran casi las nueve cuando llegó al club, donde encontró a lord Henry sentado solo en la sala de mañana, con un aire de profundo aburrimiento.

—Lo siento muchísimo, Harry —exclamó—, pero la culpa es enteramente tuya. El libro que me enviaste me atrapó tanto que perdí por completo la noción del tiempo.

—Sí, ya imaginaba que te gustaría —respondió su anfitrión, poniéndose en pie.

—No he dicho que me gustara, Harry. He dicho que me fascinó. Hay una gran diferencia.

—Ah, ¿entonces ya lo has descubierto? —murmuró lord Henry. Y entraron en el comedor.

CAPÍTULO XI.

Durante años, Dorian Gray no logró escapar de la influencia de aquel libro. O, mejor dicho, nunca intentó hacerlo. Mandó traer de París nada menos que nueve ejemplares de lujo de la primera edición y los hizo encuadernar en distintos colores, para que combinaran con sus diferentes estados de ánimo y con los caprichos cambiantes de una naturaleza sobre la que, a veces, parecía haber perdido casi por completo el control. El protagonista, aquel extraordinario joven parisino en quien se mezclaban de un modo tan extraño el temperamento romántico y el científico, se convirtió para él en una especie de imagen anticipada de sí mismo. De hecho, sentía que el libro entero contenía la historia de su propia vida, escrita antes de que él la hubiera vivido.

En un sentido, tuvo más suerte que el fantástico héroe de la novela. Nunca conoció —ni tuvo jamás motivo para conocer— ese miedo algo grotesco a los espejos, a las superficies de metal pulido y al agua en calma que se apoderó del joven parisino tan pronto en su vida, provocado por la repentina decadencia de un dandi que, al parecer, en otro tiempo había sido extraordinariamente hermoso. Leía la última parte del libro con un placer casi cruel —y quizá en casi toda alegría, como sin duda en todo placer, hay un lugar para la crueldad—, con su relato verdaderamente trágico, aunque algo exagerado, de la pena y la desesperación de alguien que había perdido en sí mismo aquello que más había valorado en los demás y en el mundo.

La extraordinaria belleza que había cautivado tanto a Basil Hallward, y a muchos otros, parecía no abandonarlo nunca. Incluso quienes habían oído las peores historias sobre él —porque de vez en cuando circulaban por Londres extraños rumores sobre su forma de vida y se comentaban en los clubes— no podían creer nada que lo deshonrara cuando lo veían. Siempre tenía el aspecto de alguien a quien el mundo no hubiera tocado. Los hombres que hablaban con grosería se callaban cuando Dorian Gray entraba en la habitación. Había algo en la pureza de su rostro que los reprendía. Su sola presencia parecía devolverles el recuerdo de la inocencia que ellos mismos habían perdido. Se preguntaban cómo alguien tan encantador y refinado como él había conseguido escapar de la mancha de una época a la vez sórdida y sensual.

A menudo, cuando volvía a casa después de una de aquellas ausencias largas y misteriosas que daban pie a conjeturas tan extrañas entre quienes eran sus amigos, o creían serlo, subía él solo y en silencio hasta la habitación cerrada. Abría la puerta con la llave que ya nunca se separaba de él y se quedaba allí, con un espejo en la mano, delante del retrato que Basil Hallward le había pintado. A veces miraba el rostro malvado y envejecido del lienzo; otras, la cara joven y hermosa que le sonreía desde el cristal pulido. La fuerza de ese contraste hacía aún mayor su placer. Se enamoraba cada vez más de su propia belleza y se interesaba cada vez más por la corrupción de su alma. Examinaba con minucioso cuidado, y a veces con un deleite monstruoso y terrible, las horribles líneas que surcaban la frente arrugada o se extendían alrededor de la boca pesada y sensual. A veces se preguntaba qué era más espantoso: las marcas del

pecado o las marcas de la edad. Ponía sus manos blancas junto a las manos bastas e hinchadas del retrato y sonreía. Se burlaba del cuerpo deforme y de los miembros debilitados.

Había noches en que yacía despierto, incapaz de dormir, ya fuera en su propia habitación, delicadamente perfumada, o en el miserable cuarto de la pequeña taberna de mala fama cerca de los muelles que solía frecuentar disfrazado y bajo un nombre falso. Entonces pensaba en la ruina que había causado en su alma, con una compasión tanto más aguda cuanto que era completamente egoísta. Pero esos momentos eran raros. La curiosidad por la vida que lord Henry había despertado por primera vez en él, cuando estaban sentados juntos en el jardín de su amigo, parecía crecer a medida que la satisfacía. Cuanto más sabía, más quería saber. Tenía apetitos desmedidos que se volvían aún más voraces cuanto más los alimentaba.

Sin embargo, en realidad no era imprudente, al menos en su trato con la sociedad. Una o dos veces al mes durante el invierno, y todos los miércoles por la noche mientras duraba la temporada, abría su hermosa casa a todo el mundo y hacía venir a los músicos más célebres del momento para deleitar a sus invitados con las maravillas de su arte. Sus pequeñas cenas, en cuya organización lord Henry siempre lo ayudaba, eran famosas tanto por el cuidado con que se elegía y acomodaba a los invitados como por el gusto exquisito con que se decoraba la mesa, con sus sutiles arreglos casi sinfónicos de flores exóticas, manteles bordados y antigua vajilla de oro y plata. De hecho, muchos —sobre todo entre los hombres muy jóvenes— veían, o creían ver, en Dorian Gray la encarnación perfecta de un ideal con el que habían soñado en sus años de

Eton u Oxford: un tipo humano que reunía algo de la verdadera cultura del erudito con toda la gracia, la distinción y los modales impecables de un hombre de mundo. A ellos les parecía pertenecer a esa estirpe de la que habla Dante, los que buscaron «hacerse perfectos mediante el culto a la belleza». Como Gautier, era de los que pensaban que «el mundo visible existía».

And, of course, to him life itself was the first and greatest of the arts, while all the others seemed only a preparation for it. Fashion, which can make something truly fantastic become universal for a moment, and dandyism, which in its own way tries to assert the absolute modernity of beauty, naturally held a strong fascination for him. The way he dressed, and the particular styles he adopted from time to time, clearly influenced the fashionable young men at the Mayfair balls and in the windows of the Pall Mall clubs. They copied everything he did and tried to recreate the effortless charm of his refined extravagances, though for him they were never more than a half-serious pose.

For although he was more than willing to accept the position offered to him almost as soon as he came of age, and even took a subtle pleasure in thinking that he might become for the London of his day what the author of the *Satyricon* had been to Nero's imperial Rome, deep down he wanted to be more than a mere arbiter elegantiarum, someone people consulted about how to wear a jewel, tie a cravat, or carry a cane. He wanted to create a new way of life, with a reasoned philosophy and carefully ordered principles, one that would find its highest expression in the spiritualization of the senses.

The worship of the senses has often been condemned, and with good reason, because people instinctively fear passions and sensations that seem stronger than they are, and that they know they share with less developed forms of life. But Dorian Gray felt that the true nature of the senses had never really been understood, and that they had remained wild and animal only because the world had tried to starve them into submission or kill them through pain, instead of trying to turn them into parts of a new spirituality whose defining quality would be a refined instinct for beauty. When he looked back at humanity moving through history, he was haunted by a sense of loss. So much had been given up, and for so little. There had been foolish, deliberate renunciations, monstrous forms of torture and self-denial, born out of fear and leading to a degradation far worse than the imagined corruption people, in their ignorance, had tried to escape. Nature, in its marvelous irony, drove the anchorite out to feed with the wild animals of the desert and gave the hermit the beasts of the field for companions.

Yes: as Lord Henry had prophesied, a new hedonism was going to appear, one that would recreate life and save it from that harsh, unattractive Puritanism that, in our own day, has strangely come back into fashion. It would, of course, honor the intellect, but it would never accept any theory or system that demanded the sacrifice of any form of passionate experience. Its aim, in truth, would be experience itself, not its results, whether sweet or bitter. It would have nothing to do either with the asceticism that deadens the senses or with the vulgar indulgence that dulls them. But it would teach people to focus on the moments of a life that is itself no more than a moment.

Few of us have never woken before dawn at least once—whether after one of those dreamless nights that almost make us fall in love with death, or after one of those nights of horror and twisted delight when ghosts more terrifying than reality itself move through the chambers of the mind, alive with that intense force hidden in everything grotesque, the same force that gives Gothic art its lasting power; an art that might seem especially suited to those whose minds suffer from the sickness of dreaming. Little by little, pale fingers slip between the curtains and seem to tremble. Silent shadows, black and fantastic, creep into the corners of the room and crouch there. Outside, we hear birds stirring in the leaves, or the sound of men going out to work, or the sighing and sobbing of the wind coming down from the hills and circling the silent house, as if it feared waking the sleepers and yet had to call sleep out from its purple cave. Veil after veil of thin, dusky gauze lifts, and slowly things recover their shapes and colors as we watch dawn rebuild the world according to its ancient pattern. The wan mirrors take back their borrowed life. The unlit candles are still where we left them, and beside them lies the book with uncut pages that we had been reading, or the wired flower we wore to the dance, or the letter we did not dare to read, or had read too many times. Nothing seems to have changed. From the unreal shadows of night, the real life we knew returns. We have to take it up exactly where we left it, and then we are seized by a dreadful sense that we must keep spending our strength on the same weary round of fixed habits; or perhaps by a wild longing that one morning our eyes might open on a world remade in the darkness for our pleasure, a world where things have new shapes and colors, and have changed or keep different secrets;

a world where the past has little or no place, or survives, at any rate, without taking on any conscious form of duty or regret, because even the memory of joy has its bitterness, and the memories of pleasure, their pain.

Dorian Gray felt that creating worlds like those was the true purpose of life, or at least one of its true purposes. In his search for sensations that were both new and pleasurable, and that carried the touch of strangeness so essential to romanticism, he would often take on ways of thinking that he knew were foreign to his own nature. He would give himself over to their subtle influence, and then, once he had, so to speak, absorbed their color and satisfied his intellectual curiosity, he would cast them aside with that curious indifference that is not incompatible with a genuinely passionate temperament and that, in fact, some modern psychologists consider one of its conditions.

At one time, a rumor spread that he was on the verge of converting to Roman Catholicism, and certainly the Roman ritual had always held a strong attraction for him. The daily sacrifice, more awe-inspiring in truth than all the sacrifices of the ancient world, moved him both because of its magnificent rejection of the evidence of the senses and because of the primitive simplicity of its elements and the eternal tragic weight of the human drama it sought to symbolize. He liked to kneel on the cold marble floor and watch the priest, in his stiff flowered dalmatic, slowly draw back the veil of the tabernacle with his white hands, or raise the jeweled, lantern-shaped monstrance that held that pale wafer which one sometimes longed to believe was truly the "panis cælestis," the bread of angels; or, clothed in the vestments of Christ's Passion, break the Host

over the chalice and strike his breast for his sins. The smoking censers that solemn boys dressed in lace and scarlet swung through the air like great golden flowers had a subtle fascination for him. As he left, he would often look with wonder at the black confessionals and wish he could sit in the dimness of one of them and listen to men and women whisper through the worn grating the true story of their lives.

Pero nunca cometió el error de frenar su desarrollo intelectual aceptando de una vez por todas un credo o un sistema, ni de confundir una posada —que solo sirve para pasar una noche, o unas pocas horas de una noche sin estrellas y con la luna a punto de nacer— con una casa en la que vivir. El misticismo, con su asombrosa capacidad para volver extrañas las cosas corrientes, y el sutil antinomianismo que parece acompañarlo siempre, lo sedujeron durante un tiempo. Durante otro, se sintió atraído por las doctrinas materialistas del movimiento Darwinismus en Alemania, y encontró un placer singular en rastrear los pensamientos y las pasiones de los hombres hasta alguna célula nacarada del cerebro o algún nervio blanco del cuerpo. Le fascinaba la idea de la dependencia absoluta del espíritu respecto de ciertas condiciones físicas, ya fueran mórbidas o sanas, normales o enfermizas. Sin embargo, como ya se había dicho de él, ninguna teoría de la vida le parecía tan importante como la vida misma. Sentía intensamente lo estéril que resulta toda especulación intelectual cuando se la separa de la acción y de la experiencia. Sabía que los sentidos, no menos que el alma, tienen sus propios misterios espirituales que revelar.

Y así se entregó entonces al estudio de los perfumes y de los secretos de su elaboración, destilando aceites de fragancia intensa y quemando gomas aromáticas traídas de Oriente. Comprendió que no había estado de ánimo sin su equivalente en la vida sensorial, y se propuso descubrir sus verdaderas relaciones. Se preguntaba qué había en el incienso que volvía místico a quien lo respiraba; en el ámbar gris, que despertaba las pasiones; en las violetas, que devolvían a la memoria romances muertos; en el almizcle, que perturbaba el cerebro; y en el champak, que teñía la imaginación. A menudo intentaba construir una verdadera psicología de los perfumes y medir la influencia particular de las raíces olorosas y de las flores perfumadas, cargadas de polen; de los bálsamos aromáticos y de las maderas oscuras y fragantes; del nardo, que provoca náusea; de la hovenia, que enloquece a los hombres; y del áloe, del que se dice que puede expulsar la melancolía del alma.

En otra etapa, se entregó por completo a la música. En una larga sala enrejada, con techo bermellón y dorado y paredes de laca verde oliva, solía ofrecer extraños conciertos. Gitanos enloquecidos arrancaban melodías salvajes de pequeñas cítaras. Tunecinos solemnes, envueltos en chales amarillos, pulsaban las tensas cuerdas de laúdes monstruosos. Negros sonrientes golpeaban monótonamente tambores de cobre. Y, agachados sobre esteras escarlata, esbeltos indios con turbante soplaban largas flautas de caña o de latón y encantaban —o fingían encantar— a grandes serpientes con capucha y horribles víboras cornudas. Los intervalos ásperos y las discordancias agudas de aquella música bárbara a veces lo conmovían, cuando la gracia de Schubert, las hermosas

tristezas de Chopin e incluso las poderosas armonías del propio Beethoven pasaban inadvertidas para su oído. Reunió de todo el mundo los instrumentos más extraños que pudo encontrar, ya fuera en las tumbas de naciones desaparecidas o entre las pocas tribus salvajes que habían sobrevivido al contacto con las civilizaciones occidentales. Le encantaba tocarlos y ponerlos a prueba. Tenía los misteriosos juruparis de los indios del Río Negro, que las mujeres no pueden mirar y que ni siquiera los jóvenes pueden ver hasta haber pasado por ayunos y azotes; las vasijas de barro de los peruanos, que reproducen los chillidos de los pájaros; flautas hechas con huesos humanos, como las que Alfonso de Ovalle oyó en Chile; y los sonoros jaspes verdes que se encuentran cerca de Cuzco y emiten una nota de singular dulzura. Tenía calabazas pintadas llenas de piedrecillas que traqueteaban al agitarlas; el largo clarín de los mexicanos, en el que el intérprete no sopla, sino que aspira el aire a través de él; el áspero ture de las tribus del Amazonas, que hacen sonar los centinelas sentados todo el día en lo alto de los árboles y que, según se dice, puede oírse a tres leguas de distancia; el teponaztli, que tiene dos lengüetas vibrantes de madera y se golpea con palos untados con una goma elástica obtenida del jugo lechoso de ciertas plantas; las campanillas yotl de los aztecas, colgadas en racimos como uvas; y un enorme tambor cilíndrico, cubierto con pieles de grandes serpientes, como el que vio Bernal Díaz cuando entró con Cortés en el templo mexicano y cuyo sonido lúgubre nos dejó descrito con tanta viveza. Lo fascinaba el carácter fantástico de aquellos instrumentos, y encontraba un placer extraño en pensar que el arte, igual que la Naturaleza, también tiene sus monstruos: cosas de formas bestiales y voces espantosas. Sin

embargo, con el tiempo se cansó de ellos. Entonces se sentaba en su palco de la ópera, solo o con Lord Henry, y escuchaba con arrobado placer "Tannhauser", viendo en el prelude de aquella gran obra de arte una representación de la tragedia de su propia alma.

En una ocasión se dedicó a estudiar las joyas y apareció en un baile de disfraces vestido como Anne de Joyeuse, almirante de Francia, con un traje cubierto de quinientas sesenta perlas. Esa pasión lo cautivó durante años y, de hecho, podría decirse que nunca la abandonó del todo. A menudo pasaba un día entero ordenando y volviendo a ordenar en sus estuches las distintas piedras que había reunido: el crisoberilo verde oliva que se vuelve rojo a la luz de una lámpara; el cimofano, con su línea plateada como un hilo; el peridoto color pistacho; los topacios rosa pálido y amarillo vinoso; los carbunclos de escarlata ardiente con sus temblorosas estrellas de cuatro puntas; las piedras de canela de rojo llameante; las espinelas naranjas y violetas; y las amatistas con sus capas alternas de rubí y zafiro. Le fascinaban el brillo rojizo de la piedra del sol, la blancura perlada de la piedra lunar y el arcoíris fragmentado del ópalo lechoso. En Ámsterdam consiguió tres esmeraldas de tamaño extraordinario y de un color intensísimo, y tenía una turquesa de la vieille roche que despertaba la envidia de todos los entendidos.

También descubrió historias maravillosas sobre las joyas. En la Clericalis Disciplina de Alfonso se mencionaba una serpiente con ojos de auténtico jacinto, y en la historia novelesca de Alejandro se decía que el conquistador de Ematia había encontrado en el valle del Jordán serpientes «con collares de

verdaderas esmeraldas que les crecían sobre el lomo». Filóstrato cuenta que en el cerebro del dragón había una gema y que, «mostrándole letras de oro y una túnica escarlata», se podía sumir al monstruo en un sueño mágico y matarlo. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, el diamante volvía invisible a un hombre, y el ágata de la India lo hacía elocuente. La cornalina calmaba la ira, el jacinto provocaba el sueño y la amatista alejaba los vapores del vino. El granate expulsaba a los demonios, y el hydropicus le quitaba a la luna su color. La selenita crecía y menguaba con la luna, y el meloceus, que descubría a los ladrones, solo podía verse afectado por la sangre de cabritos. Leonardus Camillus había visto una piedra blanca extraída del cerebro de un sapo recién muerto que era un antídoto infalible contra el veneno. El bezoar, que se encontraba en el corazón del ciervo árabe, era un talismán capaz de curar la peste. En los nidos de aves árabes estaba el aspilates que, según Demócrito, protegía a quien lo llevaba de cualquier peligro causado por el fuego.

El rey de Ceilán recorrió su ciudad durante la ceremonia de coronación con un gran rubí en la mano. Las puertas del palacio de Juan el Sacerdote estaban "hechas de sardio, con el cuerno de la serpiente cornuda incrustado, para que nadie pudiera introducir veneno en el interior". Sobre el hastial había "dos manzanas de oro, en las que había dos carbunclos", para que el oro brillara de día y los carbunclos, de noche. En la extraña novela de Lodge, 'A Margarite of America', se decía que en la cámara de la reina podían verse "todas las damas castas del mundo, cinceladas en plata, mirando a través de hermosos espejos de crisolitos, carbunclos, zafiros y verdes esmeraldas".

Marco Polo había visto a los habitantes de Zipangu poner perlas rosadas en la boca de los muertos. Un monstruo marino se había enamorado de la perla que el buzo llevó al rey Perozes; mató al ladrón y lloró su pérdida durante siete lunas. Cuando los hunos atrajeron al rey hasta la gran fosa, él la arrojó lejos —Procopio cuenta la historia—, y nunca volvió a encontrarse, aunque el emperador Anastasio ofreció quinientos pesos en monedas de oro por ella. El rey de Malabar le había mostrado a cierto veneciano un rosario de trescientas cuatro perlas, una por cada dios al que rendía culto.

Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII de Francia, su caballo iba cubierto de láminas de oro, según Brantôme, y su gorra llevaba dobles hileras de rubíes que despedían un gran resplandor. Carlos de Inglaterra había cabalgado con estribos adornados con cuatrocientos veintiún diamantes. Ricardo II tenía un jubón, valorado en treinta mil marcos, cubierto de rubíes balajes. Hall describió a Enrique VIII, camino de la Torre antes de su coronación, vestido con “una chaqueta de oro repujado, la pechera bordada con diamantes y otras piedras ricas, y un gran tahalí alrededor del cuello de grandes balajes”. Los favoritos de Jacobo I llevaban pendientes de esmeraldas montadas en filigrana de oro. Eduardo II regaló a Piers Gaveston una armadura de oro rojo tachonada de jacintos, un collar de rosas de oro con turquesas engastadas y un casquete cubierto de perlas. Enrique II llevaba guantes con joyas que le llegaban hasta el codo, y tenía un guante de cetrería cosido con doce rubíes y cincuenta y dos grandes perlas orientales. El sombrero ducal de Carlos el Temerario, el último duque de Borgoña de su linaje, colgaba con perlas en

forma de lágrima y estaba tachonado de zafiros.

How wonderful life had once been! How dazzling in its pomp and splendor! Even reading about the luxury of the dead was fascinating.

Luego volvió su atención a los bordados y los tapices que, en las frías habitaciones de los países del norte de Europa, ocupaban el lugar de los frescos. Mientras estudiaba el tema —y siempre tenía una capacidad extraordinaria para entregarse por completo, al menos durante un tiempo, a cualquier cosa que emprendía—, casi le entristecía pensar en la destrucción que el tiempo imponía incluso a las cosas bellas y maravillosas. Él, en cambio, había escapado a ese destino. Verano tras verano, los junquillos amarillos florecían y se marchitaban una y otra vez, y noches de horror repetían la historia de su vergüenza, pero él seguía siendo el mismo. Ningún invierno marchitaba su rostro ni apagaba su frescura juvenil. Con las cosas materiales ocurría algo muy distinto. ¿Adónde habían ido a parar? ¿Dónde estaba aquella gran túnica color azafrán, en la que los dioses luchaban contra los gigantes, bordada por muchachas morenas para el deleite de Atenea? ¿Dónde estaba el enorme velario que Nerón hizo extender sobre el Coliseo de Roma, aquella inmensa vela púrpura en la que aparecía el cielo estrellado y Apolo guiando un carro tirado por caballos blancos con riendas de oro? Deseaba ver los extraños manteles hechos para el Sacerdote del Sol, donde se mostraban todos los manjares y platos imaginables para un banquete; el paño mortuario del rey Chilperico, con sus trescientas abejas de oro; las vestiduras fantásticas que indignaron al obispo del Ponto y en las que aparecían «leones, panteras, osos, perros, bosques, rocas,

cazadores; en suma, todo lo que un pintor puede copiar de la naturaleza»; y el jubón que llevó en otro tiempo Carlos de Orleans, en cuyas mangas estaban bordados los versos de una canción que empezaba "Madame, je suis tout joyeux", con el acompañamiento musical de las palabras trabajado en hilo de oro, y cada nota, cuadrada como se hacía entonces, formada por cuatro perlas. Leyó sobre la estancia preparada en el palacio de Reims para uso de la reina Juana de Borgoña, decorada con «mil trescientos veintiún loros, hechos en bordado y blasonados con las armas del rey, y quinientas sesenta y una mariposas, cuyas alas estaban adornadas del mismo modo con las armas de la reina; todo ello trabajado en oro». Catalina de Médici mandó hacerse un lecho de luto de terciopelo negro sembrado de lunas crecientes y soles. Sus cortinas eran de damasco, con coronas de hojas y guirnaldas dibujadas sobre un fondo de oro y plata, y rematadas en los bordes con bordados de perlas. Se alzaba en una habitación revestida con hileras de los emblemas de la reina, recortados en terciopelo negro sobre tela de plata. Luis XIV tenía en sus aposentos cariátides bordadas en oro de quince pies de altura. El lecho de aparato de Sobieski, rey de Polonia, estaba hecho de brocado de oro de Esmirna, bordado con turquesas y con versos del Corán. Sus soportes eran de plata sobredorada, finamente cincelada y ricamente adornada con medallones esmaltados y enjoyados. Había sido tomado del campamento turco ante Viena, y el estandarte de Mahoma había permanecido bajo el dorado tembloroso de su dosel.

Y así, durante todo un año, se dedicó a reunir los ejemplares más refinados que pudo encontrar de telas y bordados: las

delicadas muselinas de Delhi, trabajadas con finas palmetas de hilo de oro y adornadas con alas irisadas de escarabajo; las gasas de Dacca, conocidas en Oriente por su transparencia como «aire tejido», «agua corriente» e «incluso rocío vespertino»; extrañas telas estampadas de Java; elaborados tapices chinos amarillos; libros encuadernados en raso color leonado o en hermosas sedas azules, decorados con flores de lis, pájaros e imágenes; velos de encaje trabajados en punto de Hungría; brocados sicilianos y rígidos terciopelos españoles; labores georgianas con sus monedas doradas; y fukusas japonesas, con sus oros de tonos verdosos y sus pájaros de plumaje maravilloso.

También sentía una pasión especial por las vestiduras eclesiásticas, igual que por todo lo relacionado con el culto de la Iglesia. En los largos arcones de cedro que ocupaban la galería oeste de su casa guardaba muchas piezas raras y hermosas de lo que es, en realidad, el atuendo de la Esposa de Cristo, que debe vestirse de púrpura, joyas y lino fino para ocultar el cuerpo pálido y consumido que desgasta el sufrimiento que ella misma busca y que hieren los dolores que se impone. Poseía una magnífica capa pluvial de seda carmesí y damasco con hilo de oro, decorada con un motivo repetido de granadas doradas entre flores simétricas de seis pétalos. A ambos lados llevaba el emblema de la piña bordado con pequeñas perlas. Los galones estaban divididos en paneles con escenas de la vida de la Virgen, y en la capucha aparecía, bordada en sedas de colores, la coronación de la Virgen. Era una obra italiana del siglo XV. Otra capa pluvial era de terciopelo verde, bordada con grupos de hojas de acanto en

forma de corazón, de las que brotaban largas flores blancas, con los detalles realzados en hilo de plata y cristales de colores. El broche mostraba una cabeza de serafín en relieve, trabajada con hilo de oro. Los galones estaban tejidos con un diseño geométrico de seda roja y dorada, y salpicados de medallones con numerosos santos y mártires, entre ellos san Sebastián. También tenía casullas de seda color ámbar, de seda azul y brocado de oro, de damasco de seda amarilla y tisú de oro, decoradas con escenas de la Pasión y la Crucifixión de Cristo, y bordadas con leones, pavos reales y otros emblemas; dalmáticas de raso blanco y damasco de seda rosa, adornadas con tulipanes, delfines y flores de lis; frontales de altar de terciopelo carmesí y lino azul; y muchos corporales, velos de cáliz y sudarios. Había algo en los oficios místicos en los que se usaban estas cosas que encendía su imaginación.

Those treasures, and everything he had gathered in his beautiful house, were meant to help him forget. They were ways to escape, for a while, from the fear that sometimes felt almost unbearable. On the walls of the lonely, locked room where he had spent much of his childhood, he had hung with his own hands the dreadful portrait whose changing features showed him the true corruption of his life. In front of it, like a curtain, he had placed the cloth of purple and gold. For weeks at a time he would not go into that room. He would forget that painted, monstrous thing and recover his lightness, his extraordinary joy, his passionate delight in simply being alive. But then, suddenly, one night he would slip quietly out of the house, go down to the dreadful places near Blue Gate Fields, and stay there day after day until he was driven away. When he returned, he would sit

before the picture, sometimes hating it and hating himself, and at other times filled with that pride of individualism that makes up half the fascination of sin, smiling with secret pleasure at the misshapen shadow that had to carry a burden that should have been his.

After a few years, he could no longer bear to spend much time away from England. He gave up the villa at Trouville that he had shared with Lord Henry, as well as the small white house enclosed by walls in Algiers, where they had spent the winter more than once. He hated being separated from the portrait, which had by then become an essential part of his life. He also feared that, while he was away, someone might get into the room, despite the elaborate locks he had had fitted to the door.

He knew perfectly well that it would tell them nothing. It was true that, beneath all the dirt and ugliness of the face, the portrait still bore a striking resemblance to him. But what could they conclude from that? He would laugh at anyone who tried to throw it in his face. He had not painted it. What did it have to do with him if it looked so vile and so full of shame? And even if he told them, would they believe him?

Y aun así, tenía miedo. A veces, cuando estaba en su gran casa de Nottinghamshire, entreteniéndolo a los jóvenes elegantes de su misma clase —sus compañeros más cercanos— y deslumbrando a todo el condado con el lujo excesivo y el fasto de su forma de vivir, de pronto dejaba a sus invitados y regresaba a toda prisa a la ciudad para asegurarse de que nadie hubiera tocado la puerta y de que el cuadro siguiera allí. ¿Y si lo robaban? Solo pensarlo lo dejaba paralizado de horror.

Entonces, sin duda, el mundo conocería su secreto. Quizá el mundo ya lo sospechaba.

Porque, aunque cautivaba a muchos, también había bastantes personas que desconfiaban de él. Estuvo a punto de ser excluido de un club del West End al que su nacimiento y su posición social le daban pleno derecho a pertenecer, y se decía que, en una ocasión, cuando un amigo lo llevó al fumoir del Churchill, el duque de Berwick y otro caballero se levantaron de manera muy evidente y se marcharon. Empezaron a circular historias extrañas sobre él después de que cumpliera veinticinco años. Se rumoreaba que lo habían visto peleándose con marineros extranjeros en un antro miserable en las afueras de Whitechapel, y que trataba con ladrones y falsificadores de moneda y conocía los secretos de su oficio. Sus desapariciones inexplicables empezaron a llamar la atención y, cuando volvía a aparecer en sociedad, los hombres murmuraban entre ellos en los rincones, o se cruzaban con él con un gesto de desprecio, o lo miraban con ojos fríos y escrutadores, como si estuvieran decididos a descubrir su secreto.

Él, por supuesto, no prestaba atención a esas insolencias ni a aquellos intentos de desaire y, para la mayoría, su franqueza despreocupada, su encantadora sonrisa juvenil y la gracia inagotable de aquella juventud maravillosa que parecía no abandonarlo nunca bastaban por sí solas para responder a las calumnias —como las llamaban— que circulaban sobre él. Aun así, se notó que algunas de las personas que habían sido más íntimas con él parecían, con el tiempo, evitarlo. Y mujeres que lo habían adorado con locura, y que por él habían desafiado toda censura social y se habían burlado de las convenciones,

palidecían de vergüenza o de horror si Dorian Gray entraba en la habitación.

Sin embargo, esos escándalos susurrados no hicieron más que aumentar, para muchos, su extraño y peligroso atractivo. Su inmensa fortuna le daba cierta sensación de seguridad. La sociedad —al menos la sociedad civilizada— rara vez quiere creer nada que perjudique a quienes son a la vez ricos y fascinantes. Por puro instinto, siente que los modales importan más que la moral y que, a su juicio, la respetabilidad más intachable vale bastante menos que tener un buen chef. Y, al fin y al cabo, sirve de poco que te aseguren que el hombre que te ha ofrecido una mala cena o un vino mediocre es irreprochable en su vida privada. Ni siquiera las virtudes cardinales pueden compensar unos entrantes tibios, como observó una vez lord Henry en una conversación sobre este tema, y quizá no le faltara razón. Porque las normas de la buena sociedad son, o deberían ser, las mismas que las del arte. La forma le resulta absolutamente esencial. Debería tener la dignidad de una ceremonia, pero también su irrealidad, y combinar el carácter insincero de una obra romántica con el ingenio y la belleza que hacen que esas obras nos resulten tan deliciosas. ¿Es la insinceridad algo tan terrible? Yo creo que no. No es más que una manera de multiplicar nuestras personalidades.

Esa era, al menos, la opinión de Dorian Gray. A menudo le sorprendía la psicología simplista de quienes imaginaban el yo humano como algo sencillo, estable, digno de confianza y hecho de una sola esencia. Para él, el ser humano era una criatura de mil vidas y mil sensaciones: un ser complejo y cambiante, que llevaba dentro extrañas herencias de

pensamiento y de pasión, y cuya propia carne estaba marcada por las monstruosas enfermedades de los muertos. Le encantaba recorrer la larga y fría galería de retratos de su casa de campo y detenerse ante las imágenes de aquellos cuya sangre corría por sus venas. Allí estaba Philip Herbert, de quien Francis Osborne decía en sus *Memoires on the Reigns of Queen Elizabeth and King James* que era alguien a quien «la Corte mimaba por su hermoso rostro, aunque no lo acompañó durante mucho tiempo». ¿Era la vida del joven Herbert la que él mismo revivía a veces? ¿Habría pasado algún extraño germen venenoso de cuerpo en cuerpo hasta llegar al suyo? ¿Fue una vaga conciencia de aquella gracia arruinada lo que lo llevó, tan de repente y casi sin motivo, a pronunciar en el estudio de Basil Hallward la loca plegaria que había cambiado su vida? Allí estaba sir Anthony Sherard, con jubón rojo bordado en oro, sobrevesta enjoyada, gorguera y puños ribeteados en oro, mientras la armadura de plata y negro se amontonaba a sus pies. ¿Qué legado le había dejado aquel hombre? ¿Le habría transmitido el amante de Giovanna de Nápoles alguna herencia de pecado y vergüenza? ¿Eran sus propios actos solo los sueños que aquel muerto no se había atrevido a convertir en realidad? Desde otro lienzo desvaído sonreía lady Elizabeth Devereux, con su capucha de gasa, el corpiño adornado con perlas y las mangas rosas acuchilladas. Sostenía una flor en la mano derecha y, con la izquierda, un collar esmaltado de rosas blancas y damascenas. Sobre una mesa, a su lado, descansaban una mandolina y una manzana. En sus pequeños zapatos de punta llevaba grandes lazos verdes. Dorian conocía su vida y las extrañas historias que se contaban sobre sus amantes. ¿Llevaba él algo de su temperamento dentro de sí?

Aquellos ojos ovalados, de párpados pesados, parecían observarlo con curiosidad. ¿Y qué decir de George Willoughby, con el pelo empolvado y aquellos lunares postizos tan extravagantes? Tenía un aspecto perverso. Su rostro era saturnino y moreno, y sus labios sensuales parecían torcerse en un gesto de desprecio. Unos delicados puños de encaje caían sobre aquellas manos delgadas y amarillentas, cargadas de anillos. Había sido un macaroni del siglo XVIII y, en su juventud, amigo de lord Ferrars. ¿Y el segundo lord Beckenham, compañero del príncipe regente en sus días más desenfrenados y uno de los testigos de su matrimonio secreto con la señora Fitzherbert? Qué orgulloso y apuesto se veía, con sus rizos castaños y su pose insolente. ¿Qué pasiones le había transmitido? El mundo lo tenía por infame. Había encabezado las orgías de Carlton House. La estrella de la Jarretera brillaba sobre su pecho. Junto a él colgaba el retrato de su esposa, una mujer pálida, de labios finos, vestida de negro. Su sangre también latía en él. Todo aquello resultaba extrañísimo. Y estaba su madre, con aquel rostro de lady Hamilton y aquellos labios húmedos, manchados de vino... sabía muy bien qué había heredado de ella. De ella había recibido su belleza y su pasión por la belleza de los demás. Ella se reía de él con su vestido suelto de bacante. Llevaba hojas de vid en el pelo. El vino púrpura se derramaba de la copa que sostenía. Los claveles del cuadro se habían marchitado, pero sus ojos seguían siendo maravillosos por su profundidad y por la intensidad brillante de su color. Parecían seguirlo adondequiera que iba.

But he also had ancestors in literature, not only in his own bloodline. Many of them were perhaps closer to him in type and

temperament, and they certainly influenced him in ways he understood much more clearly. At times, Dorian Gray felt that all of history was nothing more than the story of his own life—not as he had actually lived it in events and circumstances, but as his imagination had shaped it, as it had existed in his mind and in his passions. He felt he had known them all: those strange and terrible figures who had crossed the stage of the world and made sin seem so fascinating and evil so full of subtlety. It seemed to him that, in some mysterious way, their lives had been his own.

The hero of the remarkable novel that had so deeply influenced his life knew that strange fantasy as well. In the seventh chapter, he tells how, crowned with laurel so that lightning could not strike him, he had sat, like Tiberius, in a garden at Capri, reading the shameful books of Elephantis, while dwarfs and peacocks strutted around him and the flute-player mocked the man who swung the censer. He tells how, like Caligula, he had caroused with the charioteers in green shirts in their stables and had dined from an ivory manger beside a horse whose forehead was covered with jewels. He tells how, like Domitian, he had wandered through a corridor lined with mirrored marble, glancing back with hollow eyes in search of the reflection of the dagger that would end his life, sick with that weariness, that terrible *tædium vitæ*, which takes hold of those to whom life refuses nothing. He tells how he had watched, through a clear emerald, the red slaughter of the circus and then, in a litter of pearls and purple drawn by mules shod with silver, had been carried along the Street of Pomegranates to a House of Gold and had heard men shout their praise of Nero Caesar as he

passed. And he tells how, like Heliogabalus, he had painted his face with colors, worked the distaff among women, and had brought the Moon from Carthage to give her in mystical marriage to the Sun.

Again and again, Dorian reread that extraordinary chapter and the two that followed it. In them, as if in strange tapestries or exquisitely worked enamels, appeared the terrible and beautiful figures of those whom vice, bloodshed, and weariness had turned into monsters or madmen: Filippo, Duke of Milan, who killed his wife and painted her lips with scarlet poison so that his lover would drink death from the corpse he caressed; Pietro Barbi, the Venetian known as Paul II, who in his vanity wanted to take the title Formosus, and whose tiara, valued at two hundred thousand florins, was bought at the cost of a dreadful sin; Gian Maria Visconti, who had living men hunted down by hounds, and whose murdered body was covered with roses by a courtesan who had loved him; the Borgia on his white horse, with Fratricide riding beside him and his cloak stained with Perotto's blood; Pietro Riario, the young cardinal archbishop of Florence, creature and favorite of Sixtus IV, whose beauty was matched only by his debauchery, and who received Leonora of Aragon in a pavilion of white and crimson silk filled with nymphs and centaurs, and had a boy gilded so that he could serve at the banquet as Ganymede or Hylas; Ezzelino, whose melancholy could be relieved only by the sight of death, and who loved red blood as other men love red wine—the son of the Devil, people said, and a man who had cheated his father at dice when he wagered his own soul against him; Giambattista Cibo, who mockingly took the name Innocent, and into whose numbed

veins a Jewish doctor poured the blood of three boys; Sigismondo Malatesta, lover of Isotta and lord of Rimini, whose image was burned in Rome as an enemy of God and man, who strangled Polyssena with a napkin and poisoned Ginevra d'Este in an emerald cup, and who, in honor of a shameful passion, built a pagan church for Christian worship; Charles VI, who had loved his brother's wife so madly that a leper warned him of the insanity about to overtake him, and who, when his mind grew sick and strange, could be soothed only by Saracen cards painted with images of love, death, and madness; and, in his close-fitting doublet, jeweled cap, and curls like acanthus leaves, Grifonetto Baglioni, who killed Astorre beside his bride, and Simonetto beside his page, and whose beauty was so great that, as he lay dying in the yellow square of Perugia, even those who had hated him could not help but weep, and Atalanta, who had cursed him, blessed him instead.

There was something horribly fascinating about it all. He saw them at night, and by day they still haunted his imagination. The Renaissance knew strange ways of poisoning: with a helmet and a burning torch, with an embroidered glove and a jeweled fan, with a gilded pomander and an amber chain. Dorian Gray had been poisoned by a book. At times, he looked at evil simply as a way to make his idea of beauty real.

CHAPTER XII

It was the ninth of November, the eve of his thirty-eighth birthday, as he would often remember afterward.

He was on his way home at about eleven o'clock from Lord Henry's, where he had dined. He was wrapped in heavy furs because the night was cold and foggy. At the corner of Grosvenor Square and South Audley Street, a man passed him through the mist, walking very quickly with the collar of his gray ulster turned up. He was carrying a bag. Dorian recognized him. It was Basil Hallward. A strange feeling of fear came over him, though he could not explain why. He gave no sign that he knew him and kept walking quickly toward his house.

But Hallward had seen him. Dorian first heard him stop on the pavement, then hurry after him. A moment later, he felt his hand on his arm.

"Dorian! What an extraordinary piece of luck! I've been waiting for you in your library since nine o'clock. At last I took pity on your servant, who was exhausted, and told him to go to bed when he opened the door for me to leave. I'm leaving for Paris on the midnight train, and I especially wanted to see you before I went. I thought it was you—or rather, your fur coat—when you passed me. But I wasn't completely sure. Didn't you recognize me?"

"In this fog, my dear Basil? I can't even recognize Grosvenor Square. I think my house must be somewhere near here, but I'm not at all certain. I'm sorry you're going away, because I haven't seen you in ages. Still, I suppose you'll be back soon, won't

you?"

"No. I'll be away from England for six months. I mean to rent a studio in Paris and shut myself up there until I finish a large painting I have in mind. But I didn't want to talk to you about myself. We've reached your door now. Let me come in for a moment. I have something to tell you."

—Me encantará. Pero ¿no vas a perder el tren? —dijo Dorian Gray con desgana, mientras subía los escalones y abría la puerta con su llave.

La luz de la farola apenas conseguía atravesar la niebla, y Hallward miró su reloj. —Tengo tiempo de sobra —respondió—. El tren no sale hasta las doce y cuarto, y todavía no son más que las once. De hecho, iba al club a buscarte cuando me encontré contigo. Además, no tengo que ocuparme del equipaje, porque ya he enviado las cosas pesadas. Todo lo que llevo está en esta bolsa, y puedo llegar a Victoria en veinte minutos sin ninguna dificultad.

Dorian lo miró y sonrió. —Bonita forma de viajar la de un pintor de moda: una bolsa Gladstone y un ulster. Entra, o la niebla se nos meterá en la casa. Y procura no hablar de nada serio. Hoy en día nada lo es. O, al menos, nada debería serlo.

Hallward negó con la cabeza al entrar y siguió a Dorian hasta la biblioteca. En la gran chimenea abierta ardía un fuego vivo de leña. Las lámparas estaban encendidas y, sobre una pequeña mesa de marquetería, había un estuche holandés de plata para licores, abierto, junto a varios sifones de agua con gas y grandes vasos de cristal tallado.

—Ya ves que tu criado me ha hecho sentir como en casa, Dorian. Me ha dado todo lo que quería, incluso tus mejores cigarrillos con boquilla de oro. Es muy hospitalario. Me cae mucho mejor que el francés que tenías antes. Por cierto, ¿qué fue de él?

Dorian se encogió de hombros. —Creo que se casó con la doncella de lady Radley y la instaló en París como modista inglesa. Por lo que he oído, la anglomanía está muy de moda allí ahora. Parece una tontería por parte de los franceses, ¿no? Pero, ¿sabes?, no era mal criado en absoluto. Nunca me cayó bien, pero no tenía nada que reprocharle. Muchas veces uno se imagina cosas completamente absurdas. En realidad, me tenía mucho afecto y parecía sinceramente apenado cuando se fue. ¿Quieres otro brandy con soda? ¿O prefieres vino del Rin con seltz? Yo siempre tomo vino del Rin con seltz. Seguro que hay en la habitación de al lado.

—Gracias, no quiero nada más —dijo el pintor, quitándose la gorra y el abrigo y dejándolos sobre la bolsa que había puesto en un rincón—. Y ahora, querido amigo, quiero hablar contigo en serio. No frunzas tanto el ceño. Me lo haces mucho más difícil.

—¿De qué se trata todo esto? —exclamó Dorian con su habitual aire caprichoso, dejándose caer en el sofá—. Espero que no tenga nada que ver conmigo. Esta noche estoy harto de mí mismo. Me gustaría ser otra persona.

—Sí tiene que ver contigo —respondió Hallward con su voz grave y profunda—, y tengo que decírtelo. No te quitaré más de media hora.

Dorian suspiró y encendió un cigarrillo. —¡Media hora!
—murmuró.

—No es demasiado pedirte, Dorian, y te lo digo solo por tu bien. Me parece justo que sepas que en Londres se están diciendo de ti las cosas más horribles.

—No quiero saber nada de eso. Me encantan los escándalos sobre los demás, pero los escándalos sobre mí no me interesan. No tienen el atractivo de la novedad.

—Deberían importarte, Dorian. A cualquier caballero le importa su reputación. No querrás que la gente hable de ti como si fueras alguien vil y degradado. Claro que tienes tu posición, tu fortuna y todo eso. Pero la posición y la fortuna no lo son todo. Mira, yo no creo en absoluto esos rumores. Al menos, no puedo creerlos cuando te veo. El pecado se escribe en el rostro de un hombre. No puede esconderse. A veces la gente habla de vicios secretos. No existen. Si un desgraciado tiene un vicio, se le nota en la línea de la boca, en la caída de los párpados, incluso en la forma de las manos. Alguien —no diré su nombre, pero tú lo conoces— vino a verme el año pasado para que le hiciera un retrato. Yo no lo había visto nunca y entonces no había oído nada sobre él, aunque desde entonces sí he oído muchas cosas. Me ofreció una suma absurda. Lo rechacé. Había algo en la forma de sus dedos que me repugnaba. Ahora sé que no me equivoqué en lo que intuía sobre él. Su vida es espantosa. Pero tú, Dorian, con ese rostro puro, radiante e inocente, y esa juventud maravillosa, intacta y serena... no puedo creer nada malo de ti. Y, sin embargo, te veo muy poco. Ya nunca bajas al estudio. Y cuando estoy lejos de ti y oigo todas esas cosas

horribles que la gente susurra sobre ti, no sé qué decir. ¿Por qué, Dorian, un hombre como el duque de Berwick sale del salón de un club cuando entras tú? ¿Por qué tantos caballeros de Londres no van a tu casa ni te invitan a la suya? Antes eras amigo de Lord Staveley. Me lo encontré en una cena la semana pasada. Tu nombre salió por casualidad en la conversación, a propósito de las miniaturas que has prestado para la exposición del Dudley. Staveley hizo una mueca y dijo que quizá tuvieras el gusto más artístico del mundo, pero que eras un hombre a quien ninguna muchacha decente debería conocer y con quien ninguna mujer casta debería sentarse en la misma habitación. Le recordé que yo era amigo tuyo y le pregunté qué quería decir. Me lo contó. Lo dijo delante de todo el mundo. ¡Fue horrible! ¿Por qué tu amistad resulta tan ruinosa para los jóvenes? Ahí está ese pobre muchacho de la Guardia que se suicidó. Era íntimo amigo tuyo. Ahí está Sir Henry Ashton, que tuvo que marcharse de Inglaterra con el nombre manchado. Tú y él erais inseparables. ¿Y qué me dices de Adrian Singleton y de su espantoso final? ¿Y del hijo único de Lord Kent y de su carrera? Ayer me encontré con su padre en St. James's Street. Parecía destrozado por la vergüenza y el dolor. ¿Y el joven duque de Perth? ¿Qué clase de vida lleva ahora? ¿Qué caballero querría tratar con él?

—Basta, Basil. Estás hablando de cosas que no entiendes —dijo Dorian Gray, mordiéndose el labio, con un desprecio infinito en la voz—. Me preguntas por qué Berwick sale de una habitación cuando entro yo. Es porque yo lo sé todo sobre su vida, no porque él sepa nada de la mía. Con la sangre que lleva en las venas, ¿cómo iba a tener un pasado intachable? Me preguntas

por Henry Ashton y el joven Perth. ¿Fui yo quien le enseñó sus vicios a uno y su libertinaje al otro? Si el necio hijo de Kent echa a su mujer a la calle, ¿qué tengo yo que ver? Si Adrian Singleton firma una letra con el nombre de su amigo, ¿es culpa mía? Ya sé cómo habla la gente en Inglaterra. Las clases medias pasean sus prejuicios morales alrededor de sus groseras mesas de comedor y cuchichean sobre lo que llaman los excesos de sus superiores para fingir que se mueven en la alta sociedad y que tratan de cerca a la gente a la que difaman. En este país, basta con que un hombre tenga distinción e inteligencia para que todas las lenguas vulgares empiecen a hablar de él. ¿Y qué clase de vida llevan esas personas que van por ahí presumiendo de moralidad? Querido amigo, olvidas que estamos en la patria del hipócrita.

—¡Dorian! —exclamó Hallward—. No se trata de eso. Ya sé que Inglaterra deja mucho que desear y que la sociedad inglesa está profundamente corrompida. Precisamente por eso quiero que tú seas noble. Y no lo has sido. Tenemos derecho a juzgar a un hombre por el efecto que causa en sus amigos. Los tuyos parecen perder todo sentido del honor, de la bondad y de la pureza. Les has contagiado una locura por el placer. Han caído hasta el fondo. Tú los llevaste allí. Sí, tú los llevaste, y aun así puedes sonreír, como estás sonriendo ahora. Y detrás de todo esto hay algo todavía peor. Sé que tú y Harry sois inseparables. Aunque no hubiera ninguna otra razón, solo por eso no deberías haber convertido el nombre de su hermana en tema de chismes.

—Ten cuidado, Basil. Estás yendo demasiado lejos.

—Tengo que hablar, y tú tienes que escuchar. Vas a escucharme. Cuando conociste a lady Gwendolen, ni la menor sombra de escándalo la había tocado jamás. ¿Hay ahora en Londres una sola mujer respetable que quisiera pasear con ella por el parque? Es más, ni siquiera le permiten vivir con sus hijos. Y luego están las otras historias: que te han visto salir a escondidas al amanecer de casas horribles y entrar, disfrazado, en los lugares más sórdidos de Londres. ¿Son ciertas? ¿Pueden serlo? La primera vez que las oí, me reí. Ahora las oigo y me hacen temblar. ¿Y qué pasa con tu casa de campo y con la vida que se lleva allí? Dorian, no sabes lo que se dice de ti. No voy a decirte que no quiero darte un sermón. Recuerdo que Harry dijo una vez que todo hombre que por un momento se convertía en un cura aficionado empezaba siempre diciendo eso, y luego no cumplía su palabra. Sí quiero sermonearte. Quiero que lleves una vida que haga que el mundo te respete. Quiero que tengas un nombre limpio y una reputación intachable. Quiero que te apartes de la gente horrible con la que te juntas. No te encojas de hombros así. No seas tan indiferente. Tienes una influencia extraordinaria. Haz que sirva para bien, no para mal. Dicen que corrompes a todo aquel con quien intimas, y que basta con que entres en una casa para que después llegue alguna clase de vergüenza. No sé si es verdad o no. ¿Cómo podría saberlo? Pero eso es lo que se dice de ti. Me cuentan cosas que parecen imposibles de negar. Lord Gloucester fue uno de mis mejores amigos en Oxford. Me enseñó una carta que su mujer le había escrito cuando se estaba muriendo sola en su villa de Menton. Tu nombre aparecía en la confesión más terrible que he leído en mi vida. Le dije que era absurdo, que yo te conocía a fondo y que eras incapaz de algo así. ¿Conocerte? Me pregunto si de

verdad te conozco. Antes de poder responder a eso, tendría que ver tu alma.

—¡Ver mi alma! —murmuró Dorian Gray, incorporándose en el sofá y quedándose casi blanco de miedo.

—Sí —respondió Hallward con gravedad y una profunda tristeza en la voz—, ver tu alma. Pero eso solo puede hacerlo Dios.

A bitter, mocking laugh slipped from the young man's lips. "You'll see it with your own eyes tonight!" he shouted, snatching a lamp from the table. "Come. It's your doing. Why shouldn't you look at it? Afterward, you can tell the whole world, if you like. No one would believe you. And if they did, they would admire me all the more for it. I understand this age better than you do, though you never stop lecturing about it so tediously. Come on, I tell you. You've said enough about corruption. Now you'll see it face to face."

Every word he spoke was filled with a proud kind of madness. He stamped his foot with that childish insolence that was so typical of him. A terrible joy ran through him at the thought that someone else was about to share his secret, and that the man who had painted the portrait—the source of all his shame—would have to carry for the rest of his life the dreadful memory of what he had done.

"Yes," he went on, moving closer and fixing his eyes on the painter's stern face, "I will show you my soul. You will see the thing you think only God can see."

Hallward recoiled in shock. "That is blasphemy, Dorian!" he cried. "You mustn't say such things. They're horrible, and they

mean nothing."

"Do you think so?" He laughed again.

"I don't think so. I know it. And as for what I've said to you tonight, I said it for your own good. You know I have always been a loyal friend to you."

"Don't touch me. Just finish what you have to say."

A twisted flash of pain passed across the painter's face. He paused for a moment, overcome by a fierce pity. After all, what right had he to interfere in Dorian Gray's life? If Dorian had done even a tenth of what people said about him, how much he must have suffered. Then he straightened himself, walked over to the fireplace, and stood there looking at the burning logs, their ash like frost and their glowing hearts pulsing with fire.

"I'm waiting, Basil," said the young man in a hard, clear voice.

He turned around. "This is what I have to say to you," he cried. "You must give me some answer to these terrible accusations people are making against you. If you tell me they are completely false from beginning to end, I will believe you. Deny them, Dorian—deny them! Can't you see what I'm going through? My God, don't tell me that you are wicked, corrupt, and shameful."

Dorian Gray smiled. A look of contempt touched his lips. "Come upstairs, Basil," he said calmly. "I keep a diary of my life, day by day, and it never leaves the room where I write it. I'll show it to you if you come with me."

"I'll come with you, Dorian, if that's what you want. I can see I've missed my train. It doesn't matter. I can leave tomorrow. But don't ask me to read anything tonight. All I want is a clear answer to my question."

"I'll give it to you upstairs. I couldn't give it to you here. You won't have much to read."

CHAPTER XIII.

He left the room and started upstairs, with Basil Hallward close behind him. They walked in silence, the way men instinctively do at night. The lamp threw strange shadows across the wall and the staircase. The wind was rising, and it made some of the windowpanes rattle.

When they reached the landing, Dorian set the lamp on the floor and took out the key. As he turned it in the lock, he asked quietly, "Do you really insist on knowing, Basil?"

"Yes."

"I'm very glad," he replied with a smile. Then he added, more sharply, "You're the only man in the world who has the right to know everything about me. You've had more influence on my life than you realize." He picked up the lamp, opened the door, and went in. A rush of cold air passed between them, and the light flared for a moment into a dim orange flame. He shivered. "Close the door behind you," he whispered, setting the lamp on the table.

Hallward looked around in confusion. The room seemed as if no one had lived in it for years. A faded Flemish tapestry, a picture hidden behind a curtain, an old Italian cassone, and a nearly empty bookcase—that was all there seemed to be, besides a chair and a table. While Dorian Gray lit a half-burned candle on the mantelpiece, he saw that everything was covered with dust and that the carpet was full of holes. A mouse scurried behind the wood paneling. The air smelled damp and moldy.

"So you think only God can see the soul, Basil? Draw back that curtain, and you'll see mine."

The voice was cold and cruel. "You're mad, Dorian, or pretending to be," Hallward murmured, frowning.

—¿No vas a hacerlo? Entonces tendré que hacerlo yo mismo
—dijo el joven, y arrancó la cortina que cubría la barra y la tiró al suelo.

Al ver, en la penumbra, el rostro espantoso del lienzo sonriéndole con una mueca burlona, al pintor se le escapó una exclamación de horror. Había algo en aquella expresión que le producía asco y repulsión. ¡Dios mío! ¡Lo que estaba mirando era el propio rostro de Dorian Gray! Aquel horror, fuera lo que fuese, no había destruido del todo aquella belleza maravillosa. Aún quedaba algo de oro en el cabello, cada vez más escaso, y algo de escarlata en la boca sensual. Los ojos apagados todavía conservaban parte de la hermosura de su azul, y las nobles curvas no habían desaparecido por completo de las aletas esculpidas de la nariz ni del cuello modelado. Sí, era el propio Dorian. Pero ¿quién lo había hecho? Le pareció reconocer su propia pincelada, y el marco era diseño suyo. La idea era monstruosa y, aun así, sintió miedo. Tomó la vela encendida y la acercó al cuadro. En la esquina izquierda estaba su propio nombre, escrito en largas letras de un bermellón brillante.

Era una parodia repugnante, una sátira infame y rastrea. Él nunca había pintado algo así. Y, sin embargo, era su cuadro. Lo sabía, y sintió como si la sangre se le hubiera convertido de pronto, pasando del fuego a un hielo espeso y lento. ¡Su propio cuadro! ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué había cambiado? Se

volvió y miró a Dorian Gray con los ojos de un hombre enfermo. Le temblaban los labios, y su lengua reseca parecía incapaz de formar palabras. Se pasó la mano por la frente. La tenía húmeda, cubierta de un sudor frío y pegajoso.

El joven estaba apoyado en la repisa de la chimenea y lo miraba con esa expresión extraña que aparece en los rostros de quienes se dejan absorber por una obra cuando un gran artista está actuando. No había en ella ni verdadera tristeza ni verdadera alegría. Era, sencillamente, la pasión del espectador, con quizá un destello de triunfo en los ojos. Se había quitado la flor de la solapa y la olía, o fingía hacerlo.

—¿Qué significa esto? —exclamó Hallward por fin. Su propia voz le sonó aguda y extraña.

—Hace años, cuando yo era apenas un muchacho —dijo Dorian Gray, aplastando la flor en la mano—, me conociste, me llenaste de halagos y me enseñaste a sentirme orgulloso de mi apariencia. Un día me presentaste a un amigo tuyo que me habló del milagro de la juventud, y luego terminaste un retrato mío que me reveló el milagro de la belleza. En un momento de locura, que ni siquiera ahora sé si lamento o no, expresé un deseo; quizá tú lo llamarías una plegaria...

—¡Lo recuerdo! Claro que lo recuerdo. No, eso es imposible. La habitación está húmeda. El moho ha penetrado en el lienzo. Los colores que usé debían de tener algún maldito veneno mineral. Te digo que eso es imposible.

—Ah, ¿qué es imposible? —murmuró el joven, acercándose a la ventana y apoyando la frente en el cristal frío, empañado por la niebla.

—Me dijiste que lo habías destruido.

—Me equivocaba. Me ha destruido a mí.

—No creo que sea mi retrato.

—¿No ves en él tu ideal? —dijo Dorian con amargura.

—Mi ideal, como tú lo llamas...

—Como lo llamabas tú.

—No había nada malo en él, nada vergonzoso. Para mí eras un ideal como no volveré a encontrar otro jamás. Esa es la cara de un sátiro.

—Es la cara de mi alma.

—¡Cristo! ¿Qué habré adorado? Tiene los ojos de un demonio.

—Cada uno de nosotros lleva dentro el cielo y el infierno, Basil —exclamó Dorian con un gesto salvaje de desesperación.

Hallward volvió a mirar el retrato y se quedó contemplándolo.

—¡Dios mío! Si es verdad —exclamó—, y esto es lo que has hecho con tu vida, entonces debes de ser todavía peor de lo que imaginan quienes hablan mal de ti. Levantó otra vez la luz hacia el lienzo y lo examinó. La superficie parecía completamente intacta, tal como la había dejado. Al parecer, toda aquella inmundicia y todo aquel horror venían de dentro. Como si una extraña sacudida de vida interior lo hubiera animado, las lepras del pecado lo iban devorando poco a poco. Ni siquiera la putrefacción de un cadáver en una tumba de agua resultaba tan espantosa.

Le tembló la mano y la vela se le soltó del candelero. Cayó al suelo y quedó allí, chisporroteando. Él la aplastó con el pie y la apagó. Luego se dejó caer en la silla destartada junto a la mesa y se cubrió la cara con las manos.

«Dios santo, Dorian, qué lección. Qué lección tan terrible». No hubo respuesta, pero oía al joven sollozar junto a la ventana. «Reza, Dorian, reza», murmuró. «¿Qué nos enseñaban a decir cuando éramos niños? "No nos dejes caer en la tentación. Perdona nuestros pecados. Lava nuestras iniquidades". Digámoslo juntos. La oración de tu orgullo ha sido escuchada. La oración de tu arrepentimiento también lo será. Yo te adoré demasiado, y me castigan por eso. Tú te adoraste demasiado a ti mismo. A los dos nos castigan».

Dorian Gray se volvió despacio y lo miró con los ojos nublados por las lágrimas. «Ya es demasiado tarde, Basil», balbuceó.

«Nunca es demasiado tarde, Dorian. Arrodillémonos e intentemos recordar una oración. ¿No hay un versículo que dice algo como: "Aunque vuestros pecados sean como la escarlata, yo los volveré blancos como la nieve"?»

«Esas palabras ya no significan nada para mí».

«¡Calla! No digas eso. Ya has hecho bastante mal en tu vida. ¡Dios mío! ¿No ves cómo esa cosa maldita nos mira con esa mueca burlona?»

Dorian Gray miró el retrato y, de pronto, sintió un odio incontenible hacia Basil Hallward, como si la imagen del lienzo se lo hubiera puesto en el corazón, como si aquellos labios sonrientes se lo hubieran susurrado al oído. Dentro de él se

agitaron las pasiones salvajes de un animal acorralado, y odió al hombre sentado a la mesa más de lo que había odiado a nada en toda su vida. Fuera de sí, miró a su alrededor. Algo brilló sobre el arcón pintado que tenía enfrente. Sus ojos se fijaron en ello. Sabía lo que era. Era un cuchillo que había subido unos días antes para cortar un trozo de cuerda y que luego había olvidado bajar. Se acercó despacio, pasando junto a Hallward. En cuanto quedó detrás de él, lo agarró y se dio la vuelta. Hallward se movió en la silla, como si fuera a levantarse. Dorian se lanzó sobre él y le hundió el cuchillo en la gran vena que hay detrás de la oreja, aplastándole la cabeza contra la mesa y apuñalándolo una y otra vez.

Se oyó un gemido ahogado y el horrible sonido de alguien atragantándose con su propia sangre. Tres veces, los brazos extendidos se sacudieron en convulsiones, agitando en el aire unas manos grotescas y rígidas, con los dedos tiesos. Lo apuñaló dos veces más, pero el hombre ya no se movió. Algo empezó a gotear sobre el suelo. Esperó un momento, sin dejar de mantenerle la cabeza aplastada. Luego tiró el cuchillo sobre la mesa y se quedó escuchando.

No oía nada, salvo el goteo constante sobre la alfombra gastada. Abrió la puerta y salió al rellano. La casa estaba en un silencio absoluto. No había nadie. Durante unos segundos se quedó inclinado sobre la barandilla, mirando hacia abajo, al negro pozo de oscuridad agitada. Luego sacó la llave, volvió a entrar en la habitación y se encerró de nuevo.

La figura seguía sentada en la silla, desplomada sobre la mesa, con la cabeza caída, la espalda encorvada y aquellos largos

brazos extraños. Si no fuera por el desgarrón rojo e irregular del cuello y por el charco negro y espeso que se iba extendiendo lentamente sobre la mesa, cualquiera habría dicho que el hombre estaba simplemente dormido.

¡Qué rápido había pasado todo! Se sentía extrañamente sereno y, al acercarse a la ventana, la abrió y salió al balcón. El viento había barrido la niebla, y el cielo parecía la enorme cola de un pavo real, salpicada de miríadas de ojos dorados. Miró hacia abajo y vio al policía haciendo su ronda, proyectando el largo haz de su linterna sobre las puertas de las casas silenciosas. La mancha carmesí de un hansom que rondaba brilló en la esquina y luego desapareció. Una mujer envuelta en un chal que se agitaba avanzaba despacio junto a la verja, tambaleándose al caminar. De vez en cuando se detenía y miraba hacia atrás. En una ocasión, se puso a cantar con voz ronca. El policía se acercó con calma y le dijo algo. Ella se alejó trastabillando, entre risas. Una ráfaga helada cruzó la plaza. Las farolas de gas titilaron y se volvieron azules, y los árboles sin hojas agitaron de un lado a otro sus negras ramas de hierro. Él se estremeció y volvió a entrar, cerrando la ventana tras de sí.

Cuando llegó a la puerta, giró la llave y la abrió. Ni siquiera miró al hombre asesinado. Sentía que el secreto de todo aquello estaba en no afrontar del todo lo que había pasado. El amigo que había pintado el retrato fatal del que había nacido toda su desgracia había desaparecido de su vida. Con eso bastaba.

Entonces se acordó de la lámpara. Era una pieza bastante extraña, de estilo morisco, hecha de plata mate, con arabescos de acero bruñido incrustados y adornada con turquesas toscas.

Tal vez su criado notara que faltaba y empezara a hacer preguntas. Dudó un momento; luego se volvió y la tomó de la mesa. No pudo evitar mirar el cadáver. Qué inmóvil estaba. Qué espantosamente blancas parecían aquellas manos largas. Era como una horrible figura de cera.

Después de cerrar la puerta con llave a su espalda, bajó las escaleras en silencio. La madera crujía y parecía quejarse, como si sintiera dolor. Se detuvo varias veces y escuchó. No: todo seguía en silencio. No era más que el ruido de sus propios pasos.

Al llegar a la biblioteca, vio la bolsa y el abrigo en un rincón. Tenía que esconderlos en alguna parte. Abrió un armario secreto empotrado en la madera del revestimiento, donde guardaba sus propios disfraces extraños, y los metió allí. Más tarde podría quemarlos sin dificultad. Luego sacó el reloj. Eran las dos menos veinte.

Se sentó y se puso a pensar. Cada año —casi cada mes— colgaban en Inglaterra a hombres por lo que él había hecho. Había una locura asesina en el ambiente. Alguna estrella roja se había acercado demasiado a la tierra... Y aun así, ¿qué pruebas había contra él? Basil Hallward había salido de la casa a las once. Nadie lo había visto entrar de nuevo. La mayoría de los criados estaban en Selby Royal. Su ayuda de cámara ya se había acostado... ¡París! Sí. Basil se había ido a París en el tren de medianoche, tal como pensaba hacer. Con sus extrañas costumbres reservadas, pasarían meses antes de que surgiera la menor sospecha. ¡Meses! Mucho antes de eso, todo podría quedar destruido.

De pronto se le ocurrió una idea. Se puso el abrigo de piel y el sombrero, y salió al vestíbulo. Allí se detuvo, escuchando el paso lento y pesado del policía sobre la acera de enfrente y viendo el destello de la linterna reflejado en la ventana. Esperó, conteniendo la respiración.

Unos momentos después descorrió el pestillo y se deslizó hacia fuera, cerrando la puerta con muchísimo cuidado tras de sí. Luego empezó a tocar el timbre. Unos cinco minutos más tarde apareció su ayuda de cámara, medio vestido y muerto de sueño.

—Siento haberte despertado, Francis —dijo al entrar—, pero me había olvidado la llave. ¿Qué hora es?

—Las dos y diez, señor —contestó el hombre, mirando el reloj y parpadeando.

—¿Las dos y diez? ¡Qué tarde es! Mañana tienes que despertarme a las nueve. Tengo trabajo que hacer.

—Muy bien, señor.

—¿Ha venido alguien esta noche?

—El señor Hallward, señor. Se quedó aquí hasta las once y luego se fue para tomar su tren.

—¡Ah! Lamento no haberlo visto. ¿Dejó algún recado?

—No, señor, salvo que le escribiría desde París si no lo encontraba en el club.

—Eso es todo, Francis. No olvides despertarme mañana a las nueve.

—No, señor.

El hombre se alejó por el pasillo, arrastrando las zapatillas.

Dorian Gray dejó el sombrero y el abrigo sobre la mesa y entró en la biblioteca. Durante un cuarto de hora estuvo yendo de un lado a otro por la habitación, mordiéndose el labio y pensando. Luego sacó el Blue Book de uno de los estantes y empezó a hojearlo. «Alan Campbell, 152, Hertford Street, Mayfair». Sí; era el hombre que estaba buscando.

CAPÍTULO XIV.

A las nueve de la mañana siguiente, su criado entró con una taza de chocolate en una bandeja y abrió las contraventanas. Dorian dormía profundamente, acostado sobre el lado derecho, con una mano bajo la mejilla. Parecía un muchacho agotado después de jugar o de estudiar.

El sirviente tuvo que tocarle el hombro dos veces antes de que despertara, y cuando abrió los ojos, una leve sonrisa le pasó por los labios, como si hubiera estado perdido en un sueño delicioso. Sin embargo, no había soñado en absoluto. La noche había pasado sin imágenes de placer ni de dolor. Pero la juventud sonríe sin razón. Ese es uno de sus mayores encantos.

Se volvió y, apoyándose en un codo, empezó a beber su chocolate a pequeños sorbos. La suave luz del sol de noviembre entraba a raudales en la habitación. El cielo estaba despejado y en el aire se sentía un calor agradable. Casi parecía una mañana de mayo.

Little by little, the events of the night before crept back into his mind on silent, bloodstained feet, rebuilding themselves there with terrifying clarity. He shuddered as he remembered everything he had gone through, and for a moment that strange hatred of Basil Hallward came over him again—the hatred that had driven him to kill him as he sat in the chair. He went cold with passion. The dead man was still sitting there, now in the sunlight. It was horrible. Things that dreadful belonged to the dark, not to the day.

He felt that if he stayed brooding over what had happened, he would end up sick or mad. There are sins whose spell lies more in remembering them than in committing them—strange triumphs that flatter pride more than passion, and give the mind a sharper thrill than any pleasure the senses have ever given, or ever could give. But this was not one of them. This was something that had to be driven out of the mind, drugged with poppies, strangled before it could strangle him.

When the half-hour struck, he ran a hand across his forehead and then got up quickly to dress, taking even more care than usual. He spent a long time choosing his tie and tie-pin, and changed his rings more than once. He lingered over breakfast too. He sampled the different dishes, spoke to his valet about some new uniforms he was thinking of ordering for the Selby servants, and went through his letters. Some of them made him smile. Three bored him. One he read several times, then tore up with a faint look of annoyance on his face. "How terrible a thing a woman's memory is," as Lord Henry had once said.

After drinking his cup of black coffee, he slowly wiped his lips with the napkin, signaled to his servant to wait, and then went over to the table, sat down, and wrote two letters. He put one in his pocket and handed the other to the valet.

"Take this to 152 Hertford Street, Francis, and if Mr. Campbell is out of town, find out his address."

En cuanto se quedó solo, encendió un cigarrillo y empezó a hacer bocetos en una hoja de papel. Primero dibujó flores y detalles arquitectónicos; después, rostros humanos. De pronto se dio cuenta de que todas las caras que trazaba se parecían de

una manera extraña a Basil Hallward. Frunció el ceño y, poniéndose en pie, fue hasta la estantería y sacó un libro al azar. Estaba decidido a no pensar en lo ocurrido hasta que fuera absolutamente necesario.

Cuando se recostó en el sofá, miró la cubierta del libro. Era «Émaux et Camées», de Gautier, en la edición de papel japonés de Charpentier, con el aguafuerte de Jacquemart. La encuadernación era de cuero verde limón, con un dibujo de enrejado dorado y granadas punteadas. Se lo había regalado Adrian Singleton. Mientras pasaba las páginas, su mirada se detuvo en el poema sobre la mano de Lacenaire, la mano amarilla y fría, «du supplie encore mal lavée», con sus vellos rojizos y sus «doigts de faune». Miró sus propios dedos, blancos y finos, y se estremeció levemente, pese a sí mismo. Luego siguió leyendo hasta llegar a aquellas hermosas estrofas sobre Venecia:

Sobre una gama de colores, la Venus del Adriático, con el pecho perlado y aún goteando, surge del agua con su cuerpo rosado y blanco. Las cúpulas, sobre el azul de las olas y siguiendo la línea de un contorno puro, se alzan como pechos redondos levantados por un suspiro de amor. La barca llega y me deja, atada al pilar, ante una fachada rosa, sobre el mármol de una escalera.

¡Qué exquisitos eran! Al leerlos, parecía que uno se deslizaba por los canales verdes de la ciudad rosa y nacarada, sentado en una góndola negra con proa de plata y cortinajes flotantes. Solo esos versos ya le recordaban aquellas franjas rectas de azul turquesa que te acompañan cuando sales hacia el Lido. Los

destellos repentinos de color le hacían pensar en el brillo de las aves de garganta de ópalo e iris que revolotean alrededor del alto Campanile alveolado, o que avanzan, con una elegancia tan majestuosa, bajo las arcadas sombrías y cubiertas de polvo. Recostado, con los ojos medio cerrados, siguió repitiéndose una y otra vez:

«Ante una fachada rosa, sobre el mármol de una escalera.»

All of Venice seemed to be contained in those two lines. He remembered the autumn he had spent there, and a wonderful love affair that had driven him into delightful madness. Romance was everywhere. But Venice, like Oxford, had preserved the setting for romance, and for the true romantic, the setting was everything, or almost everything. Basil had been with him for part of the time and had become wildly enthusiastic about Tintoretto. Poor Basil. What a horrible death for a man.

He sighed, picked up the book again, and tried to forget everything. He read about the swallows flying in and out of the little café in Smyrna, where the hadjis sat fingering their amber beads and the turbaned merchants smoked their long tasseled pipes as they spoke gravely to one another. He read about the Obelisk in the Place de la Concorde, shedding granite tears in its lonely, sunless exile and longing to return to the warm, lotus-covered Nile, where there were sphinxes, rose-red ibises, white vultures with golden claws, and crocodiles with small beryl eyes crawling over the green, steaming mud. He lingered over those lines that draw music from marble stained with kisses, lines about that strange statue Gautier compares to a contralto voice, the "monstre charmant" resting in the porphyry

chamber of the Louvre. But after a while the book slipped from his hand. He grew nervous, and a terrible wave of fear came over him. What if Alan Campbell was out of England? It would be days before he could return. Perhaps he would refuse to come. What could he do then? Every moment mattered.

Five years earlier they had been close friends, almost inseparable, in fact. Then that intimacy had suddenly come to an end. Now, whenever they met in society, only Dorian Gray smiled; Alan Campbell never did.

Era un joven excepcionalmente inteligente, aunque no sentía un verdadero interés por las artes visuales, y el poco sentido de la belleza poética que tenía lo había aprendido por completo de Dorian. Su gran pasión intelectual era la ciencia. En Cambridge había pasado gran parte de su tiempo trabajando en el laboratorio y había obtenido una buena nota en el examen de Ciencias Naturales de su promoción. De hecho, seguía dedicado al estudio de la química y tenía su propio laboratorio, donde solía encerrarse durante todo el día, para gran irritación de su madre. Ella soñaba con verlo entrar en el Parlamento y tenía la vaga idea de que un químico era alguien que preparaba recetas. Sin embargo, también era un músico excelente y tocaba tanto el violín como el piano mejor que la mayoría de los aficionados. En realidad, fue la música lo que unió por primera vez a Dorian Gray con él: la música, y también ese atractivo indefinible que Dorian parecía capaz de ejercer siempre que quería y que, de hecho, a menudo ejercía sin darse cuenta. Se conocieron en casa de lady Berkshire la noche en que Rubinstein tocó allí, y desde entonces se los veía siempre juntos en la ópera y en cualquier lugar donde hubiera buena música.

Su estrecha amistad duró dieciocho meses. Campbell estaba siempre o en Selby Royal o en Grosvenor Square. Para él, como para tantos otros, Dorian Gray representaba todo lo maravilloso y fascinante de la vida. Nadie supo nunca si había habido una pelea entre ellos. Pero, de pronto, la gente empezó a notar que apenas se hablaban cuando coincidían y que Campbell parecía irse siempre temprano de cualquier fiesta en la que estuviera Dorian Gray. Él también había cambiado. A veces estaba extrañamente melancólico; casi parecía que le molestaba oír música y nunca tocaba, alegando como excusa, cuando se lo pedían, que estaba tan absorbido por la ciencia que ya no le quedaba tiempo para practicar. Y eso era, desde luego, cierto. Cada día parecía interesarse más por la biología, y su nombre apareció una o dos veces en algunas revistas científicas en relación con ciertos experimentos curiosos.

A ese hombre era a quien Dorian Gray estaba esperando. No dejaba de mirar el reloj. A medida que pasaban los minutos, se ponía terriblemente nervioso. Por fin se levantó y empezó a pasearse por la habitación de un lado a otro, con el aire de una hermosa criatura enjaulada. Caminaba con pasos largos y silenciosos. Tenía las manos extrañamente frías.

La tensión se volvió insoportable. Sentía que el tiempo avanzaba con una lentitud aplastante, mientras unos vientos monstruosos lo empujaban hacia el borde dentado de una grieta negra abierta en un precipicio. Sabía lo que lo esperaba allí; en realidad, lo veía. Temblando, se apretó los párpados ardientes con las manos húmedas, como si quisiera arrancar la visión de su propio cerebro y hundirse los ojos de nuevo en las órbitas. Pero era inútil. El cerebro se alimentaba por sí solo, y la

imaginación, deformada por el terror, se retorció y se desfiguraba como un ser vivo bajo el dolor. Bailaba como una marioneta inmundada sobre un escenario y sonreía a través de máscaras cambiantes. Entonces, de pronto, para él el tiempo se detuvo. Sí: aquella cosa ciega, de respiración lenta, dejó de arrastrarse, y los pensamientos horribles, una vez muerto el tiempo, echaron a correr con agilidad por delante. Arrancaron un futuro espantoso de su tumba y se lo mostraron. Él se quedó mirándolo. El horror mismo lo dejó petrificado.

Por fin se abrió la puerta y entró su criado. Él volvió hacia él unos ojos apagados y vidriosos.

—El señor Campbell, señor —anunció el criado.

Un suspiro de alivio se escapó de sus labios resecaos, y el color regresó a sus mejillas.

—Hazlo pasar enseguida, Francis. —Sintió que volvía a ser él mismo. Su momento de cobardía había quedado atrás.

El criado hizo una reverencia y se retiró. Pocos instantes después entró Alan Campbell, con una expresión muy severa y bastante pálido; su palidez resaltaba aún más por el negro intenso de su cabello y sus cejas oscuras.

—¡Alan! Qué amable de tu parte. Te agradezco mucho que hayas venido.

—Pensaba no volver a poner un pie en tu casa, Gray. Pero dijiste que era una cuestión de vida o muerte. —Su voz era dura y fría. Hablaba despacio, con toda intención. En la mirada fija y penetrante que dirigió a Dorian había un desprecio evidente. Llevaba las manos en los bolsillos de su abrigo de astracán y

parecía no haber notado siquiera el gesto con que lo habían recibido.

—Sí: es una cuestión de vida o muerte, Alan, y para más de una persona. Siéntate.

Campbell tomó una silla junto a la mesa, y Dorian se sentó frente a él. Sus miradas se encontraron. En la de Dorian había una compasión infinita. Sabía que lo que iba a hacer era espantoso.

Tras un momento de silencio cargado de tensión, se inclinó hacia él y dijo en voz muy baja, mientras observaba cómo cada palabra se reflejaba en el rostro del hombre al que había hecho venir: «Alan, en una habitación cerrada con llave, en la parte más alta de esta casa, una habitación a la que nadie salvo yo puede entrar, hay un hombre muerto sentado a una mesa. Lleva muerto diez horas. No te muevas, y no me mires así. Quién es ese hombre, por qué murió y cómo murió no es asunto tuyo. Lo que tienes que hacer es esto...»

«Basta, Gray. No quiero oír nada más. Me da igual que lo que me has contado sea cierto o falso. Me niego por completo a verme arrastrado a tu vida. Quédate tus espantosos secretos. Ya no me importan en absoluto.»

«Alan, van a importarte. Este asunto tiene que importarte. Lo siento muchísimo por ti, Alan, pero no puedo hacer otra cosa. Eres el único hombre que puede salvarme. Me veo obligado a meterte en esto. No tengo elección. Alan, eres un hombre de ciencia. Sabes de química y de esas cosas. Has hecho experimentos. Lo que tienes que hacer es destruir lo que está arriba, destruirlo de manera que no quede el menor rastro.

Nadie vio entrar a esta persona en la casa. De hecho, ahora mismo se supone que está en París. Nadie notará su ausencia durante meses. Y cuando la noten, no debe quedar aquí ninguna señal de él. Tú, Alan, tienes que convertirlo a él, y todo lo que le pertenece, en un puñado de cenizas que yo pueda esparcir al aire.»

«Estás loco, Dorian.»

«Ah, estaba esperando que me llamaras Dorian.»

«Te digo que estás loco. Loco por imaginar que movería un dedo para ayudarte, y loco por hacer esta confesión monstruosa. No voy a tener nada que ver con este asunto, sea lo que sea. ¿De verdad crees que voy a poner en riesgo mi reputación por ti? ¿Qué me importa a mí en qué obra del diablo andas metido?»

«Fue un suicidio, Alan.»

«Me alegra oírlo. Pero ¿quién lo empujó a hacerlo? Supongo que tú.»

«Entonces, ¿sigues negándote a hacer esto por mí?»

—Claro que me niego. No quiero tener absolutamente nada que ver con esto. Me da igual la vergüenza que caiga sobre ti. La mereces por completo. No me daría ninguna pena verte deshonorado, deshonorado delante de todos. ¿Cómo te atreves a pedirme a mí, entre todos los hombres del mundo, que me involucre en este horror? Habría pensado que sabías más sobre el carácter de la gente. Tu amigo Lord Henry Wotton no debe de haberte enseñado mucho de psicología, al menos no de verdad. Nada me hará mover un dedo para ayudarte. Has venido a la

persona equivocada. Ve a buscar a alguno de tus amigos. A mí no vuelvas.

—Alan, fue un asesinato. Lo maté. No sabes cuánto me había hecho sufrir. Sea lo que sea mi vida, él ha tenido más que ver en hacerla o en arruinarla que el pobre Harry. Puede que no fuera su intención, pero el resultado fue el mismo.

—¡Asesinato! Dios mío, Dorian, ¿has llegado hasta eso? No voy a denunciarte. No es asunto mío. Además, aunque yo no intervenga, seguro que te detendrán. Nadie comete un crimen sin hacer alguna tontería. Pero no quiero tener nada que ver con esto.

—Tienes que involucrarte. Espera, espera un momento; escúchame. Solo escúchame, Alan. Lo único que te pido es que hagas cierto experimento científico. Vas a hospitales y a depósitos de cadáveres, y los horrores que ves allí no te afectan. Si en una espantosa sala de disección o en un laboratorio pestilente encontraras a este hombre tendido sobre una mesa de plomo, con canales rojos tallados para que la sangre corriera por ellos, lo mirarías simplemente como un sujeto admirable. No te inmutarías. No pensarías que estuvieras haciendo nada malo. Al contrario, probablemente sentirías que estabas beneficiando a la raza humana, aumentando la suma de conocimiento en el mundo, o satisfaciendo la curiosidad intelectual, o algo por el estilo. Lo que quiero que hagas no es más que algo que ya has hecho muchas veces. De hecho, destruir un cuerpo tiene que ser mucho menos horrible que aquello con lo que sueles trabajar. Y recuerda: es la única prueba que hay contra mí. Si lo descubren, estoy perdido; y sin

duda lo descubrirán si no me ayudas.

—No tengo ningún deseo de ayudarte. Eso se te olvida. Sencillamente, todo esto me es indiferente. No tiene nada que ver conmigo.

—Alan, te lo suplico. Piensa en la situación en la que estoy. Justo antes de que llegaras, casi me desmayé de terror. Puede que algún día tú también sepas lo que es sentir terror. ¡No! No pienses en eso. Mira este asunto solo desde un punto de vista científico. No preguntas de dónde vienen los cadáveres con los que haces tus experimentos. No lo preguntes ahora. Ya te he contado demasiado. Pero te ruego que hagas esto. Hubo un tiempo en que fuimos amigos, Alan.

—No hables de aquellos días, Dorian; están muertos.

—A veces los muertos permanecen. El hombre de arriba no quiere irse. Está sentado a la mesa, con la cabeza inclinada y los brazos extendidos. ¡Alan! ¡Alan! Si no vienes a ayudarme, estoy perdido. Me ahorcarán, Alan. ¿No lo entiendes? Me ahorcarán por lo que he hecho.

—No tiene sentido alargar esta escena. Me niego por completo a hacer nada al respecto. Es una locura que me lo pidas.

—¿Te niegas?

—Sí.

—Te lo suplico, Alan.

—Es inútil.

La misma expresión de compasión volvió a los ojos de Dorian Gray. Entonces extendió la mano, tomó una hoja de papel y escribió algo en ella. Lo leyó dos veces, lo dobló con cuidado y lo deslizó al otro lado de la mesa. Después se levantó y fue hasta la ventana.

Campbell lo miró con sorpresa; luego tomó el papel y lo abrió. A medida que lo leía, el rostro se le fue quedando de una palidez espantosa, y se dejó caer hacia atrás en la silla. Lo invadió una náusea horrible. Sentía como si el corazón le golpeará hasta morir dentro de una cavidad vacía.

Después de dos o tres minutos de un silencio terrible, Dorian se volvió, se acercó y se quedó de pie detrás de él, con una mano apoyada en su hombro.

—Lo siento mucho por ti, Alan —murmuró—, pero no me dejas otra salida. Ya tengo una carta escrita. Aquí la tienes. Ves la dirección. Si no me ayudas, tendré que enviarla. Si no me ayudas, la enviaré. Sabes cuál será el resultado. Pero vas a ayudarme. Ahora ya te es imposible negarte. Intenté evitártelo. Al menos tendrás que reconocerme eso. Fuiste severo, duro, ofensivo. Me trataste como ningún hombre se ha atrevido jamás a tratarme; ningún hombre vivo, al menos. Lo soporté todo. Ahora me toca a mí poner las condiciones.

Campbell covered his face with his hands, and a shudder ran through him.

"Yes, now it's my turn to set the terms, Alan. You know what they are. It's very simple. Come, don't be like this. It has to be done. Face it and do it."

A moan escaped Campbell's lips, and he trembled from head to foot. The ticking of the clock on the mantel seemed to split time into separate atoms of agony, each one too terrible to bear. He felt as though an iron band were slowly tightening around his forehead, as if the disgrace they threatened him with had already fallen on him. The hand resting on his shoulder felt as heavy as lead. It was unbearable. It seemed to crush him.

"Come, Alan, you have to decide at once."

"I can't do it," he said mechanically, as though the words might change things.

"You have to. You have no choice. Don't put it off."

He hesitated for a moment. "Is there a fire in the room upstairs?"

"Yes, there's a gas stove lined with asbestos."

"I'll have to go home and get some things from my laboratory."

"No, Alan, you mustn't leave the house. Write down what you need, and my servant will take a cab and bring the things back for you."

Campbell scribbled a few lines, blotted them, and wrote his assistant's name on an envelope. Dorian took the note and read it carefully. Then he rang the bell and handed it to his valet, telling him to return as quickly as possible and bring back what was requested.

When the front door closed, Campbell gave a nervous start and rose from his chair to go over to the fireplace. He was shaking as if he had a fever. For nearly twenty minutes, neither man spoke. A fly buzzed loudly around the room, and the ticking of

the clock sounded like hammer blows.

When the clock struck one, Campbell turned and looked at Dorian Gray. He saw that his eyes were full of tears. There was something in the purity and refinement of that sad face that seemed to enrage him. "You are vile—utterly vile," he murmured.

"Be quiet, Alan. You've saved my life," said Dorian.

«¿Tu vida? ¡Dios santo! Vaya vida. Has ido cayendo de una corrupción a otra y ahora has terminado en el crimen. Al hacer lo que voy a hacer —lo que me obligas a hacer—, no estoy pensando en tu vida.»

«Ah, Alan», murmuró Dorian con un suspiro, «ojalá sintieras por mí siquiera una milésima parte de la compasión que yo siento por ti.» Al decirlo, se volvió y se quedó mirando el jardín. Campbell no contestó.

Unos diez minutos después llamaron a la puerta. Entró el criado con un gran arcón de caoba lleno de productos químicos, una larga bobina de alambre de acero y platino, y dos abrazaderas de hierro de forma bastante extraña.

«¿Quiere que deje estas cosas aquí, señor?», le preguntó a Campbell.

«Sí», dijo Dorian. «Y me temo, Francis, que tengo otro recado para ti. ¿Cómo se llama el hombre de Richmond que le suministra orquídeas a Selby?»

«Harden, señor.»

«Sí, Harden. Tienes que ir ahora mismo a Richmond, ver a Harden en persona y decirle que envíe el doble de orquídeas de las que pedí, y que incluya la menor cantidad posible de blancas. En realidad, no quiero ninguna blanca. Hace un día precioso, Francis, y Richmond es un lugar muy bonito; si no fuera así, no te molestaría con esto.»

«No es ninguna molestia, señor. ¿A qué hora quiere que vuelva?»

Dorian miró a Campbell. «¿Cuánto tardará tu experimento, Alan?», preguntó con una voz tranquila e indiferente. La presencia de una tercera persona en la habitación parecía darle un valor extraordinario.

Campbell frunció el ceño y se mordió el labio. «Tardará unas cinco horas», respondió.

«Entonces bastará con que vuelvas a las siete y media, Francis. O mejor aún: déjame la ropa preparada para vestirme. Puedes tomarte la tarde libre. No ceno en casa, así que no te necesitaré.»

«Gracias, señor», dijo el hombre mientras salía de la habitación.

«Ahora, Alan, no hay un momento que perder. ¡Qué pesado es este arcón! Yo lo llevaré. Tú trae las otras cosas.» Hablaba deprisa y en un tono autoritario. Campbell se sintió sometido por él. Salieron juntos de la habitación.

Cuando llegaron al descansillo de arriba, Dorian sacó la llave y la giró en la cerradura. Entonces se detuvo, y en sus ojos apareció una expresión de inquietud. Se estremeció. «No creo que pueda entrar, Alan», murmuró.

«Eso me da igual. No te necesito», dijo Campbell con frialdad.

Dorian entreabrió la puerta. Al hacerlo, vio el rostro de su retrato, burlón bajo la luz del sol. En el suelo, delante de él, estaba la cortina rasgada. Recordó que la noche anterior había olvidado, por primera vez en su vida, cubrir aquel lienzo fatal, y estuvo a punto de lanzarse hacia delante, pero retrocedió con un escalofrío.

¿Qué era aquel repugnante rocío rojo que brillaba, húmedo y reluciente, en una de las manos, como si el lienzo hubiera sudado sangre? ¡Qué horror! Por un instante le pareció aún más espantoso que la cosa silenciosa que sabía tendida sobre la mesa, esa cosa cuya sombra grotesca y deforme sobre la alfombra manchada le mostraba que no se había movido, sino que seguía allí, tal como él la había dejado.

Respiró hondo, abrió un poco más la puerta y entró deprisa, con los ojos entornados y la cabeza vuelta, decidido a no mirar ni una sola vez al hombre muerto. Luego se agachó, recogió el tapiz dorado y púrpura y lo echó por completo sobre el cuadro.

Allí se detuvo, con miedo de darse la vuelta, y se quedó mirando fijamente los intrincados dibujos que tenía delante. Oyó a Campbell entrar con el pesado arcón, los hierros y las demás cosas que había pedido para su espantoso trabajo. Empezó a preguntarse si él y Basil Hallward se habían conocido alguna vez y, de ser así, qué habrían pensado el uno del otro.

«Déjame ahora», dijo una voz severa a su espalda.

Se volvió y salió apresuradamente, apenas consciente de que habían vuelto a echar al muerto sobre la silla y de que Campbell

estaba mirando un rostro amarillo y reluciente. Mientras bajaba las escaleras, oyó girar la llave en la cerradura.

Campbell no volvió a la biblioteca hasta bastante después de las siete. Estaba pálido, pero completamente sereno. «He hecho lo que me pediste», murmuró. «Y ahora, adiós. Procuremos no volver a vernos nunca.»

«Me has salvado de la ruina, Alan. No lo olvidaré», dijo Dorian con sencillez.

En cuanto Campbell se fue, subió al piso de arriba. En la habitación había un olor espantoso a ácido nítrico. Pero la cosa que había estado sentada a la mesa había desaparecido.

CAPÍTULO XV.

Aquella noche, a las ocho y media, impecablemente vestido y con un gran ojal de violetas de Parma, Dorian Gray fue acompañado al salón de Lady Narborough por unos criados que se inclinaron con ceremonia. Le palpitaba la frente por la tensión nerviosa y se sentía en un estado de excitación casi febril. Pero, cuando se inclinó sobre la mano de su anfitriona, su porte seguía siendo tan natural y elegante como siempre. Quizá uno nunca parece tan dueño de sí mismo como cuando está interpretando un papel. Desde luego, nadie que hubiera visto a Dorian Gray aquella noche habría creído que acababa de pasar por una tragedia tan espantosa como cualquiera de las de su tiempo. Aquellos dedos de forma tan perfecta no podían haber empuñado un cuchillo para pecar, ni aquellos labios sonrientes haber clamado contra Dios y la bondad. Ni siquiera él podía dejar de asombrarse ante la calma de su comportamiento y, por un instante, sintió con intensidad el terrible placer de llevar una doble vida.

Era una reunión pequeña, organizada con bastante prisa por Lady Narborough, una mujer muy inteligente en la que, según decía Lord Henry, aún quedaban rastros de una fealdad verdaderamente notable. Había sido una esposa excelente para uno de nuestros embajadores más aburridos y, después de enterrar como correspondía a su marido en un mausoleo de mármol diseñado por ella misma y de casar a sus hijas con hombres ricos y ya algo mayores, se entregaba ahora a los placeres de la novela francesa, la cocina francesa y el esprit francés, cuando lograba encontrarlo.

Dorian era uno de sus favoritos, y ella siempre le decía que se alegraba muchísimo de no haberlo conocido en su juventud. «Lo sé, querido: me habría enamorado locamente de ti —solía decirle— y habría hecho cualquier locura por tu causa. Menos mal que por entonces ni siquiera habías aparecido en mi horizonte. Además, nuestros sombreros nos quedaban fatal, y los molinos estaban tan ocupados intentando levantar viento que yo no llegué ni a coquetear con nadie. En cualquier caso, toda la culpa fue de Narborough. Era terriblemente corto de vista, y no tiene ninguna gracia engañar a un marido que nunca ve nada.»

Los invitados de aquella noche eran bastante aburridos. Según le explicó a Dorian, escondiéndose detrás de un abanico bastante raído, una de sus hijas casadas había llegado de repente para quedarse con ella y, para empeorar las cosas, se había traído al marido. «Me parece una falta de consideración tremenda, querido», susurró. «Por supuesto, yo paso todos los veranos con ellos cuando vuelvo de Homburg, pero una mujer mayor como yo necesita aire fresco de vez en cuando y, además, la verdad es que les despierto un poco. No te imaginas la vida que llevan allí. Es campo en estado puro. Se levantan temprano, porque tienen mucho que hacer, y se acuestan temprano, porque tienen muy poco en qué pensar. No ha habido un escándalo en toda la comarca desde tiempos de la reina Isabel y, por eso, todos se quedan dormidos después de cenar. No te sentarás al lado de ninguno de los dos. Te sentarás a mi lado y me entretendrás.»

Dorian murmuró un cumplido elegante y dejó que la mirada recorriera la sala. Sí, sin duda era una reunión aburridísima. A

dos de los presentes no los había visto nunca, y los demás eran Ernest Harrowden, una de esas mediocridades de mediana edad tan comunes en los clubes de Londres, hombres sin enemigos pero profundamente antipáticos incluso para sus amigos; lady Ruxton, una mujer de cuarenta y siete años, excesiva al vestir, de nariz aguileña, que siempre intentaba verse envuelta en algún escándalo, pero era tan extraordinariamente poco agraciada que, para su gran decepción, nadie creía jamás nada sobre ella; la señora Erlynne, una don nadie ambiciosa, con un delicioso ceceo y el pelo rojo veneciano; lady Alice Chapman, la hija de su anfitriona, una muchacha insulsa y desaliñada, con uno de esos rostros tan típicamente británicos que, una vez vistos, nunca se recuerdan; y su marido, una criatura de mejillas coloradas y patillas blancas que, como tantos de su clase, estaba convencido de que una jovialidad exagerada podía compensar una absoluta falta de ideas.

Empezaba a arrepentirse de haber ido, hasta que lady Narborough, al mirar el gran reloj de bronce dorado que se extendía en curvas llamativas sobre la repisa de la chimenea, cubierta con paños malva, exclamó: «¡Qué horror que Henry Wotton llegue tan tarde! Le mandé un recado esta mañana, por probar suerte, y me prometió formalmente que no me fallaría.»

Le tranquilizó un poco saber que Harry estaría allí y, cuando se abrió la puerta y oyó su voz lenta y musical, dando cierto encanto a una disculpa poco sincera, dejó de sentirse aburrido.

Pero durante la cena no pudo comer nada. Plato tras plato volvía intacto. Lady Narborough no paraba de regañarlo por lo

que llamaba «un insulto al pobre Adolphe, que ha preparado el menú especialmente para usted», y de vez en cuando Lord Henry lo miraba de reojo, sorprendido por su silencio y su aire ausente. De vez en cuando el mayordomo le llenaba la copa de champán. Él bebía con ansia, y cuanto más bebía, más sed parecía tener.

—Dorian —dijo por fin Lord Henry, mientras servían el chaud-froid—, ¿qué te pasa esta noche? No te encuentras nada bien.

—Creo que está enamorado —exclamó Lady Narborough—, y que no se atreve a decírmelo por miedo a que me ponga celosa. Hace muy bien. Desde luego, yo lo estaría.

—Querida Lady Narborough —murmuró Dorian con una sonrisa—, hace ya una semana entera que no me enamoro; de hecho, no me pasa desde que Madame de Ferrol se fue de la ciudad.

—¿Cómo podéis los hombres enamoraros de esa mujer? —exclamó la anciana—. De verdad, no lo entiendo.

—Simplemente porque se acuerda de usted cuando era una niña, Lady Narborough —dijo Lord Henry—. Es el único lazo que nos une con sus vestiditos cortos.

—No se acuerda en absoluto de mis vestiditos cortos, Lord Henry. Pero yo sí la recuerdo muy bien en Viena, hace treinta años, y lo escotada que iba entonces.

—Sigue yendo muy escotada —respondió él, tomando una aceituna con sus largos dedos—; y cuando lleva un vestido muy elegante, parece una edición de lujo de una mala novela

francesa. Es realmente maravillosa y está llena de sorpresas. Su capacidad para el afecto familiar es extraordinaria. Cuando murió su tercer marido, el pelo se le volvió completamente dorado de pena.

—¡Cómo puedes decir eso, Harry! —exclamó Dorian.

—Es una explicación de lo más romántica —se rio la anfitriona—. Pero su tercer marido, Lord Henry... No querrá decir que Ferrol es el cuarto, ¿verdad?

—Exactamente, Lady Narborough.

—No me creo ni una palabra.

—Entonces pregúnteselo al señor Gray. Es uno de sus amigos más íntimos.

—Is that true, Mr. Gray?

—That is exactly what she tells me, Lady Narborough —said Dorian—. I asked her whether, like Margaret of Navarre, she had embalmed her hearts and wore them hanging from her belt. She said no, because not one of them had had a heart at all.

—Four husbands! Upon my word, that is trop de zêle.

—Trop d'audace, I would say —said Dorian.

—Oh, my dear, she is bold enough for anything. And what is Ferrol like? I do not know him.

—The husbands of very beautiful women belong to the criminal classes —said Lord Henry, taking a sip of wine.

Lady Narborough tapped him lightly with her fan. —Lord Henry, I am not at all surprised that the world says you are extremely wicked.

—But what world says that? —asked Lord Henry, raising his eyebrows—. It can only be the next world. This world and I get on wonderfully.

—Everyone I know says you are very wicked —cried the old lady, shaking her head.

Lord Henry looked serious for a moment. —It is absolutely monstrous —he said at last— the way people go about nowadays saying behind one's back things that are completely and entirely true.

—Is he not incorrigible? —cried Dorian, leaning forward in his chair.

—I certainly hope so —said his hostess, laughing—. But really, if all of you are going to worship Madame de Ferrol in this absurd way, I shall have to marry again just to keep up with the fashion.

—You will never marry again, Lady Narborough —put in Lord Henry—. You were too happy. When a woman marries a second time, it is because she hated her first husband. When a man marries again, it is because he adored his first wife. Women try their luck; men risk theirs.

—Narborough was not perfect —cried the old lady.

—If he had been, you would not have loved him, dear lady —he replied—. Women love us for our faults. If we have enough of them, they will forgive us everything, even our intelligence. I am

afraid that after saying this you will never invite me to dinner again, Lady Narborough, but it is the plain truth.

—Claro que sí, lord Henry. Si las mujeres no os quisiéramos por vuestros defectos, ¿qué sería de vosotros? Ninguno se casaría. Seríais una pandilla de solterones desgraciados. Aunque, pensándolo bien, eso tampoco os cambiaría mucho. Hoy en día, todos los casados viven como solteros, y todos los solteros como casados.

—Fin de siècle —murmuró lord Henry.

—Fin du globe —respondió su anfitriona.

—Ojalá fuera fin du globe —dijo Dorian con un suspiro—. La vida es una gran decepción.

—Ay, querido mío —exclamó lady Narborough mientras se ponía los guantes—, no me digas que ya te has cansado de la vida. Cuando un hombre dice eso, una sabe que es la vida la que se ha cansado de él. Lord Henry es malísimo, y a veces me gustaría haberlo sido yo también; pero tú has nacido para ser bueno: tienes cara de buen chico. Tengo que encontrarte una esposa encantadora. Lord Henry, ¿no cree usted que el señor Gray debería casarse?

—Se lo digo constantemente, lady Narborough —respondió lord Henry con una inclinación de cabeza.

—Bueno, tendremos que buscarle un buen partido. Esta noche revisaré Debrett con atención y haré una lista de todas las jóvenes casaderas.

—¿Con sus edades, lady Narborough? —preguntó Dorian.

—Por supuesto, con sus edades, aunque un poco retocadas. Pero no hay que hacer nada con prisa. Quiero que sea lo que The Morning Post llama una alianza conveniente, y quiero que los dos seáis felices.

—¡Qué tonterías dice la gente sobre los matrimonios felices!

—exclamó lord Henry—. Un hombre puede ser feliz con cualquier mujer, siempre que no la ame.

—¡Ah, qué cínico es usted! —exclamó la anciana, apartando la silla y saludando con la cabeza a lady Ruxton—. Tiene que venir a cenar conmigo otra vez muy pronto. De verdad, es usted un tónico admirable, mucho mejor que lo que me receta sir Andrew. Pero tendrá que decirme a qué personas le gustaría conocer. Quiero que sea una reunión encantadora.

—Me gustan los hombres con futuro y las mujeres con pasado —respondió él—. ¿O cree usted que eso convertiría la velada en una fiesta de faldas?

—Me temo que sí —dijo ella, riéndose mientras se ponía de pie—. Mil perdones, querida lady Ruxton —añadió—, no me había dado cuenta de que aún no había terminado su cigarrillo.

—No se preocupe, lady Narborough. Yo también fumo muchísimo. De ahora en adelante voy a moderarme.

—Por favor, no lo haga, lady Ruxton —dijo lord Henry—. La moderación es algo fatal. Lo justo es tan malo como no comer. Más que suficiente es tan bueno como un banquete.

Lady Ruxton lo miró con curiosidad. —Tiene que venir una tarde a explicármelo, lord Henry. Suena a una teoría fascinante —murmuró mientras salía de la habitación con elegante paso.

—Y no se queden demasiado tiempo hablando de política y cotilleos —gritó lady Narborough desde la puerta—. Si lo hacen, seguro que terminamos discutiendo arriba.

Los hombres se echaron a reír, y el señor Chapman se levantó con solemnidad desde el extremo de la mesa y avanzó hasta la cabecera. Dorian Gray cambió de lugar y fue a sentarse junto a lord Henry. El señor Chapman empezó a hablar a voz en cuello sobre la situación en la Cámara de los Comunes. Se reía a carcajadas cada vez que mencionaba a sus adversarios. La palabra doctrinario —tan temible para la mente británica— aparecía de vez en cuando entre una explosión y la siguiente. Un prefijo aliterativo le servía como adorno retórico. Enarboló la Union Jack en las cumbres del pensamiento. La estupidez hereditaria de la raza —a la que él llamaba jovialmente el sólido sentido común inglés— quedó presentada como el baluarte apropiado de la sociedad.

Una sonrisa se dibujó en los labios de lord Henry, que se volvió para mirar a Dorian.

—¿Te encuentras mejor, querido amigo? —preguntó—. Durante la cena parecías algo decaído.

—Estoy perfectamente, Harry. Estoy cansado, eso es todo.

—Anoche estuviste encantador. La pequeña duquesa está completamente prendada de ti. Me dice que va a bajar a Selby.

—Ha prometido venir el día veinte.

—¿Monmouth también estará allí?

—Oh, sí, Harry.

—Me aburre muchísimo, casi tanto como ella se aburre. Además, es muy inteligente, demasiado inteligente para una mujer. Le falta ese encanto indefinible de la debilidad. Son los pies de barro los que vuelven precioso el oro de la imagen. Sus pies son muy bonitos, pero no son de barro. Son de porcelana blanca, si quieres. Han pasado por el fuego, y lo que el fuego no destruye lo endurece. Ha vivido experiencias.

—¿Cuánto tiempo lleva casada? —preguntó Dorian.

—Una eternidad, según me dice. Aunque, si hacemos caso al libro de la nobleza, creo que son diez años. Pero diez años con Monmouth debieron de sentirse como una eternidad, y de sobra. ¿Quién más viene?

—Oh, los Willoughby, lord Rugby y su esposa, nuestra anfitriona, Geoffrey Clouston y los de siempre. He invitado a lord Grotrian.

—Me cae bien —dijo lord Henry—. A muchísima gente no, pero a mí me parece encantador. Compensa el hecho de vestir a veces con demasiado esmero estando siempre escandalosamente bien informado. Es un hombre muy moderno.

—No sé si podrá venir, Harry. Puede que tenga que irse a Montecarlo con su padre.

—¡Ah, qué fastidio la gente con su gente! Intenta que venga. Por cierto, Dorian, anoche te fuiste muy pronto. Te marchaste antes de las once. ¿Qué hiciste después? ¿Te fuiste directamente a casa?

Dorian lo miró de reojo por un instante y frunció el ceño.

—No, Harry —dijo al fin—. No llegué a casa hasta casi las tres.

—¿Fuiste al club?

—Sí —contestó. Luego se mordió el labio—. No, eso no es lo que quería decir. No fui al club. Estuve paseando. No recuerdo qué hice... Qué curioso eres, Harry. Siempre quieres saber lo que ha hecho la gente. Yo, en cambio, siempre quiero olvidar lo que he hecho. Entré en casa a las dos y media, si quieres saber la hora exacta. Me había dejado la llave en casa y el criado tuvo que abrirme. Si quieres una prueba, puedes preguntárselo.

Lord Henry se encogió de hombros. —Querido amigo, ¡como si me importara! Subamos al salón. No quiero jerez, gracias, señor Chapman. Te pasa algo, Dorian. Dime qué es. Esta noche no eres tú mismo.

«No me hagas caso, Harry. Estoy irritable y de mal humor. Mañana o pasado iré a verte. Dale mis disculpas a lady Narborough. No voy a subir. Me voy a casa. Tengo que irme a casa.»

«Está bien, Dorian. Supongo que te veré mañana a la hora del té. Viene la duquesa.»

—Intentaré estar allí, Harry —dijo mientras salía de la habitación. Mientras volvía a casa en coche, se dio cuenta de que el terror que había creído dominar había regresado. Las preguntas despreocupadas de lord Henry le habían hecho perder la calma por un momento, y necesitaba recuperarla. Tenía que destruir las cosas peligrosas. Hizo una mueca. Detestaba hasta la idea de tocarlas.

Aun así, tenía que hacerlo. Lo sabía. Después de cerrar con llave la puerta de la biblioteca, abrió el compartimento secreto donde había guardado el abrigo y el bolso de Basil Hallward. En la chimenea ardía un fuego enorme. Echó otro leño. El olor de la ropa chamuscada y del cuero quemado era espantoso. Tardó tres cuartos de hora en convertirlo todo en cenizas. Al final se sintió débil y mareado y, después de encender unas pastillas argelinas en un brasero de cobre calado, se lavó las manos y la frente con un vinagre fresco perfumado con almizcle.

De pronto se sobresaltó. Los ojos le brillaron de una manera extraña y se mordió con nerviosismo el labio inferior. Entre dos ventanas había un gran armario florentino de ébano, con incrustaciones de marfil y lapislázuli azul. Lo miraba como si fuera algo capaz de fascinarlo y aterrorarlo, como si guardara aquello que deseaba y casi odiaba al mismo tiempo. Empezó a respirar más deprisa. Lo invadió un deseo irracional. Encendió un cigarrillo y enseguida lo tiró. Los párpados le fueron cayendo hasta que las largas pestañas casi le rozaron las mejillas. Pero siguió mirando el armario. Por fin se levantó del sofá donde había estado tumbado, se acercó y, después de abrirlo con la llave, tocó un resorte oculto. Un cajón triangular salió lentamente. Sus dedos se movieron hacia él casi por instinto, se hundieron dentro y se cerraron sobre algo. Era una pequeña caja china de laca negra salpicada de oro, trabajada con gran delicadeza. Los lados estaban decorados con ondas curvas, y de los cordones de seda colgaban cristales redondos y borlas de hilos metálicos trenzados. La abrió. Dentro había una pasta verde, con un brillo ceroso y un olor extrañamente denso y persistente.

Vaciló por unos segundos, con una sonrisa extrañamente fija en el rostro. Luego, aunque la habitación estaba sofocante, se estremeció, se puso en pie y miró el reloj. Eran las doce menos veinte. Guardó de nuevo la caja, cerró las puertas del armario y entró en su dormitorio.

Cuando el reloj dio las doce, con un sonido que resonó en el aire sombrío como golpes de bronce, Dorian Gray salió sigilosamente de su casa. Iba vestido de manera sencilla y llevaba una bufanda enrollada al cuello. En Bond Street encontró un coche de alquiler con un buen caballo. Lo llamó y le dio una dirección al cochero en voz baja.

El hombre negó con la cabeza. —Me queda demasiado lejos —murmuró.

—Aquí tiene una libra —dijo Dorian—. Le daré otra si va deprisa.

—De acuerdo, señor —respondió el hombre—. Estará allí en una hora. Y, cuando su pasajero subió, hizo girar el caballo y se dirigió rápidamente hacia el río.

CAPÍTULO XVI

Empezó a caer una lluvia fría, y las farolas, borrosas entre la niebla empapada, tenían un aire fantasmal. Las tabernas estaban a punto de cerrar, y hombres y mujeres, difusos en la oscuridad, se agrupaban en pequeños corrillos junto a las puertas. De algunos locales salían carcajadas horribles. En otros, los borrachos discutían y gritaban.

Recostado en el coche, con el sombrero calado hasta la frente, Dorian Gray contemplaba con ojos apagados la sórdida vergüenza de la gran ciudad. De vez en cuando se repetía las palabras que Lord Henry le había dicho el primer día que se conocieron: «Curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma». Sí, ese era el secreto. Lo había intentado muchas veces, y ahora volvería a hacerlo. Había fumaderos de opio donde se podía comprar el olvido, antros de horror donde el recuerdo de los viejos pecados podía borrarse con la locura de pecados nuevos.

La luna colgaba baja en el cielo, como una calavera amarilla. De vez en cuando, una nube enorme y deforme parecía alargar un brazo y la tapaba. Cada vez había menos farolas de gas, y las calles se hacían más estrechas y más oscuras. En un momento, el cochero se perdió y tuvo que retroceder media milla. Del caballo salía vapor mientras chapoteaba entre los charcos. Las ventanillas laterales del coche estaban cubiertas por una niebla gris, espesa como franela.

«Curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma». Esas palabras no dejaban de resonarle en los

oídos. Su alma, desde luego, estaba gravemente enferma. ¿De verdad podían los sentidos curarla? Se había derramado sangre inocente. ¿Qué podía reparar eso? Ah, no había forma de expiarlo; pero, aunque el perdón fuera imposible, todavía era posible el olvido, y estaba decidido a olvidar, a borrar aquello, a aplastarlo como se aplasta a la víbora que lo ha mordido a uno. Y, en realidad, ¿con qué derecho le había hablado Basil de aquella manera? ¿Quién lo había nombrado juez de los demás? Había dicho cosas espantosas, horribles, insoportables.

El coche de alquiler seguía avanzando pesadamente, cada vez más despacio, o al menos eso le parecía a él. Levantó la trampilla y le gritó al cochero que fuera más rápido. El horrible deseo de opio empezó a devorarlo. Tenía la garganta en llamas, y sus delicadas manos se retorcían, nerviosas, una contra otra. Fuera de sí, golpeó al caballo con el bastón. El cochero se echó a reír y arreó. Él le respondió con una carcajada, y el hombre se quedó callado.

El trayecto parecía no terminar nunca, y las calles eran como la negra telaraña de una araña gigantesca. La monotonía se volvió insoportable y, a medida que la niebla se hacía más espesa, empezó a sentir miedo.

Después pasaron junto a unos tejares solitarios. Allí la niebla era más ligera, y pudo ver los extraños hornos con forma de botella y sus lenguas de fuego anaranjadas, abiertas como abanicos. Un perro ladró al pasar, y a lo lejos, en la oscuridad, chilló una gaviota extraviada. El caballo tropezó en un surco, luego se desvió y salió al galope.

Al cabo de un rato dejaron atrás el camino de arcilla y volvieron a traquetear por calles de pavimento desigual. La mayoría de las ventanas estaban a oscuras, pero de vez en cuando se dibujaban sombras fantásticas contra algún estor iluminado. Él las observaba con curiosidad. Se movían como marionetas monstruosas y gesticulaban como si fueran seres vivos. Las odiaba. Llevaba una rabia sorda en el corazón. Al doblar una esquina, una mujer les gritó algo desde una puerta abierta, y dos hombres echaron a correr detrás del coche durante unos cien metros. El cochero los apartó a latigazos.

They say passion makes people think in circles. And sure enough, Dorian Gray kept shaping and reshaping those subtle words about the soul and the senses with his bitten lips, repeating them over and over until they seemed, in a way, to express his mood perfectly and to give intellectual approval to passions that would have ruled his nature even without it. A single idea slipped through every cell of his brain, and the wild desire to go on living—the most terrible of all human hungers—set every nerve and every trembling fiber alight. Ugliness, which he had once hated because it made things real, now became precious to him for that very reason. Ugliness was the only reality. The brutal fight, the filthy den, the raw violence of a lawless life, even the very baseness of the thief and the outcast, had more vivid life in the force of the impression they made than all the graceful forms of art and the dreamy shadows of song. That was what he needed in order to forget. In three days he would be free.

Suddenly the man gave the reins a sharp pull as they reached the top of a dark alley. Above the low roofs and jagged

chimneys of the houses rose the black masts of ships. Strands of white mist clung to the yards like ghostly sails.

"This is the place, sir, isn't it?" he asked in a hoarse voice through the trapdoor.

Dorian started and looked around. "This will do," he answered. Then he got down quickly, gave the driver the extra tip he had promised, and walked fast toward the dock. Here and there a lantern glowed at the stern of some huge merchant ship. Its light trembled and shattered in the puddles. A red glare came from a steamer about to sail, where coal was being loaded. The slimy pavement looked like a soaked waterproof cloak.

He hurried on to the left, glancing back from time to time to see whether anyone was following him. After about seven or eight minutes, he came to a small, shabby house wedged between two gloomy factories. A lamp was burning in one of the upstairs windows. He stopped and knocked in a peculiar way.

Poco después oyó pasos en el pasillo y el ruido de la cadena al soltarse. La puerta se abrió sin hacer ruido, y él entró sin decir una palabra a la figura baja y deforme que se apartó hacia la sombra al verlo pasar. Al final del corredor colgaba una cortina verde, hecha jirones, que se balanceaba y temblaba con las ráfagas de viento que habían entrado con él desde la calle. La apartó y entró en una sala larga, de techo bajo, que parecía haber sido en otro tiempo un salón de baile barato. En las paredes había mecheros de gas chillones y llameantes, apagados y deformados en los espejos cubiertos de moscas que tenían enfrente. Detrás llevaban reflectores grasientos de hojalata acanalada, que proyectaban discos de luz temblorosa.

El suelo estaba cubierto de serrín color ocre, pisoteado en algunos sitios hasta volverse barro y manchado con oscuros cercos de licor derramado. Unos malayos estaban agachados junto a un pequeño brasero de carbón, jugando con fichas de hueso y mostrando los dientes blancos mientras charlaban. En un rincón, con la cabeza hundida entre los brazos, un marinero yacía despatarrado sobre una mesa. Junto a la barra, pintada con un gusto estridente y ocupando por completo uno de los lados, dos mujeres demacradas se burlaban de un anciano que se sacudía las mangas del abrigo con gesto de asco. —Se cree que tiene hormigas rojas encima —se rio una de ellas cuando pasó Dorian. El hombre la miró aterrorizado y se puso a gimotear.

Al fondo de la sala había una escalerilla que llevaba a un cuarto en penumbra. Cuando Dorian subió deprisa sus tres peldaños desvencijados, le salió al encuentro el espeso olor del opio. Inspiró hondo, y las aletas de la nariz le temblaron de placer. Al entrar, un joven de cabello liso y rubio amarillento, inclinado sobre una lámpara con la que encendía una pipa larga y fina, alzó la vista hacia él y le hizo un gesto vacilante de saludo.

—¿Tú aquí, Adrian? —murmuró Dorian.

—¿Dónde iba a estar, si no? —respondió él con desgana—. Ahora ninguno de los muchachos quiere hablarme.

—Creía que te habías ido de Inglaterra.

—Darlington no va a hacer nada. Mi hermano terminó pagando la cuenta. George tampoco me habla... No me importa —añadió con un suspiro—. Mientras uno tenga esto, no necesita amigos. Creo que he tenido demasiados amigos.

Dorian shuddered and looked around at the grotesque figures sprawled in bizarre poses on the torn mattresses. Their twisted limbs, open mouths, and fixed, lifeless eyes held him spellbound. He knew what strange heavens they were suffering in, and what dim hells were teaching them the secret of some new pleasure. They were better off than he was. He was a prisoner of his own thoughts. Memory, like some terrible disease, was slowly eating away at his soul. From time to time, he thought he could see Basil Hallward's eyes fixed on him. And yet he felt he could not stay. Adrian Singleton's presence disturbed him. He wanted to be somewhere no one knew who he was. He wanted to escape from himself.

"I'm going on to the other place," he said after a pause.

"To the dock?"

"Yes."

"That madwoman is sure to be there. They don't let her in here anymore."

Dorian shrugged. "I'm tired of women who love one. The ones who hate one are far more interesting. Besides, the goods are better."

"It amounts to the same thing."

"I like it better there. Come and have a drink. I need one."

"I don't want anything," the young man muttered.

"It doesn't matter."

Adrian Singleton got up wearily and followed Dorian to the bar. A half-caste man, wearing a ragged turban and a shabby ulster, greeted them with a hideous grimace as he set a bottle of brandy and two glasses in front of them. The women sidled up and began chattering. Dorian turned his back on them and said something quietly to Adrian Singleton.

A crooked smile, like a Malay slash, twisted across one of the women's faces. "We're very grand tonight," she sneered.

"For God's sake, don't speak to me," Dorian shouted, stamping his foot. "What do you want? Money? Here it is. Don't ever speak to me again."

Two red sparks flashed for a moment in the woman's swollen eyes; then they died, leaving them dull and glassy. She threw back her head and swept the coins off the counter with greedy fingers. Her companion watched her with envy.

—No sirve de nada —suspiró Adrian Singleton—. No tengo ganas de volver. ¿Qué importa? Aquí soy completamente feliz.

—Me escribirás si necesitas algo, ¿verdad? —dijo Dorian después de una pausa.

—Tal vez.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches —respondió el joven mientras subía los escalones y se secaba la boca reseca con un pañuelo.

Dorian se acercó a la puerta con gesto dolorido. Cuando apartó la cortina, una risa horrible salió de los labios pintados de la mujer que le había quitado el dinero. —¡Ahí va el que hizo un

trato con el diablo! —balbuceó con voz ronca.

—¡Maldita seas! —respondió él—. No me llames así.

Ella chasqueó los dedos. —Lo que te gusta es que te llamen Príncipe Encantador, ¿verdad? —le gritó cuando él ya se alejaba.

El marinero, adormilado, se puso en pie de un salto al oírla y miró a su alrededor con expresión trastornada. Oyó cómo se cerraba la puerta del vestíbulo. Salió corriendo, como si persiguiera a alguien.

Dorian Gray avanzó deprisa por el muelle bajo la lluvia fina. Su encuentro con Adrian Singleton lo había sacudido de una manera extraña, y se preguntó si de verdad podía culparse a él de la ruina de aquella joven vida, como Basil Hallward le había dicho con tan infame insolencia. Se mordió el labio y, durante unos segundos, sus ojos se llenaron de tristeza. Pero, después de todo, ¿qué le importaba? La vida de cada persona era demasiado breve para cargar con el peso de los errores de los demás. Cada hombre vivía su propia vida y pagaba su propio precio por vivirla. La única desgracia era tener que pagar tantas veces por una sola culpa. Había que pagar una y otra vez, en efecto. En sus tratos con los hombres, el destino nunca daba las cuentas por saldadas.

Hay momentos, nos dicen los psicólogos, en que la pasión por el pecado —o por lo que el mundo llama pecado— se apodera de una persona con tal fuerza que cada fibra del cuerpo y cada célula del cerebro parecen cargadas de impulsos terribles. En esos momentos, hombres y mujeres pierden la libertad de su voluntad. Avanzan hacia su espantoso final como autómatas. Se

les arranca la capacidad de elegir, y la conciencia queda destruida o, si aún sobrevive, solo sirve para hacer más atractiva la rebeldía y más seductora la desobediencia. Porque todos los pecados, como los teólogos no se cansan de recordarnos, son pecados de desobediencia. Cuando aquel espíritu excelsa, aquella estrella matutina del mal, cayó del cielo, cayó como un rebelde.

Insensible, entregado al mal, con la mente corrompida y el alma hambrienta de rebeldía, Dorian Gray siguió adelante a toda prisa, cada vez más rápido. Pero al meterse de lado en un arco oscuro que a menudo usaba como atajo hacia el infame lugar al que se dirigía, sintió de pronto que alguien lo agarraba por detrás y, antes de que pudiera defenderse, lo estrellaban contra la pared mientras una mano brutal le apretaba la garganta.

Luchó desesperadamente por salvar la vida y, con un esfuerzo enorme, logró apartar los dedos que le cerraban el cuello. Un segundo después oyó el chasquido de un revólver y vio el brillo de un cañón pulido apuntándole directamente a la cabeza, mientras la figura oscura de un hombre bajo y corpulento se plantaba ante él.

—¿Qué quiere? —jadeó.

—Cállate —dijo el hombre—. Si te mueves, te pego un tiro.

—Está usted loco. ¿Qué le he hecho yo?

—Destrozaste la vida de Sibyl Vane —respondió él—, y Sibyl Vane era mi hermana. Se suicidó. Lo sé. Su muerte pesa sobre ti. Juré que te mataría para vengarla. Llevo años buscándote. No tenía ninguna pista, ningún rastro. Las dos personas que

podían haberte descrito estaban muertas. No sabía nada de ti, salvo el nombre cariñoso con el que ella te llamaba. Esta noche lo he oído por casualidad. Ponte en paz con Dios, porque esta noche vas a morir.

Dorian Gray se sintió mareado de miedo. —No la conocí nunca —balbuceó—. No he oído hablar de ella en mi vida. Está usted loco.

—Será mejor que confieses tu pecado, porque tan cierto como que me llamo James Vane, vas a morir. Hubo un instante terrible. Dorian no sabía qué decir ni qué hacer. —¡De rodillas! —rugió el hombre—. Te doy un minuto para hacer las paces con Dios, ni uno más. Esta noche zarpo hacia la India, y antes tengo que cumplir con lo mío. Un minuto. Eso es todo.

Los brazos de Dorian cayeron a sus costados. Paralizado por el terror, no sabía qué hacer. De pronto, una esperanza desesperada le cruzó la mente. —Espere —gritó—. ¿Cuánto tiempo hace que murió su hermana? ¡Rápido, dígamelo!

—Dieciocho años —dijo el hombre—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué importan los años?

—¿Dieciocho años? —se rió Dorian Gray, con un tono de triunfo en la voz—. ¡Dieciocho años! Lléveme bajo la farola y míreme la cara.

James Vane vaciló un momento, sin entender qué quería decir. Luego agarró a Dorian Gray y lo arrastró fuera del arco.

Aunque la luz era débil e inestable, sacudida por el viento, bastó para mostrarle el terrible error que, al parecer, había cometido: el rostro del hombre al que había intentado matar conservaba

toda la frescura de la adolescencia, toda la pureza intacta de la juventud. No parecía tener mucho más de veinte años, apenas mayor —si es que lo era— que su hermana cuando se separaron tantos años antes. Era evidente que aquel no era el hombre que había arruinado su vida.

Aflojó la mano y retrocedió tambaleándose. —¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Podría haberlo asesinado!

Dorian Gray respiró hondo. —Ha estado a punto de cometer un crimen terrible, amigo mío —dijo, mirándolo con severidad—. Tómelo como una advertencia: no se tome la justicia por su mano.

—Perdóneme, señor —murmuró James Vane—. Me engañaron. Una frase que oí por casualidad en aquel antro maldito me hizo seguir una pista falsa.

—Será mejor que vuelva a casa y guarde esa pistola, o podría meterse en problemas —dijo Dorian, dándose la vuelta y alejándose despacio por la calle.

James Vane stood frozen on the pavement, horrified. He was trembling from head to foot. After a moment, a dark shadow that had been sliding along the dripping wall stepped into the light and came toward him on stealthy feet. He felt a hand rest on his arm and spun around in alarm. It was one of the women who had been drinking at the bar.

"Why didn't you kill him?" she hissed, bringing her gaunt face close to his. "I knew you were following him when you ran out of Daly's. Fool! You should have killed him. He has plenty of money, and he's as bad as they come."

"He isn't the man I'm looking for," he answered. "And I don't want anyone's money. I want a man's life. The man I'm after must be nearly forty by now. This one is only a boy. Thank God I don't have his blood on my hands."

The woman gave a bitter laugh. "Only a boy?" she mocked. "Why, man, it was almost eighteen years ago that the Prince Charming turned me into what I am."

"You're lying!" James Vane shouted.

She raised her hand to heaven. "I swear before God I'm telling the truth," she cried.

"Before God?"

"May I be struck dumb if it isn't true. He's the worst of all the men who come here. They say he sold his soul to the devil for a pretty face. I met him almost eighteen years ago. He has hardly changed since then. I have," she added with a sickly grimace.

"Do you swear it?"

"I swear it," she replied in a hoarse murmur from her expressionless mouth. "But don't tell him it was me," she whimpered. "I'm afraid of him. Give me some money so I can pay for a place to sleep tonight."

He pulled away from her with a curse and ran to the corner of the street, but Dorian Gray was gone. When he looked back, the woman had vanished too.

CHAPTER XVII

Una semana después, Dorian Gray estaba sentado en el invernadero de Selby Royal, hablando con la hermosa duquesa de Monmouth, que estaba entre sus invitados junto a su marido, un hombre de sesenta años con aire cansado. Era la hora del té, y la suave luz de la gran lámpara cubierta de encaje que colgaba sobre la mesa iluminaba la fina porcelana y la platería labrada del servicio que presidía la duquesa. Sus manos blancas se movían con gracia entre las tazas, y sus labios rojos y carnosos sonreían por algo que Dorian le había susurrado. Lord Henry estaba reclinado en una silla de mimbre forrada de seda, observándolos. En un diván color melocotón, lady Narborough fingía escuchar la descripción que hacía el duque del último escarabajo brasileño que había añadido a su colección. Tres jóvenes con elegantes trajes de fumar ofrecían pastelitos a algunas de las mujeres. En la casa había reunidas doce personas, y al día siguiente se esperaba la llegada de más invitados.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —dijo lord Henry, acercándose a la mesa mientras dejaba su taza—. Espero que Dorian te haya contado mi plan para ponerles nuevos nombres a todas las cosas, Gladys. Es una idea encantadora.

—Pero yo no quiero que me cambien el nombre, Harry —respondió la duquesa, levantando la vista hacia él con sus maravillosos ojos—. Estoy perfectamente contenta con el mío, y estoy segura de que el señor Gray también debería estarlo con el suyo.

—Mi querida Gladys, no cambiaría ninguno de esos dos nombres por nada del mundo. Los dos son perfectos. Pensaba, sobre todo, en las flores. Ayer corté una orquídea para el ojal. Era algo maravilloso, moteado, tan llamativo como los siete pecados capitales. En un momento de distracción le pregunté a uno de los jardineros cómo se llamaba. Me dijo que era un magnífico ejemplar de Robinsoniana, o alguna atrocidad parecida. Es una triste verdad: hemos perdido la capacidad de darles nombres hermosos a las cosas. Los nombres lo son todo. Yo nunca discuto con los actos; mi única disputa es con las palabras. Por eso detesto el realismo vulgar en la literatura. A cualquier hombre capaz de llamar al pan, pan, y al vino, vino, habría que obligarlo a usar una pala. No sirve para nada más.

—Entonces, ¿cómo deberíamos llamarte, Harry? —preguntó ella.

—Su nombre es Príncipe Paradoja —dijo Dorian.

—Lo reconozco al instante —exclamó la duquesa.

«No pienso permitirlo», se rio lord Henry, dejándose caer en una silla. «De una etiqueta no se puede escapar. Rechazo el título.»

«La realeza no puede abdicar», advirtieron unos bonitos labios.

«¿Entonces quieres que defienda mi trono?»

«Sí.»

«Yo ofrezco las verdades de mañana.»

«Prefiero los errores de hoy», respondió ella.

«Me desarmas, Gladys», exclamó él, dejándose llevar por su humor caprichoso.

«Con el escudo, Harry, no con la lanza.»

«Yo nunca ataco a la belleza», dijo, haciendo un gesto con la mano.

«Ese es tu error, Harry, créeme. Le das demasiado valor a la belleza.»

«¿Cómo puedes decir eso? Admito que creo que es mejor ser hermoso que ser bueno. Pero, al mismo tiempo, nadie está más dispuesto que yo a reconocer que es mejor ser bueno que ser feo.»

«Entonces ¿la fealdad es uno de los siete pecados capitales?», exclamó la duquesa. «¿Y qué pasa entonces con tu comparación de la orquídea?»

«La fealdad es una de las siete virtudes capitales, Gladys. Tú, como buena tory, no deberías subestimarlas. La cerveza, la Biblia y las siete virtudes capitales han hecho de nuestra Inglaterra lo que es.»

«Entonces ¿no te gusta tu país?», preguntó ella.

«Vivo en él.»

—Así puedes criticarlo mejor.

—¿Quieres que te diga el veredicto de Europa sobre eso?
—preguntó él.

—¿Qué dicen de nosotros?

—Que Tartuffe se ha mudado a Inglaterra y ha abierto una tienda.

—¿Es tuya, Harry?

—Te la regalo.

—No podría usarla. Es demasiado cierta.

—No tienes de qué preocuparte. Nuestros compatriotas nunca se reconocen en una descripción.

—Son prácticos.

—Son más astutos que prácticos. Cuando hacen balance en su libro de cuentas, compensan la estupidez con la riqueza y el vicio con la hipocresía.

—Aun así, hemos hecho grandes cosas.

—Las grandes cosas nos las han impuesto, Gladys.

—Hemos llevado su peso.

—Solo hasta la Bolsa.

Ella negó con la cabeza. —Yo creo en la raza —dijo.

—Representa la supervivencia de quienes logran abrirse camino.

—Tiene potencial.

—A mí me atrae más la decadencia.

—¿Y el arte? —preguntó ella.

—Es una enfermedad.

—¿Y el amor?

—Una ilusión.

—¿Y la religión?

—El sustituto de moda de la fe.

—Eres un escéptico.

—¡Nunca! El escepticismo es el comienzo de la fe.

—Entonces, ¿qué eres?

—Definir es poner límites.

—Dame alguna pista.

—Los hilos se rompen. Te perderías en el laberinto.

—Me desconciertas. Hablemos de otra persona.

—Nuestro anfitrión es un tema delicioso. Hace años lo apodaron el Príncipe Encantador.

—¡Ah, no me recuerdes eso! —exclamó Dorian Gray.

—Nuestro anfitrión está bastante insoportable esta noche

—respondió la duquesa, sonrojándose—. Creo que piensa que Monmouth se casó conmigo por principios puramente científicos, como si yo fuera el mejor ejemplar de mariposa moderna que pudo encontrar.

—Bueno, espero que no vaya a clavarte alfileres, duquesa

—dijo Dorian entre risas.

—¡Ah! Mi doncella ya hace eso, señor Gray, cuando se enfada conmigo.

—¿Y por qué se enfada con usted, duquesa?

—Por las cosas más insignificantes, señor Gray, se lo aseguro. Normalmente porque entro a las nueve menos diez y le digo que tengo que estar vestida para las ocho y media.

—Qué poco razonable. Debería despedirla.

—No me atrevo, señor Gray. Verá, me inventa sombreros. ¿Recuerda el que llevé en la fiesta en el jardín de Lady Hilstone? No, no lo recuerda, pero es muy amable de su parte fingir que sí. Pues bien, lo hizo de la nada. Todos los buenos sombreros se hacen de la nada.

«Como todas las buenas reputaciones, Gladys», lo interrumpió lord Henry. «Cualquier impresión fuerte que uno cause siempre le gana un enemigo. Para ser popular, hay que ser mediocre.»

«No entre las mujeres», dijo la duquesa, sacudiendo la cabeza. «Y son las mujeres las que gobiernan el mundo. Le aseguro que no soportamos la mediocridad. Nosotras, como ha dicho alguien, amamos con los oídos, igual que ustedes, los hombres, aman con los ojos, si es que alguna vez aman.»

«A mí me parece que no hacemos otra cosa», murmuró Dorian.

«¡Ah! Entonces usted nunca ama de verdad, señor Gray», respondió la duquesa con una tristeza fingida.

«¡Mi querida Gladys!», exclamó lord Henry. «¿Cómo puedes decir eso? El romanticismo se alimenta de la repetición, y la repetición convierte un apetito en un arte. Además, cada vez que uno ama, ama como si fuera la única vez. Que cambie el objeto no altera la unidad de la pasión. Solo la intensifica. En la vida, a lo sumo, solo podemos tener una gran experiencia, y el secreto de la vida consiste en repetir esa experiencia tan a

menudo como sea posible.»

«¿Incluso cuando esa experiencia lo ha herido a uno, Harry?», preguntó la duquesa después de una pausa.

«Sobre todo cuando lo ha herido a uno», respondió lord Henry.

La duquesa se volvió y miró a Dorian Gray con una expresión extraña en los ojos. «¿Qué le parece eso, señor Gray?», preguntó.

Dorian vaciló un momento. Luego echó la cabeza hacia atrás y se rio. «Yo siempre estoy de acuerdo con Harry, duquesa.»

«¿Incluso cuando se equivoca?»

«Harry nunca se equivoca, duquesa.»

«¿Y su filosofía lo hace feliz?»

«Nunca he buscado la felicidad. ¿Quién quiere la felicidad? Yo he buscado el placer.»

«¿Y lo ha encontrado, señor Gray?»

«A menudo. Demasiadas veces.»

La duquesa suspiró. «Yo busco la paz —dijo—, y si no voy a vestirme, esta noche no tendré ni un poco.»

«Déjeme llevarle unas orquídeas, duquesa», exclamó Dorian, poniéndose de pie y echando a andar por el invernadero.

«Está coqueteando con él de una manera escandalosa», le dijo lord Henry a su prima. «Será mejor que tenga cuidado. Es muy fascinante.»

«Si no fuera así, no habría batalla.»

«¿Entonces es griego contra griego?»

«Yo estoy del lado de los troyanos. Pelearon por una mujer.»

«Y perdieron.»

«Hay cosas peores que caer en cautiverio», respondió ella.

«Va al galope con las riendas sueltas.»

«La velocidad da vida», contestó ella.

«Esta noche lo voy a escribir en mi diario.»

«¿Qué cosa?»

«Que el niño escaldado ama el fuego.»

«Ni siquiera me he quemado. Mis alas siguen intactas.»

«Las usa para todo menos para volar.»

«El valor ha pasado de los hombres a las mujeres. Para nosotras, eso es algo nuevo.»

«Tiene una rival.»

«¿Quién?»

Se echó a reír. «Lady Narborough», susurró. «Lo adora por completo.»

«Me está llenando de inquietud. Recurrir a la Antigüedad es fatal para los que somos románticos.»

«¡Románticos! Si tienen todos los métodos de la ciencia.»

«Los hombres nos han educado.»

«Pero no las han entendido.»

«Describanos como sexo», lo desafió ella.

«Esfinges sin secretos.»

Ella lo miró con una sonrisa. «Cuánto tarda el señor Gray», dijo. «Vamos a ayudarlo. Todavía no le he dicho de qué color es mi vestido.»

«¡Ah! Entonces tendrá que combinar su vestido con sus flores, Gladys.»

«Eso sería rendirse demasiado pronto.»

«El arte romántico empieza en su clímax.»

«Debo dejarme una salida.»

«¿Como los partos?»

«Ellos encontraban refugio en el desierto. Yo no podría hacer eso.»

«A las mujeres no siempre se les permite elegir», respondió él. Pero apenas terminó de hablar cuando, desde el fondo del invernadero, se oyó un gemido ahogado, seguido del golpe sordo de una caída pesada. Todos se pusieron de pie de un salto. La duquesa se quedó inmóvil, horrorizada. Y Lord Henry, con el miedo en los ojos, se abrió paso entre las palmeras agitadas y encontró a Dorian Gray tendido boca abajo sobre el suelo de baldosas, desvanecido como si estuviera muerto.

Lo llevaron de inmediato al salón azul y lo acostaron en uno de los sofás. Poco después volvió en sí y miró a su alrededor con expresión aturdida.

«¿Qué ha pasado?», preguntó. «Ah, ya lo recuerdo. ¿Aquí estoy a salvo, Harry?» Empezó a temblar.

«Mi querido Dorian», respondió Lord Henry, «solo te has desmayado. Nada más. Debes de haberte agotado demasiado. Será mejor que no bajes a cenar. Yo te sustituiré.»

«No, bajaré», dijo, esforzándose por ponerse en pie. «Prefiero bajar. No debo quedarme solo.»

Fue a su habitación y se vistió. Mientras estaba sentado a la mesa, había en su comportamiento una alegría temeraria, casi salvaje. Pero de vez en cuando lo sacudía un escalofrío de terror al recordar que, pegado a la ventana del invernadero, como un pañuelo blanco, había visto el rostro de James Vane observándolo.

CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente no salió de casa y, de hecho, pasó casi todo el tiempo en su habitación, enfermo de un miedo feroz a morir y, al mismo tiempo, indiferente ante la vida. La sensación de estar siendo perseguido, acorralado, acosado, había empezado a dominarlo. Si el tapiz se movía con el viento, él también se estremecía. Las hojas muertas que el aire arrojaba contra los cristales emplomados le parecían sus propias decisiones marchitas y sus remordimientos desatados. Cuando cerraba los ojos, volvía a ver el rostro del marinero asomado tras el vidrio empañado por la niebla, y el horror parecía volver a posar la mano sobre su corazón.

Pero quizá no había sido más que su imaginación, que había sacado la venganza de la noche y había puesto ante él aquellas figuras espantosas del castigo. La vida real era un caos, pero la imaginación tenía una lógica terrible. Era la imaginación la que hacía que el remordimiento siguiera de cerca al pecado. Era la imaginación la que hacía que cada crimen engendrara su deforme descendencia. En el mundo corriente de los hechos, a los malvados no se los castigaba ni a los buenos se los recompensaba. El éxito era para los fuertes; el fracaso, para los débiles. Eso era todo. Además, si algún desconocido hubiera estado rondando la casa, los criados o los guardas lo habrían visto. Si hubieran aparecido huellas en los parterres, los jardineros lo habrían avisado. Sí, no había sido más que una fantasía. El hermano de Sibyl Vane no había vuelto para matarlo. Se había hecho a la mar en su barco para naufragar en algún mar de invierno. De él, al menos, estaba a salvo. Además, aquel

hombre no sabía quién era, no podía saberlo. La máscara de la juventud lo había salvado.

Y aun así, si no había sido más que una ilusión, qué espantoso era pensar que la conciencia pudiera levantar fantasmas tan terribles, darles una forma visible y hacer que se movieran ante sus ojos. ¿Qué clase de vida le esperaba si, de día y de noche, las sombras de su crimen iban a vigilarlo desde rincones silenciosos, a burlarse de él desde escondites secretos, a susurrarle al oído mientras estaba sentado a la mesa, a despertarlo con dedos helados mientras dormía? A medida que esa idea se le metía en la cabeza, palideció de terror, y de pronto el aire le pareció mucho más frío. ¡Oh!, ¿en qué hora de locura salvaje había matado a su amigo? ¡Qué espantoso era el simple recuerdo de aquella escena! Lo vio todo otra vez. Cada detalle horrible volvió con un horror aún mayor. Desde la negra cueva del tiempo, terrible y envuelta en escarlata, se alzó la imagen de su pecado. Cuando Lord Henry entró a las seis, lo encontró llorando como si se le fuera a romper el corazón.

No se atrevió a salir hasta el tercer día. Había algo en el aire limpio de aquella mañana de invierno, con su olor a pino, que parecía devolverle la alegría y las ganas de vivir. Pero el cambio no se debía solo al entorno físico. Su propia naturaleza se había rebelado contra aquel exceso de angustia que había intentado mutilar y arruinar la perfección de su calma. En los temperamentos sutiles y exquisitamente refinados siempre pasa lo mismo. Sus pasiones intensas tienen que herir o ceder. O destruyen al hombre, o mueren ellas mismas. Las penas superficiales y los amores superficiales perduran. Los grandes amores y los grandes dolores se destruyen por su propia

intensidad. Además, se había convencido de que había sido víctima de una imaginación aterrorizada, y ahora recordaba sus miedos con cierta compasión y no poco desprecio.

Después del desayuno, paseó durante una hora con la duquesa por el jardín y luego cruzó el parque en coche para reunirse con la partida de caza. La escarcha crujía sobre la hierba como si fuera sal. El cielo parecía una copa invertida de metal azul. Una fina orla de hielo bordeaba el lago inmóvil, rodeado de juncos.

En la esquina del pinar vio a sir Geoffrey Clouston, el hermano de la duquesa, sacando de su escopeta dos cartuchos ya disparados. Saltó del carro y, después de decirle al mozo que llevara la yegua de vuelta a casa, avanzó hacia su invitado entre los helechos marchitos y la maleza áspera.

—¿Qué tal ha ido la caza, Geoffrey? —preguntó.

—No demasiado bien, Dorian. Creo que la mayoría de las aves se han ido a campo abierto. Supongo que después de comer irá mejor, cuando lleguemos a otro terreno.

Dorian caminó a su lado sin prisa. El aire vivo y aromático, los destellos pardos y rojizos que temblaban en el bosque, los gritos roncoss de los ojeadores que sonaban de vez en cuando y el seco chasquido de las escopetas que venía después lo fascinaban y lo llenaban de una deliciosa sensación de libertad. Lo dominaban la despreocupación de la felicidad y la altiva indiferencia de la alegría.

De pronto, de un montón irregular de hierba vieja a unos veinte metros delante de ellos, salió una liebre. Llevaba erguidas las puntas negras de las orejas, y sus largas patas traseras la

impulsaban hacia delante. Echó a correr hacia un soto de alisos. Sir Geoffrey se llevó la escopeta al hombro, pero había algo en la gracia de los movimientos del animal que fascinó de un modo extraño a Dorian Gray, y enseguida exclamó: «No le dispaes, Geoffrey. Déjala vivir».

—¡Qué tontería, Dorian! —se rio su compañero y, cuando la liebre se internó de un salto en el soto, disparó. Se oyeron dos gritos: el de una liebre herida, que es espantoso, y el de un hombre agonizando, que es aún peor.

—¡Dios santo! ¡Le he dado a un ojeador! —exclamó Sir Geoffrey—. ¡Menudo idiota, ponerse delante de las escopetas! ¡Dejad de disparar ahí! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Hay un hombre herido!

El guarda mayor llegó corriendo, con un palo en la mano.

—¿Dónde, señor? ¿Dónde está? —gritó. Al mismo tiempo, los disparos cesaron a lo largo de la línea.

—Aquí —respondió Sir Geoffrey, furioso, apresurándose hacia el soto—. ¿Por qué demonios no mantenéis a vuestros hombres más atrás? Me ha arruinado el día de caza.

Dorian los observó mientras se abrían paso entre el grupo de alisos, apartando las ramas flexibles que se balanceaban. A los pocos instantes salieron otra vez, arrastrando un cuerpo hasta la luz del sol. Él se volvió, horrorizado. Le parecía que la desgracia lo seguía adondequiera que fuera. Oyó a Sir Geoffrey preguntar si el hombre estaba realmente muerto, y al guarda responder que sí. De pronto, el bosque le pareció lleno de rostros. Se oía el estruendo de innumerables pasos y el

murmullo apagado de voces. Un gran faisán de pecho cobrizo cruzó entre las ramas por encima de sus cabezas, batiendo las alas.

Al cabo de unos momentos —que, en su estado de agitación, le parecieron horas interminables de dolor— sintió una mano sobre el hombro. Se sobresaltó y se volvió.

—Dorian —dijo lord Henry—, será mejor que les diga que la cacería se suspende por hoy. No estaría bien continuar.

—Ojalá se suspendiera para siempre, Harry —respondió con amargura—. Todo esto es horrible y cruel. ¿El hombre está...?

No pudo terminar la frase.

—Me temo que sí —respondió lord Henry—. Recibió toda la carga en el pecho. Debió de morir casi al instante. Vamos; volvamos a casa.

Caminaron uno junto al otro hacia la avenida durante casi cincuenta yardas, sin decir una palabra. Entonces Dorian miró a lord Henry y dijo, con un profundo suspiro: —Es un mal presagio, Harry, un presagio muy malo.

—¿Qué cosa? —preguntó lord Henry—. Ah, este accidente, supongo. Mi querido amigo, no podía evitarse. Ha sido culpa del propio hombre. ¿Por qué se puso delante de las escopetas? Además, a nosotros no nos afecta en absoluto. Para Geoffrey, desde luego, es bastante incómodo. No está bien acribillar a los ojeadores. Hace que la gente piense que uno dispara como un salvaje. Y Geoffrey no es así; tiene muy buena puntería. Pero no tiene sentido seguir hablando de este asunto.

Dorian negó con la cabeza. —Es un mal presagio, Harry. Siento que algo horrible va a ocurrirnos a alguno de nosotros. Quizá a mí —añadió, pasándose la mano por los ojos con un gesto de dolor.

El hombre mayor se echó a reír. —Lo único verdaderamente horrible en el mundo es el aburrimiento, Dorian. Es el único pecado que no tiene perdón. Pero no creo que vayamos a sufrirlo, a menos que esta gente siga hablando de esto durante la cena. Tendré que decirles que el tema queda prohibido. En cuanto a los presagios, no existen. El destino no nos envía avisos. Es demasiado sabio o demasiado cruel para eso. Y además, ¿qué demonios podría pasarte a ti, Dorian? Tienes todo lo que un hombre puede desear en este mundo. No hay nadie que no estuviera encantado de cambiarse por ti.

—No hay nadie con quien yo no me cambiara, Harry. No te rías así. Te estoy diciendo la verdad. Ese pobre campesino que acaba de morir está mejor que yo. No le tengo miedo a la muerte. Lo que me aterra es que llegue. Siento como si sus alas monstruosas giraran sobre mí en este aire plomizo. ¡Dios mío! ¿No ves a un hombre moviéndose detrás de esos árboles, mirándome, esperándome?

Lord Henry miró en la dirección que señalaba aquella mano enguantada y temblorosa, y se estremeció. —Sí —dijo, sonriendo—, veo al jardinero esperándote. Supongo que quiere preguntarte qué flores quieres que pongan esta noche en la mesa. Estás absurdamente nervioso, querido amigo. Cuando volvamos a la ciudad, tienes que venir a ver a mi médico.

Dorian let out a sigh of relief when he saw the gardener coming toward them. The man touched his cap, glanced at Lord Henry with a moment of hesitation, then took out a letter and handed it to his master. "Her Grace told me to wait for an answer," he murmured.

Dorian slipped the letter into his pocket. "Tell Her Grace I'll come in at once," he said coolly. The man turned and hurried back toward the house.

"How women do love doing dangerous things!" Lord Henry laughed. "It's one of the qualities I admire most in them. A woman will flirt with anyone, as long as people are watching."

"How you love saying dangerous things, Harry! This time you're completely wrong. I like the Duchess very much, but I'm not in love with her."

"And the Duchess is very much in love with you, but she likes you less, so you make a perfect pair."

"You're being malicious, Harry, and scandals are never based on anything real."

"At the root of every scandal there is an immoral certainty," said Lord Henry, lighting a cigarette.

"You would sacrifice anyone, Harry, for the sake of an epigram."

"The world goes to the altar of its own free will," was the reply.

"I wish I could love," cried Dorian Gray, with deep pain in his voice. "But it seems I've lost passion and forgotten desire. I'm too focused on myself. My own personality has become a

burden to me. I want to escape, to go far away, to forget. It was foolish of me to come here. I think I'll send Harvey a telegram and tell him to get the yacht ready. On a yacht, one is safe."

"Safe from what, Dorian? You're in some kind of trouble. Why won't you tell me what's wrong? You know I would help you."

"I can't tell you, Harry," he answered sadly. "And I dare say it may be nothing more than my own imagination. This wretched accident has shaken me. I have the dreadful feeling that something like it may happen to me."

"What nonsense!"

"I hope so, but I can't help feeling it. Ah, here is the Duchess, looking like Artemis in a tailor-made dress. You see, Duchess, we've come back."

—Ya me he enterado de todo, señor Gray —respondió ella—. El pobre Geoffrey está muy alterado. Y, al parecer, usted le pidió que no disparara a la liebre. ¡Qué raro!

—Sí, fue muy raro. No sé qué me hizo decirlo. Supongo que fue un impulso. Parecía la criatura viva más hermosa del mundo. Pero lamento que le hayan hablado de ese hombre. Es algo espantoso.

—Es un asunto desagradable —interrumpió lord Henry—. No tiene absolutamente ningún interés psicológico. Ahora bien, si Geoffrey lo hubiera hecho a propósito, ¡qué fascinante sería! Me gustaría conocer a alguien que hubiera cometido un asesinato de verdad.

—¡Qué horror, Harry! —exclamó la duquesa—. ¿No le parece, señor Gray? Harry, el señor Gray vuelve a sentirse mal. Va a desmayarse.

Dorian se enderezó con esfuerzo y sonrió. —No es nada, duquesa —murmuró—; solo tengo los nervios destrozados. Me temo que esta mañana he caminado demasiado. No he oído lo que ha dicho Harry. ¿Era tan terrible? Ya me lo contará en otro momento. Creo que debo ir a recostarme un rato. Me disculparán, ¿verdad?

Habían llegado al gran tramo de escaleras que bajaba del invernadero a la terraza. Cuando la puerta de cristal se cerró detrás de Dorian, lord Henry se volvió y miró a la duquesa con sus ojos soñolientos. —¿Está usted muy enamorada de él? —preguntó.

Ella no respondió durante un buen rato y se quedó mirando el paisaje. —Ojalá lo supiera —dijo al fin.

Él negó con la cabeza. —Saberlo sería fatal. Lo que seduce es la incertidumbre. La niebla hace que las cosas parezcan maravillosas.

—Una puede perderse.

—Todos los caminos terminan en el mismo lugar, querida Gladys.

—¿Y cuál es?

—La desilusión.

—Fue mi debut en la vida —suspiró ella.

—Y llegó coronado.

—Estoy harta de las hojas de fresa.

—Le quedan bien.

—Solo en público.

—Yo las echaría de menos —dijo lord Henry.

—No pienso desprenderme ni de un pétalo.

—Monmouth tiene oídos.

—La vejez oye mal.

—¿Nunca ha sentido celos?

—I wish I had felt them.

He looked around, as if searching for something. —What are you looking for? —she asked.

—The tip of your foil —he replied—. It has fallen off.

She laughed. —I still have the mask.

—It makes your eyes look even more beautiful —he said.

She laughed again. Her teeth shone like white seeds in a scarlet fruit.

Upstairs in his room, Dorian Gray lay on a sofa, terror running through every part of him. All at once, life had become too dreadful a burden to bear. The horrible death of the unfortunate beater, shot down in the undergrowth like a wild animal, had seemed like a warning of his own death. What Lord Henry had said, in one of his usual bursts of cynical mockery, had nearly made him faint.

At five o'clock he rang for his servant and told him to pack his things for the night train to town, and to have the carriage at the door by half past eight. He was determined not to spend another night at Selby Royal. It was an ill-omened place. Death walked there in broad daylight. The grass in the woods had been stained with blood.

Then he wrote a note to Lord Henry, saying that he was returning to town to consult his doctor, and asking him to entertain the guests in his absence. As he was putting it into the envelope, there was a knock at the door, and his valet informed him that the head-keeper wanted to see him. He frowned and bit his lip. —Show him in —he murmured, after a moment's hesitation.

As soon as the man came in, Dorian took his cheque-book from a drawer and opened it in front of him.

—I suppose you have come about the unfortunate accident this morning, Thornton —he said, picking up a pen.

—Yes, sir —the gamekeeper replied.

—Was the poor man married? Did anyone depend on him?

—Dorian asked, in a bored tone—. If so, I would not want them left destitute, and I will send whatever sum of money you think necessary.

—We do not know who he is, sir. That is exactly why I took the liberty of coming to see you.

—¿No saben quién es? —dijo Dorian, con desgana—. ¿Qué quiere decir? ¿No era uno de sus hombres?

—No, señor. No lo había visto en mi vida. Parece un marinero, señor.

A Dorian Gray se le cayó la pluma de la mano y sintió como si el corazón se le hubiera detenido de golpe. «¿Un marinero?», exclamó. «¿Ha dicho un marinero?»

«Sí, señor. Tiene aspecto de haber sido marinero o algo parecido; lleva tatuajes en los dos brazos y cosas de ese estilo.»

«¿Le encontraron algo encima?», preguntó Dorian, inclinándose hacia delante y mirando al hombre con los ojos muy abiertos por la impresión. «¿Algo que pudiera decirnos su nombre?»

«Algo de dinero, señor; no mucho, y un revólver de seis tiros. No llevaba ningún nombre ni nada por el estilo. Un hombre de aspecto decente, señor, pero bastante rudo. Creemos que era una especie de marinero.»

Dorian se puso en pie de un salto. Una esperanza terrible le rozó el alma. Se aferró a ella con desesperación. «¿Dónde está el cuerpo?», gritó. «¡Rápido! Tengo que verlo ahora mismo.»

«Está en un establo vacío de la granja principal, señor. A la gente no le gusta tener algo así dentro de la casa. Dicen que un cadáver trae mala suerte.»

«¡En la granja principal! Vaya allí ahora mismo y espéreme. Dígle a uno de los mozos que me prepare el caballo. No, da igual. Iré yo mismo a las cuerdas. Así tardaremos menos.»

En menos de un cuarto de hora, Dorian Gray galopaba a toda velocidad por la larga avenida. Los árboles parecían pasar a su

lado como una procesión fantasmal, y las sombras salvajes se le echaban encima al cruzarse en su camino. En un momento, la yegua se apartó bruscamente al pasar junto a un poste blanco de la verja y estuvo a punto de tirarlo. Dorian le descargó la fusta sobre el cuello. Ella atravesó el aire oscuro como una flecha. Las piedras saltaban bajo sus cascos.

Por fin llegó a la granja principal. Había dos hombres rondando por el patio. Saltó de la silla y le lanzó las riendas a uno de ellos. En el establo más alejado brillaba una luz tenue. Algo le decía que el cuerpo estaba allí. Se apresuró hasta la puerta y puso la mano en el pestillo.

Allí se detuvo un momento, feeling he was on the verge of a discovery that could either save his life or ruin it forever. Then he pushed the door open and went in.

On top of a pile of sacks, in the farthest corner, lay the body of a man dressed in a rough shirt and blue trousers. Someone had placed a patterned handkerchief over his face. Beside him, an ordinary candle stuck into a bottle sputtered.

Dorian Gray shuddered. He felt he could not be the one to lift the handkerchief, so he called one of the farmhands over.

—Take that off his face. I want to see him —he said, gripping the doorframe to keep from losing his balance.

When the farmhand did it, Dorian stepped forward. A cry of joy burst from his lips. The man who had been shot in the thicket was James Vane.

He stood there for several minutes, staring at the body. As he rode home, his eyes filled with tears, because he knew he was

safe.

CAPÍTULO XIX.

—There is no use telling me you are going to be good —cried Lord Henry, dipping his white fingers into a red copper bowl filled with rosewater—. You are quite perfect. Please do not change.

Dorian Gray shook his head. —No, Harry, I have done too many dreadful things in my life. I am not going to do any more. Yesterday I began my good deeds.

—Where were you yesterday?

—In the country, Harry. I was staying alone at a small inn.

—My dear boy —said Lord Henry with a smile—, anyone can be good in the country. There are no temptations there. That is why people who live outside the city are so completely uncivilized. Civilization is by no means easy to attain. There are only two ways to reach it. One is culture; the other is corruption. Country people have no chance to know either, so they stagnate.

—Culture and corruption —repeated Dorian—. I have known something of both. Now it seems dreadful to me that they can be found together. For I have a new ideal, Harry. I am going to change. I think I already have changed.

—Todavía no me has contado cuál fue tu buena acción. ¿O dijiste que habías hecho más de una? —preguntó su compañero mientras dejaba caer en su plato una pequeña pirámide carmesí de fresas con semillas y las cubría, con una cuchara perforada en forma de concha, con una nevada de azúcar blanca.

—Puedo contártelo a ti, Harry. No es una historia que pudiera contarle a nadie más. Le perdoné la vida a alguien. Suena vanidoso, pero tú entiendes lo que quiero decir. Era muy hermosa y se parecía muchísimo a Sibyl Vane. Creo que eso fue lo primero que me atrajo de ella. Te acuerdas de Sibyl, ¿verdad? Parece que hubiera pasado una eternidad. Bueno, Hetty no era de nuestra clase, claro. Era solo una muchacha de pueblo. Pero la quise de verdad. Estoy completamente seguro de eso. Durante este maravilloso mes de mayo, solía ir a verla dos o tres veces por semana. Ayer se encontró conmigo en un pequeño huerto. Las flores del manzano caían sobre su pelo, y ella se reía. Íbamos a marcharnos juntos esta mañana, al amanecer. Pero de pronto decidí dejarla tan intacta y fresca como la había encontrado.

—Imagino que la novedad de ese sentimiento debió de darte una verdadera sacudida de placer, Dorian —lo interrumpió lord Henry—. Pero ya puedo terminar yo tu idilio. Le diste buenos consejos y le rompiste el corazón. Así empezó tu reforma.

—¡Harry, eres horrible! No deberías decir esas cosas espantosas. Hetty no tiene el corazón roto. Claro que lloró y todo eso. Pero sobre ella no pesa ninguna deshonra. Puede vivir, como Perdita, en su jardín de menta y caléndulas.

—Y llorar por un Florizel infiel —dijo lord Henry, riéndose mientras se recostaba en la silla—. Mi querido Dorian, a veces tienes arrebatos muy infantiles. ¿De verdad crees que esa muchacha podrá sentirse satisfecha algún día con alguien de su misma condición? Supongo que acabará casándose con algún carretero tosco o con un labrador sonriente. Pues bien, haberte

conocido y haberte amado le enseñará a despreciar a su marido, y será desgraciada. Desde un punto de vista moral, no puedo decir que piense gran cosa de tu gran renuncia. Incluso como comienzo, deja bastante que desear. Además, ¿cómo sabes que Hetty no estará flotando ahora mismo en algún estanque de molino iluminado por las estrellas, con hermosos nenúfares a su alrededor, como Ofelia?

—No aguanto esto, Harry. Te ríes de todo y luego sueltas las tragedias más serias. Siento habértelo contado. Me da igual lo que digas. Sé que hice lo correcto. Pobre Hetty. Esta mañana, cuando pasé a caballo junto a la granja, vi su cara pálida en la ventana, como una rama de jazmín. No hablemos más de eso. Y no intentes convencerme de que la primera buena acción que he hecho en años, el primer pequeño sacrificio de mi vida, es en realidad una clase de pecado. Quiero ser mejor. Voy a ser mejor. Háblame de ti. ¿Qué pasa en la ciudad? Hace días que no voy al club.

—La gente sigue hablando de la desaparición del pobre Basil.

—Habría pensado que a estas alturas ya se habrían cansado del asunto —dijo Dorian, sirviéndose un poco de vino y frunciendo ligeramente el ceño.

—Querido muchacho, solo llevan seis semanas hablando de ello, y el público británico no está hecho para el esfuerzo mental de seguir más de un tema cada tres meses. Últimamente, sin embargo, han tenido mucha suerte. Han tenido mi propio divorcio y el suicidio de Alan Campbell. Ahora tienen la misteriosa desaparición de un artista. Scotland Yard sigue empeñada en que el hombre del abrigo gris que salió hacia

París en el tren de medianoche del nueve de noviembre era el pobre Basil, y la policía francesa asegura que Basil nunca llegó a París. Supongo que dentro de unas dos semanas nos dirán que lo han visto en San Francisco. Es curioso: siempre se dice que a cualquiera que desaparece lo han visto en San Francisco. Debe de ser una ciudad encantadora, con todos los atractivos del otro mundo.

—¿Qué crees que le ha pasado a Basil? —preguntó Dorian, levantando su borgoña hacia la luz y preguntándose cómo podía hablar del asunto con tanta calma.

—No tengo la menor idea. Si Basil ha decidido esconderse, no es asunto mío. Si está muerto, no quiero pensar en él. La muerte es lo único que de verdad me da miedo. La odio.

—¿Por qué? —dijo el más joven con cansancio.

—Porque —dijo lord Henry, levantando hasta la nariz la rejilla dorada de un frasco de sales abierto— hoy en día se puede sobrevivir a todo, menos a eso. La muerte y la vulgaridad son los dos únicos hechos del siglo XIX que no se pueden explicar ni ocultar. Tomemos el café en el salón de música, Dorian. Tienes que tocarme algo de Chopin. El hombre con el que se fugó mi mujer tocaba Chopin maravillosamente. Pobre Victoria... Le tenía mucho afecto. La casa se siente bastante vacía sin ella. Claro que la vida matrimonial no es más que una costumbre, y una mala costumbre. Pero aun así, uno lamenta perder hasta sus peores hábitos. Quizá sean los que más se extrañan. Forman una parte tan esencial de la personalidad de uno.

Dorian no dijo nada. Se levantó de la mesa y, al entrar en la habitación contigua, se sentó al piano y dejó que los dedos recorrieran las teclas blancas y negras. Cuando trajeron el café, se detuvo y, volviéndose hacia lord Henry, dijo: —Harry, ¿alguna vez se te ha ocurrido que Basil fue asesinado?

Lord Henry bostezó. —Basil era muy popular y siempre llevaba un reloj Waterbury. ¿Por qué iban a asesinarlo? No era lo bastante inteligente como para tener enemigos. Desde luego, tenía un talento extraordinario para la pintura. Pero un hombre puede pintar como Velázquez y aun así ser tremendamente aburrido. Basil era, en realidad, bastante aburrido. Solo me interesó una vez, y fue cuando me dijo, hace años, que sentía por ti una adoración desmedida y que tú eras la influencia dominante de su arte.

—Yo quería mucho a Basil —dijo Dorian, con una nota de tristeza en la voz—. Pero ¿no dice la gente que lo asesinaron?

—Oh, sí, algunos periódicos lo dicen. A mí no me parece nada probable. Sé que en París hay lugares espantosos, pero Basil no era el tipo de hombre que iría a ellos. No tenía curiosidad. Ese era su principal defecto.

—¿Qué dirías, Harry, si te dijera que yo asesiné a Basil? —dijo el joven. Después de hablar, lo observó atentamente.

—Yo diría, querido amigo, que estás haciendo un papel que no va contigo. Todo crimen es vulgar, igual que toda vulgaridad es un crimen. No está en tu naturaleza, Dorian, cometer un asesinato. Lamento herir tu vanidad al decírtelo, pero te aseguro que es cierto. El crimen pertenece exclusivamente a las clases bajas. No las culpo en absoluto. Imagino que, para ellas, el

crimen es lo que para nosotros es el arte: simplemente una manera de buscar sensaciones extraordinarias.

—¿Una manera de buscar sensaciones? Entonces, ¿crees que un hombre que ha cometido un asesinato una vez podría repetirlo? No me digas eso.

—¡Oh!, cualquier cosa termina siendo un placer si se hace con demasiada frecuencia —exclamó lord Henry, riendo—. Ese es uno de los grandes secretos de la vida. Aun así, me inclino a pensar que el asesinato siempre es un error. Nunca debería hacerse nada de lo que luego no se pueda hablar después de cenar. Pero dejemos al pobre Basil. Ojalá pudiera creer que tuvo un final tan verdaderamente romántico como el que sugieres, pero no puedo. Me atrevería a decir que cayó al Sena desde un ómnibus y que el conductor acalló el escándalo. Sí, imagino que así fue su final. Ahora mismo lo veo flotando boca arriba bajo esas aguas de un verde apagado, con las pesadas barcasas deslizándose sobre él y las largas algas enredándose en su pelo. ¿Sabes? No creo que hubiera hecho una obra mucho mejor. En los últimos diez años, su pintura había empeorado muchísimo.

Dorian dejó escapar un suspiro, y lord Henry cruzó la habitación con aire despreocupado. Empezó a acariciar la cabeza de un extraño loro de Java, un ave grande de plumaje gris, con cresta y cola rosadas, que se sostenía en equilibrio sobre una percha de bambú. Cuando sus dedos afilados lo rozaron, el animal dejó caer la película blanca de sus párpados arrugados sobre sus ojos negros, brillantes como el cristal, y comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás.

—Sí —continuó, volviéndose mientras sacaba el pañuelo del bolsillo—. Su pintura se vino completamente abajo. A mí me parecía que había perdido algo. Había perdido un ideal. Cuando tú y él dejasteis de ser tan amigos, dejó de ser un gran artista. ¿Qué os separó? Supongo que te cansó. Si fue así, nunca te lo perdonó. Es muy propio de la gente pesada. Por cierto, ¿qué pasó con aquel retrato maravilloso que te hizo? Creo que no lo he vuelto a ver desde que lo terminó. ¡Ah, sí! Recuerdo que hace años me dijiste que lo habías enviado a Selby y que se perdió o lo robaron por el camino. ¿Nunca apareció? Qué pena. Era de verdad una obra maestra. Recuerdo que quise comprártelo. Ojalá lo hubiera hecho. Pertenecía a la mejor época de Basil. Después, su obra se convirtió en esa curiosa mezcla de mala pintura y buenas intenciones que siempre basta para que llamen a un hombre un artista británico representativo. ¿Pusiste anuncios para encontrarlo? Deberías haberlo hecho.

—No me acuerdo —dijo Dorian—. Supongo que sí. Pero la verdad es que nunca me gustó. Lamento haber posado para él. El recuerdo de aquello me resulta odioso. ¿Por qué hablas de eso? Siempre me hacía pensar en unos versos extraños de una obra... de Hamlet, creo. ¿Cómo eran?

—Como la imagen del dolor, un rostro sin corazón.

—Sí: eso era exactamente.

Lord Henry se echó a reír. —Si un hombre hace de su vida una obra de arte, su cerebro es su corazón —respondió, dejándose caer en un sillón.

Dorian Gray negó con la cabeza y sacó del piano unos acordes suaves. —«Como la imagen del dolor» —repitió—, «un rostro sin corazón».

El hombre mayor se reclinó y lo miró con los ojos entrecerrados. —Por cierto, Dorian —dijo después de una pausa—, «¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde... cómo sigue la cita?... su propia alma»?

La música sonó discordante, y Dorian Gray se estremeció y se quedó mirando a su amigo. —¿Por qué me preguntas eso, Harry?

—Mi querido amigo —dijo lord Henry, levantando las cejas con sorpresa—, te lo pregunté porque pensé que tal vez podrías darme una respuesta. Nada más. El domingo pasado cruzaba el parque y, cerca del Marble Arch, vi un pequeño grupo de gente andrajosa escuchando a un predicador callejero muy vulgar. Al pasar, oí al hombre lanzar esa pregunta a su público. Me pareció bastante teatral. Londres está llena de escenas curiosas de ese tipo. Un domingo lluvioso, un cristiano tosco con impermeable, un círculo de rostros pálidos y enfermizos bajo un techo irregular de paraguas rotos y goteantes, y una frase maravillosa arrojada al aire por unos labios agudos e histéricos... La escena tenía de verdad cierto mérito; sugería muchas cosas. Se me pasó por la cabeza decirle al profeta que el arte tenía alma, pero el hombre no. Aunque me temo que no me habría entendido.

—No, Harry. El alma es algo terriblemente real. Se puede comprar, vender y malgastar. Se la puede envenenar o llevar a la perfección. Hay un alma en cada uno de nosotros. Lo sé.

—¿Estás completamente seguro de eso, Dorian?

—Completamente seguro.

«¡Ah! Entonces debe de ser una ilusión. Lo único de lo que uno está completamente seguro nunca resulta ser verdad. Esa es la fatalidad de la fe y la lección del romanticismo. ¡Qué serio te pones! No seas tan solemne. ¿Qué tienen que ver tú o yo con las supersticiones de nuestra época? No: hemos dejado de creer en el alma. Tócame algo. Toca un nocturno, Dorian, y mientras lo haces cuéntame en voz baja cómo has conservado tu juventud. Debes de tener algún secreto. Yo solo soy diez años mayor que tú, y ya estoy arrugado, gastado y amarillento. Eres realmente maravilloso, Dorian. Nunca has estado más encantador que esta noche. Me recuerdas al día en que te vi por primera vez. Eras un poco insolente, muy tímido y absolutamente extraordinario. Has cambiado, claro, pero no en el aspecto. Ojalá me contaras tu secreto. Para recuperar mi juventud haría cualquier cosa en el mundo, excepto hacer ejercicio, madrugar o ser respetable. ¡La juventud! No hay nada como ella. Es absurdo hablar de la ignorancia de los jóvenes. Las únicas personas cuyas opiniones escucho ahora con algo de respeto son las mucho más jóvenes que yo. Van por delante de mí. La vida ya les ha revelado su última maravilla. En cuanto a los viejos, siempre les llevo la contraria. Lo hago por principio. Si les preguntas qué piensan sobre algo que ocurrió ayer, te repiten con toda solemnidad las ideas que estaban de moda en 1820, cuando la gente llevaba corbatines altos, creía en todo y no sabía absolutamente nada. ¡Qué hermosa es esa pieza que estás tocando! Me pregunto si Chopin la escribió en Mallorca, con el mar llorando alrededor de la villa y la espuma salada

golpeando los cristales. Es maravillosamente romántica. ¡Qué bendición que todavía nos quede un arte que no imita! No pares. Esta noche quiero música. Me parece que tú eres el joven Apolo y que yo soy Marsias escuchándote. Yo también tengo penas, Dorian, de las que ni siquiera tú sabes nada. La tragedia de la vejez no es que uno sea viejo, sino que sigue siendo joven. A veces me sorprende mi propia sinceridad. Ah, Dorian, ¡qué feliz eres! ¡Qué vida tan exquisita has tenido! Has bebido a fondo de todo. Has aplastado las uvas contra el paladar. Nada se te ha ocultado. Y, sin embargo, todo ha sido para ti poco más que el sonido de la música. No te ha echado a perder. Sigues siendo el mismo.»

«No soy el mismo, Harry.»

«Sí, sigues siendo el mismo. Me pregunto cómo será el resto de tu vida. No lo arruines con renunciás. Ahora eres un hombre perfecto. No te conviertas en alguien incompleto. En este momento eres absolutamente impecable. No hace falta que niegues con la cabeza: sabes que es verdad. Además, Dorian, no te engañes. La vida no se gobierna por la voluntad ni por las intenciones. La vida depende de los nervios, de las fibras y de las células que se forman lentamente, donde el pensamiento se esconde y la pasión sueña. Puedes imaginarte a salvo y creerte fuerte. Pero un matiz casual de color en una habitación o en el cielo de la mañana, un perfume concreto que una vez amaste y que trae consigo recuerdos sutiles, un verso de un poema olvidado con el que vuelves a encontrarte, una cadencia de una pieza musical que habías dejado de tocar... te digo, Dorian, que de cosas así dependen nuestras vidas. Browning escribe sobre eso en algún lugar; pero nuestros propios sentidos lo

imaginarán por nosotros. Hay momentos en que el aroma del lilas blanc pasa de pronto junto a mí, y me veo obligado a revivir el mes más extraño de mi vida. Ojalá pudiera cambiarme por ti, Dorian. El mundo ha clamado contra los dos, pero a ti siempre te ha adorado. Y siempre te adoraré. Eres el modelo de lo que esta época busca y de lo que teme haber encontrado. Me alegra muchísimo que nunca hayas hecho nada, que nunca hayas esculpido una estatua, ni pintado un cuadro, ni creado nada fuera de ti mismo. Tu arte ha sido tu vida. Te has convertido en tu propia música. Tus días son tus sonetos.»

Dorian se levantó del piano y se pasó la mano por el pelo. «Sí, la vida ha sido exquisita —murmuró—, pero no voy a seguir viviendo la misma vida, Harry. Y no deberías decirme esas cosas tan exageradas. No lo sabes todo sobre mí. Creo que, si lo supieras, hasta tú te apartarías de mí. Te ríes. No te rías.»

«¿Por qué has dejado de tocar, Dorian? Vuelve y repítame el nocturno. Mira esa gran luna color miel suspendida en el aire oscuro. Está esperando a que la hechices, y si tocas se acercará más a la tierra. ¿No quieres? Entonces vayamos al club. Ha sido una velada encantadora, y debemos terminarla del mismo modo. En White's hay alguien que está deseando conocerte: el joven lord Poole, el hijo mayor de Bournemouth. Ya ha copiado tus corbatas y me ha suplicado que te lo presente. Es realmente encantador y me recuerda mucho a ti.»

—Eso espero —dijo Dorian, con una tristeza evidente en los ojos—. Pero esta noche estoy cansado, Harry. No voy a ir al club. Ya son casi las once y quiero acostarme temprano.

—Quédate. Nunca has tocado tan bien como esta noche. Había algo maravilloso en tu forma de tocar. Tenía más expresión que nunca.

—Es porque voy a portarme bien —respondió él, sonriendo—. Ya he cambiado un poco.

—No puedes cambiar conmigo, Dorian —dijo lord Henry—. Tú y yo siempre seremos amigos.

—Y, sin embargo, una vez me envenenaste con un libro. Eso no debería perdonártelo. Harry, prométeme que no volverás a prestarle ese libro a nadie. Hace daño.

—Querido muchacho, de verdad estás empezando a moralizar. Dentro de poco andarás por ahí como un converso o un predicador de avivamientos, advirtiendo a la gente contra todos los pecados de los que tú ya te cansaste. Eres demasiado encantador para hacer algo así. Además, no sirve de nada. Tú y yo somos lo que somos, y seremos lo que tengamos que ser. En cuanto a esa idea de que un libro pueda envenenar a alguien, no existe tal cosa. El arte no influye en la acción. Anula el deseo de actuar. Es magníficamente estéril. Los libros que el mundo llama inmorales son los que le muestran al mundo su propia vergüenza. Eso es todo. Pero no hablemos de literatura. Ven mañana. Voy a montar a caballo a las once. Podríamos ir juntos y luego te invitaré a comer con lady Branksome. Es una mujer encantadora y quiere consultarte sobre unos tapices que está pensando comprar. No faltes. O, si lo prefieres, ¿comemos con nuestra pequeña duquesa? Dice que ya nunca te ve. Quizá te hayas cansado de Gladys. Yo creía que sí. Su lengua ingeniosa termina poniéndole a uno los nervios de punta. En fin, sea como

sea, estate aquí a las once.

—¿De verdad tengo que ir, Harry?

—Por supuesto. El parque está precioso ahora. No creo que haya habido unos lilas así desde el año en que te conocí.

—Muy bien. Estaré aquí a las once —dijo Dorian—. Buenas noches, Harry. Al llegar a la puerta, dudó un instante, como si todavía quisiera decir algo más. Luego suspiró y salió.

CAPÍTULO XX.

It was a beautiful night, so warm that he carried his coat over his arm and did not even put his silk scarf around his neck. As he walked home, smoking a cigarette, he passed two young men in evening dress. He heard one whisper to the other, "That is Dorian Gray." He remembered how much he had once enjoyed being pointed out, stared at, and talked about. Now he was tired of hearing his own name. Much of the charm of the little village where he had often been staying lately was that no one knew who he was. He had often told the girl he had led into loving him that he was poor, and she had believed him. Once he told her that he was wicked, and she laughed and answered that wicked people were always very old and very ugly. How she laughed! It was like the song of a thrush. And how lovely she looked in her cotton dresses and large hats. She knew nothing, yet she had everything he had lost.

When he reached home, he found his servant still awake, waiting for him. He sent him to bed, dropped onto the sofa in the library, and began to think about some of the things Lord Henry had said to him.

Was it really true that a person could never change? He felt a fierce longing to win back the unspoiled purity of his childhood, that white and rose-colored childhood, as Lord Henry had once called it. He knew he had stained himself. He had filled his mind with corruption and given his imagination a dreadful shape. He had been a bad influence on others and had taken a terrible pleasure in it. And of all the lives that had crossed his own, it was the finest and most promising that he had dragged down

into shame. But was it all beyond repair? Was there no hope left for him?

Ah! In what monstrous moment of pride and passion had he prayed that the portrait would bear the burden of his days while he kept the untouched splendor of eternal youth. All his ruin had come from that. It would have been better if every sin in his life had brought its own swift and certain punishment. There was purification in punishment. Not "Forgive us our sins," but "Punish us for our iniquities" should be the prayer of man to a perfectly just God.

The mirror with its fanciful carvings, which Lord Henry had given him so many years before, stood on the table, with the white-limbed cupids laughing around it as they always had. He picked it up, just as he had on that night of horror when he first noticed the change in the fatal portrait, and with wide, tear-blurred eyes he looked into its polished surface. Once, someone who had loved him with terrible intensity had written him a wild letter that ended with these worshipful words: «The world has changed because you are made of ivory and gold. The curves of your lips rewrite history.» Those lines came back to him now, and he repeated them to himself again and again. Then he felt disgust at his own beauty, and flinging the mirror to the floor, he shattered it into silver pieces beneath his heel. It was his beauty that had ruined him: his beauty, and the youth he had prayed for. Without those two things, his life might have remained unstained. His beauty had been nothing but a mask; his youth, a mockery. What was youth, at best? A green, unripe stage; a time of shallow moods and sickly thoughts. Why had he ever worn its colors? Youth had destroyed him.

It was better not to think about the past. Nothing could change it. He had to think about himself and his own future. James Vane lay hidden in an unmarked grave in the churchyard at Selby. Alan Campbell had shot himself one night in his laboratory, but he had not revealed the secret they had forced him to know. The stir over Basil Hallward's disappearance, if it could even be called that, would soon die away. In fact, it was already fading. Here, he was completely safe. And really, it was not Basil Hallward's death that weighed most heavily on his mind. What tormented him was the living death of his own soul. Basil had painted the portrait that had ruined his life. He could not forgive him for that. The portrait was to blame for everything. Basil had said unbearable things to him, and yet he had endured them patiently. The murder had been nothing more than the madness of a moment. As for Alan Campbell, his suicide had been his own choice. He had decided to do it. Dorian did not care.

¡Una vida nueva! Eso era lo que quería. Eso era lo que había estado esperando. Sin duda, ya la había comenzado. Al menos había perdonado a un ser inocente. Nunca volvería a poner a prueba la inocencia. Iba a ser una buena persona.

Mientras pensaba en Hetty Merton, empezó a preguntarse si el retrato de la habitación cerrada con llave habría cambiado. Seguramente ya no sería tan horrible como antes. Quizá, si su vida se volvía pura, podría borrar de aquel rostro cualquier huella de pasión malvada. Tal vez las marcas del mal ya hubieran desaparecido. Iría a verlo.

Tomó la lámpara de la mesa y subió las escaleras en silencio. Cuando descorrió el cerrojo de la puerta, una sonrisa de alegría,

extrañamente juvenil, cruzó su rostro y permaneció un momento en sus labios. Sí, sería bueno, y aquella cosa espantosa que había escondido dejaría de llenarlo de terror. Sentía como si ya se hubiera librado de ese peso.

Entró sin hacer ruido, cerró la puerta con llave detrás de él, como siempre hacía, y apartó la cortina púrpura que cubría el retrato. Se le escapó un grito de dolor y de indignación. No veía ningún cambio, salvo una expresión astuta en los ojos y la curva hipócrita de la boca. Aquella cosa seguía siendo repugnante, incluso más que antes, y el rocío escarlata que manchaba la mano parecía más vivo, más parecido a sangre recién derramada. Entonces empezó a temblar. ¿Lo había llevado a hacer su única buena acción solo la vanidad? ¿O el deseo de sentir algo nuevo, como había insinuado lord Henry entre risas burlonas? ¿O esa pasión por interpretar un papel que a veces nos empuja a actuar mejor de lo que realmente somos? ¿O quizá todo eso a la vez? ¿Y por qué la mancha roja era más grande que antes? Parecía haberse extendido por los dedos arrugados como una enfermedad espantosa. Había sangre en los pies pintados, como si aquella cosa hubiera goteado. Había sangre incluso en la mano que no había empuñado el cuchillo. ¿Confesar? ¿Quería decir eso que debía confesar? ¿Entregarse y ser condenado a muerte? Se echó a reír. La idea le parecía monstruosa. Además, aunque confesara, ¿quién iba a creerle? No quedaba ni rastro del hombre asesinado. Todo lo que le pertenecía había sido destruido. Él mismo había quemado lo que estaba en la planta baja. El mundo simplemente diría que estaba loco. Lo encerrarían si insistía en aquella historia... Y, sin embargo, era su deber confesar, soportar la vergüenza pública

y hacer penitencia ante todos. Había un Dios que exigía a los hombres confesar sus pecados ante la tierra tanto como ante el cielo. Nada de lo que hiciera podría limpiarlo hasta que confesara su propio pecado. ¿Su pecado? Se encogió de hombros. La muerte de Basil Hallward le importaba muy poco. Estaba pensando en Hetty Merton. Porque aquel espejo de su alma que contemplaba era un espejo injusto. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿No había habido nada más en su renuncia? Sí, había habido algo más. Al menos eso creía. Pero ¿quién podía saberlo?... No. No había habido nada más. Por vanidad la había perdonado. Por hipocresía se había puesto la máscara de la bondad. Por curiosidad había probado la negación de sí mismo. Ahora lo veía con claridad.

But would that murder haunt him for the rest of his life? Would he always have to bear the weight of his past? Was he really going to confess? Never. Only one piece of evidence remained against him: the portrait itself. That was the evidence. He would destroy it. Why had he kept it for so long? There had been a time when he took pleasure in watching it change and grow old. Lately, he felt nothing like that anymore. It kept him awake at night. Whenever he was away, he was seized by the fear that other eyes might see it. It had cast a shadow of melancholy over his passions. The mere memory of it had ruined many moments of joy. It had been like a conscience to him. Yes, it had been his conscience. He would destroy it.

He looked around and saw the knife with which he had stabbed Basil Hallward. He had cleaned it many times, until not a single stain remained. It gleamed and flashed. Just as it had killed the painter, it would also kill the painter's work and everything it

stood for. He would kill the past, and once the past was dead, he would be free. He would put an end to that monstrous life of the soul, and without its terrible warnings, he would find peace. He seized the weapon and stabbed the portrait.

A cry rang out, followed by a crash. The cry was so dreadful, so full of agony, that the servants woke in terror and slipped out of their rooms. Two gentlemen passing through the square below stopped and looked up at the great house. They walked on until they came across a policeman and brought him back with them. The officer rang the bell several times, but no one answered. Except for a light in one of the upper windows, the house was completely dark. After a while, he moved away and kept watch from the porch next door.

"Whose house is that, officer?" asked the older of the two gentlemen.

"Mr. Dorian Gray's, sir," the policeman replied.

They looked at each other as they walked away, their faces twisted with contempt. One of them was Sir Henry Ashton's uncle.

Inside, in the servants' quarters, the half-dressed staff spoke in whispers. Old Mrs. Leaf was crying and wringing her hands. Francis was pale as death.

After about fifteen minutes, he gathered the coachman and one of the footmen and quietly went up the stairs. They knocked on the door, but no one answered. They knocked again, louder this time. Everything remained silent. At last, after trying in vain to break the door down, they climbed onto the roof and lowered

themselves to the balcony. The windows gave way easily; the bolts were old.

When they went in, they saw hanging on the wall a magnificent portrait of their master, just as they had last seen him, with all the wonder of his exquisite youth and beauty. Lying on the floor was a dead man, dressed for dinner, with a knife buried in his heart. His body was shriveled, his skin wrinkled, and his face hideous. They did not know who he was until they examined his rings.

THE END



Hecho con ❤️ en 🇳🇴 por Plyx

This edition is published by Plyx using public-domain source material from Project Gutenberg. We thank Project Gutenberg and its volunteers for preserving classic literature for everyone. Translated and modernized from the original by Plyx.



Escanea para tu edición digital y de audio